El Manier

La Playa De Caracoles

Fundador Ortiz Matos





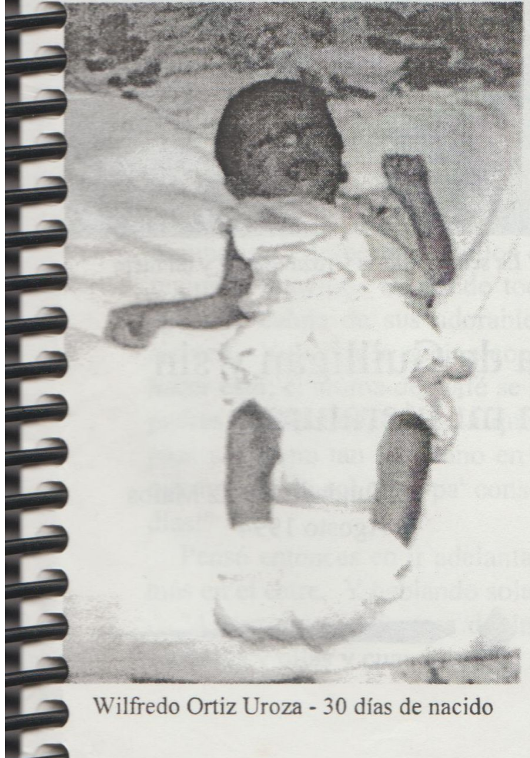
El autor: Fundador Ortiz Matos

Es con mucho amor, cariño y respeto que dedico esta novela a mi querida, adorada y venerada madre, la señora Matilde Matos Jusino, a mi adorable y cariñoso nieto de 30 días de edad, Wilfredo Ortiz Uroza y a mi amable yerna, la señora Gloria Uroza Suárez, pues me hizo abuelo a la edad de 70 años por primera vez.



Doña Matilde Matos Jusino

Aunque he caminado toda mi vida sobre caminos alfombrados con espinas, doy gracias a Dios porque me ha permitido vivir 70 años, he podido ver a mi querida madre cumplir 90 años y he podido publicar siete libros. Es por esa poderosísima razón que a ellos dedico esta novela para expresarle mi más profundo agradecimiento por tanta felicidad.



Wilfredo Ortiz Uroza - 30 días de nacido

Ha sido siempre mi propósito de dar a conocer en mis escritos parte de la historia, supersticiones, refranes, costumbres y tradiciones de Guánica y de sus gentes y muy especialmente de mi querido barrio El Manier en donde nací y me crié pasando hambres y sed pero mirando siempre hacía adelante con honor y con vergüenza y queriendo y respetando a todo lo que hay a mi lado.



Canal de La Ballena

Sin embargo, no conozco toda la historia de Guánica, sus lugares, barrios y sus gentes porque en la época en que nací y me crié en el Bosque Seco de Guánica, eran bien pocas las personas que leían y escribían y a la tumba se llevaron un tesoro histórico.

Pero aun así, he podido rescatar una mínima porción de ese tesoro y en esta novela se lo presento a todas aquellas personas que cooperan conmigo comprando mis escritos. De manera que doy gracias muy especiales a todas esas personas, que de diferentes pueblos de nuestra isla, visitan la playa de San Jacinto e Isla de Guilligan y sin conocerme compran mi literatura.



La señora Gloria Uroza Suárez y mi nieto

Fundador Ortiz Matos
Agosto 1994

Antiguo Faro de Guánica - 1892

Capítulo I

Carmen

Carmen era una jibarita nacida en el Barrio Manier de Guánica. En sus tiempos fue una jibarita más entre tantas de ésas que nacen en nuestros campos. Era muy pobre, herencia de sus padres, abuelos y bisabuelos, pero muy humilde, respetuosa e inteligente. Era dueña de muchos atributos los cuales irán saliendo a la luz a medida que esta historia vaya tomando vida. Era Carmen de una estatura mediana, tez blanca, ojos azules, cabellera rubia y su boca lucía un par de labios rojos y carnosos adornados con dos hileras de dientes muy blancos y pequeños. Como todas las muchachas de su edad, pues apenas contaba con catorce años, era trabajadora y ayudaba a sus padres en todas las labores hogareñas: sabía planchar y lavar los guayucos de su madre y de su padre y los trapitos propios. En el bosque ayudaba a su papá a cortar la leña para preparar carbón. En fin, que trabajaba tanto como sus padres para sobrevivir a aquellos tiempos de miseria que estaban viviendo todos los habitantes del barrio El Manier.

En el barrio El Manier no había agua, por lo tanto los habitantes se veían obligados a caminar ocho kilómetros aproximadamente para conseguir el tan útil y deseado líquido. Unos iban a la finca de la familia Gutiérrez en donde había un pozo profundo embrocado y el agua era salada. Otros iban al lugar conocido como El Cedro en donde todas las lavanderas de el Manier, así como también de otros barrios, acudían a lavar sus ropas y a buscar agua para todo uso en los hogares. Algunos iban en bestias o en carritos de madera hechos por ellos mismos a las bombas de los cañaverales a buscar el anhelado líquido. Los que no tenía carritos ni bestias, la cargaban en latones en la cabeza. La mayoría de los habitantes, por no decir que todos, cocinaban con leña y carbón. De noche se alumbraban con velas, grillas, mechones, jachos o con vayaos encendidos.

Una mañana, bien temprano, como de costumbre, se levantó Carmen, o mejor dicho, se tiró de la humilde hamaca en donde dormía y después de haber preparado un poquito de café puya tomó unos sorbos del mismo. En dos cocos de higüera echó el restante y alegre corrió al único cuarto que tenía la barraca, en el cual sus queridos padres yacían dormidos profundamente en un viejo catre en un rincón del cuarto. Los miró, los observó y los bendijo una y mil veces. Trató de abrir su par de labios carnosos y pronunciar, como tantas veces lo había hecho, esas palabras tan dulces y consoladoras como lo son "papá y mamá", pero se contuvo por unos instantes maravillada ante aquel cuadro tierno y conmovedor que ante sus ojos tenía. Pensó durante unos segundos en despertar aquellos dos seres que en brazos de un divino sueño viajaban tal vez por regiones inmensas en donde todo es fantasía. No quiso, por unos minutos, perturbar aquella apacible calma de sus adorables padres. Porque las almas, aún dormidas, aman, piensan y sienten. Volvió a la cocina con sus dos cocos de café prieto y los derramó en la cacerola. Al hacer esto; el aroma del café se regó por toda la pequeña casa y llegó al cuarto de los venerados padres. "Esperaré, -dijo-, a que se despierten voluntariamente. ¡Me da tanta pena despeltal a papi y a mami tan temprano en la mañana!. ¡Bendito, tanto que mami trabaja, y también, papi que trabaja de sol a sol pa' conseguil los granitos de arroz y jabichuela que nos comemos tó lo, días!"

Pensó entonces en ir adelantando los quehaceres diarios mientras ellos se quedaban un ratito más en el catre. Y hablando sola como las locas comenzó un monólogo:

"Ahora, pues, mientras duelmen un poquito más, yo barro la cocina, lavo las ditas, cocos, cucharas y ollas y cuando mami se levante no tendrá que trabajal mucho polque jajta voy a ponel

a ablandal jabichuela. Hoy quiero comel funche con grano aentro. Me voy a chupal jajta los deos de tan bueno que lo jace mami". No bien terminó de monologar, escuchó la voz de su madre:

-"Carmita, mi'ja, ven acá, traéme agua pa lavarme la cara y la boca y nos trais el chorrito de café negro". A lo que ella contestó inmediatamente:

-"Si mami, aquí voy, enseguidita estoy con ustedes. Estoy poniendo las jabichuelas en la olla pa que tú no tengas que trabajar mucho hoy".

En cosa de segundos estaba la muchacha al lado de sus padres con dos jatacas de agua para que se asearan.

-"Bendición mami y papi. Aquí tienen el agua que me pidieron".

-"Muy bien, mi'ja, -le contestó el papá-, Dios y la vilgen te cuiden por buena que eres con nojotro".

-"La vilgen te favorezca, Calmita" -le secundó la madre mientras acariciaba su larga y rubia cabellera.

-"Mi'ja, tú sí que eres zalamera con tus pay" -le habló Don Luis a su hija a la vez que besó su blanca mano.

-"Tan pronto jayan terminao; les traeré el café calientito y bien calgaito. Luego me iré a El Cedro a buscal un latón de agua polque el barril está vacío" -dijo Carmita.

Don Luis, padre de Carmen, era un señor de edad avanzada, cuarenta años tal vez y se notaba un tanto enfermo y agotado debido al rudo trabajo de toda su vida. Era de una estatura mediana, ojos verdes, pelo negro lacio y piel trigueña. Toda su vida la había pasado trabajando muy fuerte desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde: en los cañaverales, en el bosque, pescando en el mar o en la agricultura en diferentes fincas que había alrededor de El Manier. Era hombre muy recto en sus cosas, como todos los de su época. No obstante, de vez en cuando, tenía sus momentos jocosos. Como todos los padres respetaba y amaba sobremanera a su única hija. Adoraba a su esposa hasta más allá de los límites de la adoración. No sabía leer ni escribir, pues nunca tuvo la oportunidad de ir a la escuela. Era un padre y esposo ejemplar. Muchas personas criticaban su manera de ser y otras hasta lo envidiaban al enterarse como trataba a su familia y a sus vecinos.

Ana, la madre de Carmen estaba entrada en los treinta años, sus ojos eran verdes y sus cabellos negros y largos su tez era trigueña. Lucía traje largo que le llegaba a los tobillos y las mangas de su traje le cubrían casi las manos.

Terminaron de asearse y en cosa de segundos Carmita fue a la cocina en busca del sabroso y aromático café negro. Pronto estuvo de regreso con dos cocos llenos del apetitoso café puya.

-"Yo me diré al manantial a buscal un latón de agua y mientras voy y vengo, las jabichuelas etarán blanditas".

-"Trata de venil pronto, mi'ja, -le ripostó su madre-, mira que cuando sales lejos de nojotro nos quedamos intranquilos pensando en que algo malo te pue sucedel".

-"Tú siempre pensando en lo malo, Ana, -le aseguró Luis-, tú sabes muy bien que en el barrio no hay gente que le jaga daño a naide. Y mucho menos a nuestra jija, que tanto la quieren nuestro vecino".

-"Papi tieen razón, mami, El Manier es un barrio de gente pobre, pero son jonraos y repetuoso" -le contestó Carmen.

Y tenía razón don Luis, mucha razón en pensar y hablar así de aquella gente humilde y trabajadora. Según los comentarios de las personas adultas, que ya pasaban de los ochenta años, (pués allá para el año 1820, ya vivían los primeros habitantes en el barrio); la mayoría de las

personas no sabían leer ni escribir y por tal razón no hay documentos que lo confirmen así. Pero hay obras visibles que comprueban lo que decían los adultos. Los primeros habitantes llegaron a ese lugar procedentes del barrio Duey de Yauco y fundaron el barrio. Las primeras familias eran de apellidos Matos y González. Al correr el tiempo, fueron llegando otras familias de diferentes apellidos y diferentes barrios de Yauco y Guánica. Desde el 1820 en adelante, nunca se había registrado un delito tan grave como el cometido por los hermanos Felipe Quiñones y Demetrio Quiñones ayudado por un tal Ramón Matos. Esas tres personas mataron a Don Nicolás Quiñones allá para el año 1918 por motivos laborales. Nunca más, hasta el momento en que esta historia es terminada, se originó un delito grave entre los habitantes del barrio El Manier. Es por eso que don Luis tenía mucha razón en no dudar de gentes pobres y honradas como las describía su hija.

-"Yo sé mi'ja, -argumentó doña Ana-, que todos los jabitantes de este barrio reúnen toas las cualidades que dices, pero recuelda que siempre puede ocurrir algo malo".

-"Lo sé, mami, pero no te preocupes polque no iré sola a El Cedro. Por ahí ya vienen unas amigas y me selvirán de compañía".

-"Tienes que tenel cuidao, -le aconsejó don Luis-, con esas juntas tuyas. No sea que te contagies con esas dos o tres cabritas que jay en el barrio que lo que jhacen es pelale el diente a los mocetones del barrio. No me gustaría que te cojan en lenguas".

-"Pielde cuidao, papi, -avergonzada y triste le contestó Carmen mientras bañaba con la mirada de sus ojos azules el piso de la barraca-, que yo me sé cuidal muy bien y no me junto con toa' clase de muchachas".

Era natural y normal que una joven de la edad de Carmen tuviera muchos amigos. Así como también era natural y normal que entre todos los muchachones del barrio por lo menos hubiese uno picadito por ella aunque fuera a lo adivino. Y miren que sí lo había y su padre, como todo padre que ama sobre todas las cosas a sus hijos, y especialmente a las hijas, ya tenía una espinita que le cruzaba su corazón. Era por esa razón que le advertía a su hija que no se juntara mucho con las cabritas pela dientes del barrio. Ya sabía don Luis que ellas se dedicaban a charlar irrespetuosa e irresponsablemente con los jovencitos del barrio hasta que pronto llegaban a ser novios a escondidas. El resultado más tarde era que se dejaban del primero, del segundo, hasta que las bailaban en lengua por todo el barrio. Cuando ya las malas lenguas agotaban las energías bailándolas, las abandonaban desfloradas.

Don Luis, como todo un hombre de bien y de experiencia, también fue un muchachón travieso y quería que su hija no fuera a dar un mal paso por dejarse llevar de los consejos de ciertas amiguitas. Pero siempre las hijas burlan la cortina de seguridad que le tienden sus padres sin que ellos se den cuenta. Y muy especialmente si se trata de amores. Con Carmen no había excepción, pues estaba atraída hacia uno de los muchachones del barrio. Pero, por respeto a sus padres trataba de ser lo más discreta que pudiera para no despertar en ellos la desconfianza.

En esa gloriosa mañana maniereña quienes se acercaban a su humilde hogar eran cuatro de sus mejores amigas y vecinas. Todas las mañanas se unían a ella para ir a El Cedro en busca de agua. Otras veces se iban al bosque a reunir una carga de leña seca para cocinar en sus respectivas casas. Las cuatro muchachas saludaron a Carmen y a sus padres como de costumbre y se dirigieron a El Cedro cada cual con su latón debajo del cuadril, dejando a don Luis y a doña Ana solos. Del lugar de la casa de Carmen a El Cedro hay aproximadamente seis kilómetros de distancia. La casa de Carmen estaba situada en el kilómetro 3, hectómetro 4 de la carretera P.R. 334 que conduce de Guánica al Campamento Borinquén. Una estrecha y larga vereda conduce de El Manier a dicho lugar. Miles de plantas, arbustos y árboles se desnudan a menudo y le

brindan su vestimenta verde en forma de alfombra a la vereda. Una inmensa variedad de aves silvestres dejan escapar de sus gargantas una sublime sinfonía matinal, que mezclada con el perfume y con el maravilloso y único zum zum de abejas y otros insectos hacen que el alma viaje en alas de la imaginación y caiga en brazos de la inspiración más divina. Esa mañana Carmen se notaba más alegre, más bella, como presintiendo algo que desde hacía días y que tal vez meses, quería saber, ver y hasta sentir. Todo cuanto miraba a su lado, le parecía sonreír de felicidad. El color verde de la vegetación, el azul del cielo que a intervalos penetraba los claros del bosque se fundían con el azul divino y profundo de sus ojos y formaban un excéntrico arcoiris en una preciosa mañana maniereña.

Las cinco muchachas van caminando dichosas por la estrecha vereda haciendo ruido involuntario cuando sus latones vacíos rozan la maleza. El suelo está cubierto de hojas y espinas. Hay además rocas, por tal razón tienen que ir brincando de vez en cuando de roca en roca. Debido a lo estrecho del camino, tienen que caminar una detrás de la otra. Las cinco muchachas son: Luisa, Julia, Sara, Lisa y Carmen.

Carmen, Luisa y Julia no están usando zapatos. Estas tres jovencitas, así como otras tantas personas del barrio, solamente los usan los domingos cuando hay una jaranita. Mientras van brincando de roca en roca como los sapos Luisa, quien es la amiga predilecta de Carmen le dice:

"Mira, Calmen sé que entre tú y yo jay una amistad muy sincera y profunda y pol tal razón tengo que dalte un mandaíto que me dió Wilfredo pa ti".

Carmen quedó muda al oír las palabras de su amiga. Nunca había pensado que su amiga le hablara de una persona a quien tanto amaba en secreto. Menos aún imaginaba que Wilfredo se interesara en ella por ser la más pobrecita del barrio. Quedó turbada, arropada con sus propios pensamientos. Quería, sobre todas las cosas, mantener en secreto aquel sentimiento puro que sentía por Wilfredo, pero aun así ya su amiga lo había descubierto por boca de Wilfredo. Temía que tanto sus padres como los de su enamorado, lo supieran. Wilfredo, aunque pobre, vivía en un plano social mas elevado que ella; usaba zapatos todos los días; se tiraba al cuerpo tres mudas de ropa limpia cada semana. Sus padres tenían una finca de doscientas cuerdas de terreno y estaba estudiando el quinto grado de escuela elemental en Guánica. Tenía quince años de edad y a los nueve fue a la escuela. Carmen tenía miedo al pensar que algún día los comentarios de la amistad suya y de Wilfredo se regaran por el barrio como lava ardiente y sus padres y los de Wilfredo lo supieran. Aprovechando que ella y Luisa eran las últimas de la fila, estiró su mano derecha y halándola suavemente por las trenzas le dijo en voz baja:

-"Espera que las otras vayen más separás de nojotra pa' que me cuentes el mandaíto de Wilfredo. Eso sí, que tú y yo na má lo sabemos. No sé de qué se trata, pero me imagino que si papi y mami lo saben, me enredan en el Juan Caliente que tiee papi colgando de la cumblera de la casa".

-"No tengas mieo, Calmen, -le aconsejó Luisa a la vez que volviendo la cabeza hacia atrás la miraba sonriente-, será un secreto entre los tres, así me lo prometió él".

Julia, Sara y Lisa iban a una distancia considerable de Carmen y de Luisa quedando así en dos grupos. La vereda es tortuosa y no se pueden ver claramente.

-"Ahora que nuestras amigas van lejos, cuentámelo to' Luisa. No jables en voz muy alta pa' que no se enteren".

-"¿Sabes una cosa, Calmen?" -interrogó Luisa a Carmen.

-"No sé de qué se trata, pero creo que se trata de algo muy bueno".

-"Wilfredo etá loquito por ti, así me lo dejó sabel ayel cuando fui a la finca de su papá a buscal un viaje de agua".

-"No me digas una cosa tan semejante, Luisa. Entre él y yo no pue' jabel na' de amol. El es rico, yo pobre que ni zapato uso. Sus padres se opondrán, los míos también. Es un imposible pa' ambos".

Verdaderamente Carmen amaba a Wilfredo en secreto, pero hasta el momento ese amor era imposible. La riqueza y la pobreza siempre han sido un par de líneas paralelas que jamás se han cruzado entre sí. Carmen, enamorada de Wilfredo, hijo de padres ricos, dueños de una finca de doscientas cuerdas de terreno en la cual la mayoría de las gentes de los barrios cercanos se ganaban la vida y Wilfredo, enamorado a lo cenizo de Carmen, hija del matrimonio más pobre del barrio. No podían enamorarse, ni mucho menos podían casarse. Sus vidas, verdaderamente eran un par de líneas paralelas.

-"Pero eso no tiene impoltancia, Calmen, -le aseguró su amiga cariñosamente-, lo impoltante es que lo ames como él a ti".

-"Sí, pero jay muchas otras cosas que se deben tenel en cuenta. El sabe leel y escribil, yo no sé ni "jota". Acongojada y triste le hablaba Carmen a Luisa: "y pa' más desgracia nuestros pay etán enojaos y no se quieen vel ni en pintura".

-"Peldóname, Calmen, que en ete' caso les eté' silviendo de correo y aquí te traigo un papelito que te mandó". Luisa introdujo su mano izquierda entre el traje y el zagalejo al lado del seno derecho y le entregó un papel rosado escrito. -"Como no sabes leel, si quiees' y si no es mucho entremeterme, te lo leo".

-"Etá' bien, leélo, pero que mis jotras amigas no se enteren" -le suplicó Carmen a Luisa.

-"Escucha lo que dice, pon mucha atención, -le suplicó Luisa mientras abría los dos pliegos de papel. Dice así:

-"Etimada Calmita:

Eta' caltita es pa' decilte en pocas palabras lo mucho que te amo. Je notao que me siento atraído hacia tí pol el más beyo de to' los sentimientos, el amol. Me gustaría más jablalte que escribirte y si no es mucho pedilte; quieo que vayes el prósimo sábado a la jaranita que, como de costumbre, celebran en casa del señol Matos. Contéstame con nuestra amiga Luisa.

Gracias y espero velte ayá.

Wilfredo".

-"La caltita etá muy bien escrita, Luisa, y me gustaría complacelo, sin embalgo, tengo mieo, quieo mucho a mis padres, tanto que no me gustaría dale que sentil por na'".

-"Le des qué sentil o no, algún día tendrás que enamoralte, casalte o dilte con el novio. De lo contrario; te quedarías pa' jamona o pa' vestil santos. Ete es un caso muy delicao y un problema serio el cual tú sola debes resolvel como mejol pueas. Etoy' dipuesta a ayudalte en to' lo que pueo' con el propósito de que seas feliz".

-"No sé qué decilte, Luisa, -le habló Carmen a su mejor amiga-, polque mi caso es muy complicao, es más complicao que lo que tú mesma piensas".

-"Lo sé Calmita, lo sé, -le aseguró ésta-, pero no te dejes manipulal pol otras personas, es más, pol mí tampoco te dejes dominal pol el sólo hecho de que soy tu mejol amiga. Actúa de acueldo a tu propia conciencia, jaz lo que te oldene tu corazón. Si lo amas, acude a la cita. Si no lo amas, no vayes el sábado a la jaranita. Tal como sea, Luisa, diré. Dile a Wilfredo que trataré de dir la bachata el prósimo sábado si mis biejos me dan pelmiso, -le prometió Carmen con la esperanza de poder asistir a la primera cita de amor con el hombre de sus sueños.

A medida que las dos muchachas siguen hablando, Julia, Sara y Lisa han avanzado más y han llegado al Cedro. Han llenado sus latones de agua; los han puesto encima de unas rocas y esperan por sus dos amigas.

Lo que se conocía en épocas muy lejanas con el nombre de "El Cedro" es un lugar muy pintoresco y embrujado por la naturaleza. Dicen las personas antiguas que vivieron por esos contornos allá para el año 1820, que al llegar al lugar conocido ahora por El Manier no había agua por lo que la vida en ese lugar les era imposible. Sin embargo, le era propicio porque había árboles secos en abundancia los cuales podían convertir en carbón y leña y venderlos en los pueblos cercanos para los hogares y panaderías. También podían cortar madera y palmitas de cogollo para sus chozas. Debido a que las lluvias eran más abundantes y más frecuentes podían dedicarse a preparar terreno para dedicarlo a la agricultura. En el primer grupo de familias que pobló el lugar; había cuatro que habían sido esclavas. Ciertas personas se adentraban en el bosque a trabajar para vivir de lo que de él sacaban. En el bosque hay grandes porciones de rocas lisas que forman una especie de alfombra. En esas alfombras había huecos llenos de hojarasca y tierra. Ellos limpiaban esos huecos para que se llenaran de agua en tiempos de lluvia; nombraban cacimbas. Usaban el agua para lavar ropa, bañarse, cocinar y daban de beber a los animales que criaban. El agua de las cacimbas no era suficiente para los habitantes del barrio, pues las mujeres tenían nuevos hijos y otras familias llegaban al lugar. Se vieron obligados a internarse más lejos en el bosque hasta que por una casualidad, llegaron a una joya y a un terreno diferente al que otras veces habían visto. A lo largo de la joya hay dos paredes de rocas y de vegetación que desde el final de la misma se extienden mil pies aproximadamente. Me imagino que al ver dos rocas enormes al final de la joya se maravillaron. Notaron que el terreno estaba demasiado húmedo y que la vegetación se mantiene todo el año verde y saludable.

"Sin duda alguna, aquí hay agua pa lalgos años" diría alguien. Y así fue. Limpiaron el terreno y cavaron una zanja hasta debajo de las rocas. Si alegre y feliz se sintió Cristóbal Colón al escuchar a Rodrigo de Triana cuando gritó, "¡Tierra, Tierra, Tierra!", más alegres y felices se sintieron Angel Ortíz, Manuel Tinó, Pedro Silva y Fernando Ostalaza cuando Nicolás Quiñones gritó a todo pulmón "¡Agua, agua, agua!". Aquellos cinco hombres habían descubierto una fuente de agua dulce, fresca, pura y cristalina la cual duraría muchos, pero muchos años mitigando la sed a miles de personas y numerosos de animales. Al final de la joya había un enorme tronco de árbol de cedro ya sin vida. Estaba cruzado de un extremo a otro de la quebrada. En él, las lavanderas acomodaban los tinas y petates para lavar, también se sentaban en él. Fue ese tronco viejo de cedro testigo mudo de muchos eventos que tomaron vida protegidos por su silenciosa sombra. Vio pasar por sus alrededores infinidad de jibaritas bellas y amorosas siendo testigo, ignorado por ellas quizás, de sus citas románticas. Fue testigo de bellas noches de luna cuando tal o cual muchacha aprovechando un descuido de sus padres, se fugaba con su novio.

Creo que del barrio El Manier y de muchos otros cercanos, no hubo una persona que no hubiera tomado agua de ese manantial y que no hubiese descansado bajo la fría sombra de dicho tronco de cedro. Allí precisamente llegaron esa gloriosa mañana, Carmen, Luisa, Julia, Sara y Lisa. Sentadas encima del tronco de cedro les dijo Sara a Carmen y a Luisa:

-"Muchachas, uteees' si que son como la toltuga, creíamos que jabían regresao al barrio". A lo que Carmen se adelantó a contestar:

-"Claro que somos lentas como la toltuga polque no tenemos zapatos puestos y teníamos que venil sacándonos las espinas de los pies".

-"Utees' avanzaron, -les ayudó Luisa-, polque aunque sean chanclas de cuero de cabro tieen' puestas. Nojotras ni eso tenemos".

-"Es que sus pay, -dijo Lisa en tono de burla-, son tan descuidaos que cuando matan un cabrito pa comélselo, botan el cuero en vez de ponelo a secal y luego hacel chanclas con él".

-"Así jacen los míos y los demás pays del barrio, -aseguró Julia-, que no dejan peldel na'. Yo tengo un pal de chancletas y otros domingueros aunque sean viejos y feos".

-"Y ahora que Julia habló de domingueros, -interrumpió Sara-, arrecuelden que el sábado hay una jaranita en casa de Pedro Matos. Debemos pedile pelmiso a nuestros pays dende hoy mesmo pa dilnos preparando lo mejol que podamos. Ese día vamos a tiral las pueltas pol las ventanas".

-"Yo tal vez no vaye, -argumentó Carmen entre triste y alegre-, polque los míos no me dejan salil si no es con eyos. Creen que si salgo a fiestas sin eyos, me comen un canto".

-"No tengas cuidao pol eso, Calmen, -le habló Luisa aconsejando a su amiga-, que yo jablaré con eyos y te sacaré pelmiso".

-"Por eso lado yo me despreocupo, -contestó Julia-, polque le tengo el fayo cogío a los míos. Utees' deben jacel lo que yo jago y especialmente tú, Calmen. Cuando pol el barrio se corren los rumores de que jay una bachatita; dende bien temprano preparo to' en la casa. Busco agua, leña, le ayudo a mami a barrel el batey, a laval los trastes y los guayucos. De esa manera mami etá contenta y me da pelmiso pa dil aonde yo quiera".

-"A mí me dejarán dil, -aseguró Lisa-, sin embalgo no es seguro que vaye. Oí comentarios de que el hijo del riquito de Las Cóbanas etará presente. El muchacho es de lo más buen mozo en el barrio, pero tiene un aire de engreío que a mí no me gusta. Si voy y me saca a bailal, lo dejaré plantao en medio del soberao".

Carmen, como era natural en un caso así, se sintió herida en sus sentimientos de mujer tan joven al oir a su amiga pronunciar la palabra "engreío" aunque sabía que era cierto. Tuvo deseos de defender a Wilfredo con sus palabras y para no dar a conocer sus intenciones, ahogó sus palabras en la garganta. Tampoco quería que sus amigas supieran que estaba enamorada de él.

-"Pues yo soy diferente, -dijo Luisa-, polque me gustaría bailal con Wilfredo aunque fuera un sanvirongo. Dicen que baila muy bien y además muchas me envidiarían al velme bailal con el riquito del barrio".

-"Aay nena, no te la jeches tanto, -le habló Lisa un poco enfadada-, que el muchacho no es la gran cosa como muchas cren. Bastante trotón que es bailando. En las navidades pasá bailé con él cuando celebramos el bautismo de mi helmanita y baila como si etuviera amontonando basura".

-"Eso es cielto, bailando es como los demás, -aseguró Sara mientras miraba de reojo a Carmen y a Luisa-, y yo pa' que no me envidien, no bailaré con él".

Al oir hablar así de Wilfredo, Carmen no se sentía muy bien. Deseaba abrir la boca y gritar a todo pulmón que no hablaran mal de su prometido o enamorado. Eso no le gustaba pero tenía que soportarlo en silencio para que el asunto no llegara a oídos del público y por consiguiente al conocimiento de sus padres. Sin duda alguna, si éstos lo sabían, tenía su jalón de greñas seguro sin contar la penitencia que le impondría de hincarla de rodillas cuatro o cinco horas frente a uno de los setos de la casa puesta de rodillas encima de un guayo. A eso más le temía y prefirió dejar que sus amigas dieran rienda suelta a sus lenguas. Ellas querían mucho a Carmen, la respetaban y la consideraban y por nada del mundo hubieran tratado de herirla si hubiesen sabido que Wilfredo y Carmen se gustaban. Es que en el barrio era así en aquellos tiempos. Una pareja se enamoraba y como muy pocos sabían de letra, se amigaban con alguien de mucha confianza para que les sirviera de intermediario y pasara los papelitos de unas manos a otras. Al saberlo los padres de la muchacha no la dejaban tirar abajo ni a contar un chisme y siempre estaba vigilada por lo menos por un par de ojos; bien fueran los de su padre, madre o hermano. Pero el amor no conoce barreras y ellas siempre se las ingeniaban para verse o hablar con el hombre amado. Es por eso que en el barrio las muchachas no se casaban, brincaban las mayas con el novio.

-"Es mejol que telminemos eta' conversación y nos vayemos, -les aconsejó Carmen tratando de ocultar la ira que invadía su cuerpo al oirlas comentar de esa manera a nuestras casas. Ya nuestros pay creerán que algo malo nos ja sucedío. Si hoy me taldo mañana no me dejan venil con utees. Así que jechemonos los latones de agua en la cabeza y lalguémonos de este apacible lugal".

-"Así jaremos, -contestaron todas a la vez-, mañana volveremos".

Colocaron sus latones en sus cabezas y se alejaron del lugar. Iban unas detrás de las otras brincando de piedra en piedra en ciertos tramos de la vereda. Con sus latones en las cabezas eran tan hábiles que mientras tarareaban tal o cual canción que estuviera en boga, con ellos bailaban y no se les caía ni se derramaba una gota de agua. Mientras caminaban iban charlando y diciendo chistes como para no sentir el camino. Carmen, mientras tanto, no ponía mucha atención a la conversación de sus compañeras. Se encontraba navegando en un inmenso y profundo mar de dudas por lo que dijo Lisa de Wilfredo. Pensaba que Lisa estaría enamorada de él y que ya sabía que ella, estaba enterada y para mortificarla hablaba de esa manera. Julia también le estaba ocultando algo al estar interesada en bailar con él. Aún así, se consolaba ella misma al pensar que quienes hablaban así eran muy amigas suyas y no las encontraba capaces de traicionarla en el campo del amor. Pensaba también en la advertencia hecha por sus padres al salir de la casa a buscar agua. Ese pensamiento sí que la agobiaba de sobremanera. Ella que tanto amaba respetaba y veneraba a sus viejos, se había dejado dominar por sus impulsos e involuntariamente había hecho caso omiso de los consejos sanos de sus padres. Sintió miedo cuando la voz de la conciencia le decía: "No sea que te contagies con esas dos o tres cabritas que hay en el barrio que lo que hacen es pelarle el diente a los mocetones del barrio". No, eso no podía suceder con ella por el bien y la felicidad propia y de sus padres. Pero ¿cómo salir de esa encrucijada en que se metió si ya le había prometido a su amiga que asistiría a la jaranita? Le presentaría una excusa razonable para librarse de ese encuentro y así evitaría que sus viejos y el barrio entero se enteraran de su amistad con Wilfredo. Si se enteraban, ¿qué les diría a sus viejos? Si no estaba presente en la jarana, ¿qué le diría a su propio corazón? Pensaría y al llegar el día se decidiría, saliera el tiro por donde saliera.

Envuelta en la blanca sábana de la duda llegó a su humilde hogar acompañada de sus amigas. Su padre se había ido al conuco a desyerbar el maíz y las calabazas que tenía sembrado no muy lejos de la casa. Su madre estaba sola remendando y planchando ropa. Sus amigas se bajaron de sus respectivas cabezas los latones de agua y los descansaron en la tierra desnuda. Carmen dio la vuelta por detrás de la casa y en un barril de madera que había en la cocina derramó su latón de agua. Doña Ana oyó y pregunto:

-"¿Eres tú mi'ja?"

-"Si mami, soy yo. Me taldé un poquito, pero gracias a Dios ya etoi aquí contigo, -dijo la muchacha un tanto nerviosa-, ¿Etá' pay?"

-"No, no tá'. Etá en el conuco y te dejo dicho que le llebes la palva, lo más pronto posible. Que también le llebes agua y dos brevas, -le ordenó la madre. Ya los soruyos etán' asaos y los dejé al rescoldo pa' que no se enfrien. El café eta' en la lata también al calol de las brasas".

-"Pero, may, ¿qué jaces? -le preguntó Carmen. ¿Por qué no vienes a la cocina a aonde etoi yo?"

-"Mi jija, es que etoi apuraita remendando y planchando guayucos, -le contestó su madre. No pueo' dejal lo que etoi jaciendo polque se me enfría el almidón. Sabes que a tu papi le gusta que la ropa le quee bien planchá, que se pare sola. Ven acá pa' echalte la bendición y dalte el beso de costumbre".

En cosa de segundos Carmen estuvo en la sala con su madre. La besó una, dos, tres, muchas veces la besó y le pidió la bendición. La madre dio aquellos tiernos besos llenos de amor y de cariño mientras la abrazaba fuerte contra su pecho. Así permanecieron largo rato como no queriendo separarse la una de la otra.

-"May, -dijo la muchacha-, les daré desayuno a mis amigas y luego diré a llevale el de papi. También aprovecharé pa' trael una calga de leña polque no jay aquí"

-"Etá', bien mi ja, pero apúrate, -le contestó la mamá-, que tu pay etará velde".

La muchacha quien era experta en esos menesteres, no tardó mucho en servirle algo de comer y beber a sus amigas. Les sirvió el desayuno típico del barrio el cual no faltaba en las cocinas en tiempos buenos. Porque déjenme decirles, que también habían tiempos muy malos. A cada una les sirvió un sorullo asado de harina de maíz y un pote de café prieto. Luego se marcharon con el estómago llenito, a sus respectivos hogares. Carmen, después de haber desayunado se dirigió al conuco en donde su padre esperaba por ella.

Su padre, quien estaba sudado hasta las orejas debido a lo mucho y fuerte que había trabajado; al verla llegar tiró la picota y se sentó debajo de un árbol de lechosa que había en una esquina del conuco. Se quitó el sombrero pava que tenía puesto, se abanicó la cara unos minutos con el y luego se la secó con las mangas de la camisa. Tan pronto llegó Carmen a su lado le dijo:

-"Bendición pay. Creo que me talde un poquito con el desayuno, pero gracias a Dios etoi contigo y aquí tiee' el desayuno".

-"Un jijo nunca yega talde a sus pay jija, -le contestó su padre mientras le restrillaba un beso en la cabeza. Dios te bendiga, quería jija. Agora desayunaré y seguiré trabajando polque quieo' tenel las matitas de maíz y calabazas limpias lo más pronto posible pa' que cuando yeguen las lluvias me las cojan sin yelba y se vayan arriba lo más pronto posible".

-"Pay, sé que agora no tiene chavos, pero me gustaría que cuando vendas un cabrito, me compre un pal de zapatos de los mismos que tiene Sara que le costaron ochenta y cinco chavos, -le pidió humildemente Carmen a su padre, a lo que él le contestó rebozando su rostro de alegría.

-"Sí, mi jija, etá' bien. La cabra Lola tiene una jembra y dos machos, en cuanto valgan cuatro reales cada uno, los venderé pa' compral dos pares, un pa' ti y uno pa tu may".

-"Que bastante falta nos jacen, pay, -le contestó la hija. Pero agora, cómete el desayuno que mientras tanto, yo buscaré una calga de bruscas pa que may cocine".

-"Pero antes, jija, desayuna conmigo, -le habló complaciente el padre a la hija-, polque he visto que en etos últimos días etás' comiendo poco, no sea que te vayas a enfelmal pol falta de comía".

-"Pielde cuidao pay, que eso no sucederá si Dios nos ayuda, -le aseguró Carmen. Yo siempre como bastante y si he rebajado algunas libras será polque etoy' en el cambio de vida como dicen pol ahí".

-"Sí, eso es cielto jija, tampoco debes dejalte mojal con agua de lluvia cuando llegue, -le aconsejó el padre-, sabes que la jija de la comay se enfelmó la vez aquélla que le cayó un aguacero encima estando en el cambio de vida. Eso es muy peligroso. Las mujeres se pueden ponel tubelculosas y no jabrá médico que las salve".

-"Pues le complaceré pay, -dijo alegremente la muchacha. Dame un pedazo de soruyo y un buchito de café pa que quedes complacio".

Don Luis partió entonces un sorullo en dos partes iguales y le dio una a su hija. Luego le dio un coco medio de café negro. Ambos comieron de aquella típica merienda hasta satisfacer sus hambrientos estómagos. Era costumbre de los padres compartir la comida con los hijos y con don Luis no había excepción. En el hogar, en las talas, donde quiera que se encontraran, los

padres les daban a los hijos el bocaíto de comida para sentirse mejor. A los hijos se les servía su ración alimenticia como de costumbre, pero los padres siempre les daban parte de las suyas. A eso le nombraban el "bocaíto". Terminaron el desayuno, Carmen se fue a la maleza a buscar una carga de bruscas y don Luis siguió bregando en la limpieza del conuco.

Don Luis, al igual que todos los padres de familia, tenía un pedazo de terreno que pertenecía a la compañía americana South Puerto Rican Sugar Company. Dicha compañía era la dueña de la central que estaba ubicada en el poblado conocido como Ensenada al oeste de la bahía y del pueblo de Guánica. Los habitantes del barrio El Manier tenían sus casas en terrenos que pertenecían a dicha compañía. Los hombres mayores de catorce años se veían obligados a trabajar en los cañaverales de la citada compañía o en la Central Guánica que así llamaban tal ingenio azucarero. El hombre mayor de la edad ya indicada que no quisiera trabajar en esos lugares, era botado de la finca con la familia y todas sus pertenencias. Les era prohibido entrar al bosque a cortar leña para carbón o cualquier otro propósito. Si lo sorprendían cometiendo tal acción era denunciado y tenía que pagar una multa en dinero, o en días de cárcel o ambas cosas, como dijera el juez de turno. El juez los consideraba y les imponía una noche de cárcel o medio peso de multa. El corte de caña duraba de cuatro a cinco meses y la molienda duraba lo mismo. Durante la zafra, todos los obreros del barrio trabajaban en la compañía y aunque no ganaban mucho para vivir como ricos, ganaban cuatro o cinco pesos a la semana y podían vivir como pobres que eran. Muy pocos de ellos podían conseguir un turno de trabajo en el invernazo. Por tal razón, se veían obligados a irse al bosque a hacer carbón, bien fuera con madera seca o verde. También cortaban madera seca para venderla en Guánica en paquetes de uno o dos centavos. El carbón y la leña no les eran fuentes suficientes de vida por lo tanto buscaban un lugar en el bosque separado de las casas y preparaban un conuco. Desmontaban toda clase de vegetación y luego araban el terreno. Sembraban lechosas, calabazas, yuca, maíz, gandules, batatas, tomates y pimientos. Parte de las cosechas las vendían y con el dinero compraban artículos personales y del hogar. Otra parte era para el consumo propio en el hogar. La compañía les prohibia que usaran el terreno para esos propósitos, pero ellos se las ingeniaban y preparaban esos conucos a escondidas de los guardianes de la compañía. Estando don Luis en su faena, apareció Carmen con una carga de leña seca en la cabeza. Se acerco a él y le dijo llena de satisfacción:

-"Mira pay, que mucha y buena leña conseguí pa que may nos cocine".

-"Etá' muy bien, jija, muy bien, -le contestó su padre a la vez que seguía hablándole. Sé que te preocupas tanto pol mí como pol tu may. También nojotros jacemos lo mesmo pol ti. Pol esa razón es que siempre te aconsejamos que no te juntes con cieltas muchachas del barrio. No nos gustaría que cayeras en las malas lenguas. Tú, aunque pobre, eres buena, decente, honrá y trabajadora. Siempre etás ayudándole a tu may en el hogal y a mí en el conuco".

-"Sí pay, es mi debel ayudalos en to' lo que puea'. Mira, en la prósima menguante te voy a sembral de maíz y calabaza to' ese terreno que jay desocupao, -le aseguró la hija-, pa que te compres un mameluco con los chavos que ganes vendiéndolos. Y si te sobra algo, pues comprale un traje a may".

-"Y a mi princesa le compraré un pal de zapatos pa' que pise duro en las prósimas navidades, -le aseguró su padre. Pero tiee que obedecelme y prometelme que no se juntará con malas compañas".

-"Sí pay, te obedeceré y te prometo que así lo jaré, te lo juro. Y agora me voy polque may etá' sola. Jecheme la bendición pay".

-"Que Dios te bendiga, mija" -dijo el padre viendo que su hija se alejaba de su lado.

Don Luis se quedó solo tratando de aprovechar el mínimo tiempo posible para tener sus matas lo más limpias posibles cuando llegaran las lluvias. La South Puerto Rican Sugar Company tenía dos guardianes quienes se ocupaban en vigilar los cañaverales y el bosque. Tenían autoridad y órdenes de la compañía para denunciar a las personas que sorprendieran cortando árboles en el bosque y preparando conucos. A muchos obreros ya los habían llevado a la corte por esos delitos. En muchas ocasiones, cuando encontraban un conuco sembrado y no le era posible dar con el dueño en el mismo terreno, iban casa por casa preguntando de quién era. Nadie tenía el valor, o poco aprecio a sus compañeros o vecinos, y no acusaban a nadie. Los guardianes iban entonces al lugar cortaban las plantas que había sembradas y se las daban a sus caballos para que se las comieran. En varias ocasiones los conuqueros perdían en un día el trabajo de dos o tres meses. Al ocurrir esto la mayoría de ellos no podían llevar a sus hogares el alimento de su familia. De esa manera sufrían hambre y desnudez. El conuco de don Luis estaba en la propiedad de los americanos y colindaba al norte con el bosque del gobierno insular de Puerto Rico. Hoy ese bosque es conocido como Bosque Seco de Guánica. Cuando un conuco era descubierto y destruido por los guardianes, los pequeños agricultores se veían obligados a buscar otro lugar en donde sembrar sus semillas para seguir viviendo de su vegetación. A don Luis ya le habían destruido tres sin que lo hubieran apresado.

El Bosque Insular de Guánica, como era conocido en ese tiempo, rodeaba los terrenos de los americanos en forma de herradura desde El Jaboncillo hasta el barrio La Joya. En medio del bosque había otras fincas privadas en las cuales había diferentes conucos. Entre las fincas estaban Las Cóbanas de Rafael Gutiérrez, Las Cobanitas de Silbano Cruz, La Justo Sanabria de Juan Morciglio y El Molino de Cancio Pérez. Había además otras porciones de terreno ocupadas por personas que no pertenecían al barrio Manier debido a la distancia en que estaban situadas. Esas eran el Ojo de Agua de José Nazario, y Joya Honda, de Fernando del Toro. A orillas del Mar Caribe estaban las fincas La Ballena de Fido Antonmarchy y El Tamarindo de Santiago Franceschy. En el Tamarindo había muchas familias viviendo y trabajando. Todas estas fincas y conucos estaban situadas al este del pueblo de Guánica.

Don Luis era un hombre incansable en el trabajo y por más cansado que estuviera, siempre tiraba "pa' lante" como decía él. Quería tener su conuco lo más limpio posible para que así las matitas que tenía sembradas se fueran arriba al caer la primera lluvia. Se sentía contento, y satisfecho al ver que su sembrado estaba creciendo normalmente bien, pero pronto esa satisfacción rodaba por el suelo al igual que lo hacían las gotas de sudor que se desprendían de su venerable rostro. Temía que cuando las plantas de maiz y calabazas estuvieran a punto de madurar su fruto, se aparecieran los guardianes y le echaran a perder en un día el trabajo duro y honrado de un mes. Silenciosamente pedía a Dios, al cielo y a la naturaleza que lloviera lo antes posible de manera que sus plantas se adelantaran y dieran fruto antes de que llegara el día fatal. En su mente se cruzaban las palabras de su hija pidiéndole que le comprara un par de zapatos. "Seguro que sí, que se lo compraré", decía para sí el hombre de campo. Mientras está absorto en sus pensamientos, llega Wilfredo a su lado.

-"Hola, que tal don Luis, ¿cómo se siente? -saludó y preguntó a don Luis que al verlo quedó mudo y parado como una vela. Lo noto un poco asustao, perdóneme".

-"No, no es na', Wilfredo. Me siento bien. ¿Cómo te sientes tú? -contestó y preguntó don Luis. A decilte veldá, muchacho, me jiciste tragal la mascaura. Creía que eran los gualdianes que venían a denuncialme pol jabel jecho ete' conuco sin pelmiso".

-"Caramba don Luis, usted pasando sustos aquí y arriesgándose a peldel el trabajo y jata dil a la cálcel, teniendo mi pay tanto terreno félt il que no etá produciendo".

-"Así es la vida, Wilfredo, -habló don Luis al muchacho-, mientras que a unos les sobran las comías a otros les jacen falta. Pero gracias a Dios que yo nunca he deseao humiyalme a naide".

-"Si ute' quiee', -insistió Wilfredo-, jablo con papá pa' que le pelmita limpial dos o tres cueldas en su finca pa' que puea' trabajal tranquilo y sacale más provecho".

Don Luis se sintió sorprendido al oír hablar a Wilfredo en ese sentido. -"¿Cómo sería posible que el jijo de su enemigo le ofreciera terreno? ¿Por qué? ¿Qué etaría' tramando el muchacho? Eso no lo podía comprendel a cabalidad, pero tenía una espinita clavada en su corazón".

-"Jum, ete' güevo quiee' sal" -se dijo para sí don Luis. No podía ni quería aceptar su ofrecimiento por tres razones poderosas: Primera, porque le estaba ofreciendo un terreno que no era suyo; segunda, que si aceptaba, tenía que reanudar la amistad con su padre la cual había suspendido tres años atrás, y tercera, que no quería que su hija hiciera amistad con Wilfredo y con ninguno de su familia. Don Luis, como todo padre, sentía la corazonada de que su hija y Wilfredo se gustaban. La presencia en su conuco de aquel muchacho de quince años e hijo de su enemigo no le era del todo grata. El muchacho era muy alto sus ojos eran negros, sus cabellos y su piel también lo eran. Don Luis veía en el muchacho el tipo ideal para ser explotado en las fincas por su juventud y fortaleza y le dijo en son de broma:

-"¡Muchacho, tú con ese cuerpazo le ofreces a un trapo de viejo como yo, dos o tres cueldas de terreno! ¿No ves que a mí ya se me salen los vientos y no me doi ni cuenta? Además, sabes que tu pay y yo etamos' distanciaos dende jace mucho tiempo".

-"Eso no tiee' na que vel, don Luis, -le habló húmildemente Wilfredo. Yo pueo ablar con pay pa' que jaya un nuevo acercamiento pacífico entre utees'. Lo que hubo entre ustedes no es tan importante como pa que etén enojaos toa la vida".

-"No fue tan impoltante, -repitió don Luis-, pero me ofendió malamente. Me dijo ladrón polque me solprendió coltando leña seca en su finca. Aceto que fue velda, pero no tomó en consideración que empecé a trabajal pa él a los ocho años llevando la leche al pueblo. En su finca me jice hombre y se lo agradezco, y nunca tendré dinero pa' pagale to lo' bueno que jizo conmigo, pero tampoco olvido lo mal que me trató ese día. Una palabra pue heril más que una espada".

Para esa época las personas que tenían terreno acomodaban en él a cierta cantidad de familias. Don Miguel Orta, papá de Wilfredo, tenía seis familias en su finca. El dueño exigía que en la familia hubiera una persona mayor por lo menos. Esa podía ser hembra o varón. Esto era así porque esa persona debía y tenía que trabajar en la finca por lo menos ocho horas al día por el jornal de treinta centavos. Tenía la oportunidad de hacer su saquito de carbón, vender su carguita de leña y criar animalitos, si éstos no hacían daño a las siembras; para así ganar algunos chavitos extras.

Los hijos menores de esas familias, como no podían ir a la escuela, tenían que trabajar por el mismo jornal de los padres, o sea, que trabajaban ayudándole a los padres y no devengaban jornal. Don Luis había llegado de ocho años de edad a vivir a la finca de los padres de don Miguel. Años más tarde tanto los padres de don Miguel como los de don Luis murieron. Don Miguel se hizo cargo entonces de la finca. Don Luis siguió en la finca hasta el 1935, fecha en que se vio obligado a irse de ella por el problema ya mencionado.

Los obreros arrimados a los pudientes tenían que ser votantes de los partidos políticos a los cuales estos pertenecían. De lo contrario, no tenían nada que hacer en esas fincas. Si no rendían labor satisfactoria, también corrían la misma suerte. Por eso, tal vez don Miguel mató dos pájaros de un sólo tiro. Supo que don Luis no simpatizaba con su partido y lo sorprendió cortando leña, aún viviendo arrimado y trabajando para él.

-"Etoy' etudiando el quinto grado de ecuela elemental, don Luis, -le decía Wilfredo a don Luis, y nos enseñan a que la pelsona debe peldonal cuando le ofenden y debe pedil peldón cuando eya ofende. En ete' caso debe peldonal a papa".

-"Debo peldonal a tu padre pero a según me acabas de decil agora mesmo él debe pedilme peldón-le contestó don Luis. Soy pobre, feo y viejo, pero tengo velgüenza y buenos sentimientos. Etoy' dipuesto a peldonalo, pero no a humiyalme polque el que se abaja mucho, se le ve, lo que tú sabes".

-"No es que utee' se humiye, -le habló Wilfredo-, polque no pielde nada con probal, es que le conviene a utee' y a su familia".

El muchacho hubiera pronunciado ese nombre tan querido por él, "Carmen", pero para no despertar en su futuro suegro, tal vez dudas; no lo hizo. Se conformó con nombrar toda la familia y así se veía y se oía mejor. En ciertos momentos deseaba hablarle de ella, decirle que la amaba en silencio, que quería casarse con ella. Sus palabras se ahogaban en su garganta sin poderlo remediar. No, no podía, no debía hablar. Ella quizás no lo sabía aún. Seguramente Luisa no le dio el mandadito y sus esperanzas estaban volando por los aires. Si se lo decía ahora a su padre iba a ser rechazado y hasta le metería el pico de la picota en la cabeza hasta el cabo. Ese no era el mejor momento puesto que don Luis estaba jadeante y hasta mal humorado por lo mucho que había trabajado.

Don Luis, por otra parte se preocupaba y sentía curiosidad al notar el interés que su compañero tenía para que trabajara otra vez con su padre.

-"Dime la veldad Wilfredo, -le preguntó don Luis-, ¿Te mandó tu papi a que jablaras conmigo?" -a lo que él contestó: "No señol, no me mandó, lo jago voluntaria y amigablemente. Como utee' sabe, a mi papá no hay que cogele las cosas en cuenta pol repugnante y áspero que sea al tratal a las pelsonas. Me gustaría que utee' volviera a la finca. De las familias que jay en la finca, es con la suya con quien más me llevo. Dende pequeño lo conocí y le tengo mucho aprecio".

Por la estrecha mente de don Luis no pasaba la más remota idea de que quien le hablaba así, lo hacía con la intención de volver a estar más cerca de su querida hija. Sí, ahora que desde tres años no sentía su voz resonar en sus oídos, que no la veía correr por la finca alegre y juguetona preguntándole a los obreros que dónde estaba su padre. Ahora que notaba que había un vacío en su alma se daba cuenta que Carmen había despertado en él algo grande y sublime. Cuando la muchacha estaba en su finca, tan cerca de él, cuando podía hablarle a su antojo y declararle los sentimientos, no le interesaba. Entonces él no tenía tiempo para ella. Tan pronto llegaba de la escuela, se emborrachaba con los libros con el propósito de obtener calificaciones altas que le permitieran llegar a ser un maestro o abogado, tal vez. De sus padres saber que se fijara en una patipelada y analfabeta del barrio, le hubieran dado una pela que hubiese largado las listas de cuero. Ellos no podían permitir que un hijo de un terrateniente que poseía doscientas cuerdas de terreno, una vaquería, cuarenta vacas chingas con sus becerros, cuatro yuntas de bueyes, tres yeguas, dos caballos, dos carretas, puercos, gallinas y cabros; se enamorara de una pobre muchacha que apenas usaba zapatos cuyos padres no tenían en qué caerse muertos. Para ellos, eso no sucedería nunca. Sin embargo, su hijo no pensaba de igual manera quizás porque sus padres no lo habían instruido al respecto o por ser demasiado joven que todavía no sabía lo que quería para su porvenir; deseaba la amistad de Carmen y hasta la había citado para una pachanga.

Es precisamente por eso que ahora estaba en el conuco frente a su padre aconsejándole que volviera a su finca.

-"Aceto tó' lo que me dices, Wilfredo, y me gustaría complacelte, -le aseguró don Luis-, pero cuando a mí me botan de un lugal, no vuelvo ni a pagal promesas de rosarios cantaos. De manera que pues' dilte tranquilito que no volveré más. Es más, pa' selte más sincero que puea', prefiero vivil debajo de un álbol como lo bueyes, o entro de una cueva como los cabros a dil a tu finca a vivil y a trabajal".

-"En mi finca como ute' dice, don Luis, tendrá trabajo tó' el año, -le contestó Wilfredo-, y tendrá casa mejol en donde vivil".

-"Ya te dije, Wilfredo, -comentó él-, no regreso a tu finca. Mejol deseo comel polvo de carbón o hojas de álboles y bebel agua e' cacimbas que vele la cara a tu padre".

-"Siendo así, don Luis, -argumentó Wilfredo-, no insistiré más, pero arrecuelde que en cualquiel momento que nos necesite, etaremos a su olden y le ayudaremos en lo que podamos".

-"Dime, Wilfredo, -le preguntó don Luis-, ¿vinistes expresamente a lo que ya me jas jablao, mandao pol tu papá o pol tu propia volunta?".

-"No señol, -le respondió Wilfredo-, vine de mi palte. Jabía pasao pol aquí muchas veces y lo jabía visto trabajando en ese matacayal. Creo que utee' es un buen obrero y merece tenel un conuco féltil no como ése que tiee".

-"Con ete' matacayal me confolmo aunque no produzca mucho y aunque no sea mío. Nunca he sido egoísta con lo ajeno. Sin embalgo, en caso de que más talde necesite, te ocuparé, pues etar seguro".

Don Luis agradecía en lo más profundo de su alma el ofrecimiento del muchacho y lo hubiera complacido si por medio no mediara Miguel, su padre. Su pobreza no quería unirla con la humillación aunque le ofrecieran y le dieran todo el bosque del gobierno junto a el de los americanos. Prefería seguir trabajando dos o tres meses en los cañaverales y el resto del año robando madera para carbón, a irse a trabajar a la finca de quién ya era su enemigo.

-"Don Luis, -le dijo Wilfredo-, me voy y que quede utee' con Dios. Ojalá y yueva pronto pa' que el conuquito le de buena cosecha".

-"Gracias, muchacho, muchas gracias, -le contestó don Luis. Dios quiea' que así sea".

El muchacho se fue, dejando a su futuro suegro nadando en un innavegable lago de dudas.

-"¿Por qué? -se preguntaba don Luis-, ¿viene este joven a proponelme tratos? ¿Será que está enamorao de mi jija a lo adivino y quiere cogelme de carná? ¡este güevo quiere sal! Al pensar así juró no volver nunca más a hablarle a Wilfredo. No podía permitir que si sus pensamientos eran bien fundados, él fuera el eslabón que ayudara a juntar a su hija con el hijo de su enemigo. Trataría por todos los medios posibles de mantenerlos alejados todo lo más y mejor que pudiera. Sabía don Luis que ciertos dueños de fincas eran confianzudos y aprovechados, también varios hijos de ellos lo eran. Valiéndose de la ocasión de que los pobres vivían arrimados como peones con ellos les faltaban al respeto a las esposas y a las hijas, proponiéndoles actos amorosos. Tratando de ser complacidos le ofrecían conucos, trabajos y un sinnúmero de cosas más. Creían los terratenientes y sus hijos, que como esos peones vivían en casas y terrenos de ellos, tenían que las hembras ceder a sus bajos caprichos. Tal cosa no sucedería con la única hija de don Luis, pues trataría de evitarlo a cuesta de su propia vida.

Cansado y sudoroso llegó don Luis a su humilde hogar después de haber trabajado "como un animal" como decían los jíbaros cuando trabajaban mucho. Después de echarle la bendición a su hija, y de pedirle agua a su esposa, les presentó el plato del día, para que especialmente Carmen, estuviera al tanto de las cosas. Y acto seguido les dijo:

-"Agora que tamos' aquí reuníos debajo' de ete' álbol de flamboyán, en el batey de nuestra barraca, quieo jablales de algo bien impoltante pa que tengan conocimiento de lo que eta' tramando Wilfredo, el hijo de don Miguel".

Carmen, quien estaba sentada en una banqueta debajo del árbol, al oír el nombre de Wilfredo, se incorporó al instante cambiando el rostro de colores. Pensó que su padre sabía algo de la conversación que sostuvo con Luisa acerca del muchacho. Esperaba desesperada sin pronunciar palabra alguna a que su padre reventara como chicharra. Si era lo que pensaba, sin duda alguna, tenía su pela segura y su hincada de rodillas encima del guayo mirando hacia la pared del cuarto. Respiró hondo y feliz cuando su madre le interrogó a su padre:

-"¿Qué eta' tramando Wilfredo? Me imagino que quiee' que nos vayemos otra vez a la finca de sus padres."

-"Eso mesmo es, -le aseguró don Luis un poco irritado-, pero no lo logrará".

Carmen entonces se tranquilizó y quiso cerciorarse qué estaba equivocada. Aún así había pasado tremendo susto con sólo oír a su padre pronunciar el nombre de Wilfredo. Para sentirse más animada y libre de nerviosismo le habló a su padre con voz amable y cariñosa.

-"A mí tampoco me gustaría volvel a ese lugar pol el bien de tos'. Aquí vivimos más libres, más felices y papi trabaja menos. Esos dueños de fincas quieen' tener a los pobres como esclavos' Muchos jata quién' dale fuete cuando no jacen las cosas como eyos exigen".

-"No temas, mi'ja, -abundó su madre-, que de este' lugal no saldremos nuca' mientras etemos' vivos. El día que no podamos vivil aquí, nos sacarán con las patas pa'lante".

-"El día que yo muera, -añadió don Luis-, quieo' que me entierren bien jondo etrás de la barraca".

Las tres personas rieron celebrando el chiste del jefe de la casa. Hubiera aprovechado Carmen el momento para pedirle permiso para ir a la jaranita con sus amigas, pero sentía pánico con tan sólo pensar que su padre supiera con qué propósito lo hacía. Mejor sería esperar y dárselo a conocer a su madre cuando estuvieran a solas. Tal como fuera, su padre tenía que saberlo tarde o temprano. De nada valdría que su madre diera el visto bueno al caso, si su padre se negaba. El era el que decía la primera, segunda y tercera palabra en la casa.

-"De manera que los tres tamos' de acueldo que, -manifestó doña Ana-, aunque nos pidan de rodiyas y nos ofrezcan viyas y castiyas, no saldremos de aquí".

-"Eso es así, -añadió don Luis-, y así se cumplirá. Agora les diré algo más de lo cual me enteré jace unas horas. Según los comentarios, el próximo sábado jabrá pachanga en casa de Pedro Matos, como tos' los sábados. Si tú, Calmen, deseas dil, te damos pelmiso con una condición y ésa es que no bailarás con Wilfredo".

-"¿Por qué no je de bailal con él? -se preguntó la joven en sus adentros-, si precisamente ese es mi propósito. Pero al fin y al cabo, aonde manda capitán no mandan marineros. Tal como sea tendré que seguil el culso de la corriente del río nadando siempre jacia oriya pa' no parecel ajoga. ¿Pol qué papi me impondrá tal condición? ¿Sabrá argo de nuestra cita? Si lo sabe, ¿quién se lo jabrá dicho? ¿Sería Luisa mi mejor amiga? Tal como sea, tendré que pelmanecel muda polque cuando el río suena es polque agua trai".

-"Me gustaría sabel, Luis, -le pidió explicaciones su esposa-, porqué tú le exiges esa condición a nuestra jija. Creo que no se ve mal que Calmen baile con tal o cual muchacho tratándose de una bachatita entre jóvenes de la mesma edad. Sabes que no es a la primera que asiste. Don Pedro es un señol respetoso, bien querio pol tos' los jabitantes del barrio y los que van ayí también lo son".

-"Lo sé, Ana, lo sé, -le contestó un poco mal humorado-, pero el asunto es que no se cuelen los buscabuyas del barrio y quiean' folmal el bochinche".

-"No pienses eso, papi, -añadió Carmen-, que na de eso sucederá. Y si tú quieres dil también pue' jacelo aunque no bailes. Es bueno que te divieltas un rato polque no sales a ningún lugal que no sea los cañaverales o al conuco a trabajal".

-"Es que tiee' que sel así, jija, de lo contrario, no pueo trael el arroz y las jabichuelas, -amorosamente le habló su padre. Es trabajando mucho y fuelte y a veces escasean, qué no será si me dedico a paseal y a peldel noches bailando".

-"Pero papi, si es que tú siempre te acuetas' con las gayinas, -le dijo Carmen en son de broma. Y si no va; dame pelmiso pa' dil yo".

-"¿Qué dice tú, Ana?" -le preguntó entonces a su esposa.

-"Etoy' de acueldo en que vaye, pero temprano tiee' que etal' aquí".

-"Yo etoy' de acueldo, pero con una condición y que deje too' en olden en la casa, -le exigió la madre. Que no jaga como jacen muchas que pol etal' en el boreo no lavan ni las ditas de meal en la casa".

Carmen entonces se comprometió a dejar todo en orden para ganarse el permiso de divertirse un rato. A pesar de todo, no era necesario, pues como todas las del barrio se ocupaba de limpiar todo lo que había sucio en la casa.

Mientras tanto Wilfredo había llegado a la finca de su padre rebosando su alma de alegría. Se sentía satisfecho al saber que había hablado con el papá de la mujer que amaba en secreto. No podía perder ni un sólo momento para tratar de declarársele tan pronto tuviera la primera oportunidad. Fue por eso que sin permiso de sus padres, tuvo el valor y atrevimiento de ofrecerle un conuco a don Luis como para ir ganando terreno. Por ese medio quería volver a enfrentar a los dos hombres, pero esta vez con fines pacíficos. Aprovechando que su madre estaba ordeñando una vaca y su padre enyugando una yunta de bueyes, les preguntó:

-"¿Papi, pol qué no ponen a un peón a enyugal los bueyes y una peona a oldeñal la vaca?". Don Miguel era un hombre de esos que se criaban en los campos de Puerto Rico trabajando de sol a sol. Tenía sesenta años de edad bien empleados. Sus ojos y sus cabellos eran negros. Su cuerpo era musculoso con exageración. Y era muy recio tratando a las personas y muy especialmente cuando estaba frente a los obreros.

Matilde, su esposa, contaba cincuenta años de edad y su piel era blanca. Sus ojos eran verdes y rubios eran sus cabellos. Era muy tratable y cariñosa aunque en ciertas ocasiones era repugnante hasta con ella misma.

-"¿Cómo que por qué no pongo a otras pelsonas a hacel ete trabajo? -le preguntó Miguel a su hijo un tanto enfogonado. Si tos los obreros etán en sus puestos cumpliendo con su debel y obedeciendo mis óldenes. Sin embalgo, tú que eres mi hijo etás' mangoneando pol el vecindario y no me ayudas en ná'. Tiees que aprendel a trabajal dende agora pa' que te jagas calgo de la finca cuando nojotros nos vayemos. Pero pa eso tiees' que demostralnos que etás' capacitao pa' eyo. No te vamos a endonal una finca tan grande sin sabel bregal en eya".

-"Papá, pero si ya sé trabajal y administrala, pol lo tanto no tengo que aprendel más, seré un buen agricultol. Es más, seré el primero y único agrónomo graduado que salga del Barrio El Manier".

-"Sabes mucho jijo, -le habló su madre-, pero tiees' que aprendel un mundo de cosas más".

-"Y a propósito mami, etuve en El Manier y ví a don Luis, aquel señol que papi botó de la finca. El señol etá' viviendo mal y tal vez jata pasando jambres. Deberían dale' un conuco en nuestra finca pa' que se las busque sembrando diferentes frutos menores, -humildemente suplicó

el joven a su madre-, Don Luis es buen obrero y teniendo un pedazo de terreno más amplio, le sacaría buen provecho. Eta' finca es grande y pol lo menos la mita' no etá' produciendo".

-"No creas, -le aseguró el padre-, que nos vas a convencel tan fácil, jijo. Lo boté la primera vez y si tengo que jacelo mil veces, lo jaré sin compasión alguna. No agradeció los favores que le jice y me pagó con una poca velgüenza".

-"Etoy' de acueldo contigo Miguel, -le ayudó Matilde-, polque fue mal agradecío y te ofendió. Si quiee' tenel terreno, que lo compre o se lo robe a los americanos".

-"¿Pol qué; Wilfredo? -le preguntó su padre-, ¿favoreces agora a don Luis y te interesa que le cedamos un conuco? Y tiees' que tenel mucho cuidao, no sea que te enredes con su jija que ya etá a punto de cogel macho".

-"Ave María, papá, -protestó el muchacho enérgicamente-, no te adelantes tanto si no je pensao toavía' en enamoralme y mucho menos de eya lo que tiee' son catolce años".

-"No impolta que tenga catolce años, -manifestó su madre-, polque otras más jóvenes que eya jan brincao los alambres con sus novios".

Wilfredo tuvo que hacer gran esfuerzo para evitar no salir en defensa de la muchacha. Ahogó en silencio todas las palabras que le vinieron a la mente con el propósito de no dar a comprender que ya en sus jóvenes corazones ardía una llama difícil de apagar. "Ni mami, ni papi, ni don Luis, ni doña Ana, nadie ni nada podrán evital que nos amemos" -decía para sí Wilfredo mientras negaba que tuviera interés por ella. Sabía que sus padres no consentirían que su hijo se casara con una pati por el suelo, hija de unos padres que habían sido sus peones.

Lo ideal para él en este caso era guardar silencio y que el tiempo, que todo lo puede, lo dice y lo hace, hablara por ellos. Si trató la primera vez de unirlos, y no pudo; pues sencillamente no intentaría más para no despertar dudas que le pudieran perjudicar. No quería que sus padres montaran en cólera y hasta le prohibieran salir de tarde al barrio. Lo único que hizo fue pedirle permiso para asistir a la jarana.

-"Papi y mami, -les dijo el muchacho-, el próximo sábado jay una fiestecita, como toos' los sábados, en case del señol Matos".

-"¿Y qué insinúas con decirlo, jijo? -preguntó la madre como adivinando el pensamiento del muchacho. ¿Quiees' dil al baile?"

-"Bueno, si utees' quieen', diré" -habló el joven complacido.

-"Etá' bien, dirás, -dijo el padre-, recoge las vacas y los becerros bien temprano. Cada grupo en su corral y luego te vas al baile. Pero eso sí, no vengas muy tarde".

Esa noche el joven no durmió tranquilo pensando en Carmen. Ella tampoco lo hizo, pues desde que Luisa le dio el papelito escrito por él, solamente pensaba en el próximo sábado. ¿Qué sucedería al encontrarse juntos? ¿Qué emoción sentirían ambos al sentir sus cuerpos pegados uno al otro mientras bailaban un bolero.? Sólo dos almas enamoradas podrían describir con palabras la sensación que podrían sentir ellos. Aunque no consiguió que sus padres le cedieran el conuco para don Luis, consiguió permiso para ir al baile y eso era suficiente.

Capítulo II

Una Jarana en el Manier

Pasaron los días y con ellas las noches pasaron normalmente como de costumbre. Carmen iba al bosque a buscar leña para cocinar y planchar. Iba a buscar agua a El Cedro o a Las Cacimbas. Siempre estaba acompañada por alguien, bien fuera Lisa, Sara, Julia o Luisa. Se levantaba muy temprano como de costumbre y cuando sus padres lo hacían, ya tenía el batey barrido, los trastes limpios y las dos cabras ordeñadas. Esperaba ansiosa el primer encuentro con el motivo de su alegría, Wilfredo. Ella nunca había bailado con una persona del sexo opuesto, aunque lo hacía a las mil maravillas, pues practicaba con una escoba y también sus amigas la ayudaban y le enseñaron algunos pasos. Aún así, temía que al estar en brazos de Wilfredo, los nervios la traicionaran y quedara mal.

Al fin llegó el día tan esperado por ella y ese día sí, que estaba alegre. Todo a su alrededor para ella era maravilloso, único e inspirador. Las rojas flores del flamboyán lucían más hermosas, más brillantes que nunca. El alegre trino de los pájaros silvestres era para sus oídos una sublime melodía angélical. Las otras muchachas del barrio también estaban jubilosas esperando intranquilas la noche del sábado para alegrarse un rato bailando y charlando con amigos de la misma edad. Todas habían hecho sus labores caseras desde bien temprano para estar libres de las cinco en adelante.

Algo inquietaba a Carmen y en eso era que pensaba, que su enamorado no asistiera a la jarana debido a que sus padres no le dieran permiso por tratarse de que en el lugar estarían todas la muchachas pobres del barrio. Tal vez no convendría en que su hijo riquito no tocara con su ropa limpia, la sucia de las muchachas con polvo de carbón y olientes a manteca de fregado. Tal como fuera, ella se prepararía lo mejor que pudiera y estaría allí, se opusiera quien se opusiera. Ya tenía autorización de sus padres y con eso bastaba.

El señor Pedro Matos era un señor muy alegre y trabajador. Trabajaba en los cañaverales en tiempo de zafra y en invernazo se ganaba la vida como otros tantos lo hacían sacando carbón, vendiendo leña y vendiendo una que otra chuchería. También tenía un conuco clandestino en terreno de los americanos. Tenía cuarenta años de edad, ojos azules y su piel era blanca. Era dueño de un ventorrillo en el cual vendía gas, velas, dulces de coco hechos por su esposa, refrescos del país elaborados por él y su esposa, galletas, cucas, viandas, frutas y un sin fin de artículos más. Tenía una vitrola marca R.C.A. Víctor que, a juzgar por lo apolillada que estaba, daba la impresión de que era del primer modelo que fabricó esa compañía. Trabajaba por medio de una cuerda de acero y se le daba manigueta para que produjera música. El señor Matos solamente tenía cinco discos los cuales usaba todos los sábados y algunos días durante la semana. Los títulos de ellos eran Cataplúm, La Cama Vacía, El Temporal, Ay, Lolita de mi vida y Aunque Pasen Años. Su barraca y su ventorrillo estaban situados a la orilla izquierda, en el kilómetro 3, hectómetro 2 de la carretera P.R #334 que conduce de Guánica al Campamento Borinquén. En el barrio era el único lugar que se podía oír música por medio de las grabaciones. Cuando había promesas en Navidades, bodas, que solamente recuerdo dos, bautismos o cualquiera otra actividad relacionada con el baile, la música era de cuatro, guitarra y güiro. Era allí, pues en casa del señor Matos que se daban cita todos los jóvenes del barrio y uno que otro mayor de edad que se sentía joven y quería dejar a las cucarachas sin casa por lo menos por una noche.

Wilfredo por su parte, hacía lo mismo que Carmen, pero en su finca a unos seis kilómetros distantes de ella. Se levantó temprano y le ayudó a sus padres a ordeñar un grupo de vacas. Luego fue al pozo embrocado y sacó cincuenta latones de agua y llenó la pileta. Pasó todo el día trabajando fuerte para tener complacidos a sus padres. Por la tarde fue al pasto a recoger las vacas y becerros y los encerró asegurándolos bien, cosa de que sus hijos no mamaran de sus madres durante la noche.

Ya a eso de las cuatro de la tarde, se había bañado y cambiado de ropa. Su madre, quien era muy meticulosa, tratándose de la presentación y apariencia personal de su hijo y de la ocasión, se apoderó más de su meticulosidad. Se esmeró todo lo más que pudo en planchar su camisa y su pantalón hasta grado tal, que ambas piezas se podían sostener paradas solas. Le brilló los zapatos. Quedaron tan lustrosos que le servían de espejo. Cuando estuvo listo, le dijo a su madre:

-"Me voy mami, jéchame la bendición. Y tu papi, la bendición. Volveré antes de las diez de la noche".

Ambos le echaron la bendición a la vez que lo abrazaban y le pedían a Dios que nada malo le sucediera. -"Estaremos dispieltos jata que regreses" -le dijo la madre. Era costumbre de los padres, y muy especialmente de la madre, que cuando un hijo salía de la casa de noche, no se acostaban hasta que llegara. Le daban una hora límite para llegar, y si no cumplía, iban a buscarlo, y si no daba una excusa razonable, le propinaban una buena pela. Así eran las costumbres de aquellas gentes. Don Miguel le dio quince centavos para que manejara y se dirigió cantando bajito el lugar convenido con su enamorada.

Mientras Wilfredo se internó en el bosque por el estrecho callejón que de su casa conducía al barrio El Manier, las amigas de Carmen llegaban al hogar de ésta, alegres y juguetonas. Lucían trajes viejos, pero pulcros y planchaditos, tanto que se paraban solos. Sus madres y ellas mismas cocinaban el almidón en un latón y luego los sumergían para lograr que quedaran tiesos. Sus zapatos, veteranos de mil campañas, estaban que se podían mirar en ellos a larga distancia. En sus cabellos bien peinados exhibían un ramo de flores silvestres que parecía un arco iris sobresaltando el color blanco. Cada una tenía prendida en el pecho, encima del seno izquierdo, una flor blanca de alelí silvestre. En verdad que las cuatro muchachas parecían más bien cuatro jardines ambulantes que ellas mismas. Doña Ana las vio venir y presurosa le avisó a su hija diciéndole:

-"Apúrate, Calmen, que ya yegan tus amigas. Dende temprano, te dije que te prepararas con tiempo y todavía no jas telminao".

-"Ay, mami, no me ajores tanto, -le contestó la hija-, que ya telminé. Sabes que no me duelmo en las pajas y tratándose de buyicio, menos. Dile que dentren, mami, que enseguiíta nos vamos. Ya debe tal' el baile prendío y no quieo' peldelme ni una".

-"Entren muchachas, -les ordenó doña Ana-, que ya agorita Calmen tara' lista".

Las muchachas entran una a una a la sala de la vieja casa. Todas saludan a su amiga y a su madre. Entonces Luisa le habla a Carmen:

-"Peldona que te sea tan sincera, Calmen, pero realmente tas' bien diferente, no te pareces a ti".

-"¿Por qué no me parezco a mi? -le interrogó ésta-, si soy la mesma".

-"Es que como etamos acostumbrás', -intercedió Julia-, a velte vestía con trapos viejos y sucios, agora que eta' luciendo lo mejol que ties', te ves diferente".

A doña Ana no le había gustado nada que hablaran así de su hija para salir en su defensa les dijo:

-"Utees' me peldonan si les ofendo, critican a mi hija, pero no se dan cuenta cómo se ven cuando etan bien vestias' y cuando no lo etán".

-"Yo como no critico a nadie, -añadió Sara-, polque siempre etoy' en casa como puelca de sucia".

-"Es que tiee que ser así, -habló Lisa-, con tanto tizne que hay en las cocinas de nuestras casas, no podemos etal' limpias".

-"Bueno, déjense de chismes, -le ordenó doña Ana-, y vayasen al baile. Eso sí, te advielto Calmen, que temprano tiees' que etal' aquí. De no ser así, otro día no te dejamos salil a ningún lugal. Y cuidesen bien, tengan cuidao con lo que jacen. No les den confianza a los alabanciosos que les gusta ponel en lengua a las muchachas".

-"Pielda cuidao pol eso, -dijo Luisa-, que con nojotras no jabrá quien se meta, nos damos a respetal. Y agora nos vamos"

-"Que Dios las bendiga a toas" -les echó la bendición doña Ana y se fueron de la casa.

En honor a la verdad, era cierto que las cinco jibaritas eran, y estaban preciosas. Eran ese tipo de muchacha original de campo, inocente, y hermosas. De esas que jamás habían pasado por sus rostros sedosos y juveniles un lápiz labial y una mancha de pasta de colorete para lucir mas atractivas. Sin embargo, sus mejillas aterciopeladas, sus labios rojos y sus ojos verdes o azules hacían de ellas un conjunto prodigioso de belleza natural. Este era el caso de Carmen, una jibarita más de esas que se criaban en nuestros campos cuidando animales, trabajando en las talas mal vestidas y sin zapatos, pescando jueyes, haciendo carbón y trabajando en el hogar con el tizne hasta las orejas. Pero Carmen ya había cambiado, aunque fuera por unas horas. Fe de eso le daba Luisa cuando le dijo: -"Pero realmente etás bien diferente, no te pareces a ti". Es que no era para menos, pues el lodo jamás puede borrar el esplendor del oro. Estaba luciendo zapatos negros de tacón bajo muy brillosos. Se había metido adentro de un traje azul vistoso y largo. Su falda le llegaba hasta los tobillos y sus mangas cubrían sus brazos hasta dos o tres pulgadas antes de llegar a las manos. La pechera del traje le cubría todo el cuello, el azul de sus ojos, el de su traje y el color rojizo del sol que ya agonizaba se mezclaba con el azul eterno del cielo y producían un glorioso atardecer en el barrio.

Las cinco amigas se encaminaron sigilosas hacia el lugar deseado mientras charlaban y reían felizmente. De la casa de Carmen al negocito del señor Matos, conducía una estrecha vereda alfombrada de piedras, hojas secas y espinas. La naturaleza había adornado sus lados con plantas, arbustos y árboles de diferentes clases y especies. La mayoría estaba cubierta por vistosísimas flores de todos los colores. Mientras las muchachas van charlando amigablemente, se acercaron a un corpulento árbol de flamboyán que había nacido a la orilla del camino. Había un grupo de jóvenes de menos de veinte años de edad, y unos diez o doce adultos que pasaban de los treinta. Todos estaban jugando chú y la mayoría se daban al palito. Al pasar las amigas por el lado del grupo, habló uno dirigiéndose al grupo, pero maliciosamente a Carmen:

"Por allí van las cinco calboneras del barrio. Parece que como hoy es sábado, fueron temprano a las cacimbas y se bañaron. Pero aun así, la que más me gusta es la del traje azul que es más lalga que un camino".

El que así hablaba, era un muchachón de unos veinte años de edad, piel morena, ojos negros y cabellos negros ensortijados. Había llegado al barrio dos años atrás, según él, procedente de Ponce. Le gustaba mucho el jolgorio, beber, fumar y hasta echar su peleita de vez en cuando. Practicaba toda clase de juegos prohibidos y no prohibidos. También roncaba de guapetón de barrio.

Allí debajo del frondoso árbol de flamboyán, en medio de los que jugaban topos, estaba Wilfredo, no estaba participando del juego, más bien miraba esperando que las muchachas pasaran para luego ir detrás como el que no quiere la cosa. Al oír pronunciar las palabras por Gonzálo, que así se llamaba el muchacho, sintió cierto grado de coraje que tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para evitar caerle a golpes. No lo hizo por miedo a que saliera a relucir ante el público lo que quería mantener en secreto. "En otra ocasión no se la aguantaré" se decía para sí mientras apretaba los puños y se mordía los labios. A Wilfredo no le había ofendido que la llamara carbonera ni que porque era sábado se había bañado. Lo que le ofendió fue que dijo: "la que más me gusta es la del traje azul". Esas palabras calaron hondo en su alma y tenía que pararle el caballito a Gonzálo antes de que se desbocara pendiente abajo. Sin embargo, esperaría unos días, esperaría una segunda ocasión, pues quería saber si Gonzálo lo había dicho sin interés o con toda la intención necesaria. Las muchachas hicieron caso omiso de los piropos que le ofrendaron varios de los jóvenes, pero Carmen se sintió herida en sus sentimientos de niña virgen. "Ese muchacho es un odioso, -decía para sí-, si me sigue molestando, se lo diré a papi". Así pensaba la muchacha, pero de momento se arrepentía para evitar un enfrentamiento entre don Luis, Wilfredo y Gonzálo.

Por todos los caminos del barrio se veían caminar grupos de dos, tres, cuatro y hasta seis jibaritas acompañadas de jibaritos amigos, pestillos o enamorados a lo cenizo de ellas. Complacientes las jovencitas les prometían bailar la primera pachanga con tal o cual joven de su predilección. No había una que no luciera un ramillete de flores silvestres en sus preciosas cabezas. Los muchachos lucían un pañuelo blanco en el bolsillo trasero derecho del pantalón. Esa tarde todas las veredas desembocaban su caudal humano al batey del ventorrillo del señor Matos. Al paso de las muchachas, frente a la manigua de chú se oían los piropos dirigidos a ellas: "He de cortar esa rosa aunque sus espinas me jinquen". "Quisiera ser esa flor que yevas guindando del pelo". "Quisiera que fueras una flor y yo una abeja". "Me gustaría ser el pañuelito que yevas en la mano". "Me gustaría ser la brisa que juega con tus cabeyos". Estos y muchos piropos más eran dirigidos a cada una de las muchachas causando en ellas cierta complacencia, que hasta se ponían changuitas al oirlos.

Según iban llegando, iban entrando al ventorrillo que apenas cabían ocho personas. Las primeras en llegar a él se sentaron en banquetas y otras se quedaron afuera unas de pie y otras sentadas en piedras y latones. La casa de vivienda estaba al lado del friquitín y solamente tenía un cuarto y la sala en donde, en un rincón, estaba la apolillada vitrola R.C.A. Víctor la cual esa noche divertiría a la muchachería del barrio. La algarabía era inmensa, risas por aquí, carcajadas por allá, voces por un lado, gritos por otro, llenaban el ambiente a capacidad. Todos estaban alegres, especialmente don Pedro, que aunque perdiera un rato de sueño y sudara la gota gorda dándole cuerda a la vitrola, al día siguiente amanecería con seis o siete pesetas de ganancias producto de los dulces y refrescos que vendiera. Ese era, pues su único propósito.

Las cinco muchachas, amigas inseparables, habían llegado al lugar y estaban sentadas en banquetas en un rincón de la sala. Deseosas estaban de que don Pedro comenzara a darle cuerda al viejo artefacto, para empezar a barrer el piso con los pies. En otro rincón, había otro grupo de personas, pero todas eran masculinas. En bailes no era permitido que hombres y mujeres se sentaran juntos. Las hembras que no cupieran en la sala, tenían que estar en el cuarto. Cuando un varón quería bailar con una, le pedía permiso al dueño de la casa. Entonces ella o él entraban al cuarto y le decía: "Fulano quiee' bailar con uted'" si la muchacha aceptaba, la tomaba delicadamente de la mano y se la entregaba a fulano quien esperaba en medio de la sala. Si no aceptaba, no podía bailar con nadie en toda la noche por la sencilla razón de que había

despreciado el primer parejo. Carmen miraba a Wilfredo de reojo, como la que no quiere la cosa y Wilfredo hacía lo mismo. Sara, Luisa, Lisa y Julia miraban libre y cariñosamente al grupo de jóvenes con intenciones de que las invitaran a bailar.

Don Pedro, conociendo que ya había bastante público y que su esposa había vendido dos o tres pesetas, se levantó de dónde estaba y se dirigió verbalmente a los jóvenes con las siguientes palabras:

"Queríos amigos y vecinos, jovencitos y jovencitas, me alegra mucho que ten' con mi esposa y yo eta noche, con el propósito de pasal un rato más divirtiéndonos como en familia polque así los considero a tos'. Tos' semos del barrio y los quieo' como helmanos. Pol ejemplo, aquí etá Calmen, jija de un gran amigo mío. Julia, sobrina de mi esposa, Sara jija de mi comay y Lisa mi aijá. Y casi tos' utees' son familiares entre sí. Es pol esa razón que me gustaría que no jubiera problemas entre ninguno de nojotros. Me gustaría que ninguna muchacha desprecie a un parejo y si lo jace, esa no bailará eta noche con naide. Sé que ninguno de los aquí presentes no fuman ni cigarros ni cigarrillos y que tampoco beben licol, pero si alguno lo jace, aqui no podrá entral. Tiee' que bailar separao y si un joven le falta el respeto a una joven lo boto al callejón y le doy la queja a sus pais. Muchas gracias y como no tengo na' más que decil, que empiece el baile. Puen' sacal las parejas, muchachos, recoldando lo que les dije".

Se sentó el señor Matos en su rincón y comenzó a darle manigueta a la caja de música como queriéndola hacer pedazos, "Cataplúm" era el Título del disco que tocaba la vitrola. Cada joven se levantó y sacaron sus amigas a bailar. El baile quedó prendido. Wilfredo, en un rincón temblaba como si tuviera canillera y su cabeza le daba mareos como si estuviera borracho. La muchacha esperaba ansiosa el momento de estar en sus brazos. También él lo deseaba, pero por timidez, vergüenza y respeto no lo hacía. Sara lo notó y tratando de ayudarlo le dijo:

-"¡Vamos Wilfredo, anímate, baila con Calmen que etá' sola!"

-"No te niegues Wilfredo, no seas jíbaro, alégrate" -le habló Sara al pasar bailando frente a él-, No te pieldas la primera polque también pues peldelte la última".

Verdaderamente el muchacho estaba tímido. No estaba acostumbrado a estar en medio de tantas muchachas tan lindas y tan alegres. En la escuela que visitaba en el pueblo las había, pero como él tenía quince años, sus condiscípulas eran muy niñas. Y para colmo, una estaba enamorada de él, y él de ella. Deseó no haber ido al baile para librarse de aquel momento embarazoso por demás. -"¿Qué jaré? -pensaba-, tengo que jacel algo, pero me siento como si tuviera los pies clavados en el piso". Las parejas pasaban una y otra vez por su lado moviéndose rítmicamente al compás de la música mientras él las observaba tímidamente.

Gonzálo, quien estaban en el rincón opuesto y que estaba de presentado por no ser de la misma edad que los demás jóvenes; y aprovechando lo que dijo el señor Matos, en cuanto a las que despreciaran un parejo, se acercó a Carmen y la invitó a unas vueltas. La muchacha ideó despreciarlo, pero se contuvo. "Si no bailo con él, tampoco bailaré con Wilfredo" -se dijo para sí. Entonces aceptó bailar en contra de su voluntad. Wilfredo se llenó de ira, odio y rencor consigo mismo. "Yo soy el culpable pol sel tan cobalde y dejalme dominal pol mi timidez, -le decía su conciencia-, No quiero vela en brazos de otro jombre y menos en los de ese borrachón y guapetón de barrio. Tengo que jacel algo y es agora mesmo que lo jaré, salga el tiro pol onde salga".

Gonzálo también estaba picaito de Carmen y en muchas ocasiones había tratado de declarársele de una manera u otra. Sin embargo, nunca encontraba la oportunidad para tal acción. No sabía que Wilfredo y Carmen se gustaran y mucho menos que tuvieran una cita esa noche allí. Mientras bailaba con Carmen, trataba disimuladamente de pegar más su cuerpo con

el de la muchacha de ojos azules. Ella pues, psicológicamente lo evitaba. Wilfredo no pudo aguantar más, dio unos pasos y se enfrentó a ellos. Muy cortésmente le pidió a Gonzálo que le cediera una vuelta. El muchacho guapetón se sintió ofendido y desconsideradamente le dijo: "No eres quien pa pedilme una vuelta con eta' muchacha tan linda. Vete a bailal con las asquerosas vacas de tu padre" -le habló en tono desafiante Gonzálo y trató de abalanzarse furiosamente encima de Wilfredo.

El señor Matos, quien estaba pendiente del asunto a corta distancia, tuvo suerte de apoderarse del brazo de Gonzálo que estaba próximo a estrellarse en contra de la cara de Wilfredo y evitó que fuera golpeado. Se ha formado la de San Quintín. Los muchachos cogieron las puertas en blanco y se tiraron al batey. Gonzálo y el señor Matos forcejeaban en medio de la sala mientras Wilfredo evitando un enfrentamiento peligroso, se había echado a un lado. Las mujeres en el cuarto, gritaban y pataleaban pidiéndole a los dos hombres que no pelearan. En un momento dado, alguien pasó corriendo cerca de donde estaban las dos únicas linternas que alumbraban la casa y cayeron al suelo hechas añiscos. La vieja vitrola se salvó por un pelito. Quedó la casa oscura como boca de lobo. El señor Matos pudo dominar a Gonzálo sin tener que golpearlo y lo tiró abajo de un empujón a la vez que le decía:

-"Te lalgas agora mesmo de aquí so bandío. Si tratas de subil te voy a rajal la cabeza con la maceta de molel café pol guapetón que eres".

-"Con ute' no tengo na', don Pedro, es con ese engreió cuida vacas, -ofendía Gonzálo a Wilfredo. Déjenlo que se tire ar batey a lo macho pa' rompele la cara".

-"Soy tan jombre como tú, -le contestó Wilfredo-, pero no me tiro polque respeto mucho a don Pedro. Eso lo arreglamos un día de etos' macho a macho y frente a frente en un callejón sin salía pa que me demuestres si es veldad que eres guapo".

-"Mañana mesmo si quieres, -le confirmó Conzalo-, y a la hora que dicidas. Se acabaron las discusiones aquí, -dijo el señor Matos aparentando coraje-, y agora a siguil el baile polque aquí no ja pasao na'. Tú, Gonzálo te me lalgas de aquí agora mesmo, no quiero velte en los alrededores de mi batey pol sinvelgüenza que eres".

-"Muy bien don Pedro, me diré, -le prometió Gonzálo-, polque con ute' no tengo na', pero con Wilfredo tengo una pará pisando".

Se alejó Gonzálo del lugar y todo volvió a la normalidad. El dueño de la casa prendió dos mechones y continuó la música, esta vez puso el de "La Cama Vacía". Entonces Wilfredo se puso en su sitio y sacó a bailar a su enamorada. Ella cedió tímidamente deseando aquel acercamiento más que a su propia vida. Bailaban separados asidos de las manos como queriendo hablarse con ellas. ¡Tantas palabras de amor que tenían que decirse y no podían! Deseaban estar más juntos y las normas de la integridad se lo prohibían. Tenían que bailar a una distancia que cupiera una persona entre ellos para no despertar los comentarios chismosos en el barrio. Esa era la costumbre y no debían olvidarla. Ambos se miraban fijamente a los ojos sin hablar palabra. Sus miradas hablaban silenciosamente el idioma del amor. Así bailaron largo rato y cuando la vitrola se detenía todos los bailadores compraban galletas, cucas, besitos de coco, refresco de maví, tamarindo, guanábana y de otros sabores más. Aprovechando un receso y que la muchacha estaba en un rincón bastante oscuro se le acercó Wilfredo y le manifestó muy quedo al oído sin que los demás oyeran.

-"Tengo que jablalte dispués que salgamos del baile. Dime si etás' de acueldo".

-"Sí, etoy' de acueldo, -le aseguró Carmen con voz amable-, siempre y cuando mis amigas no se enteren".

-"Muy bien, trataré, -le confirmó el-, y agora vamos a bailal".

Don Pedro puso entonces en la vitrola el disco titulado "Aunque pasen los Años" y decía así:

Aunque pasen años
de terrible ausencia
no habrá indiferencia
en mi puro amor.

Yo te quiero mucho
y estoy a tu lado
y estando alejado
mi amor es mayor.

Porque contigo
siempre mitigo
todas las tristezas
de mi puro amor.

Yo estuve ausente
de ti mi bien querido
y estoy contigo
oye mi voz

porque contigo
siempre mitigo
todas las tristezas
de mi puro amor.

Aunque pasen años
de terrible ausencia
no habrá indiferencia
en mi puro amor.

El baile seguía normalmente y todos estaban cansados y sudados de tanto brincotear, por lo tanto, la mayoría de las muchachas deseaba irse a sus casas a descansar para al otro día estar lista temprano para cumplir con sus obligaciones en el hogar. Ya eran las once de la noche, no podían permanecer más tiempo fuera de sus hogares, pues de lo contrario serían castigados física o moralmente. En cierta oportunidad Wilfredo le dio un apretón de manos muy fuerte a Carmen y le dijo que la esperaba debajo del árbol de flamboyán en donde acostumbraban jugar chú. Ella convino con él y quedaron en eso.

El señor Matos les dio entonces las gracias a todos los presentes por la manera amena y respetuosa con que lo trataron y se portaron y por haber cooperado comprándole casi toda la mercancía que tenía. Aunque le habían dejado el batey y la sala adornados con basura, le habían dejado cinco o seis pesetas de ganancias las cuales usaría para comprarle comida a sus hijos. Se despidieron todos del señor Matos agradecidos por su comportamiento y cada cual se marchó a su hogar.

Gonzálo, el guapetón del barrio, se había alejado de la jarana herido por lo que le dijo el dueño de la casa y tenía la mente más negra que la noche. Los pensamientos criminales corrían como bestias en estampida por los rincones de su estrecho cerebro. Trataba de dominarlos, pero le era dificil. "Yo nuca je matao ni a un griyo, -se decía para sí-, pero a ete' lo mato esta noche. La tuve en mis brazos y si no se meten esos puelcos asquerosos jasta la jubiera besao. El ma' que me fastidió fue er viejo zángano de la casa, pero Wilfredo la pagará polque etá enamorao de Calmen. De esta noche pa' lante' jabrá luto en el barrio y no jabrán más jaranas. Soy joven aún y pueo' cumplil veinte años de cálcel y salil joven, si es que me cogen polque tan pronto lo mate, me diré ar lugal de onde' vine. Tengo que dalme a respetal pa' que sepan que Gonzálo es un macho terminao dispuesto a eliminal cualquiera que se le cruce en su camino pol hombre que sea".

Pero quien está pensando así no tenía la más lejana idea de que era un cobarde que se estaba dejando dominar por una insignificancia, los celos. Sí, los celos lo arrastraban a cometer un crimen que de cometerlo, tendría que arrepentirse desde el mismo momento en que lo cometiera. Era cobarde, pero los tragos de malafo que había ingerido hacían burbujas en su hambriento estómago, y la espuma le subía a su vacío cerebro y le daban valor para pensar así. Aun así quería tener valor, y se metió la mano derecha al bolsillo de su pantalón y de éste sacó una moneda de diez centavos. "La quería pa' compral refrescos y durces en la jarana, pero como me botaron, voy a compral una botella de pitrenche y ya veré que ese cuida vacas me va a pagal la botá que me dieron y la velgüenza que me jicieron pasal". Miró a lo lejos hacia el cerro en donde vivía una señora que tenía un pocito y notó que por una rendija de las tablas del seto de la casa salía un chorro de luz. Se dirigió allá encontrando a la señora despierta. Le compró una botella de ron y se dirigió al árbol de flamboyán a esperar a Wilfredo. Se dio un palo de media botella y se escondió detrás del tronco del árbol. "Esperaré aquí y cuando pase, le enjuago este puñar varias veces en el estógamo" -dijo-, y se dio el resto de ron.

El señor Matos tenía un perro que se llamaba Negro y era juguetón y amistoso con las personas que conocía. Con las que no conocía era bravo y a muchas personas había mordido. Cuando pasaba una persona por la casa de su amo, se le iba detrás buscándole juego pues le gustaba que le tiraran piedras y pedazos de madera a cierta distancia para cogerlas con la boca y entregárselas a quien las lanzaba. Esa noche se había ido jugueteando con el grupo de muchachas. La noche estaba más oscura que otras y cuando estuvo en el punto medio entre la casa de la jarana y el flamboyán, escuchó un fuerte ruido como cuando una persona bien pesada pisa un montón de hojas secas. Se detuvo y esperó a las muchachas quienes iban produciendo mucho ruido. Pronto se unieron a él. Pronto olfateó a Gonzálo y comenzó a ladrar a la vez que lo atacaba sin tener éxito. Salió el muchacho del escondite y caminó unos pasos hasta el centro de la vereda. Carmen lo vió y gritó:

-"¡Es Gonzálo, corran que tiee' un machete en las manos! Wilfredo no te acelques".

Wilfredo, quien era el último de la fila, se apoderó de dos piedras y les gritó a las muchachas:

-"¡Jechense a un lao, que le voy a revental el pecho de dos lajasos!"

-"No Wilfredo, pol favol no te acelques que te puee' matal" -gritó Carmen a la vez que Gonzálo les decía:

-"Dejen que se acelque que lo voy a pical como pa' pasteles".

-"¡Don Pedro!, por lo que ma' quiea' venga acá que Gonzálo y Wilfredo quien' peleal-llamaba Julia al señor Matos. ¡Corra, que Gonzálo tiee' un machete!"

Negro seguía ladrando y dando saltos entre Gonzálo y el grupo de muchachas asustadas.

-"Ajótale el perro, -decía Sara-, pa' que no colte a Wilfredo".

-"¡Que venga gente, -decía llorando Luisa-, y que no pelmitan que se maten!"

-"¡Pol Dios don Pedro, avance que se jace talde!" -decía Luisa a la vez que le ajotaba a Negro en la oscuridad de la noche.

El perro entró en calor y sin piedad atacó a Gonzálo. Le agarró el ruedo de una de las patas del pantalón y comenzó a tirar de él fuertemente. Las muchachas no cesaban de gritar y llorar. Aprovechando Wilfredo que Negro le tenía el pantalón bien agarrado, le lanzó las piedras una a una con todas sus fuerzas e hicieron blanco en el pecho lleno de ron y odio de Gonzálo. Al verse acosado por el perro y al notar que las piedras le dieron con fuerzas en el pecho, Gonzálo decidió coger la juyilanga. Antes tiró unos machetazos al perro sin lograr herirlo. Al oir los gritos de las muchachas, el señor Matos y su esposa se acercaron con piedras y palos.

Don Luis y doña Ana no habían pegado los ojos esperando a su hija, también oyeron la vocinglería y acudieron al lugar. Jamás pensaban que todo aquel bochinche de gritos se hubo de originar por culpa de su hija. El instinto le decía que había garata, pues la experiencia de tantos años no era para menos. Era más o menos normal que en una jarana de adultos se desatara una que otra trifulca por cualquier cosa insignificante. Por ejemplo, si una dama no salía a bailar con un caballero, si negaba una vuelta en un corte o si el parejo se pegaba mucho y la pareja o cualquiera otra persona se sentía ofendida por tal acción. Pero en jarana de jóvenes nunca se había dado tal caso. Era por eso que los padres de Carmen encontraban extraño todo aquel desorden de voces que oían y se dirigieron corriendo al lugar de donde procedían los gritos.

Al llegar al lugar se encontraron con la familia Matos y el grupo de muchachas asustadas. Wilfredo permanecía mudo deseando que no saliera a relucir la razón por la cual se originó el problema. Sin duda alguna los padres de Carmen tendrían conocimiento que estaban enamorados y él no estaba de acuerdo con eso ni Carmen tampoco. De saberlo, entonces ellos serían los que lo maltratarían de palabras y hasta don Luis le daría su merecido por estar enamorado de su hija. Preguntó don Luis el porqué del bochinche y el señor Matos, que tampoco sabía del enamoramiento de los jóvenes, le dio una explicación convincente sin nombrar a ellos. Entonces Wilfredo respiró hondo y tranquilo. Le dejó saber, además que Gonzálo trató de atacarlo con un machete por el solo hecho de que le pidió una vuelta con la muchacha. Después de hablar unos y otros comentando el incidente, se dedicaron a buscar entre la maleza alumbrando con mechones y linternas. Al cabo de un rato, don Luis dio con el afilado machete que tenía Gonzálo para picar a Wilfredo. -"Gracias a Dios que no pudo usalo" -dijo don Luis. Wilfredo por su parte añadió: "Y también gracias a Negro, el perro de don Pedro. Si no jubiera sido por él, etarían utees' recogiendo pedazos de calne pa' hacel pasteles mañana". Ya eran las once de la noche y todos se fueron a dormir.

Carmen llegó a su hogar, pero con el credo entre los dientes. Temía que sus padres le hicieran preguntas y más preguntas en relación con la pelea anterior. Si le preguntaban, tendría que decir toda la verdad en cuanto al caso. Al esto suceder, la encontrarían culpable y la regañarían. También cabía la posibilidad de que en otra ocasión no la dejarían salir a otra jarana to que tanto deseaba para por lo menos hablar con Wilfredo. La muchacha estaba triste por no haber podido hablar con él y asustada al pensar que Gonzálo podía acecharlo de un momento a otro para tomar venganza por lo sucedido. Intranquila también estaba al pensar que Luisa le contara a sus amigas el secreto que había entre los tres. De ser así, le echaría al suelo todas sus esperanzas y planes, lo que no quería perder por estar relacionadas con su amor hacia el muchacho. Para no darle tiempo a sus padres de que empezaran un interrogatorio inoportuno, les pidió la bendición y se subió a la hamaca dispuesta a dormir y hasta soñar con Wilfredo. Sus padres se la echaron y se treparon al catre.

Capítulo III

Las Lavanderas

Todas las mujeres de El Manier y especialmente las casadas tenían la obligación como es natural, de remendar, lavar y planchar la ropa de todos los miembros de la familia. También era deber de ellas de barrer el batey, lavar los trastes y cocinar. Sin embargo, la dueña de la casa que tenía hijas le encomendaba esas labores para que fueran aprendiendo de manera que cuando fueran cabeza aparte, supieran cumplir con sus obligaciones a cabalidad. Se daban casos de que una muchacha se fugaba con su novio y la llevaba a vivir a una casa los dos solos y al ella no saber cumplir sus obligaciones, la devolvía a su hogar. Por esa razón poderosa las madres se esmeraban en enseñar a sus hijas a trabajar. Con los hijos mayores hacían lo mismo. Debido a que en el barrio no había escuela, no podían estudiar y los lanzaban al bosque o a las talas a trabajar desde los ocho años o antes si tenían ciertas habilidades. Aprendiendo a trabajar desde muy niño, cuando tuviera esposa ya sabía trabajar para mantenerla. Siempre había una que otra hogareña, pero de casualidad. Era por eso que la mayoría de las muchachas y muchachos del barrio siempre se veían sucios y mal vestidos.

Con Carmen no había excepción y era muy diestra llevando a la realidad sus faenas hogareñas. Su madre le enseñó desde muy niña y ahora que ya había cumplido los catorce, si se casaba, no la devolverían a su hogar por no saber mantener un hogar al día.

Las lavanderas del barrio lavaban sus ropas en diferentes lugares que hubiera agua. Se dividían en grupos y cada uno elegía el más apropiado. En diferentes puntos del bosque había cacimbas las cuales tenían su nombre propio y eran los siguientes: Las Cacimbas de ña Benigna, Las Cacimbas de ña Ramona, Las Cacimbas de ña Petra, Las Cacimbas de La Cruz y El Pocito de doña Matilde. En tiempo de sequía no tenían agua y en tiempo de lluvia estaban llenas. A cada grupo de ellas acudía un gran número de lavanderas a chofar sus trapitos así como también los animales realengos que había en el bosque y los que tenían dueño se acercaban a ellas para mitigar su sed. Varios animales hacían sus necesidades biológicas adentro o afuera de ellas. Las lavanderas las limpiaban para cuando lloviera otra vez, estuvieran aptas para ser usadas. Desde bien temprano en la mañana iban llegando a ellas con tinas, latones o baños llenos de ropa sucia para limpiarlas en ellas o mejor dicho con el agua sucia que contenían. En el agua sucia se criaban sapos, larva de mosquitos e infinidad de insectos los cuales muchas veces afectaban la salud de los habitantes del barrio. Lavaban las ropas con jabón azul en barras, el único que se usaba en aquella época. Tendían la ropa a secar encima de rocas y árboles. Empezaban a lavar los lunes y ya el miércoles habían terminado. Carmen y sus amigas chofaban las suyas en El Cedro porque les era conveniente.

Una mañana bien temprano se tiró Carmen de la hamaca más alegre que otros. Wilfredo le había mandado con Luisa otro papelito y le decía que la vería en El Cedro para hablar con ella. Hizo todos los trabajos del hogar con más habilidad que nunca antes de que sus amigas llegaran a buscarla. No dejó trapo sucio que encontrara en los rincones que no metiera en la tina. A los minutos de haber terminado, llegaron sus amigas. Luego de las muchachas saludarla y a sus padres, se dirigieron a El Cedro.

Don Luis y doña Ana quedaron solos. Desde muchos días el esposo quería hablarle y esperando estar solos, no lo había hecho. Ese día tenía la gran oportunidad de salir de las dudas que desde varios días lo tenían intranquilo. Cuando ya su hija no estaba en el hogar, le dijo a su esposa:

-"Siéntate ayí en esa banqueta que yo me siento en ete' banco. Teemos' que jablar lalgo y tendío".

Doña Ana se sorprendió al oírlo hablar en tal tono de voz y le preguntó desesperada:

-"¿De qué se trata Luis? ¿Por qué me jablas tan enfogonao?"

Acto seguido don Luis le explicó el problema. Ella escuchó con más miedo que vergüenza, presintiendo que le ofendiera con su declaración. Prosiguió entonces con su conversación.

-"En días pasaos Ana, Wilfredo fue a mi conuco y me prometió jablar con su pai pa' que me cediera un peazo de terreno pa' que lo cultive pa' mí".

-"¿Qué piensas antonces? -le interrogó Ana un poco disgustada. A mí no me gustaría volvel a esa finca polque ya nos botaron la primera vez y nos botarán la segunda".

-"No, si no es que deseemos volver, -añadió don Luis-, es que me procupa la actitud de Wilfredo. A mí me parece que ete' güevo quiee' sal. Creo que ese muchacho eta' etras' de nuestra jija y eta' tratando de acelcalse a eya pol medio de ofrecimientos de cosas que no son de su propiedad".

En el barrio había ciertos refranes tan raros que la misma gente no sabía su significado, pero los usaban a su debido tiempo. Aunque había otros que eran bien aceptados, otros no lo eran. Sin embargo todos tenían su significado positivo o negativo y eran parte de la cultura de los habitantes del barrio.

-"¿Cómo te atreves a pensal tal cosa, Luis? -le habló su esposa-, ¿si nuestra jija tie' catolce años y él quince? Y además, no vamos a pilmitil que se enamore de un jijo, cuyos pais son nuestros enemigos. Mejol prefiero vela con cuatro velas prendías a los laos' y con las patas pa'lante ante que sea esposa de ese muchacho".

-"Yo digo lo mesmo, Ana, -repitió don Luis-, pero recuelda que las jijas cuando se enamoran, le echan tierra en los ojos de los pais. Ni etado' muelto me gustaría que mi familia se juntara con los Ortas y Ramos. Soy pobre, pero tengo mi olguyo de hombre de campo".

-"Etoy' de acueldo con lo que dicis, -le aseguró su esposa-, pero no teemos' razones pa' dudal de nuestra jija. El jecho de que er te ofresca terreno pa' sembral no nos da derecho a juzgalr mal a Calmen".

-"Mira Ana, -le declaró su esposo-, es que no te das cuenta de las cosas. Pol tonto que sea un hombre, no ofrece argo si no es a cambio de mucho. Dende la noche de la jarana y el bochinche que se folmó, je oído cieltos comentarios que no me etan' gustando. Teemos' que defendel a nuestra jija contra viento y marea. No quieo' que las malas lenguas la cojan en juego. He notao' que tiee' amista con Luisa y jay que etar' a ojo visol, no sea que ete' silviéndole de correo a esos muchachos. Si averiguo una cosa así, le doy un insurto que jasta se olvida el camino a esta casa".

-"Convengo contigo, Luis, -le prometió ella-, y de hoy en aelante' no le sacaré los ojos de encima. Esas juntas pueen' traelnos malos resultaos. Noté que se fue lo más tranquila a laval con las amigas cosa que antes no lo jacía. Cuando el río suena es polque agua trao. Tan pronto llegue, jay que lleval los bueyes ar sulco".

-"Déjamela a mí, Ana, -le pidió don Luis-, que le pidiré explicaciones y le daré un consejo. Agora pues me diré ar trabajo, y a eso de las nueve me yevas la parva".

Doña Ana se quedó sola en el hogar con miles de pensamientos en su cabeza girando todos alrededor de su hija. Tendría que actuar con delicadeza y firmeza si quería salvar a su Carmen del ojo de la tormenta en la cual ya se había metido dominada por sus impulsos naturales. Ya sus padres habían notado que los primeros ventarrones comenzaban a azotar levemente sus rostros y

querían evitar que siguieran aumentando hasta alcanzar mayores daños. Tenía que llamarle la atención a su hija tan pronto llegara de lavar.

Don Luis, por otro lado, estaba impaciente por los comentarios que ya barrían los bateyes del barrio y se metían juguetones en las bocas de los habitantes y hacían que estos movieran las lenguas irresponsablemente. Trabajaba en su tala, sudaba y aquel sudor que caía al suelo como perlas de cristal, fertilizaba la tierra que sus pies desnudos pisaban. Ocupado en su finquita no podía olvidar las palabras hirientes que escuchó anteriormente mencionando a su querida hija. Oyó decir que la pelea entre Gonzálo y Wilfredo se originó porque ambos estaban enamorados de su hija. Eso no podía permitirlo y tenía que evitarlo pasara lo que pasara por tal de que su hija no fuera esposa de su enemigo. Le pararía el caballito a su hija así como también al muchacho y si tenía que asestarle unos perrillazos al padre o al hijo, lo haría con gusto. Haría todo lo que tuviera que hacer para mantenerlos alejados y así se lo prometió a sí mismo.

Mientras sus padres pensaban y trataban de alejarlos, Carmen pensaba todo lo contrario. Iba brincando de piedra en piedra con su tina en la cabeza llena de ropa para ser lavada. Llevaba la tina llena de guayucos y su cabeza repleta de gratos pensamientos los cuales la hacían sentirse más confiada y hábil para llevar a cabo su labor. No hablaba una palabra, sus amigas tampoco lo hacían, pues querían llegar lo más pronto posible al manantial y dedicarse a efectuar su trabajo. La hincaba una espina y se doblaba muda poniendo la tina en el suelo para sacársela sin que las demás se percataran, pues era la que iba en la cola. En corto tiempo llegaron al lugar destinado y cada una buscó el mejor de los sitios para acomodarse a estrujar las ropas.

Ya en El Cedro había más de diez lavanderas de mayor edad que ellas. Cada una sentada encima de una laja chisporroteando la lavaza hacia el frente de su cuerpo con gracia tal que daba placer verla mientras hacía burbujas en el aire antes de caer a tierra. Cuando los rayos del sol penetraban las sombras, al chocar con las burbujas producían un pequeño, pero magnífico arcoiris. Unas hablaban, otras tatareaban una canción, otras decían chistes y otras permanecían mudas escuchando lo que otras dijeran. Había varias sentadas en el tronco milenario del cedro. Las piedras y los arbustos más bajos estaban cubiertos de ropa puesta allí por las lavanderas para que los rayos del sol la secara. Parte del tronco de cedro también estaba cubierto por ropa. La pequeña porción de terreno del manantial daba la impresión de estar observando un maravilloso arco iris debido a que había allí ropa de todos los colores que imaginarse pueda el hombre.

Luisa, Lisa, Sara, Julia y Carmen se habían acomodado a unos pasos de donde caía el chorro de agua del manantial, pero a corta distancia de las otras. En una ocasión en que todas celebraban un chiste dicho por una anciana, Luisa aprovechó y le dijo a Carmen:

"Cuando llegue Wilfredo no podrás jablal con él aquí polque ese montón de chismosas se enterarán y se lo dirán a tus padres. Será mejol que esperes que se vayen o il tú y yo, como el que no quiee' la cosa, a buscal quenepas y corazones y ayá jablan".

"Ta' bien, así lo jaremos, -le contestó Carmen-, diremos a buscal quenepas y corazones".

Era costumbre de que en lugares así que se reunían tantas mujeres de diferentes edades, le sacaban la fe de bautismo a cualquiera y vendían barato el pellejo de cualquiera persona por decente y honrada que ésta fuera. Bastaba oír toser a una persona para decir que estaba tuberculosa sin remedio. Por eso cuando vieron que Wilfredo llegó unos minutos después de las muchachas se aprontó una lavandera y hablando en voz baja le dijo a una vecina:

-"Fíjate, la vinía siguiendo, como er que sigue a una gayina que está próxima a botal el güevo". Le vinía pisando los talones.

La otra que estaba ansiosa por encontrar tela para cortar le aseguró:

-"Sí, tiees' razón, eta' que se mea pol ella. Y lo que es más impoltante, ya le mandó er primel papelito con la amiguita que ya ja tenío tres novios a escondías de los padres".

-"Muchacha, ¿cómo sabes eso? ¿Quién te lo dijo tan pronto? -le preguntó la amiga. Esa muchacha ni sale de la casa a menos que sea a trabajal".

-"Sí, pero aí tan cayaíta como es a lo sucu sumuco ja jecho escantes. Es como la vitrola de Pedro que tie' la música por dentro".

Otra lavandera que estaba cerca se percató de la conversación y se acercó para participar más diciendo:

-"Sí, lo que dicen ustees', es cielto. Supe que el muchacho le ofreció terreno a don Luis desinteresadamente, pero atrás de ese ofrecimiento, jay un chivo pelú escondío".

-"Cuando ese chivo reviente, -dijo una lavandera-, la peste no dejará vivil tranquilo a naide en el barrio".

En ocasiones como esa y tales lugares, ciertas personas les daban rienda suelta a sus lenguas y hablan lo real y lo irreal. Ese día tenían motivos, tiempo y espacio para sacar de sus mentes el grupo de chismes que tenían presos en ellas. Fulana hablaba de tal muchacho que era vago y que se dedicaba a robar cabros en el bosque para luego venderlos en el pueblo por dos o tres reales para beber ron. Susana hablaba del hombre que enamoraba a su propia comadre y que por tal razón el esposo le cortó una oreja. Otra criticaba al primo que se llevó a la prima y la devolvió a los dos días porque no sabía hacer nada en la casa. En fin, que en reuniones así se le sacaban las listas de cuero a ciertas personas sin que éstas se dieran cuenta y les doliera.

Wilfredo llegó a El Cedro y saludó a todas las lavanderas respetuosa y cortésmente. No quedó una que le negara el saludo. El muchacho era respetuoso con niños y mayores y el barrio entero lo apreciaba y lo querían mucho. A todos trataba bien y así mismo era tratado. A pesar de ser hijo de rico, le hacía mandados a los pobre. Se había criado jugando, trabajando y haciendo travesuras con los muchachos pobres del barrio. Ahora que ya estaba hecho todo un hombre no era extraño que buscara la compañía de las viejas que se ensuciaron las manos con él y la de las muchachas que cuando niñas lo vieron correr desnudo detrás de ellas por haberle quitado tal o cual juguete. Claro está, que ahora lo hacía con propósitos muy diferentes a cuando eran niños. Ya esa etapa de vida había quedado atrás materialmente aunque emocional y espiritualmente la sentía correr ardientemente por sus venas. Tan pronto le contestaron el saludo, se adelantó Luisa y le preguntó reflejando en su rostro la curiosidad y la malicia:

-"¿A qué jas venío Wilfredo? Etás' fuera de zona y tiees' que tenel cuidao que no te jechen pepita".

A lo que él contestó sonriendo y mirando a Carmen:

-"Vine a ayudales a laval a las más lentas y vagas. En cuanto a lo que dices de la pepita, debes peldel cuidao polque no soy tan fácil de dejalme envenenal".

El muchacho hablaba por hablar, pero sabía que en realidad estaba envenenado con el amor de Carmen. Cuando sus miradas se cruzaron con las suyas, sintió que algo extraño se apoderó de su cuerpo. Era algo que producían más efecto en su alma que una pepita de veneno de las que le tiraban a los perros realengos. El muchacho quedó mudo por unos instantes logrando romper el silencio cuando Carmen le preguntó:

-"¿Jas venío a laval sin tina y sin ropa?"

-"Claro que sí, préstame tu tina y tu ropa y verás que en cosa de segundos te la dejo limpiecita".

Carmen estaba nerviosa al verlo llegar, pero a medida que iba hablándole se tranquilizaba y se sentía más confiada. Era natural que lo estuviera pues la noche de la jarana había estado muy

cerca de él y ese acercamiento había hecho que perdiera ese miedo que siente una muchacha cuando por primera vez se enamora y está cerca del hombre amado. Ya había botado la timidez y se sentía más segura de sí misma.

Una de las lavanderas le pidió al muchacho que fuera a los árboles de quenepa y les consiguiera unos cuantos ramos. Más abajo del manantial como a quinientos pies de éste había dos corpulentos árboles de quenepas en la falda de un cerro. También había muchos árboles de corazón y cerca del manantial, dos de pana de grano. Todos los habitantes de El Manier así como también de Guánica y otros barrios iban a ese bosque a buscar quenepas y corazones. Wilfredo, obedeciendo lo que le dijo la lavandera, invitó a las cinco muchachas a que lo acompañaran y le ayudaran a cargar las quenepas. Aceptaron gustosamente y las seis personas se alejaron del manantial. Esa acción le dio oportunidad a las lavanderas de hilvanar una sarta de comentarios muy negativos hacia las muchachas y especialmente hacia Carmen.

Dijo una mientras se echaba a la boca una mascadura de tabaco como de tres pulgadas de largo:

"Etaba' la muchacha loquita polque arguien le jijiera a Wilfredo que le consiguiera quenepas y corazones. No sabe eya que en ésta época no jay corazones".

Una segunda dijo en tono de burla: "Yo sé er corazón que va a consiguil, digo, si es que tiee' arguno, polque creo que si salió a su pai lo que tie' pol corazón es una araña pelúa".

Todas las lavanderas se rieron a coro mofándose de Carmen a la vez que una tercera abrió la boca para defenderla diciendo:

-"Utees' critican a Calmen sin motivos, sigún mi opinión. Ella es bien callaíta, obediente, trabajaora, humilde y respetuosa. En er barrio toos' la quieen' bien. El único defecto que le encuentro es que es demasiado pobre. Pero, mal de mucho y consuelo de tos".

-"Eso es lo más malo que tie', -añadió una cuarta-, que viendo que no tie; ni en qué caelse muelta, eta' enamorá de un jijo de rico. Eso es algo así como perro flaco soñal con longaniza. Si Wilfredo calga un mueble así, eta' loco. Ta' buscando que sus país lo boten de la casa con los trapitos al hombro".

-"No es pecao ni delito, -prosiguió la tercera-, que una muchacha pobre se enamore de jijo de rico. Ella tie' derecho a sel feliz con el jombre que elija como esposo. No es la primera vez ni será la última que ven un caso parecío".

-"Es que tanto los padres de uno como de la otra, se opondrán polque son enemigos de a muelte, -dijo la segunda lavandera. Dios dirá lo que sea. Lo único que sé bien seguro es que eya antes no era así. Dende que se juntó con esas amigas y muy especialmente con Luisa ha cambiao mucho. Antes no iba a bailes y ya ven, agora va. Y no tan sólo eso, sino que la pelea que se hubiera folmao, si no es pol don Pedro y su perro".

-"Etoy' contigo, -ripostó una quinta-, y todavía don Miguel no lo sabe y creo que tampoco sus país. Dicen que Gonzálo lo eta' velando almao de un cuchiyo y que si lo encuentra, lo va a matal".

-"Y que ese jombre es malo, -le ayudó una sexta-, dicen que le conocen que eta' juyéndole a la polecía polque se fugó de la cálcel de Ponce. Que etaba' preso pol robo".

-"Caramba, agora que dices eso de que robó, tengo mis dudas, -aseguró una séptima lavandera-, polque dende que ese muchacho llegó al barrio etán fartando cabros. Si no es lo que me imagino, que venga Dios y lo diga".

-"Las lavanderas que van a Las Cacimbas de ña Benigna encontraron el cuero y er estripaje de un cabro negro la semana pasá" -declaró la octava.

-"Eso fartaría agora, -habló una novena-, que venga un furaño ar barrio a peltulbal la paz. Lo que teemos' que jacer es acusalo con la polecía pa' que no moleste más".

Mientras las mujeres dan rienda suelta a sus lenguas, los seis jóvenes llegan a los árboles de quenepa dispuestos a saborear unas cuantas de ellas. Wilfredo entonces le dijo a Carmen:

-"Agora trépate y túmbalas que nojotros esperamos abajo y vamos chupando".

-"¿Qué negocio es ese? -le preguntó. No sé subil, además soy mujel, sube tú que eres hombre".

-"Seguro, a ti es que te toca, -le dijo Luisa-, polque eres el que tienes pantalones".

-"Eso sería lindo que no quieas' subil al álbol dispués que nos invitaste" -le dijo Sara.

-"Si no te trepas, las bajamos tirándole piedras" -añadió Julia.

-"No, con piedras no, -dijo Lisa-, Wilfredo tiee' que tumbalas pa' que complazca a Calmen".

El muchacho le había dicho que subiera Carmen en tono de broma, pero en serio no lo permitiría jamás. Los árboles subían como a sesenta pies de la tierra más o menos. No permitiría que ninguna de las muchachas arriesgaran sus vidas subiendo a ellos. Lo haría él que era hombre y trepando árboles y palma de coco era experto. Claro que lo haría para ganar terreno. Le bajaría las mejores para ganar más aprecio con las muchachas y con las lavanderas quienes esperaban por ellos y ellas chismeando mientras lavaban sus ropas.

-"Pues voy a subil y verán cómo van a etal' las quenepas en el suelo, -dijo Wilfredo a la vez que comenzaba a escalar el alto árbol-, para que utees' chupen".

Subió hasta el medio del árbol y comenzó a bajarle a ellas y a chupar de las más grandes y guaretas.

-"Tírame más guaretas, -le gritaba Carmen-, que etán' bien dulces, jugosas y pulposas".

-"Es claro, -le decía Luisa-, como que es Wilfredo que las etá' bajando. Mira nena, etás' loquita pol él".

-"Velda es, no lo niego, pero no se me ha declarao" -le contestó Carmen en voz baja para que él no escuchara. Tar vez hoy lo jaga".

-"Me parece, -le dijo Sara-, que vas a tenel que tomal la iniciativa polque es muy tímido".

-"Ten cuidao, -habló Julia-, que esos callaítos así no tieen' na' de bobos".

-"Sí, veldad es, -añadió Lisa-, tieen' la música pol entro' como las vitrolas. A mí no me gustan los jombres así".

-"Ya etá' bueno, -les gritó Wilfredo desde lo alto-, no bajaré más. Con esas son suficientes pa tos. Agora me bajo".

-"No, no te bajes, tírate, que Calmen te epera en sus brazos, -le gritó Luisa. Eya no te dejará cael sobre la tierra".

-"Si así quisiera, con gusto lo jaría, -le contestó el muchacho-, y si me mato, moriría feliz en sus brazos".

Carmen se sintió muy feliz al oír que sus labios pronunciaron dichas palabras. Lo amaba y ansiosamente esperaba que él le dijera que también él la amaba. Cuando dos personas se aman sinceramente en secreto y no se hablan, son dos mundos opuestos. Eso eran, hasta ese momento. Wilfredo y Carmen se amaban, pero no habían podido decirse con palabras lo que sentían sus almas jóvenes y llenas de ternura.

Cuando estuvo al lado de las muchachas le ayudó a reunir las quenepas en paquetes para llevárselas a las lavanderas. Ellas sabían que su amigo era tímido y que deseaba hablar a solas con Carmen para declarársele. Delante de ellas era imposible, pues un hombre nunca debe hablarle de amor a una mujer delante de otras personas. Ese es un asunto muy delicado y muy personal por lo tanto debe mantenerse en la más estricta secretividad. Comprendiendo esa

situación, las muchachas dijeron a ambos que irían a buscar corazones más abajo de los árboles de quenepa mientras ellos terminaban de reunir las que estaban dispersas sobre las hojas secas. Ambos convinieron y las amigas se alejaron.

Los enamorados quedaron solos como por una bendición del cielo. Deseaban, ansiaban ese momento para por lo menos mirarse a los ojos de frente y sin palabras y ademanes decirse con miradas esas dos palabras tan codiciadas, dulces y sublimes que toda enamorada desea oír de labios del ser opuesto; "Te amo". Porque cuando dos seres opuestos se aman como ellos, estando tan cerca no hacen falta palabras porque los ojos son la imagen del alma y cada destello de cada mirada es una oración de amor puro, inmenso, sacrosanto. Al fin solos, en medio de un intrincado bosque y miles de pájaros de diferentes especies entonando una sublime sinfonía matinal y cientos de insectos volando rumorosos de flor en flor embriagados con el perfume silvestre; era para ellos una verdadera bendición celestial. En sus almas no cabía más dicha estando tan cerca el uno del otro. A sus labios no llegaban las palabras. El alma; diccionario fiel de los seres que se aman en secreto; hablaba a través de sus ojos.

Así permanecieron unos instantes hasta que él decidió hablar con voz tímida y entrecortada. Ella escuchó temblorosa. Le dijo mirándole a los ojos:

"Mira Calmen, vamos a recoger esos dos ramilletes que etán' allí ebajo' de esa mata".

Ambos se bajaron al mismo tiempo tratando de apoderarse del mismo objeto a la vez. Sus blancas frentes chocaron y fue igual que si dos inmensos mundos se estrellaran uno en contra del otro. Las palabras no eran necesarias en esos inolvidables y agradables instantes. En sus grandes ojos azules se retrataba fielmente el color verde de toda la vegetación que había a su lado. En ellos como dos límpidos espejos, se fundía el bellísimo azul del cielo de nuestro barrio Manier. Sus manos se encontraron temblorosas y sus finos dedos se entrelazaron como se entrelazan los eslabones de una cadena para que no se separen jamás. Sí, aquel amor puro, tan estremecedor, tan inmenso, ardiente y cristalino como las gotas de rocío matinal que a sus pies caían inocentes y se escondían entre las hojas secas, avergonzadas y culpables por haber estado observando una declaración de amor, tenían que eslabonarse para que nada ni nadie puediera quebrantar jamás. El zum zum de las abejas, el perfume de millares de flores, inundaban el ambiente a su alrededor y aquellas dos almas jóvenes que empezaban a vivir el primer minuto de amor hacían de la mañana un glorioso amanecer en mi barrio. No podían ni deberían callar por más tiempo y tenían que hablar algo aunque ya se lo hubieran dicho todo con miradas y apretones de manos. Hacía falta que sus labios rojos pronunciaran una oración compuesta de dos palabras. Dos cuerpos se juntaron de pies como cuando enormes cuerpos imantados se juntan. Cada uno en brazos ajenos se miraron fijamente a los ojos, sus brazos atrajeron el cuerpo ajeno como queriendo fundirlo en un solo...., sus labios...., húmedos de amor, se abrieron como se abren dos lozanas rosas con el suave tacto de la brisa mañanera y se juntaron.... La sangre por sus venas corría más veloz y más caliente que otras veces como las quebradas que culebreando cruzan las montañas para ir a perderse en el mar. Sus corazones se estremecían en sus pechos asustados igual que un niño cuando sabe que está haciendo algo que no debe hacer. Estando inertes, ensimismados, el rumor de las alas de una cansada tórtola quebró el silencio como cuando se quiebra el fino cristal de la bahía de Guánica cuando una hambrienta gaviota se lanza desde lo alto para pescar a una flaca sardina. Entonces aquellos dos pares de rosas, que se apretaban fuertemente como para no separarse jamás; se separaron. Miedosa ella, valiente él, la estremeció en contra de su pecho repetidas veces y como brota una cristalina fuente de agua; de las profundas entrañas de la tierra, así mismo brotó del pecho del muchacho aquella oración

romántica que tantos días había anhelado escuchar Carmen. "Te amo" -dijo Wilfredo. "Te amo" -pronunció Carmen.

Ya todo se había hecho, ya todo se había dicho porque un beso que habla todas las lenguas y ordena a que lo hagan todo. Por eso Carmen lloró, lloró de alegría al comprender que amaba y era amada. Lloró de vergüenza al darse cuenta que un hombre la había besado. Ya todo está hecho, ya todo está dicho. ¿Qué pasaría si sus padres sabían que había sido besada? ¿La castigarían sentándola en un rincón de la casa por unos días? ¿La hincarían de rodillas sobre un guayo? Eso no se podía saber todavía. Wilfredo al verla llorar le preguntó mientras con un pañuelo blanco secaba sus lágrimas que como cristal fundido salían de sus ojos.

-"¿Pol qué lloras, mi amol?"

-"Lloro polque te quiero, -le contestó la muchacha. Lloro polque te amo y sé que nuestro amol es imposible. De hoy en aelante' tendremos muchos proglemas los cuales nos harán sufril mucho. Nuestros país no se llevan bien. Ustees' son ricos, nojotros pobres. Una vida de maltirios nos espera y una de riquezas nos separa".

-"No pienses eso, linda, que jamás sucederá tal cosa. Te amo y etoy' dispuesto a luchal por ti en contra de too' y de toos', -le aseguró el joven mientras continuaba acariciando sus finas mejillas con el pañuelo. Cálmate, no llores más que te ves feíta con ese pelo encima de los ojos".

La muchacha tenía su rubia cabellera desordenadamente tendida sobre su espalda y parte de ella cubriéndole su blanca frente. Ver aquella dorada cabellera jugueteando con la brisa era algo así como una cascada de miel silvestre cuando los zánganos rompen los panales de la colmena y se chorrea por sobre las paredes lisas de las rocas.

-"Es que no comprendes lo que jemos jecho, -le dijo sollozando la muchacha. Nuca debimos jabelo jecho".

-"Y nuca' debimos amalnos, -le contestó-, como nos amamos. Mira, la tóltola que nos asustó nos etá' mirando siendo testigo del amol que agora mesmo nos etamos' reciprocando".

-"Sí, la veo y escucho su quejumbroso cantal, -le declaró la muchacha mirándose en sus ojos-, y de agora en aelante' cada vez que oiga er trinal de una me acoldaré de ti. Y agora vámonos de aquí que se nos jace talde. Llamaré a mis amigas, pa' regresal ar manantial".

La muchacha las llamó una a una por sus nombres y ninguna le respondió. Las amigas, jugándole una broma de mal gusto, al parecer la habían dejado sola con Wilfredo y por otra vereda regresaron a donde las lavanderas se daban gusto lavando y hablando lo que no les importaba. Al notar que ya no estaban cerca de ella salió corriendo a toda carrera con varios paquetes de quenepas en sus manos. El muchacho corría detrás de ella como un cabrito montes detrás de una cabrita suplicándole que lo esperara, pero la muchacha asustada corrió y corrió hasta llegar a El Cedro.

-"Qué plancha me jan jecho, -le dijo a todas sus amigas quienes la miraban sonriendo con cierto grado de malicia como adivinando lo sucedido-, me dejaron sola con el pretexto de que iban a buscal corazones. Eso no me lo jagan más, que no se lo agradezco".

-"Pues mira Calmen, -le dijo Julia en tono de burla-, er único corazón que encontramos se lo comió Wilfredo".

Carmen cambió de colores, quedando su rostro más rojo que una pitahaya. Las lavanderas miraban a ambos jóvenes preguntándole con las miradas qué había sucedido entre ellos. Wilfredo estaba mudo imaginándose lo que las viejas pensaban.

-"Utees' me engañaron, -le dijo Calmen-, me dijieron que iban a buscal corazones y eso era falso polque en eta' época no jay ningunos. Ya la cosecha de eyos pasó y jay que esperal al mes de enero".

-"Si lo sabías, -le gritó Lisa-, pa' que te dejate engañal".

-"Déjense de boberías, -dijo Sara-, si ar fin y ar cabo no tie na' de malo que jayan quedao solos en el bosque polque Wilfredo no le iba a comel un canto a eya ni eya iba a pellizcalo a él".

-"Eso le gustaría a Calmen, -dijo Julia a carcajadas-, que el jijo del riquito le comiera un canto. Muchacha, si en los ojos se le ve que etá' loquita pol él".

Julia, a pesar de que era amiga de Carmen; siempre estaba metiéndole la puya, cosa que Carmen había notado ya y para no darle a comprender nada, hacía caso omiso de lo que dijera. También la muchacha sentía atracción por Wilfredo, pero no lo daba a comprender y ahora menos lo haría ya que se imaginaba de lo que habían hablado estando solos. Ya Luisa le había dado una orejita acerca de los sentimientos de ambos.

-"Lo mejol que podamos jacel, -dijo una primera lavandera-, es que nos pongamos a chupal quenepas polque sigún noto etán' muy dulces y jugosas y déjense de chismerías".

-"Yo quieo' de las de Wilfredo, -declaró una segunda mirando maliciosamente al muchacho-, polque las tie' guaretas y muy grandes".

-"Sí pero no lo jagan coltal esmajaguas, -dijo una tercera sonriendo-, polque el muchacho es muy tímido y no sea que se le caiga la cara de velgüenza".

A la verdad que el joven era tímido de manera exorbitante y tratándose de que estaba entre medio de tantas mujeres, aún lo era más y hasta nervioso estaba al pasar por su mente la escena que había tenido con Carmen. Siempre que un hombre se encuentra solo en un grupo de mujeres, o se convierte en un canalla o en un hombre humilde y respetuoso. En medio de ellas él se sentía más tímido, pero más respetuoso y amable con todas y cada una de ellas. Pero deseaba salir del lugar antes de que se pusieran a comentar cosas que no les importaban y les dijo a todas:

-"Ya que comieron toas las quenepas que desearon, me iré a mi casa. Puen quedalse con ese montón que yo me llevaré etas pocas pa' que mamá y papá se entretengan chupando también".

-"¿Pero te vas solo y no espeas' a Calmen? -le preguntó Julia como para mortificar a la muchacha. Espéala' pa' que le yeves la tina, o mejol dicho pa' que la yeves ar hombro o a cabayito".

-"Julia, basta ya, -le suplicó Carmen-, no me moltifiques más que na' vas a sacal con tus críticas de mal gusto".

-"Me gustaría esperal a toas, -le contestó Wilfredo-, pero no pueo eperal más. Todavía le quea mucha ropa que laval. Agora me diré a mi casa, buenos días pa' toas y que telminen pronto de laval la ropa".

Al ausentarse el muchacho, Carmen y sus amigas ocuparon sus puestos dispuestas a hacer por lo menos la mitad de sus deberes. Las otras lavanderas acomodaron sus tinas y baños estratégicamente debajo de una sombra para poder estar a cierta distancia de las muchachas. Así podrían quemar a Carmen sin que el humo la tocara.

-"Se dieron cuenta, -dijo una-, se la queía comel con los ojos. Sabrá Dios de lo que jablaron tando' solos".

-"Y eso que es la mosquita der barrio, -añadió una segunda. ¡Cómo serán las jotras cuando se enamoren!"

-"El se jace el tímido que no rompe ni una dita pero, toy' sigura de que ya rompió un calabazo como el que tie' su pai de lleval agua ar trabajo" -habló una tercera.

-"Se vino jaciendo de que la dejaron sola, -dijo una cuarta-, pero era combinación pa' que eyos se las pusieran amasándose como cuando nojotras amasamos jarina pa' jacer soruyos".

-"A mí que no me vengan con ese julepe de que er es tímido, -pronunció una quinta-, polque la experiencia me dice que tratándose de mujeres ningún jombre es zángano. Al diablo con ese cuento".

-"Lo curioso del caso es, -ayudó una sexta-, que vino de tan lejos expresamente a buscalnos quenepas. A otro perro con ese güeso. A mí naide me coge de pendeja pol vieja que esté.

Mientras esas conversaciones se escuchaban de labios de las lavanderas expertas, de labios de las aprendices y de menos experiencia se oía otra conversación análoga.

-"Cuéntame, Calmen, -le decía Luisa llena de curiosidad-, ¿qué te dijo Wilfredo?"

-"Ave María, nena, -pronunciaba Sara-, Tú si eres averiguá. ¿No sabes que eso es un secreto de eyos? No te metas en asuntos ajenos y privaos".

-"No seas tonta, -le dijo Lisa a Luisa-, que las palabritas durces de amol que se dijieron no se las dirán a naide"

-"Las muchachas no deben sel entremetías y no deben tar' averiguando la vida privá de sus amigas" -le habló Julia.

-"Ya que Luisa quiee' sabel algo, le diré la veldá agora que tamos' las cinco juntas, -dijo alegremente Carmen. El muchacho se me declaró y lo acepté. Dende hoy semos novios y tal vez pronto nos casaremos".

-"Se casarán, -dijo Julia-, si don Luis y don Miguel lo pelmiten. Si no te quearás' jamona o brincarás los alambres como una cabra cuando va juyendo pa' que no la oldeñen. Me gustaría sel la madrina de bodas o que me regalaras el ramo de flores pa' que me dé suelte y podel consiguil un riquito. Y recuelda Calmen, tiees' que aconsejal a Wilfredo a que tenga mucho cuidao con Gonzálo polque tan pronto sepa utees' son novios lo buscará y le dará una pela".

-"Pielde cuidao, -aseguró Carmen-, que er no es más jombre que Wilfredo. Y agora ya lo sabes somos novios y Dios libre a la que trate de quitálmelo. Y no jablemos más sobre ese tema polque ya se nos ha jecho talde y es hora de dirnos a nuestras casas. Ya las otras lavanderas tan' recogiendo sus ropas pa dilse".

Era costumbre de las lavanderas de dejar la ropa lavada tendida sobre las rocas o sobre el viejo tronco de cedro para que se secara. Al día siguiente se la llevaban. La que quedaba sucia, la dejaban dentro de la tina escondida debajo de la maleza. Llevaban latones de agua más arriba del nacimiento del manantial y entre dos enormes rocas que había; con la ropa puesta se daban el gran baño. Como el agua estaba escasa en el barrio aprovechaban el viaje y mataban dos pájaros de un solo tiro. Así que cuando se bañaron todas haciendo turno, se alejaron de El Cedro llevando unas un latón de agua en la cabeza y otras una tina de ropa limpia.

Capítulo IV

Las Cosechas

Los conuqueros del barrio así como también los dueños de fincas se dedicaban a limpiar terreno durante el tiempo de sequía para cuando llegara el de lluvia, ya estuviera listo para la siembra. No en todas las fincas y conucos sembraban lo mismo para que así hubiera diferentes productos alimenticios para diferentes usos. Los conucos eran cultivados por sus propios "dueños" que como dije anteriormente, los cogían sin permiso de los americanos y no alquilaban a nadie a trabajar en ellos. Los propietarios de fincas y los que tenían terreno arrendado al gobierno alquilaban obreros y les pagaban treinta y cinco centavos por cada ocho o más horas de labor. Casi todos los agricultores tenían familias viviendo y trabajando en sus fincas. Vivían en barracas o ranchos construidos de madera rústica cortada en el bosque y techados con palmas de cogollo. En una finca por ejemplo sembraban: maíz, calabazas, gandules, y lechosas. En otra sembraban: tabaco, algodón, yuca y batatas. En otra cultivaban tomates, berenjenas y pimientos. También en otras había vaquería y criaban otros animales tales como cabros, cerdos y gallinas. A las mujeres les pagaban dos reales por ocho horas de trabajo. Los menores trabajaban gratis ayudándole a sus padres. En la finca de La Ballena, cuyo dueño era Fido Antonmarchy, criaban cerdos y cultivaban palmas de coco. Los habitantes de El Manier también vivían de la pesca especialmente de la de cangrejos que en aquellos tiempos los había en abundancia a lo largo de toda la costa del mar desde Guánica hasta Ventanas, cerca de Guayanilla.

Los pequeños conuqueros preparaban el terreno para la siembra con picotas, azadas, palas y hachas. Los grandes finqueros lo hacían con arado de palo y bueyes. A todas las fincas acudían obreros de barrios lejanos buscando un día de trabajo. Muchos de ellos se acomodaban en ellas o en El Manier para siempre. De esa manera el barrio El Tamarindo y El Manier crecieron y se mantuvieron florecientes hasta el 1918 el primero, y hasta el 1942, el segundo.

Llegó la cosecha y los habitantes de todos los barrios ardían en alegría. Aunque ganaron poco dinero podían comer mejor, comprarse su mudita de ropa nueva, pagar dos o tres pesos que debían en la tienda y bautizar el nene que tuvieran moro. El costo de vida era muy bajo. El arroz estaba a tres centavos la libra, harina de maíz a dos, manteca a ocho, azúcar a cinco y el mondongo a nueve. Se compraban camisas a quince centavos, pantalones a medio peso y zapatos a peso cincuenta centavos. En las casas no había neveras ni radios, pues no había luz eléctrica. Por esa razón, los tres o cuatro pesos que ganara un obrero en las cosechas era suficiente para alimentar a la familia. Los dueños de las fincas les regalaban productos de los que cosechaban a los obreros. En casi todas las casas había un pilón de madera y un molino de piedra para moler granos. El de madera lo usaban para moler café y el de piedra para moler maíz. El agricultor les permitía que las mujeres asaran maíz y que cocinaran calabazas, yuca o batatas, según fuera el caso, para los obreros y no les cobraba nada. El les suministraba el bacalao gratis. Al llegar la cosecha los habitantes se dividieron en grupos. Uno se fue a la finca El ojo de Agua de don José Nazario, otro a Joya Jonda, de don Fernando del Toro, un tercero se fue a El Tamarindo de don Santiago Franceschy, un cuarto a La Ballena de don Fido Antonmarchy y un quinto a Las Cóbanas de don Rafael Gutiérrez, un sexto a Las Cobanitas de Don Silbano Cruz, un séptimo a la de don Juan Morciglio y un octavo a la don Miguel Orta.

Por recomendaciones de Wilfredo, don Miguel aceptó que don Luis volviera a trabajar en su finca, pero no en calidad de obrero permanente y sí como temporero, esto quería decir que

cuando terminara la cosecha, no tenía más trabajo y tampoco podía vivir en su finca. Don Luis convino en el tratado aunque en contra de su voluntad y la de su esposa. Carmen fingía no quería regresar a la finca ocultando lo que sentía y tenía dentro de su pecho para Wilfredo. Tratándose de amor, cualquier mujer engaña. Por eso en esta ocasión, Carmen engañaba a sus padres desvergonzadamente mientras le decía:

-"No me gustaría que volvieras a trabajal en la finca de ese viejo pipón y engreío' habiendo tantos lugares en donde poemos' vivil más tranquilos y ganal más dinero. Tiee' que sel con er que nos botó una vez".

-"Pero mi'ja, -le habló su padre un tanto colérico-, si no vamos a vivil ayá, solamente iremos a trabajal y vinimos a dolmil a nuestra casa".

-"Comprende, jija, -le ayudó doña Ana que ya en las otras fincas jay gente de sobra y don Miguel tiee' de menos. Tiee' algodón, maíz, batatas y calabazas, sin contal las grandes talas de tabaco que tiee'. Hay que olvidal los rencores con los demás y aún más si se trata de gente que nos ayudan pa' ganalnos la vida".

Carmen se deshacía por dentro al oír hablar a su madre en tal sentido. Ansiaba regresar a la finca para estar más cerca de su novio. Tal vez no lo estaría todo el tiempo que desearan, pero ya ella se las arreglaría para poder lograrlo. Ya creo que sí, que lo lograría habiendo tanto tiempo y tantos lugares ocultos a la vista de sus padres de quienes tendría que cuidarse mucho para evitar que los botaran otra vez o el escándalo quizás. "Eso es lo que quiere' el sapo, que lo jechen al agua" decía la muchacha para sí mientras le daba rienda suelta a su imaginación.

-"De manera, -les dijo don Luis-, que mañana bien tempranito recogemos los tremotiles y nos vamos cantando bajito. Eta vez don Miguel nos tratará mejol, ya lo verán". Durante la noche Carmen durmió mejor que otras, soñó y soñó delirantemente y hasta hubiera jurado al despertar que todo había sido una realidad de la cual no hubiera deseado despertar jamás. Soñó con Wilfredo y en ese mensaje misterioso que tienen los enamorados cuando sueñan, fueron pasando por su joven mente todos los instantes que vivió con su enamorado debajo del árbol de quenepas. Se vio parada tímida y nerviosa frente a frente al muchachón de ojos verdes cuyas miradas se ahogaban en las aguas cristalinas y tranquilas de sus dos lagos azules y serenos. Lo veía subir al árbol a toda prisa, como si fuera un mono, para complacer a ella y a sus amigas. El corazón en su pecho brincaba igual que lo hace un pájaro silvestre enjaulado. Momento inolvidable el que vivió cuando sus frentes chocaron y sus manos se apretaron fuertemente como para no separarse jamás. Feliz y dichoso el instante en que sus labios se juntaron por primera vez. El misterioso arcano le estaba repitiendo el momento más importante de su vida hasta el presente. Cuando escuchó el quejumbroso cántico de la traviesa tórtola, se incorporó asustada y notó que su amante y tierno corazón se le quería salir de dónde estaba y emprender vuelo como una paloma blanca y posarse en el pecho de su novio. Abrió los ojos y ya estaba de día.

Llamó a sus padres quienes ya estaban listos para salir. El trino de los pájaros mañaneros se propagaba por el vecindario acompañado por el berrido de los becerros que querían mamar de sus madres. Los perros ladraban corriendo juguetones de un lugar a otro y los gallos le brindaban su característica melodía a las gallinas que se tiraban asustadas de los arboles huyéndole para no ser pisadas. Moría la noche y un día nuevo nacía colmado de esperanzas para Carmen y sus padres. Después de haber desayunado se fueron a la finca.

Una vez llegaron a la finca, uno de los peones le informó que don Miguel quería hablarle en el ranchón grande de guindar tabaco y de guardar las otras cosechas. Allí se dirigieron sin pérdida de tiempo.

El ranchón medía aproximadamente ciento cincuenta pies de largo, sesenta de ancho, cuarenta de alto en las esquinas y sesenta en el medio en forma de pirámide. A una altura de veinte pies tenía un piso y de ahí para arriba colgaban el tabaco hasta estar seco. El rancho estaba construido con madera rústica cortada en el bosque, cercado con ramas de palmas de coco y techado con zinc para que éste diera más calor al tabaco. Debido a la construcción fuerte y rústica, era el refugio ideal para los habitantes de El Manier y de otros barrios en tiempo de tormenta. En todas las fincas había uno parecido con el mismo propósito.

Cuando llegaron al ranchón adentro y afuera había un gran número de hombres y mujeres esperando que don Miguel les ordenara el lugar de trabajo. También había niños y niñas entre las edades de un año a quince. Las madres que tenían hijos pequeños se los llevaban con ellas, unas por no dejarlos solos en las casas y otras para que ayudaran en lo que podían. En el grupo había gran regocijo ya que se divertirían trabajando y ganando algún dinero. Don Miguel al ver llegar a don Luis con su esposa e hija caminó unos pasos hacia ellos y los saludó sin rencor alguno. Ellos contestaron el saludo de igual modo y se inició la conversación.

-"Me alegra mucho al velos de nuevo en mi finca, -dijo don Miguel dirigiéndose a ellos-, polque los necesito mucho".

-"Nojotros también lo tamos', -habló don Luis en nombre de su familia y el suyo propio-, polque necesitamos ganal chavos".

Doña Matilde miraba desde un punto cercano y no encontraba nada de alegre en aquel encuentro. La esposa de don Miguel era muy altiva, echona como ella sola y hasta engreída muchas veces. Tenía cuarenta y cinco años de edad. Su cabellera larga y negra se arrastraba desordenadamente sobre su espalda. Sus ojos eran grandes y negros y su piel era trigueña. Se sentía incómoda al ver a la muchacha de ojos azules de regreso a su finca. Entre ellos nunca había habido ninguna clase de problema y entre su esposo y don Luis el que hubo fue de poca importancia. Sin embargo, impulsada por el instinto maternal, presentía que su hijo se enamoraría de aquella muchachita de ojos azules como ese cielo que nos cobija. Se acercó a los recién llegados y fríamente saludó a ambos y a Carmen no.

-"Bien yegaos sean, amigos, y epero que con su ayuda nuestras cosechas no se pieldan" -habló burlonamente la mujer.

-"Pielda cuidao doña Matilde, -le contestó airosa doña Ana-, que pa' eso tamos' aquí. Uted' sabe que trabajamos como eclavos de sor a sor y pol eso no nos jemos muelto". -"Dos hachas de acero chocan sus filos y no se mellan, -comentó Don Miguel en tono de broma-, y ahora cada cual se va a la tala a recogel maíz y calabazas. A las doce irá la carreta pa' calgal lo que tengan en montones".

Todos obedecieron las órdenes del jefe y se dirigieron a una tala de maíz y calabazas. El trabajo consistía en recoger calabazas y ponerlas en grandes montones para luego ser llevadas al ranchón en una carreta de bueyes. Cortaban la mazorca de maíz y repetían la misma operación. Don Luis, doña Ana y Carmen estaban en un grupo, mientras que las otras familias estaban en grupos individuales también. Mientras las familias trataban de cumplir con sus deberes, don Miguel y doña Matilde se enfrascaban en una conversación estando solos en el rancho. Doña Matilde tomó la iniciativa y habló lo siguiente:

-"Yo en tu lugal Miguel, no jubiera permitío a esa familia aquí aunque se peldiera la cosecha".

-"Pero mujel ¿qué de malo tiee' eso? -le preguntó bruscamente el esposo. Lo que hubo entre nojotros no es pa' tanto. Lo sorprendí jaciendo algo indebido en la finca, lo boté y se fue sin protestal y na' más. Lo mandé a buscal polque lo necesito. Es buen obrero y humilde".

-"Tienes razón en lo que dices, Miguel, -le contestó la costilla-, pero no me refiero a eso. Me refiero a que ya nuestro jijo eta' jecho un hombrecito y ella una mujercita. ¿No te das cuenta que se pueen' enamoral?

-"Escúchame, Matilde, tú lo jas dicho, él es un jombre, eya una mujel, es muy natural que un jombre se enamore de una mujel y una mujel de un jombre. Eso lo sé yo y lo sabe cualquiera, pero es que tal cosa no va a sucedel polque nuestro jijo no es tan tonto como pa' fijalse en una muchacha que ni se baña y si lo jace es una vez a la semana. Y pa' colmo, ni zapatos usa".

-"Recuelda Miguel, -le aseguró la esposa-, que el jombre siempre encuentra atractivos en la jembra pol pobre, vieja y fea que sea. Tengo mieo que Wilfredo se enrede con esa patipelá y meta las cuatro patas. Eya no tendría na' que peldel. En cambio él y nojotros pelderíamos mucho. Está en la escuela y de seguro que tiee' muchas amiguitas de buena familia que no son tan jíbaras como ésa".

-"Etá' bien, Matilde, etá bien', pero no te preocupes tanto que yo trataré to' lo que puea' pa evital un encuentro entre eyos, -le aseguró Miguel firmemente. Es más, mientras dure la cosecha no lo dejaré dil a las talas en donde eya eté'".

-"Y déjame decilte algo que no te jabía dicho, -le divulgó la señora-, dende unas semanas atrás je notao que va al Manier de talde tres veces en semana y viene un poco talde. Teemos' que entral en cuentas con él. No te digo na más".

-"Es lo mejol que jaces, mujel, polque tengo que enyugal los bueyes pa' dal un viaje a la tala y se me está jaciendo talde" -le dijo el esposo a su señora y se dispuso a seguir con su trabajo. Ella también iría con él para llenar la carreta de maíz y calabazas.

Había pasado la mañana placentera como otras miles habían pasado llenitas de calor producido por el sol brillante que alumbra a nuestros campos. Bajo ese sol ardiente del medio día un grupo de campesinos, hombres, mujeres, niños y niñas se dedicaban a sacar de la oscura y bendita tierra el fruto, que ayudado por el astro rey producía para que se llenaran sus estómagos vacíos. Los obreros sudaban recogiendo los frutos, pero aquel sudor frío que brotaba de sus frentes como lágrimas del día, caía al suelo como pedazos de transparente cristal y al tocar la tierra, se disolvía fertilizándola así para que nuevas semillas siguieran germinando. Obreros no diestros, obreros campesinos que no leen, que no escriben, porque por buena o mala fortuna no tuvieron la oportunidad y la dicha de ir a la escuela y aprender un oficio que les permitiera estar enchaquetados en una oficina equipada con aire acondicionado y con una nevera de agua fría. Obreros que no usan zapatos porque el dinero que ganan no les alcanza para comprar un par que vale un peso con cincuenta centavos y apenas da el alimento diario. Obreros que usan ropa andrajosa y manchada porque no tienen más. Obreros con manos ásperas y duras como las piedras del campo que luchan, que trabajan aunque no leen ni escriben con plumas en blanco papel; en el inmenso y fértil papel de la tierra cavan profundos surcos para extraer de las entrañas mismas de la tierra el alimento para millones de seres vivientes. Por eso, esa mañana un grupo de campesinos trabajaban afanosamente para sacar el producto de esa tierra que los vio nacer, crecer y más tarde, morir para ser enterrados en ella sirviéndole así de abono y de ejemplo para generaciones venideras.

Durante la mañana, Carmen pensaba en Wilfredo y en el rato alegre que pasó con él. Se preguntaba en silencio mentalmente: "¿Pol qué no jabrá venío? ¿Me engañó tan pronto? ¿Etará' en la escuela? ¿Etará' diciéndole y haciéndole a otra lo mesmo que me dijo he hizo?" Cuando todas esas preguntas se cruzaban como abejas sedientas por su cerebro, llegaron don Miguel y doña Matilde en la carreta de bueyes para llevarse los primeros productos de la tala.

Estos les llevaron agua, bacalao, sal, manteca, aceite y latones para que cocinaran el almuerzo allí mismo. Todos ayudarían a preparar las viandas, para tenerlo listo lo más pronto posible. Alguien se encargó de sacar yuca y batatas para completar el almuerzo. Mientras los peones bregaban en el fogón al aire libre, los dueños de la finca se alejaron de ellos en la carreta en donde estaba la primera carga.

Doña Ana se dio cuenta que ya el agua de tomar se le había terminado. Le pidió a su esposo que fuera a la bomba a buscar un purrón. Carmen, ni muy lista, pero tampoco perezosa, de inmediato se ofreció con el pretexto de que su padre estaba cansado y que debía descansar por lo menos media hora. "Yo voy a buscar el agua, le pidió a su madre, polque papi está cansao".

Ambos convinieron y dejaron ir sola a su hija. Realmente lo que la impulsaba a ir por el líquido era el deseo que sentía de ver a Wilfredo si había llegado de la escuela. El pozo del cual sacaban agua con una bomba de mano a donde se quedaron sus padres, había una distancia aproximada como de cinco hectómetros. Y de la casa al pozo; como uno, más o menos. A ambos lados de la vereda había sembrados de algodón cuyos arbustos subían como a cinco pies aproximadamente. También había plantaciones de tabaco y yuca. La vereda era quebrada, por lo tanto, la muchacha no podía ser vista desde el ángulo en que están cocinando al aire libre los obreros. Iba corriendo a toda carrera y las piedras del camino como que se echaban a un lado para no ser golpeadas por sus toscos pies.

En pocos minutos llegó al pozo, puso el purrón colgando de la boca del tubo de la bomba y empezó a entrar y sacar el chupón de la bomba. Mientras llenaba el embase, miraba hacia la casa de don Miguel que estaba en una loma con el propósito de ver a Wilfredo. Terminó su misión y esperó unos minutos convencida de que no estaría; decidió irse al lugar de trabajo. Echándose el purrón en la cabeza, sintió un silbido que salía de unos matorrales detrás de ella. Dio media vuelta y quedó absorta, muda, parecía una estatua parada frente a aquel muchacho que la miraba con ojos grandes como que se le querían salir de sus cuencas. Quería gritar y sus gritos se ahogaban en su garganta. Quería huir y parecía que sus pies estaban atados a la tierra. Trataba de llamar a sus padres y no podía. El muchacho la miraba y se la quería comer entera con su maldita mirada. Se sentía seguro de sí mismo para cometer tremendo disparate que había engendrado en su estrecho cerebro el deseo de venganza. Porque desde la noche de la jarana que fue humillado por negro y don Pedro, había jurado vengarse de aquella humillación. Se sentía triunfante ante aquella débil e inocente muchacha que asombrada lo miraba sin poder pedir auxilio.

-"Mira nena, -le dijo sonriendo sarcásticamente, no temas, soy yo, Gonzálo. Tu etelno enamorao. Jablame, linda, pa que vayas poniéndome cariño. Tú sabes que te quieo' dende el primel día en que te ví pol primera vez, no lo niegues. También tú me amas".

El nudo que sentía Carmen en la garganta desapareció de pronto y conociendo los instintos inmorales del joven se lleno de valor y de fortaleza física, y sin miedo lo retó como si también fuera macho como él. Con voz fuerte le habló:

-"Uted' tiene que respetalme a la buena o a la mala y si no lo jace; va tenel un gran catigo, ya lo verá".

-"Mira, nena, jíbara y sin zapatos, cuando me propongo jacel algo, ni el diablo lo evita; le dijo el muchacho a la vez que se le acercaba peligrosamente-, polque agora mesmo tiees' que sel mía aquí mesmo y si te niegas te arrastro por ese matorral jasta matalte".

Wilfredo había llegado de la escuela en esos momentos y se había cambiado de ropa de inmediato para irse a la tala para ayudarle a sus padres. Los jibaritos de aquella época acostumbraban a salir a la finca con un perrillo amolado hasta el cabo debajo de un brazo.

Varios lo portaban hasta en las tiendas o en lugares que había una actividad. También tenían en un rincón de la casa un pedazo de palo, bien fuera de guayacán o de tachuelo; que le nombraban "Amanza Guapos". Esta vez Wilfredo tenía un perrillo en sus manos cuyo filo brillaba como un espejo. Lo agarró y salió de la casa sin pensar en nada ni en nadie.

Gonzálo, furioso como un león de la selva, y creyendo que tenía la posta segura, se le abalanzó encima sin compasión. La muchacha corrió en dirección de la casa de don Miguel evitando así que la fiera humana la agarrara de primera intención. A toda carrera iban cuando el estiró la mano, igual que cuando un león tira una zarpada a su víctima. Esta vez tuvo éxito, la cogió por su rubia cabellera y le dio un estirón tan fuerte; que ella quedó inmóvil mirándolo frente a frente a la vez que gritaba a todo pulmón llamando a sus padres.

"¡Papá, mamá, Gonzálo me ultraja!"

"¡Corran, corran, auxiliooo!" Gritaba la indefensa muchacha a punto de ser dominada y desflorada por un hombre que dejándose dominar por el deseo repugnante de la venganza se había convertido en un ser despreciable y cruel.

La finca del señor Orta estaba situada en una posición geográfica muy peculiar. En ella había terreno plano, había lomas y joyas que la cruzaban dando curvas como serpientes y se perdían montaña adentro hasta llegar al Barrio Barinas, barrio La Joya, barrio Las Palomas y barrio El Manier. Cuando una persona gritaba en voz alta, cuando los animales bramaban desordenadamente y cuando las aves entonaban sus canciones queriendo reventar sus pechos; el eco del sonido se regaba por todas las joyas hasta llegar muy lejos del lugar de origen. Por eso; cuando Carmen gritó pidiendo auxilio, el aire que nos da la vida sin pedirnos nada y sin protestar, les llevó el mensaje a sus padres en cosa de segundos. Wilfredo, que estaba cerca de ellos, pero que no podía ser visto porque ya había caído en la joya mayor entre la casa y la bomba; oyó el grito femenino y por el tono de voz; creyó que una mujer estaba en peligro.

El nunca había oído gritar a Carmen por tal razón no podía pensar que fuera dueña de tales gritos. En la finca no había perros bravos, pero tampoco llegaban de otros barrios. Las bestias y las reses de su padre eran muy domésticas y dóciles y no atacaban a nadie aunque de vez en cuando aparecía un toro salvaje y fajón de los que se criaban realengos en el bosque. Creyó entonces que un toro salvaje estaba atacando a una peona y abrió patas a correr con el machete en una mano en dirección de donde le llegaban los gritos. Carmen lo vio primero y gritó con más valor y confianza.

"¡Wilfredo, correee, avanzaaa!"

El muchacho no podía creer que la escena que presenciaba era real. No podía creer que esa niña de ojos azules y cabellera rubia fuera su novia. Su cara parecía una fresa madura y sus ojos grandes parecían dos pedazos de cielo que llovía sobre la tierra. Luchaba con el salvaje con sus dientes, uñas y piernas defendiendo los pétalos vírgenes de su divina flor. Se lanzó el muchacho con furia encima del atacante de su novia, jugándose el todo por el todo.

Al momento de llegar a ellos, le tiró el primer machetazo con todas sus fuerzas y con la intención de cortarle el cuello en dos pedazos como el que corta una mata de plátano de un solo tajo. Gonzálo usó toda su experiencia que tenía en trances como ése, así como también su fortaleza física y ejecutando un movimiento rápido y seguro evitó que su cabeza rodara por la pequeña loma gritando: "¡Ave María, qué tajo!"

Se separó de la presa que tenía en sus brazos sin lograr posar, por lo menos, sus asquerosos labios sobre los de la novia de Wilfredo. Entablaron una lucha feroz mientras la muchacha, único testigo y motivo de tal batalla, observaba y gritaba atemorizada sin atreverse a interponerse entre aquellas dos bestias humanas que se disputaban el tierno amor de una muchacha tan linda

como ella. Wilfredo trataba de herirlo, lo atacaba con rabia como lo hace un perro rabioso cuando ya su nariz ha olfateado el olor de la sangre de su víctima. El sátiro, diestro y experto en esas contiendas, con una facilidad increíble; se quitaba los ataques de encima. Ambos sudaban a torrentes y se empapaban sus cuerpos de sudor. Wilfredo embestía como un toro salvaje acorralado. Gonzálo se defendía como un gato montes cuando es atacado por una jauría de perros silvestres. En una ocasión tuvo la buena o mala suerte de que encontró un pedazo de tabla en el suelo. Lo tomó en sus manos lo más rápidamente que pudo e hizo frente firme a Wilfredo quien no cesaba de lanzar perrillazos sin lograr su propósito. Esperó el próximo ataque con la tabla bien apretada en sus manos. Cuando vio que el machete iba a ser blanco en su pecho le dio fuertemente y éste cayó al suelo. Ambos; machete y tabla; tropezaron en el aire quedando ambos desarmados. Sin pérdida de tiempo por ambos enemigos cada cual trató de apoderarse del arma. Al verla en el suelo; sabían a ciencia cierta que significaba la vida para uno y la muerte para otro. Doblaron sus cuerpos al mismo tiempo como impulsados por una fuerza misteriosa. Ambos lograron apoderarse de ella y empezaron a forcejear para quitársela el uno al otro. Gonzálo estaba dominando lentamente con cierto grado de seguridad. Viendo y comprendiendo Carmen lo que eso significaba para los tres, y muy especialmente para ellos dos, decidió entrar en acción y sin pensarlo mucho se le tiró encima a Gonzálo con uñas y dientes dispuesta a perder la vida si era necesario; por Wilfredo. Con sus pequeños, pero afilados dientes mordió la oreja derecha de Gonzálo con todas las fuerzas que sus mandíbulas tenían. Por la boca de él salió un grito de dolor y espanto. Apretó, y apretó más y más fuerte sus mandíbulas hasta que notó que sus dos hileras de dientes se encontraron. Sin temor a equivocarse, le había partido un pedazo a la oreja. Le hundía sus uñas en la cara sin compasión igual que cuando una ardilla araña la tierra para fabricar su hogar. Gonzálo estaba descendiendo en su defensa, pero se aferraba en su lucha por quedarse con el machete. No se cercioraba que ya todo esfuerzo era inútil porque Carmen lo atacaba por la espalda y le aguantaba los brazos a la vez que Wilfredo le propinaba puntapiés en las espinillas y rodillazos en ciertos órganos vulnerables.

Tampoco se daba cuenta que todos los obreros, al oír el eco de los sonidos de los gritos de Carmen; se acercaban curiosos y dispuestos a defender al dueño o dueña de aquellos gritos. Cuando los vio; aflojó el machete y patas pa'qué te quieren. Se fue a correr como corre un gato huyéndole a un perro gatero. Wilfredo se quedó con el machete y aunque no pudo usarlo como quería, con él salvó a su novia de un fracaso emocional y moral, difícil de reparar. Carmen escupió en la tierra un pedazo de oreja de Gonzálo símbolo de la prisión y la libertad de él y un borbollón de sangre, símbolo también, pero de la vida de Wilfredo y de su virginidad.

Los obreros llegaron a ellos asustados, sudados y asombrados. Al ver a Carmen tan desquiciada y llorando; no comprendían lo que había pasado. Creían que Wilfredo la había atacado sexualmente y que había logrado su propósito. Wilfredo estaba en las mismas condiciones que la joven, pero no tenía manchas de sangre en la cara y en el pecho como ella. Al verlos acercarse, Carmen les habló llorando:

-"Ese sinvergüenza de Gonzálo, trató de ultrajalme. Wilfredo lo evitó y él se fue corriendo pol esa maleza".

Don Luis y Doña Ana quedaron paralizados por unos segundos. Ninguno de los presentes podían comprender lo que sucedía en esos momentos. Daban la impresión de que tuvieron una gran lucha con unas fieras salvajes quedando agotados y vencidos. La mayoría de las personas lloraron unos segundos sin poder pronunciar palabra alguna. Luego, Doña Ana rompió el silencio con su lengua y dijo:

-"Dios te bendiga jija, una y mil veces más" Se abrazaron. Don Luis se unió sollozando a ambas mujeres.

-"¿Cómo será posible que en ete' mundo jaya jombres tan canayas? -decía Doña Ana entre lágrimas y llantos-, que no consideran a las pelsonas inofensivas".

-"No jay pol qué lamentalnos tanto, mami" -consolaba la hija a la madre-, polque no logró lo que queía. Wilfredo lo evitó arriesgando su vida".

Doña Matilde y don Miguel se miraban mudos y sorprendidos al saber que su hijo estaba involucrado en ese acto desvergonzado y tristes "¿quién lo jabrá mandao a metel la cuchara en caldero ajeno?" -se preguntaba el padre para sus adentros.

-"¿Etará Wilfredo enamorao de esa pobre muchacha y pol eso la ja defendió? -se interrogaba la altiva esposa de Don Miguel. No, no podrá sel nuca', no lo permitiré y agora que quedó manchá pa' siempre ante los ojos de tos los que aquí etamos', y los que aquí no etán' polque muy pronto lo sabrán; menos lo permitiré. Pol más que se lave la cara, pol más que lave ese traje asqueroso que tiee'; las manchas de sangre de Gonzálo no podrá borrarlas de su pellejo".

-"Gracias, Wilfredo, muchas gracias pol lo mucho que jiciste pol mi jija cuando más lo necesitaba, -le habló agradecida Doña Ana al muchacho. Nuca' tendré con que pagalte, sino con admiración, respeto y agradecimiento".

Esas palabras cayeron en el alma de Doña Matilde como piedras en pozo profundo a las doce de la noche. Pensaba que la muchacha y sus padres, tarde o temprano, se verían obligados a ceder a los caprichos de sus hijos si se enamoraban por la razón de que su hijo la salvó de la destrucción física, moral, y emocional por Gonzálo.

-"No es na'; Doña Ana, -le contestó Wilfredo sin atreverse a mirarle a la cara-, etamos' pa' ayudalnos mutuamente cuando más lo necesitamos".

-"Bueno, cuéntenos como empezó ete' problema y pol qué" -le pidió Don Luis a su hija a la vez que le tendía el brazo derecho encima de su dorada cabeza.

La muchacha entonces les narró con detalles precisos todo lo acontecido desde que Gonzálo salió del escondite en los matorrales hasta que los obreros llegaron en su auxilio. Todos escucharon con reverente atención aquella fatídica historia, que aunque había pasado, en su mente viviría perpetuamente como algo imborrable que por más que se trate; ni el tiempo que todo construye y destruye, podría destruir jamás. Después de haberle contado todo don Miguel preguntó a la muchacha con cierto grado de dudas.

-"¿Tiee' uted', Calmen, amista' con ese bandolero?"

La muchacha se estremeció y un gran nudo se le atravesó en la garganta. Trataba de hablar y sus palabras se atragantaban en la garganta como piedras apiñadas en una estrecha cueva. Los presentes la miraban como el que no quiere la cosa y calladamente en su imaginación la acusaban haciéndola culpable y provocadora de aquella escena tan vergonzosa para ella. Unos comentaban en voz baja sin importarles que sus comentarios, libres de crédito alguno, perjudicaban a la inocente jibarita quien por más que la juzgaran seguía siendo una flor silvestre con todo su esplendor matinal y virgen. Seguía siendo una flor pura y lozana cuya lozanía brillaba aún mas cuando el suave rocío matinal acariciaba sus frágiles pétalos. Haciendo un gran esfuerzo contestó aquella pregunta maliciosa y acusadora. Tratando como era natural de defenderse ante él y los presentes.

-"No señol, no tengo amista' con él ninguna. Solamente lo je visto dos veces, una la noche de la jarana en case del señol Matos y hoy. Que eté' enamorao de mí a lo cenizo, ¡es otra cosa! Na' tengo que vel con él, -contestó afirmativamente la muchacha de ojos azules. Mi conciencia está limpia y no me impolta lo que digan y piensen los jotros de mí".

De buenas ganas le hubiera dicho que con quien tenía algo era con su hijo. Sin embargo, tenía que callar para no despertar el desprecio de sus futuros suegros, quienes si lo sabían, la botarían de la finca sin perder tiempo.

-"¿Te jizo daño, Calmen? -le preguntó doña Matilde acusatoriamente en tono de desprecio-, ¿pol qué tiees' tanta sangre en la cara y el pecho?"

-"Tengo sangre en la cara y el pecho polque le moldí una oreja y le saque un peazo, -contestó la muchacha un poco más aliviada. Miren, ahí esta el pedaz' de oreja".

Wilfredo se bajó y tomó en las manos el pedazo de carne, trofeo visible de la lucha que ambos entablaron con un hombre sin escrúpulos y sin moral. Se lo demostró a todos los presentes y a pesar de estar tristes y de tener coraje dieron escape a la risa como si fueran locos. Don Luis y doña Ana se sintieron complacidos y una vez más le dieron las gracias y se pusieron a las órdenes tanto de él como de sus padres. Mandaron a la muchacha a lavarse la cara y a chofar el traje con ella adentro.

-"Je oído cieltos comentarios, -dijo don Luis-, de ese muchachón y no son muy buenos. No sé que veldad sean pero dicen que se vino de Ponce juyendo polque cometió que sé yo cual delito. Lo que teemos que jacel es cuidalnos bien v no dejal salil a las mujeres. En cuantito vaye al pueblo, daré palte a la polecía pa' que se lo yeven pa' la cálcel".

-"No, no debemos eperal a que vayes al pueblo, añadió doña Matilde. Mañana mesmo cuando mi jijo vaye a la escuela, se lo notificará a la polecía. Ese jombre es un peligro agora pa las mujeres y pa' mi jijo. De hoy en adelante, no podré vivil tranquila. Y tú, Calmen, tiees' que dil a onde el dotol pa' que te examine".

-"¿Pol qué tengo que dil a que me examinen? -le preguntó ella. Si me siento bien, me lavé la cara y miren, no etoy' erida'".

La vieja por rebajarla y humillarla delante de sus peones atacó de nuevo a la muchacha:

-"No tiees' la cara jería, pero cuando una mujel tiene un lío como el que jas tenío debe dejalse examinal polque pa' los que están aquí ya no eres moza".

-"Un momento, doña Matilde, -salió doña Ana como un guabá pelú en defensa de su hija. Mi jija no ja sio esfondiyá pol ese jombre. Mida bien sus palabras cuando jabla de lo contrario vamos a salil bien mal".

-"El asunto no es pa' tanto" -brincó don Miguel y se interpuso entre las dos mujeres-, y no deben tenel coraje. Si no quiee' vel el médico, es problema suyo".

-"Yo fuí la que tuve el caso, -añadió Carmen sollozando-, ¡y sé cómo etoy'! no me impolta lo que piensen los jotros".

Las personas comentaban, como es natural en casos como ése; pero estaban convencidos de que la joven seguía siendo virgen como el día en que su madre la parió. Aun así, ya la flor blanca y lozana tenía un punto negro incrustado en sus pétalos como un distintivo que la señalaría entre medio de todas las muchachas del barrio, para muchos no sería la muchachita juguetona, trabajadora y niña que era antes de llegar aquel día con sus padres a la finca de don Miguel a ganarse unos reales honradamente. En ella había nacido y crecido corriendo detrás de los animales ajenos para ayudarle a sus padres con lo poco que ganaba. Hoy, en esa misma finca, un manto negro, más negro que el carbón arropaba a la muchacha y sus alrededores. El público, que todo lo dice sin saber nada, diría, diría y diría hasta que sus lenguas se cansaran.

-"Pues si no quiees' dil, -dijo rechonchona doña Matilde-, allá tú. La única perjudicá eres tú y a mí eso no me impolta. Agora vámonos a trabajal que etamos' peldiendo tiempo".

-"Nos diremos al trabajo, -dijo don Luis-, pero aquí mesmo jago juramento ante tos' utees' que no soltaré ete' perriyo ni pa' dolmil y que cuando encuentre a Gonzálo le picaré como pa' pasteles

y le voy a jechal los peazos' de calne a los perros y a las gayinas. Ese bandolero va a sabel quien es Luis y ete' peazo' de oreja se lo tiro a ese perro pa'que se lo coma".

Diciendo así le echó el pedazo de oreja a un perro hambriento y salió corriendo con él. Luego se fueron a la tala.

Al llegar a la tala cada cual ocupó el lugar que le correspondía y continuaron con el recogido de maíz y calabazas. No faltaba alguien que se dedicara a comentar el suceso. Entre ellos no podían faltar don Miguel y su esposa quienes lamentaban los hechos,, pero no por la muchacha, sino porque su hijo estaba más enredado en el caso que una soga de fibra de maguey. Bien convencidos estaban de lo que eso significaba para todos ellos. Las noticias volarían por el barrio como palomas mensajeras entrando por las ventanas de las casas del barrio. Al saber que Wilfredo había evitado una acción vergonzosa, los harían comprometidos el uno con el otro. Pensaban que la muchacha se veía obligada a complacer los caprichos de Wilfredo no por amor, sino por agradecimiento. Tendrían que oponerse ahora, antes de que fuera muy tarde. Por esa razón, doña Matilde se dirigió a su esposo diciéndole:

-"Ya ves lo que ja pasao, Miguel, pol pelmitil a esa familia otra vez en la finca. Nuestro jijo etá' envuelto en el caso y eso es como un lazo inquebrantable que la une a él. Y él, claro, como macho tendrá que ponelse los pantalones en su sitio y echal pa'lante".

-"No Matilde, él no está loco pa' pegalse de una pobre que etuvo' a punto de peldel la velgüenza. Las gentes la cogerán en lengua tan pronto lo sepan y los muchachos le caerán encima como buitres hambrientos encima de una perra muerta. Sí, porque agora tos' tratarán de aprovechalse lo mejol que puean sin ningún compromiso. Nuestro jijo no será tan zángano como pa' pagal los platos rotos que otro rompió".

Pasaban las horas y Carmen seguía trabajando afanosamente, pero sin olvidar el incidente con Gonzálo. Por su mente pasaban las escenas tristes y desesperadas que vivió en carne viva. Maldecía con rabia a aquel muchacho maldito y sin pudor, que tuvo la osadía de abrazarla a la fuerza y hasta de tratar de ultrajarla sin piedad. También pensaba en Wilfredo, tan cerca que estaba de él y no podía hablarle. Tenía miedo de que los padres de ambos los vieran juntos. Pero el pensamiento que más la mortificaba era el de que el novio no quisiera hablar más con ella por lo sucedido. Si esto sucedía, estaba perdida para siempre en medio de tanta gente. Trataría de hablar con él y pedirle una explicación al respecto.

Paso aquel día y con él sucesivamente pasaron muchos más. Los obreros trabajaban de sol a sol en la recogida de las cosechas y la vida seguía su curso normal.

Los dueños de la finca se sentían agradecidos y orgullosos de los peones por haber cooperado con ellos en las cosechas. Ese año, las lluvias habían sido más abundantes que otros y el tabaco, algodón, calabazas y maíz produjeron más de lo común. Don Miguel había vendido gran parte de ella en los pueblos más cercanos y había dejado una parte de maíz y calabazas para el consumo propio y de los peones. El algodón lo pagaba a dos pesos y medio el quintal y lo vendía en Ponce. Al terminar la cosecha había hecho compromiso con ellos de darles trabajo el próximo año. Tanto Wilfredo como su padre, habían notificado a la policía el escándalo que provocó Gonzálo y aunque trataron de arrestarlo; no pudieron encontrarlo. Así, que al terminar la cosecha muchos hombres, mujeres y niños quedaron sin trabajo y tendrían que irse al bosque del gobierno o al de los americanos a robar madera seca para seguir viviendo de su humo y de su tizne.

Mientras en la finca del señor Orta había terminado la cosecha, en otras había trabajo todavía. Esas eran; El Ojo de Agua, de José Nazario, Joya Jonda, de don Fernando del Toro, El Molino, de don Cancio Pérez, La Ballena, de don Fido Antonmarchy, El Tamarindo, de don Santiago

Franceschy; Las Cóbanas, de don Rafael Gutiérrez; Las Cobanitas, de don Silbano Cruz, y la Justo Sanábria, de don Juan Morciglio. Estaba, además la de don Ezequiel Vega.

En todas esas fincas cultivaban maíz, calabazas, gandules, yuca, lechosas, algodón, tabaco, tomates, pimientos y habichuelas. En cada una de ellas un gran número de personas se ganaban la vida aunque ganaran poco dinero. La que más producía era la de El Tamarindo. Esa producía sal y también había una vaquería. Entre el Lago Flamingo y el mar había siete barracas en las cuales vivían matrimonios con hijos y en un rancho grande que había debajo de El Tamarindo vivían hombres solos. La vaquería estaba al lado de El Tamarindo.

Una mañana bien temprano, don Luis se preparaba con su familia para ir al conuco y recoger la cosecha que le quedaba. Ya gran parte de ella había sido vendida y usada en el hogar para el consumo propio. Alguien le avisó de buena fe que no fuera ya que habían visto a los guardianes americanos que subieron las cuesta en sus caballos. Con la noticia, don Luis perdió todas las esperanzas. Estaba seguro que si encontraban el conuco, destruirían lo que en él había sin recoger. Deseaba ir, pero se detenía en sus deseos. Sin duda alguna lo denunciarían si se presentaba. Era mejor esperar mientras le ayudaba a Carmen y a su esposa a barrer el batey. A eso de las once de la mañana bajaron y a todas y a cada una de las personas que veían les preguntaban que de quién era tal o cual conuco. Las personas no se atrevían a denunciar a nadie, pues todos eran amigos, vecinos y familiares. Cuando bajaron la cuesta e iban lejos; entonces decidió don Luis ir al conuco y así lo hizo. Grande fue la sorpresa al ver que las matas de maíz habían sido cortadas y las calabazas picadas en muchos pedazos. Los bejucos también fueron cortados y pisoteados por los hombres y los caballos. Gran porción de la cosecha había sido lanzada barranco abajo por un hondo precipicio que había.

-"Esa es la obra de esos gualdianes, -dijo don Luis a punto de llorar. En cuatro o cinco horas, me jecharon a peldel el trabajo de tres o cuatro meses. Malditos gualdianes, no tieen' madre".

-"Eyos no son gualdianes, -añadió doña Ana. Son alicates, alcagüetes y lambe ojos".

-"Papi yo que etaba' contenta pensando en que me comprarías los zapatos con lo chavo que jicieras con el maíz y las calabazas" -le dijo la hija tristemente.

-"No te apures, jija, que ya los cabros de la cabra Lola, -consoló el padre a la hija-, etán' grandes y podré vendelos pa' compral dos pares, uno pa' ti y uno pa mi vieja. Esos gualdianes son unos bandíos jaciéndole daño a nojotros los pobres. Algún día pagarán el daño que jagan. Dios no se quea con na' de naide. Agora nos llevaremos lo poco que dejaron bueno. Algún día desearán una tusa pa' comel y no moril de jambre, y no la encontrarán".

Las tres personas entonces se propusieron a recoger mazorcas magulladas, calabazas partidas para no perderlo todo. Muchos conucos corrieron la misma suerte que el de don Luis. Los guardianes, obedeciendo órdenes de sus superiores ese día destruyeron más de ocho talas de personas pobres. Cada cual regresó a la casa con un saco de maíz y calabazas.

Viendo don Luis que estaba cuadrado por todos lados ideó entonces buscar ambiente en la finca El Tamarindo. Sí, allá se iría con las dos mujeres a trabajar tres o cuatro semanas que quedaban de cosecha. Se lo hizo saber a ellas y aceptaron gustosas la proposición. Quería ausentar a Carmen de sus cuatro amigas, de las viejas chismosas y de Gonzálo. Desde el día en que fue atacada; el atacante no se había visto más en el barrio. La muchacha no iba El Cedro para evitar preguntas tontas y para no encontrarse con el motivo de su desgracia. Las amigas tampoco la visitaban a menudo como antes.

Cierta mañana, como de costumbre, después de desayunar les dijo a las mujeres.

-"Vámonos a El Tamarindo a trabajal. Ayá la cosecha no ja terminao y podemos ganal buen dinero. Si nos dan trabajo y si veo que nos conviene, podemos jacel una barraca a la oriya del Mar Caribe y vivil felices".

Doña Ana encontró la idea maravillosa, no así Carmen porque la alejarían de Wilfredo para siempre tal vez. A la vez se veía obligada a seguir a sus padres a donde quiera que fueran. Ella nunca había ido a la playa aunque había oído hablar mucho de ella. Y por eso le dijo a su padre:

-"Sí papi, me gustaría vel la mal, bañalme en sus aguas y jata bebel de eyas, pero dicen que es muy salá y que una se puede ajogal en eya. Tal como sea, quieo' dil pa que me enseñes a pescal, a nadal y a jugal con las olas".

Así pues convinieron las tres personas y se fueron a El Tamarindo. Viajarían a pie todos los días porque no tenían bestias para la transportación.

Una vez en El Tamarindo, se dedicaron a trabajal como todos los demás lo hacían. El dueño de la finca que lo era el señor Santiago Franceschy le cogió cierto aprecio y le ofreció una barraca que estaba abandonada para que vivieran mientras quisieran. Les gustó el lugar y las condiciones de trabajo y se mudaron para la finca. Le ayudaron a recoger la cosecha y una vez terminaron se quedó don Luis trabajando en las salinas y su esposa y su hija le ayudaban a la esposa del señor Franceschy en el lavado, planchado, y a cocinar para un grupo de obreros.

Capítulo V

Pescadores de Jueyes

Para la época en que toman vida todos los personajes de esta historia había jueyes en abundancia en el pueblo de Guánica y en todos barrios y lugares cercanos al mar. Aquí no mencionaré todos esos lugares y barrios, pero sí nombraré los que tienen que ver con esta historia porque en ellos se desarrollaron eventos importantes en donde toman vida varios personajes de ésta. Desde el lugar conocido por el Jaboncillo y a lo largo de toda la costa del Mar Caribe hasta Ventanas, había jueyeras. De diferentes barrios iban a ellas a pescarlos y los pescaban por sacos, pero no todas las personas comían jueyes debido a que creían que envenenaban y que no eran higiénicos. Otra de las razones era que no había carretera que condujera a esas jueyeras. De Guánica a El Tamarindo había un callejón que era transitable para bestias y gente a pie. Los pescadores que tenían botes de vela o yolas llegaban a esas playas por vía marítima. Los pescadores que más acudían a ellas eran de Barinas, Lluberas, Media Quijada, La Rivera, El Manier, La Joya, El Ceboruco y La Alianza. El cangrejo tiene, como todo animal racional e irracional la tiene, una curiosidad muy peculiar. Y es que cuando la hembra está en estado de embarazo, se mete a la cueva con el macho y de adentro hacia afuera tapa la entrada con fango. Ha hecho la cueva hasta que ha encontrado agua y allí desova. Luego de que los hijos están grandes, salen a correr por el pasto cuando llueve. Entonces los pescadores se aprovechan para pescarlos y comerlos bien fuera con arroz, harina, viandas y simplemente salcochados solos.

De los barrios ya citados acudían grupos de hombres, mujeres, niños y niñas. Las jueyeras visitadas por ellos eran: El Jaboncillo, El Barquito, La Joya de las Picúas, Caña Gorda, El Pozo de San Jacinto, El Cerro de San Jacinto, El Pozo de Alquitarán, La Punta, La Ballena, Los Conventos, La Atolladora, El Tamarindo, El Lago Flamingo, La Cueva de Bruno y Ventanas. Siempre pescaban de noche y para ver los cangrejos y alumbrar el camino, usaban linternas, mechones y jachos. Los mechones los fabricaban con botellas, gas y tela o sacos de pita. Los jachos con madera.

Llegaron los días de lluvia ideales para pescar cangrejos. Las amigas de Carmen deseaban verla ya que desde unas semanas no se veían. Se combinaron las cuatro y reunieron otras personas para ir a El Tamarindo a pescar. Hablaron con Wilfredo y también se unió al grupo de pescadores de jueyes. El interés de ellas no era tanto de pescar; sino de averiguar cómo estaba la muchacha y qué había hecho con el amor del joven. El, pues sencillamente no le importaban los cangrejos, ni cangrejas de ocho patas y dos palancas, pero le importaba una cangreja de dos patas y dos brazos. Se armaron con sacos, machetes, agua y mechones y emprendieron viaje con rumbo a El Tamarindo.

El salir a pescar de noche era una gran diversión para los pescadores en aquella época . Ya que en el barrio no había tantas, aprovechaban esas oportunidades para tal cosa. Los que estaban enamorados a lo adivino de tal o cual muchacha, de esa manera lograban estar y charlar con ellas. Durante el viaje iban bromeando los unos con los otros. Se contaban sus secretos, hablaban del chisme del día sacándole los trapitos al sol a quien se lo merecía, decían sus chistes y hasta cantaban para pasar el camino sin sentir para que no les diera sueño.

Ese día salieron a las seis de la tarde y regresaron a las ocho de la mañana con los sacos medios de jueyes. Habían cogido la ruta más larga. Saliendo de El Manier, pasaron por las fincas de El Molino, Joya Jonda, la playa de El Jaboncillo, pasando antes por el Fuerte Kapron,

El Barquitro, La Joya de las Picúas, Caña Gorda , El Pozo de San Jacinto, El Cerro de San Jacinto, La Ballena, Los Conventos, La Atolladora y finalmente El Tamarindo. Iban caminando por una vereda estrecha alfombrada con espinas, hojas secas y piedras y por los lados cubierta de verde vegetación. Esa vereda servía de atrechos; en muchos tramos, al callejón poco transitable el cual usaban las carretas y bestias transportando toda clase de carga desde las fincas hasta el pueblo de Guánica. En todos esos lugares encontraban pescadores de otros barrios con la misma misión de ellos. No era necesario ir a todas las jueyeras para llenar cinco o seis sacos debido a tantos que había pero el grupo de El Manier lo hacian más por caminar y averiguar: que por pescar. El grupo se había dividido en grupos de dos personas: hembra y macho. Cada varón escogió una pareja hembra para que abriera el saco. Wilfredo separó a Luisa con la intención de hablarle de Carmen y para que ésta le diera cierta información que deseaba. Ambos se quedaron un poco rezagados y Wilfredo le preguntó a Luisa:

-"¿Jas visto a Calmen últimamente?"

-"No, no la je visto dende el día que se terminó el trabajo en la finca de tu papá, -le respondió Luisa-, pero me jan dicho mis amigas que la jan visto, que se siente deprimia, tan buena que es, tan blanca que teía el alma y ese canaya de Gonzálo vino a ponele una mancha asquerosa y cruel. Los comentarios son de que no es moza".

-"No, no digas eso Luisa, -le aconsejó el muchacho lleno de tristeza-, eya siempre sigue siendo pa mí una flor inmaculada. Yo etuve' presente y el idiota de Gonzálo no logró sus propósitos. Sólo Dios, el zángano ese, eya y yo sabemos que es moza aunque pa el público sea lo contrario. La amo tal como es y no me impoltan las opiniones ajenas cuando sean mal intencionaas pa' jacele daño".

-"Comprendo que la amas, -le aseguró Luisa-, pero tus padres y los de eya se oponen a ese amol. Eya viviendo agora en El Tamarindo tan lejos de ti, en aonde jay otros jóvenes pobres como eya, tal vez se enamore de otro y se olvide de ti. No volverá más al barrio polque etá' muy avergonzá".

Wilfredo se sentía herido en sus sentimientos al oír a Luisa hablando de Carmen de esa manera. Para no mortificarse más dijo:

-"No me menciones más lo sucedio' entre eya y Gonzálo ni cualquiera otra persona. Jáblame nada más que de eya, jazme el favol, y quieo', si te es posible, que le digas que quieo' jablal con eya eta' noche".

-"Muy bien, -le contestó Luisa-, trataré si es que llegamos antes del amanecel. Sabes que soy la alcagüeta de utees'".

Mientras van caminando, van alumbrando con mechones y enfocándolos hacia la dirección del ruido producían los cangrejos al pisar sobre las piedras. Cogían uno aquí, otro allá y rápidamente lo tiraban al saco. A menudo que caminaban varios pájaros despertaban asustados y volaban chocando con los árboles. Cientos de cocuyos se cruzaban en el aire luciendo luces azules intermitentes. En lo alto del cielo se podían ver millones de rutilantes estrellas que enviaban a la tierra cascadas de plata. La noche lucía divina, propia para pescar cangrejos y estar andando diez o doce horas. En una ocasión Wilfredo atrapó una jueya grande y zurda. Curiosamente le preguntó a Luisa:

-"¿Conoces los jueyes y las jueyas?"

-"No, no los conozco, pa' mí tos' son jueyes" -le contestó la amiga.

-"Pues mira que no es así, etás' equivoca', -le aseguró Wilfredo-, en toas las especies de animales jay jembras y machos y por eso es que se reproducen. Mira, te voy a enseñal pa' que aprendas".

Hablando así tomó un cangrejo en una mano y una cangreja en la otra. Se los presentó con las chapaletas hacia arriba. La muchacha preguntó:

-"¿Qué me quieres decil con eso Wilfredo?"

-"Es bien sencilla la explicación. Fíjate, -y le demostró ambos cangrejos-, éte' tiee' la chapaleta lalga y fina, es macho; y éta' la tiene ancha, es hembra. Es zurda polque tiene dambas palancas del mismo tamaño. El que tiee' una grande y una pequeña es derecha".

Mientras Luisa recibe las instrucciones se descuidó y la cangreja zurda le agarró tres dedos con la palanca pequeña. La muchacha puso los gritos en el cielo. Todos los jueyeros al oír los gritos corrieron al lugar y al ver que la muchacha tenía la jueya alambrada de sus dedos formaron tremenda algarabía.

-"Eso te pasa pol etal averigüando cosas que no te impoltan, -le dijo Sara-, agora ya no molestas más".

-"Bueno, y ya que etamos' aquí en el Jaboncillo; me gutaría sabel pol qué le nombran así a ete' lugal" -habló Luisa dirigiéndose a Wilfredo.

El muchacho conocía todos los viricuetes del bosque así como también de la costa y cuentos y leyendas que hay acerca de esos lugares. A pesar de que en la finca tenía trabajo en abundancia y que tenía que asistir a la escuela cinco días; cuando tenía un día libre se iba a caminar largas horas para observar a la naturaleza de cerca.

-"Si escuchan con atención les contaré la historia y unas leyendas que me contaron mis padres, -le dijo Wilfredo-, y también de lo que me enseñaron en la escuela" .

-"Te escucharemos atentas, -le aseguró Julia-, pa' aprendel algo de esos lugares".

-"Empieza, ya sé que eres cuentista y de los buenos, polque de un solo cuento conquistaste a Calmen".

-"Según me contaron mis padres, -empezó Wilfredo-, y lo poco que he leído de historia el 25 de julio de 1898 los americanos atacaron a Puerto Rico pol la bahía de Guánica. Antes de esa fecha, como todo el mundo sabe, Puelto Rico peltenecía a los españoles. De los españoles les jablaré en El Tamarindo y me lo recueldan si me olvido. Agora, siguiendo con los americanos y El Jaboncillo, escuchen: A ete lugal le pusieron el nombre El Jaboncillo polque según utees' jan podío aprecial cuando jan venío de día, aquí jay muchos álboles de jaboncillo".

-"¿Qué tiee' que vel eso?" -le interrumpió Luisa.

-"Tiee' que vel mucho, -y prosiguió con su narración. Muchos años atrás el jabón etaba' muy escaso y el que jabía era en barras y de colol azul. Antes de los españoles llegal a Puerto Rico, no jabía ninguno y los indios cogían las hojas de ese álbol, las machacaban jata que sacaban lavasa y con eya lavaban la ropa y se bañaban. Los jabitantes de El Manier y de otros barrios usaban mucho esas hojas. Toavía' muchas lavanderas la usan. Dicen que en ete' lugal fue aonde pol primera vez vieron esos álboles. Las semiyas viajan igual que lo jace el jombre y otros animales. Y mejol dicho, to' en la vida viaja".

-"¿Cómo pueden viajal las semiyas, si no tieen' pies ni manos?" -preguntó Luisa.

-"Así como el pensamiento del jombre vuela sin tenel alas, caminan las semiyas sin tenel pies, -confirmó Wilfredo-, y como les iba diciendo. Viendo las gentes que esas hojas eran útiles pa' la limpieza, venían a buscalas de otros barrios. Con eyas calgaban semiyas y las sembraban en los bateyes y en los conucos pa' sombra y pa' uso en los hogares. También los pájaros los ingerían y las transportaban de un lugal a otro. ¿Comprenden agora que las semiyas viajan?"

-"Sí, claro, comprendemos muy bien, -aseguró Luisa-, jáblanos agora de los americanos".

-"Según la historia, como dije minutos atrás, el 25 de julio de 1898 los americanos entraron y se apoderaron de la Isla al atacal a los españoles pol esta bahía. Venían en balcos grandes y

poderosos bien almaos. En la plaza Jiménez de Guánica etaban' celebrando las fiestas patronales en honol al Apostol Santiago. Dicen que cuando los piqueros y público que jabía en eyas, oyeron los disparos de los cañones del navio Gloussester al mando del general Nelson A. Miles; se fueron a correl unos y otros se metían en la primera choza abielta que encontraban. En la embarcación traían mulas, balcazas y soldaos, además alimentos. Acelcaron el balco a la oriya to' lo más que pudieron y lanzaron al agua las barcazas. Luego los soldaos y las mulas. Los hombres y mulas llegaron aquí a eta' pequeña ensenada siendo transpoltados en las barcazas. Allí en esa esquina, celca de esa pared de rocas, quedan toavía' los espeques de hierro en onde' construyeron el primel mueye en Puerto Rico las tropas invasoras americanas".

-"A mí me gusta sel curiosa y hacel preguntas, -le interrumpió Lisa-, ¿Pol qué tendrían que jacel el mueye en esa esquina y no en la playa abielta que hay más terreno limpio?"

-"La pregunta tuya, -contestó Wilfredo-, es fundamental, Lisa. No jicieron el mueye aonde dices polque en aquella época la playa etaba' cubielta pol álboles muy gruesos y frondosos y el nivel del agua era muy bajo y las embalcaciones encayaban".

-"Ya sabemos polqué, -dijo Sara-, le yaman El Jaboncillo a ete' lugal y lo que sucedió jace muchos años".

-"Seguiremos, agora caminando, -le ayudó Julia-, pa' que nos sigas infolmando de otros lugares a medía que los vayemos visitando".

-"El Jaboncillo etá localizado al Este del pueblo de Guánica a la orilla del Mar Caribe en el km. 3 hm. 2 de la carretera PR 333 que de Guánica conduce a El Tamarindo. Es un lugal maravilloso poblado pol álboles, albustos y plantas de diferentes especies. Los pájaros que anidan y cruzan en sus raudos vuelos sobre su vegetal población, lo convielten en un celestial paraíso; los pescadores lo visitaban a menudo para pescar cangrejos y sus suelos se mantenían cubielto de hojas secas-y hielba. Pescadores marinos también lo frecuentaban pa' deposital en la playa grandes montones de caracoles, de bulgaos, carruchos, almejas y uno que otro caparazón de carey. Nadie iba a la playa a bañalse".

-"Oh, peldonen, muchachos, que se me olvidó algo que es bien impoltante que sepan" -dijo Wilfredo.

-"¿De qué se trata agora, Wilfredo? -preguntó Luisa asustada-, dinos lo que sea".

-"Es acelca de otra leyenda que se originó aquí en tiempos no muy lejanos a éto' en que vivimos. Me decía mi padre que en Guánica jabía un señol que le apodaban Ño Pablos Jueyes y siempre etaba' pescando pol etas' oriyas bien fuera de noche o de día. Una noche salió con rumbo a Caña Gorda. Traía un saco y un mechón. Cuando viene bajando más abajo de El Fuerte Kaprón, se nubló y minutos después empezó a yovel. Eran unas yoviznas menudas y frías. De momento oyó mulas asneando y tuvo mieo'. Pensó en las mulas que trajieron los americanos en el día de la invasión. El viejo tuvo más mieo aún y salió corriendo a lo loco sin rumbo. Como la noche estaba oscura; no advirtió el peligro y se fue barranco abajo. Cayó al mal y se ajogó. A los tres días unos pescaores encontraron el cadável roído por las cocolías. Y eso es to'".

-"Según veo, Wilfredo, estas playas tienen muchas leyendas interesantes" -dijo Luisa.

-"Sí que las tienen, -aseguró el muchacho-, lo que pasa es que en Guánica no ja jabío una pelsona que se dedique a escribilas".

-"A mí me gustaría sabel leel y escribil pa escribil acelca de estas playas" -afirmó Sara.

Subieron la cuesta de El Jaboncillo y cayeron en el llano. Ya los otros pescadores se habían alejado de Wilfredo y de las cuatro muchachas y se habían ido adelante para llegar primero a El

Tamarindo. Lo hacían con el propósito de despertar a Carmen y a sus padres para decirle a la muchacha que Wilfredo estaría esa noche allí.

Tan pronto cayeron en el llano, Julia, quien iba al frente, se detuvo al quedar deslumbrada con una luz amarilla.

-"¡Wilfredo, pol tu madre, qué es eso!" -gritó la muchacha casi sin aliento.

Todas miraron a la vez y temblaron de miedo. Formaron un círculo humano alrededor de Wilfredo tapándose los ojos para no ver aquella luz intermitente que las alumbraba.

-"Ba, no teman, no sean cobaldes que esa luz es la del Faro".

Las muchachas nunca habían vista el Faro, menos sabían que alumbraba. Se tranquilizaron cuando su amigo les dio una explicación convincente, cuando Lisa le dijo:

-"Explícanos qué es eso de el Faro" -él entonces les habló.

-"El Faro es un edificio que pue sel de diferente tamaño. En el medio tiene una torre alta y eya una luz. Esa luz está encendía de noche y silve de guía a las embarcaciones que viajan de noche. Cuando un balco va en alta mal; los marineros la ven y saben que están celca de tierra y que jay un puelto. En el mal jay unos objetos flotando que le nombran Bollas de Campana que también tienen una campana y tañe cuando las olas las mueven. En el puelto de aquí jay tres en línea y el capitán se deja yeval pol eyas y pol la luz del faro jata yegar al Central Guánica. Una pelsona se ocupa del mantenimiento y la limpieza de él y de su batey. Esa persona se yama don Domingo Suárez Cruz. Jata aquí, mis muchachas, una explicación y espero que jayan aprendío algo".

-"Gracias, Wilfredo, -dijo Lisa-, silves pa maestro. Cuando lo seas diré a tu casa pa que me enseñes a leel y a escribil".

-"Con un maestro así, jata yo aprendería dispués de vieja" -añadió Julia.

-"Vámonos de aquí que se nos jace tarde, -exigió Luisa-, Ya los otros pescadores estarán llegando a casa de Carmen".

Dadas las explicaciones continuaron su largo viaje en dirección de Oeste-a Este para llegar al lugar deseado. En la jueyera de El Barquito pescaron unos cuantos cangrejos de los más grandes. Allí les contó la leyenda de El Barquito dejándolas boqui abiertas a todas. A insistencia de ellas les habló.

-"Dice la leyenda que cuando Roberto Kofresi de Ramírez de Arellano vivía en Cabo Rojo; navegaba mucho por las costas del Mar Caribe y muy especialmente, las de Cabo Rojo, Guánica y Guayanilla; Tenía un barco veloz y muy bien construido que lo dedicaba a la piratería marina. Sus marinos eran arrojados tanto como él lo era. Cuando pirateaba un barco, le robaba el tesoro que yevaba. Luego se dirigía a la playa más celcana que fuera propicia pa atracal y montaña aentro enterraba el tesoro. Escogía uno de sus marinos y lo paraba en la oriya del joyo. Oldenaba a los otros marinos a que lo mataran a latigazos. Muelto el marino, lo lanzaban al joyo encima el tesoro. Terminá la operación; se jacian al mal pa repetil la acción en una próxima oportunidad. Dicen muchos pescaores que jan visto un balco pirata que atraca en esa pequeña ensena en noches muy oscuras. Jan visto muchos marinos en cubielta y un pirata propinándole latigazos a to. Dicen que sin duda alguna es el pirata Kofresí demostrándole a los pescaores que todavía tiene podel".

-"Creo que tuvo podel en algún tiempo, pero agora después de tantos años de muelto no tiene ninguno" -dijo Luisa.

-"A mí no me impolta que tenga o no tenga; lo que quiero es yegar a casa de mi amiga, -añadió Sara sonriendo-, lo más pronto posible".

Pronto estuvieron en el lugar deseado por todos. Ya los otros pescadores habían llegado a casa de don Luis y toda su familia estaba despierta charlando en el batey con los recién llegados. Colgando de dos árboles le tenían dos linternas prendidas que alumbraban pobremente a sus alrededores. Carmen estaba en el fogón preparando café para todos. Wilfredo, al verla casi en la oscuridad, se alegró sobre manera, pues hacia varios días que no la veía. No se atrevía a saludar a sus padres ni tampoco a Carmen. Don Luis al verlos, se adelanto e inició la conversación saludándolos a todos.

-"Buenas noches, muchachos, creía que ya nos jabían olvidao. Como agora vivimos tan lejos y semos más pobres, no quieren saber de nojotros"

Wilfredo, al oír a don Luis hablar, cogió animo y rompió su silencio contestándole.

-"Buenas noches tengan tos. No crea eso don Luis, nojotros no nos olvidamos tan fácil de la buena gente".

-"No es que nos jayamos olvidao, al contrario, siempre los nombramos, lo que pasa es que como usted sabe, don Luis, tenemos mucho trabajo" -confirmó Sara.

-"Ya ve, don Luis, -comentó Lisa-, aquí estamos esta noche y vinimos dispuestas a bebele el café a Carmen polque vemos que lo está colando".

-"Que tal amigas, argumentó doña Ana. Tanto tiempo sin verlas. Me alegra que jayan venío a nuestro rancho. Deseaba verlas".

-"Gracias doña Luisa. Queremos vel a Calmen que jace tiempo que no la vemos".

-"Sí, doña Ana, nos jacen falta que se presente pa abrazarla y saludarla" -suplicó Julia reflejando en su rostro la maldad y la hipocresía.

Doña Ana llamó a su hija y pronto ésta se presentó. Todos se abalanzaron encima rebozando de júbilo sus corazones. La abrazaban, besaban y la bendecían. Wilfredo permanecía parado como una estatua de carne y hueso sin atreverse a moverse y a pronunciar palabra alguna. Se le vino a la mente aquel inolvidable momento en que la tuvo temblorosa en sus brazos. Recordó el incidente cuando sus frentes se juntaron sin poderlo evitar. Y aquellos instantes habían sido olvidados por ella. Tal vez todo había quedado en el olvido, en el vacío. La muchacha sonreía alegre y confiada pero Wilfredo permanecía serio con su pensamiento muy lejos. "Tal vez no me saludará" pensó. Tenía que ser valiente y romper aquella larga cadena de dudas que le ataban como si fuera esclavo de sus propios pensamientos que por cierto eran infundados pues la muchacha nunca lo había olvidado ni lo haría jamas. No hay peor cobarde que el enamorado. Wilfredo lo era en esos momentos. Deseaba tirársele encima y abrazarla fuerte, muy fuerte, besarla hasta que sangraran amor, ternura y pasión desenfrenada. No podía, tampoco quería delatar a la muchacha ante sus padres. De ser así, los padres de ella lo botarían del hogar y a ella la castigarían. Tenía que ahogar sus deseos en el inmenso lago del secreto, hasta que el destino dispusiera lo contrario.

Liberadas las unas de las otras al saludar a Carmen; dijo Luisa:

-"Mira, Carmen, Wilfredo está con nojotras, salúdalo".

No sólo lo hubiera saludado sino que lo hubiese estrechado en sus brazos igual que lo hizo aquella gloriosa mañana debajo del árbol de quenepas. Se sintió como si estuviera flotando sobre las nubes blancas de algodón. Al verlo comprendió que se amaban sinceramente sin reproches y que valía la pena haber sufrido por él. Se dirigió al muchacho con una sonrisa a flor de labios diciéndole a la vez que estiraba su blanca mano para apretar la otra:

-"¡Wilfredo; me alegra que jayas venío con mis amigas! No esperaba que vinieran a esta hora".

Estrechó con fuerzas la mano de su prohibido novio. Wilfredo apretó la de ella. Ambas manos parecían dos cuerpos fundidos en uno solo. Parecía que se intercambiaban sus corazones en cada apretón que se daban. No cabía más dicha y felicidad en sus jóvenes corazones. Por unos minutos se fijaron los ojos a los ojos sin hablar. No hacían falta palabras, el silencio lo decía todo sin pronunciar palabra. De pronto Luisa, comprendió en la situación que estaba su amigo y para sacarlo del anonadamiento en que había caído, habló:

-"Pero ya ves, Calmen, no nos esperabas, pero aquí estamos pa pasal un rato juntos".

El muchacho entonces pudo articular palabras y le dijo a Carmen:

-"También me alegro el volver a verlos. En el barrio los jechan muy de menos. Me gustaría velte otra vez como cuando le yevabas la parva a don Luis. Parece que pa ti ya esos tiempos pasaron. Tampoco tu papá no trabajará más en el conuco".

-"Pues mira que no, -interrumpió don Luis-, ya pronto estaré en el barrio. Aquí tengo trabajo y jay comida en abundancia, pero no nos gusta el lugal a pesal de que las gentes son muy buenas con nojotros".

-"No veo la hora en que estamos en el barrio otra vez" -pronunció doña Ana.

-Agora pues les selviré un poquito de café pa que se calienten las tripas que bastante frío tendrán caminando media noche. Mami, tráele café a los muchachos" -ordenó Carmen.

Doña Ana era mas rápida que una tortuga, fue corriendo al fogón y pronto estuvo con ellos. Trajo una lata llena de café y potes y cocos de higüera suficientes para todos. Puso la lata encima del banco y de allí les servía. Con una jataca hecha de un coco seco sacaba el café y llenaba los otros cocos. Para acompañar café, les sirvió galletas, cocos secos y maíz seco asado en brasas. Cuando todos llenaron sus estómagos, el grupo de pescadores adultos decidieron irse a sus hogares. Wilfredo y las muchachas se quedaron por pedido de don Luis y doña Ana.

-"Eyos se van, -dijo doña Ana refiriéndose a los adultos-, pero ustedes se quean esta noche aquí. Ya agorita la luna sale y puen dar una vuelta por el Lago Flamingo a pescal unos cuantos cangrejos".

-"Si Carmen quiere, pue dil con ustedes, pero eso sí, no se vayan para la cueva de Bruno polque tienen que pasal un pedazo de camino muy peligroso. Tampoco vayen a la Cueva de la Meseta polque jay congres en la oriya y las pueden mordel".

Wilfredo respiró hondo, pues tendría la oportunidad de su vida. Si Carmen iba, podría hablar con ella. La muchacha también deseaba esa oportunidad más que a su propia vida. Así que sin perder mucho tiempo las seis personas se dirigieron al Lago Flamingo y los viejos se quedaron solos.

Al paso de los seis personajes, cerca de las barracas los perros despertaban y los saludaban con su característico "jau-jau" como avisándole a sus amos que gente nueva rondaba en sus territorios. Los perros eran domésticos y no atacaban a nadie. Solamente hacían las veces de guardianes incansables en la noche. Los personajes desobedecieron las órdenes dadas por don Luis y doña Ana y en vez de ir directamente al lago, siguieron todo el callejón hasta llegar a la Meseta. Entraron en ella y se sentaron encima de rocas.

-"Nojotros parecemos locos, -dijo Luisa-, y que a esta hora estar aentro de esta cueva; arriesgándonos a que venga un monstruo marino y nos coma".

-"No seas tonta, Luisa, -dijo Julia riendo cínicamente refiriéndose a Carmen y a Wilfredo-, que los monstruos marinos no existen. El único monstruo que pue salil es Wilfredo y a quien se podría comer es a Carmen si no se la ha comido ya".

-"Pues mira nena, no seas tan mal pensa, -añadió Carmen medio enfogonada-, él no me puede comel polque no es una fiera".

-"Dichosa tú que un hombre te comiera, -le dijo Luisa a Julia-, y que ese hombre fuera Wilfredo".

-"Perro no come perro; dice un viejo refran, -articuló Sara-, pero muelde".

-No estemos mucho aquí, que se nos va el tiempo y tenemos que darle la vuelta al lago y pescal pol lo menos una docena de cangrejos".

En medio de ellos y en la arena, habían puesto el mechón encendido. El humo que despedía bañaba sus cuerpos y los hacia oler a basura quemada. Comprendiéndolo Luisa; les dijo:

-"Vamos a metelnos al agua pa quitalnos esta peste a jumo que tenemos encima"

-"Buena idea; Luisa, yo nuca me je bañao en el mar, -le contestó Carmen-, polque le tengo mieo a las olas".

En la época en que estos personajes estaban a la orilla del mar; casi nadie se bañaba en él. Los pescadores eran los únicos que lo hacían lo mismo de noche que de día y no lo hacían por diversión sino como un deber porque era parte de sus tareas como pescadores. Pescaban en botes o yolas corriendo silga o pescando de mano, carruchos, vulgaos y pulpos. La noche de San Juan y en Semana Santa de El Manier y de otros barrios iban algunas personas a pasadías. Las mujeres se bañaban con toda la ropa que tenían encima. Los hombres también lo hacían. Iban a pie o en bestias. Los que se bañaban no se alejaban de la orilla mas de diez o doce pies si estaba la marea baja. Cuando estaba alta, se alejaban dos o tres pies y en lugares profundos; ni se mojaban los pies.

-"Si nunca lo jas jecho; esta noche lo jarás" -le contesto Wilfredo tomándola por una mano. Y caminó unos cuantos pies mar adentro porque la marea estaba baja. Las muchachas los siguieron. Las débiles olas chocaban con ellos y luego se convertían en blanca espuma. La noche estaba oscura y el murmullo de las olas acariciaba suavemente sus oídos como una dulce melodía marina. Carmen habló:

-"No caminemos más, Wilfredo, que aquí está jondo. No sea que nos ajoguemos".

-"Pero muchacha, si solamente estamos como a seis pies de la oriya y como dos de jondo. No seas cobarde, no temas; le aconsejó el muchacho".

-"Calmen, si yo fuera a quien tienen cogía pol la mano, iría jata el otro lao del mal, -dijo Julia burlonamente-, y ya es hora que nos digas que eres novia de él".

-Muchacha, ¿quién te dijo eso tan pronto?" -le preguntó sorprendida la muchacha.

-"A mí nadie me lo ja dicho pero no somos ciegas, -le aseguró Julia-, Desde el día de la jarana en case del señol Matos, cuando fuimos a buscal quenepas y dende que Gonzálo trató de abusal de ti; nojotras lo sabemos".

-"Escucha, Julia, eres mi amiga jata que quieras, jata que una de las dos muera; pero te pido de favol que no me nombres más a ese hombre" -le suplicó enfadada Carmen.

-"Esta bien, lo jaré, -le contestó Julia-, pero no nieguen que son novios".

-"No, si yo no lo niego; solamente que no lo digo. Es mas; ya pronto se lo diré a mami y a papi y le pediré que acepten que me visite".

-"Jarían una buena pareja, -añadió Luisa sonriendo. Yo seré la madrina de bodas si eyos lo permiten" -se adelantó Sara.

-"Y yo me quedaré en el batey celca de la puelta pa cogel el ramo cuando lo tiren pa que me dé suelte y puea encontral un novio guapo". -dijo Lisa.

-"Ya jan jablao mucho y me gustaría que fueran tan amables y no jablen más de este tema" -le suplicó Wilfredo.

Las amigas convinieron con él en su pedido. Entonces decidieron salir del agua y alejarse de la orilla del mar.

Siguieron rumbo al Lago Flamingo caminando uno detrás del otro por la estrecha vereda. Julia iba al frente con el mechón en la mano izquierda. La derecha la tenía libre para tan pronto viera un cangrejo, agarrarlo y echarlo al saco. Para ir a la Cueva de la Meseta habían salido de la barraca de don Luis que estaba al oeste del lago; pasando por el sur del mismo. Ahora iban caminando de sur a norte al este del cuerpo de agua salada. Carmen y Wilfredo iban en la cola. Esperaron que los otros se fueran un poco retirados para hablar esas palabras tan interesantes que se hablan los enamorados: Empezó él diciendo.

-"Carmen, deseaba esta oportunidad más que ná. Quiero saber si me amas". La muchacha se sintió como nunca antes había estado, se detuvo, dio media vuelta y quedo frente a él. Con la oscuridad de la noche; no podían distinguirse muy bien, pues la pobre luz del mechón se había alejado de ellos. No pronunciaron palabras. Tal vez no eran necesarias. En la oscuridad de la noche sus labios se encontraron, sonó un beso y el sonido regó su amor sobre el plateado cristal de aquel lago salado como si fuera el perfume de las flores nocturnas "si yo fuera poeta". Sus corazones temblaban igual que tiemblan un par de tórtolas silvestres en una jaula.

-"También yo deseaba la noche para saber si es cierto que me amas, -le contesto la enamorada-, creía que por aquel terrible suceso me habías olvidado".

-"Ni te he olvidado, ni he dejado de quererte. Echemos al olvido aquel instante y recordémonos a nosotros, a nuestro amor, a nuestras vidas. Se que eres inocente y para mí sigues siendo pura no importa lo que digan y crean las personas; el amor sincero, cuando sale de un pecho que no conoce la maldad, lo perdona todo. Es por eso que aún habiendo quedado manchada te amaré más cada día".

-"Gracias Wilfredo, gracias" -pronunció quedamente la muchacha y sus palabras se ahogaron en su pecho de mujer enamorada cuando los labios de su novio se adhirieron a los suyos sedientos de amor igual que cuando un picaflor quiere extraer el polen de los pétalos de una flor borracha del rocío matinal. Estando la noche tan oscura, no hacía falta lumbre; bastaba la luz de sus ojos para mirar imaginariamente el amor que en besos se ofrecían uno al otro.

-"Basta ya, Wilfredo, no me beses más es suficiente para decirnos que nos queremos. Ya nuestras amigas van lejos, vámonos" -le pidió Carmen a Wilfredo.

-"Si así lo prefieres te complaceré, sigamos adelante para unirnos a ellas".

Las muchachas iban pescando y doquier encontraban un cangrejo; lo echaban al saco. Llegaron al pozo de camarones, y se sentaron en la pileta a esperar a los que se habían quedado atrás. El pozo estaba de jueyes que no cabía uno más. Había a su alrededor y adentro de las piedras. El pozo tenía una profundidad como de seis pies aproximadamente y una circunferencia de treinta pies. En la parte oeste era en forma de puente, pues el nivel del agua dejaba un vacío como de tres pies entre el agua y el techo. Las personas del barrio le habían tirado piedras para que el agua subiera y poder sacarla con más facilidad. Estando las muchachas sentadas en la pileta con los pies dentro de ellas se acercaron Carmen y Wilfredo. Lisa tomó la iniciativa de la conversación y dijo:

-"Muchachos, ustedes tienen ojos de múcaros; polque no se peldieron en el bosque y llegaron directamente aquí sin tener luz".

-"Que va, como nos vamos a peldel, -le contestó Wilfredo-, si aunque vivo lejos de aquí conozco todos los caminos de este bosque y no necesito mechones pa ná; y lo que es más, caminando con Calmen naide se pierde".

-"Es claro, así cualquiera, -añadió Sara-, con esos dos faroles azules que tiene Carmen le alumbra el camino a cualquiera".

-"Dígamen, creo que cogieron bastantes jueyes polque se taldaron mucho en yegal a nojotros" -comentó Lisa.

-"No pescamos ningunos polque no teníamos luz y polque ustedes los venían jaciendo pol nojotros" -le contestó Wilfredo.

-"Calmen no pescaría jueyes, pero creo que tú pescates una jueyita rubia y de ojos azules" -le contestó Julia reflejándose en ella la malicia mal intencionada.

-"Muchacha, tú siempre viras la dita y derramas el caldo. Siempre estás metiéndole la puya a Calmen. Con eso das a comprendel que no la aprecias tanto como dices" -le habló Luisa a Julia.

-"Sí, la aprecio más que lo que ustedes cren, -le aseguró Julia-, lo que pasa es que me gusta sel sincera y decil la veldad. ¿No es cielto Calmen, que Wilfredo pescó una cangreja?"

-"Pues a decilte veldad, sí que la pescó y no esta noche sino dende el día que fuimos a buscal quenepas somos novios; ya lo saben" -habló Carmen con autoridad y sin miedo.

-"Y jablando, de cada cosa un chavo; ¿Pa qué usan el agua de este pozo?" -interrogó Lisa a Carmen y ella contestó:

-"La usamos pa laval ropa, los trastes de la cocina, cocinal, bañalnos y pa bebel. Los animales beben en la pileta. Las lavanderas que no tienen tinas ni tigüeros lavan en eya".

-"Agora que estamos aquí, -interrumpió Wilfredo-, dicen que en esta pileta los guardias españoles arrestaron a una pareja que vivío en El Tamarindo y en La Cueva de la Negra. Dambos eran esclavos y vinieron aquí juyédole a los españoles pol el mal trato que les daban. El se yamaba Eugenio Guerra y lo apodaban Ño Guerras. Ella era conocía como Geña La Negra. De aquí se los yevaron presos amarraos con sogas como los animales. Mas tarde se fugaron y volvieron al barrio muriendo luego eya en la cueva que jay cerca de La Atolladora y él en otra que le dicen la Cueva de ño Guerras".

-"Wilfredo, estás bien informao de muchos acontecimientos acaecidos en estas comalcas" -le dijo Carmen al muchacho mientras le daba un apretón de mano.

-"Cuando nos casemos, linda, -le prometió su novio-, te voy a yeval a muchos lugares maraviyosos que jay en este bosque. Te contare muchas leyendas que supuestamente se originaron en él. Verás cuántas historias se desarrollaron bajo las verdes e interminables veldes alfombras de vegetación que cubren, como un velo celestial el bendito suelo de esta tierra. Me sentiría feliz caminando y brincando de piedra en piedra asíos de las manos como no queriendo separalnos jamás".

-"Bueno, Wilfredo, déjate de inspiraciones y vámonos polque ya los gayos empiezan a cantal anunciando que un nuevo día yeno de sol nace cuando muere la noche" -dijo Luisa alegremente.

-"Agora tú tienes que yeval el saco, -dijo Sara dirigiéndose a Wilfredo-, y déjate de acaramelamientos con Calmen.

-"Sí, polque si don Luis lo sabe, te pela como el que pela a un chucho" -le adelantó Julia.

Wilfredo amarró bien el saco de jueyes, se lo puso en la cabeza y se dispusieron llegar a casa de Carmen. A medida que caminaban, tropezaban con los crustáceos y estos se metían en las cuevas, se guarecían debajo de las lajas o se daban un chapuzón en el lago, violando así la apacible calma de las saladas y tranquilas aguas. Bandadas de aves de hábitos acuáticos se cruzaban en la oscura noche interrumpiendo el silencio con el rumor de sus alas y con sus indescifrables cánticos. El alegre cantar de los gallos mañaneros se unía al de los otros pájaros despertando así a los obreros del barrio; quienes por costumbre ya, esperaban que les avisaran para levantarse de los catres o tirarse de las hamacas, para ir a coger las herramientas de trabajo y lanzarse al campo a quemarse la espalda y a bañarse en sudor. Los seis personajes iban uno detrás del otro, formando una cadena humana. Charlaban, se decían sus chistes y lo celebraban

jubilosamente. Se respetaban y querían como hermanos ya que desde niños nacieron, crecieron, vivieron y se criaron juntos. Personas así llegaban a ser bien queridos por todos cuantos los conocieran. Pronto llegaron con su carga de cangrejos a la barraca de don Luis. Al llegar a ella, estaba doña Ana colando café y asando cocos y maíz seco en brasas. Ese era el desayuno preferido en esa época. Don Luis estaba ordeñando a la cabra Lola debajo de un uvo frondoso y cargado de uvas playeras que había al lado de la choza. Al verlos llegar se alegró y le dijo a su hija y a las otras:

-"Dios te bendiga, jija, Dios me las cuide a toas juntas con Wilfredo. Pensaba que tenía que dil detrás de ustedes polque ya va a amanecer y no yegaban. Veo que jicieron buena pesca. De esos quiero yo pa que Ana me haga una funchada con harina fresca de maíz".

-"Gracias, don Luis, por sus bendiciones, -le contestó Wilfredo-, no jabíamos regresao antes polque las muchachas estaban cansas y se sentaron en ,la pileta a descansar".

Julia sabía que los viejos se darían cuenta de que sus ropas estaban mojadas aún y para evitar un regaño; les notificó diciendo:

-"Y como estabamos tan cansás y el agua estaba tan fría, nos metimos en la pileta a bañalnos. Es muy saludable bañarse a esa hora".

-"Yo por mi gusto no hubiera salido" -recalcó Lisa haciéndole un guiño a Wilfredo.

-"De vez en cuando, -añadió doña Ana-, en noches calurosas nos reunimos un grupo de hombres y mujeres y vamos a la pileta a bañarnos. Al mismo tiempo traemos jueyes y agua".

-"A mí me gusta mucho el mal y me gustaría vivir aquí pa aprendel a nadal"; pronunció Sara.

-"Yo no, el mar es pa los peces y no pa la gente" -aclaró Luisa.

Era la hora de estar todos los obreros de pie para empezar sus labores cotidianas. De momento se encendieron los fogones de las barracas y la luz de ellos alumbraban parte del barrio. El olor a café prieto cuando lo están colando se regaba movido por la brisa e inundaba el barrio. Los cerdos, gallinas, perros, cabros, bestias y reses fueron despertados por el cantar de los gallos que se creían ser dueños y señores de todo el territorio. Los pescadores de jueyes desayunaron con don Luis y doña Ana. Ella les sirvió café negro y con leche de cabra. También maíz asado, cocos secos y cucas. Cuando hubieron terminado, don Luis llamó a Wilfredo a solas diciéndole:

-"Tengo que jablal con usted acelca de aquel problema que tuvieron usted y Gonzálo, -Wilfredo se mostró intranquilo ante don Luis creyendo que trataría de averiguar por qué la defendió-, pero no tema usted ni tampoco sus amigas. Es que este caso no se debe tratal alante de mucha gente".

Entonces Wilfredo se tranquilizó y se dirigió de esta manera.

-"Está bien don Luis, hablaremos. También yo había tratado de jablare del asunto, pero no había tenío la oportunidad de jacelo".

Ambos hombres se dirigieron al molino de viento holandés el cual estaba funcionado y enviando agua del mar a las salinas. Ya a esa hora estaban varios obreros en sus puestos de trabajo.

-"Te traje aquí, Wilfredo, pa darte las gracias por lo que jiciste por mi jija. Yo estaré toda la vida agradecido de ti. Te poltaste como todo un hombre de bien. Mi esposa y yo recoldaremos siempre que salvaste a nuestra jija de las garras de aquel bandio asqueroso. Y te voy a dal un consejo; trata de no verte con él, es peligroso y tendrá coraje contigo. Pue velalte y dalte un mal golpe".

-"Me siento agradeció de ustedes y también les doy las más expresivas gracias, don Luis. No pol eso se sientan jumiyados hacia mí. Lo que jice por eya, lo jubiera jecho pol cualquiera otra.

Pielda cuidao que de Gonzálo me cuidaré to lo más que puea. En cuanto a mis padres sé que jubo un distanciamiento entre ustedes, pero ya eso no tiene importancia, -le habló sinceramente Wilfredo a don Luis-, me gustaría que volvieran a tenel la mesma amistad de antes".

-"Pol eso no tenemos que preocupalnos polque no siento odio por él; le aseguró don Luis y el problema no traerá malas consecuencias. Ya sabes, cuídate bien y sigue adelante. Nos vemos otro día polque ya tengo que dilme al trabajo"

-"Cuando usted quiera, don Luis, -le contestó el joven-, también nojotros tenemos que dilnos, nos esperan en nuestras casas".

Las muchachas y doña Ana estaban pendientes de los ademanes que hacían los hombres mientras hablaban en el molino. Sabiendo ellas, menos doña Ana que Wilfredo y Carmen eran novios; temían que don Luis le preguntara al muchacho sobre el particular y que éste al contestar en la afirmativa, don Luis lo agrediera. Sabían a ciencia cierta que ya era costumbre en el barrio que cuando un padre o un hermano sabían que su hija o hermana estaba enamorada de tal o cual varón, le llamaban la atención a solas y le preguntaban. Si él decía que era cierto y si el familiar no estaba de acuerdo con el noviazgo, no había quien evitara la pelea bien fuera al puño o a macetazos. En casi todos los casos el enamorado recibía el primer golpe y el segundo no lo esperaba porque enseñaba las plantas de los pies. Temiendo a esa posibilidad, las mujeres estuvieron pendientes hasta que los dos hombres se despidieron. Sin embargo, la posibilidad no se materializó.

-"Es hora de dilnos, Wilfredo, -le dijo Sara al muchacho-, polque está amaneciendo".

-"Ya que tú lo dices, así será" -le contestó en la afirmativa.

-"Doña Ana y don Luis, nos marchamos y espero volvel pronto pol aquí" -comentó Lisa.

-"Gracias por el cafeito y el maíz asao, doña Ana" -dijo Julia sonriendo.

-"Nos veremos pronto, Calmen, y adiós" -apuntó Luisa.

-"Ya saben, cuando quieran volvel, saben a donde vivimos pa pasal otro rato alegre" -se ofreció doña Ana.

-"Que Dios los cuide y bendiga a tos. Y tú Wilfredo, arecuelda lo que te dije" -le recordó don Luis al muchacho.

El barrio El Tamarindo ardía en felicidad y alegría cuando los ardientes rayos del astro rey se desparramaban como alfileres puntiagudos por entre la verde vegetación de tan excéntrico bosque de Guánica. A medida que los rayos calentaban, pedazos de transparente cristal se desprendían de las ramas de la vida vegetal y caían al suelo haciéndose pedazos más pequeños. El bullicio de animales racionales e irracionales saturaban el ambiente. Unos obreros enyugaban su yunta preferida para con su ayuda y con la del arado de madera herir la tierra para la próxima cosecha. Campesinas ordeñaban sus cabras extrayéndole el líquido blanco y espumoso para el alimento diario. Los pescadores se acomodaban en sus maltrechas yolas para irse mar afuera a pescar de silga o de orilla. Donde más bullicio había era en la vaquería que estaba debajo del árbol de tamarindo. Allí también había un rancho grande en donde dormían obreros, animales y guardaban el producto de las cosechas. Los becerros se impacientaban por mamar de sus madres y éstas también al oírlos berrear. Muchos obreros ordeñaban vacas para llevar la leche a Guánica en un bote y si el mar estaba picado, lo hacían por tierra en un caballo. Las muchachas pescadoras de jueyes, al pasar por la vaquería entraron y los ordeñadores les obsequiaron con un buen coco lleno del líquido blanco, espumoso y nutritivo. El sol ya estaba bastante alto quemando con sus brillantes rayos los terrenos del barrio y haciendo germinar las semillas para el alimento de los seres vivientes.

Mientras las muchachas se dirigían a sus hogares, un diálogo ameno tomaba vida en casa de don Luis, iniciado por doña Ana.

-"No sé, Luis, pero me parece que Wilfredo está enamorao de Calmen, -le habló a su esposo aprovechando que la hija estaba dándole fregado a los puercos que estaban en el corral debajo de un árbol de uvas-, vi cómo se miraban y se guiñaban los ojos el uno al otro".

-"Te je dicho que no me gustaría que se enamoraran por el problema que tuve con el padre, pero comprendo que algún día se enamorará y jata se dirá con, el novio. Eya decidirá qué jará y nojotros, -aseguró él-, no me gustaría que nos deje solos polque pol lo que veo ya no tienes más jijos. Parece que ya rendiste postura como las gayinas".

-"Me imagino cómo estará la vieja doña Matilde por la defensa que su jijo le jizo a Calmen. Esta encrespá como un guabá" -le contestó ella.

-"Que sea lo que Dios quiera" -añadió el esposo y se fue al trabajo echándole la bendición a ambas mujeres.

Mas o menos a las ocho de la mañana llegaron los pescadores al barrio. Después que Wilfredo llevó a las muchachas a sus respectivos hogares, se dirigió a su hogar.

-"Quisiera sabel aonde estabas que vienes a esta hora, -le exigió la madre a su hijo mientras preparaba el desayuno para los peones-, te esperamos pa que yeves ese desayuno".

-"Según pue vel mamá estaba pescando jueyes con varios de mis amigos" -le contestó Wilfredo a su madre.

-"Te tengo dicho que no salgas de noche pa evitar problemas. Sabes en el problema que te metiste con Gonzálo pol defendel a esa cabrita hija de don Luis, -dijo rabiosa la señora-, Estoy segura que estabas en El Tamarindo y me atrevo jural que jablaste con Calmen".

-"No mami, -mintió el joven-, no estuve ayá. Nos fuimos pol El Jaboncillo, pasamos pol Caña Gorda y llegamos a La Ballena".

-"¿En esa vuelta se echaron toa la noche?" -preguntó maliciosamente su madre.

-"Nos taldamos, mamá, -siguió mintiendo para evitar un regaño mayor-, polque fuimos a la punta y encontramos los peladores de cocos trabajando. Había más de diez pelando cocos y nos detuvimos a mirarlos. Jata dolmimos un rato".

-"Está bien; te voy a creel, pero que no sepa que te vites con esa andrajosa".

El muchacho se sintió herido por la manera que su madre describía a su novia. Deseaba defenderla, pero se sentía atado por miedo a ofenderla y de perder la amistad de Carmen. Decidió guardar silencio en cuanto a ella y partir el hilo de la conversación.

-"Aquí traje medio saco de cangrejos pa que cocines pa comel con soruyos asaos y gandures secos" -le dijo a la madre.

-"Eso es lo que tendremos de almuerzo y los obreros que coman calabazas, maíz y bacalao" -aseguró ella. Luego el muchacho se echó en la cabeza un canasto lleno de yuca y calabazas cocidas con dos o tres pencas de bacalao asado y un purrón lleno de café con leche de cabra. Fue a llevárselo a los obreros que trabajaban en las talas.

Capítulo VI

Costumbres, Tradiciones, Supersticiones, y Refranes de Barrio

En el barrio El Manier como en muchos otros del pueblo de Guánica, los habitantes tenían ciertas costumbres, tradiciones, supersticiones y refranes los cuales llevaban a cabo inconscientemente muchas personas en su momento dado. Y como toda regla tiene su excepción, no todos creían en ellas a brazo partido aunque se divertían con las personas demasiado chifladas con ellas hasta tal extremo que se dejaban cortar la cabeza por una superstición y no votaban gota de sangre. Tal como fuera esas costumbres, tradiciones y supersticiones tenían su fundamento y servían como medio de diversión para todos cuantos la llevaban a la practica, las oían y las veían porque eran parte de la cultura de un pueblo, Guánica y no se deben menospreciar porque hacerlo es negar, olvidar, matar la cultura de un pueblo porque un pueblo sin cultura es un pueblo muerto, vacío, estéril. Aun en las grandes ciudades del mundo y completamente civilizadas las hay y encontramos personas que creen en ellas porque tienen deberes, derechos y privilegios que les concede la naturaleza. También había refranes los cuales eran parte de esa cultura y del vocabulario diario que usaban nuestros campesinos. Así que, "Agua que no has de beber, déjala correr". Todos y cada uno de esos refranes dan una enseñanza positiva negativa a la persona así como también las supersticiones lo logran con ciertas personas. Al entrar en detalles de esas costumbres, tradiciones, supersticiones y refranes, me veo en la obligación de usar, al parecer, un vocabulario tal vez grosero para muchas personas, pero de no hacerlo, estaría negando, olvidando y matando aquella cultura de mis antepasados. De manera que el que no quiera empobrecer su rico vocabulario; que no siga leyendo este capítulo. A pesar de que creen que ciertas palabras eran groseras, estaban equivocados, pues si buscamos esas palabras en el diccionario, vemos que no significan lo que ellos creen. Ahora, pues empecemos con esas costumbres, tradiciones, supersticiones y refranes los cuales infeliz y desgraciadamente han ido muriendo paulatinamente según lo han hecho involuntariamente aquellos viejitos campesinos.

Era el 5 de enero, víspera de la tradicional llegada de los Reyes Magos a los hogares de muchos países para regalarle juguetes y dulces a los niños. No vendrían personalmente, pero imaginariamente visitarían todos los hogares del barrio. Desde bien temprano la muchachería, y varios de quince a veinte años, de la vecindad se dieron cita en el lugar conocido por Las Piedras a unos pasos de la casa de don Luis la cual estaba vacía. Allí se pusieron de acuerdo y se dividieron en grupos. Luisa, Lisa, Julia y Sara organizaron el propio. Su propósito era asignarse un lugar en donde ir al día siguiente a cortar yerba para depositarla debajo de las camas, catres, barbacoas o hamacas. Al llegar los Reyes Magos con los juguetes en los camellos, éstos se comerían la grama y le dejarían juguetes a los niños. Si un niño no ponía hierba debajo de donde durmiera, los Reyes no le dejarían nada. No quedó un solo muchacho en su casa. Mientras hacían sus planes gritaban unos, otros charlaban y hasta cantaban. La algarabía llenaba todo el barrio. Todos estaban muy alegres y confiados en que recibirán por lo menos un trompo de dos centavos y las muchachas una muñeca de diez, Así que, estando en grupos, podían conseguir la grama con mas facilidad porque estaba escasa debido a la sequía prolongada en esa época. Haciéndolo así ya estaban listos para la noche del 6 de enero.

Varias personas en el barrio tenían ciertas devociones en diferentes épocas del año. Para el 6 de enero mandaban promesas que consistían en rezar rosarios, cantarlos y cantar aguinaldos. Para cada aguinaldo o rosario preparaban un plato de arroz con dulce. La persona que hacía la devoción se hincaba de rodillas frente a una cruz durante el tiempo que durara el rosario o aguinaldo. En muchos casos preparaban un altar. El señor don Luis pagaba una de cuarenta aguinaldos y cinco rosarios que duraba toda la noche. Al terminar la promesa, bailaban hasta que se cansaban.

Llegó el día 6 de enero y tempranito llegó don Luis a su casa con esposa e hija. Lo supieron sus amigas y pronto llegaron a saludarlos.

-"Es, muchacha, santo que se nombra en Roma pronto asoma, -le dijo Luisa a Carmen-, agora mesmo estaba jablando de ustedes con Lisa y al verlos llegal salimos corriendo pa saludalte".

-"Te estábamos nombrando, pero no era por mal; sabes" -le contestó Sara.

-"No, si no tienen por qué jablal mal de mí, -le contestó Carmen-, y además ojos que no ven, corazón que no siente".

-"Si por mi yueve, que escampe, -declaró Julia con voz entrecortada-, y arrecuelden que cuando el río suena es polque agua tral".

-"No tienes por qué alteralte tanto, y recuerda que el que se pica es polque ajos come. No vinimos aquí a discutil, -enfatizó Lisa-, vinimos a saludarlos y a ayudarle a preparal las golosinas pa la promesa a la noche".

-"Se me había olvidao, -les dijo don Luis-, ahí traje medio saco de cocos, gandures veldes, yuca y guineos. Vayan preparándolos pa la cena de esta noche porque el que quiera comel pescao tendrá que mojarse el fondiyo".

-"Ave María, Luis, siempre tienes que salil con las tuyas, -protestó doña Ana malhumorada-, no ves que estás tratando con muchachas y no con animales".

-"Eso no tiene na de palticulal, Ana; lo que no va pol aentro no jace daño" -aseguró él.

-"Bueno, bueno, no se pongan los viejos a discutir agora y pongasen también a trabajal, -le ordenó Carmen a sus padres cariñosamente-, nojotras nos encargamos de preparar las viandas y ustedes preparan lo otro.

-"Pero nos falta lo más importante, -aclaró don Luis-, y es la casne de cerdo pa los pasteles.

-"No te apures, Luis, que la comay Amalia mató un lechón y nos mandará unas cuantas libras. Sabes que es costumbre de eya de amatar un cerdo tos los días de Reyes y regalar la casne".

-"Sí, pero a mami el año pasao lo que le mandó fue la cabeza pelá" -añadió graciosa Lisa.

-"Y suelte que algo le mandó, -argumentó Sara-, a cabayo regalao no se le mira el colmiyo".

Las mujeres seguían hablando como viejas sin tabaco y trabajando como mulas de campo con el propósito de quedar bien con los amigos que esa noche visitarían a los esposos. Lavaron el piso de la casa, los bancos y banquetas. Barrieron el batey hasta dejarlo bien limpio y sin piedras porque también bailaban en él si la gente no cabía en la casa. Fueron a casa de vecinos y cogieron bancos, banquetas y latones prestados. También los vecinos les consiguieron platos, cucharas, ditas y ollas. La promesa de este matrimonio era la más sonada en el barrio por la cantidad de aguinaldos y por la mucha comida y ron que servían.

-"Este año; yo soy el que le va a mandal la cabeza pelá a eya polque ya mesmo voy a matar un lechón como tos los años, -prometió don Luis-, de manera, que cuando terminen con su trabajo; van a preparal el estripajo pa las morciyas. Aquí tos tienen que jacel algo hoy".

-"Usted no se preocupe, don Luis, que pa eso estamo a sus órdenes, -dijo Julia-, a río revuelto, ganancia de pescadores. Esta noche vamos a tiral las pueltas por las ventanas aunque el niño se caiga del catre".

Don Luis y doña Ana se fueron con el lechón y debajo de un árbol de corazón lo mataron. En poco tiempo le habían cambiado el traje, pues eran expertos en esos menesteres. Prepararían comida en abundancia y especialmente muchas morcillas porque para los dueños de la casa; en su promesa no podían faltar y si faltaban, no era promesa.

Ya a las seis de la tarde empezó a llegar gente a casa de don Luis dispuestos a amanecerse comiendo, bebiendo y cantando. Los primeros en llegar fueron los músicos con guitarras, güiros maracas y palillos. Esos eran los que encendían la chispa ardiente y contagiosa de la fiesta. Cuando sonaron la primera cuerda, el sonido musical se regó por todo el barrio llegando a los oídos de los habitantes. Por todos los trillos que conducían a la casa llegaban a ella los jibaritos. Ese día las cucarachas se habían quedado sin casa, pues se tiraron encima las chaquetas viejas que guardaban de año para año para usarlas en una ocasión como esa. Las jibaritas se veían bien vestidas y lindas luciendo el mejor trajecito y zapatos que tenían. No podían faltar en sus cabecitas de niñas el ramillete de flores silvestres y la rosa blanca sobre su virgen seno izquierdo. Todas alegres saludaban y abrazaban a los que ya estaban y se unían al grupo. Los menores se quedaron durmiendo, pues no les era permitido acostarse después de las ocho de la noche. Y esa noche, menos se acostarían tarde, ya que deberían estar durmiendo desde lo más temprano posible porque los Reyes Magos no les dejaban juguetes a los que encontraran despiertos. A las siete de la noche estaban la casa y el batey que no cabía un alma más. Los que bebían ya se habían dado sus cantazos y estaban que prendían de un solo maniguetazo. Los menores ya jovencitos no bebían ni fumaban. Las mujeres tampoco, pero tratándose de que era una noche especial se daban su palito y se daban un fumón a escondidas de los mayores, los menores y de los esposas. Estando todo listo para empezar la promesa, don Luis se hincó de rodillas en las tablas desnudas del piso frente a la cruz que estaba en el altar y gritó:

-"Música, muchachos, que aquí no jay quien pitije. Música, que aquí jay que pagal esta promesa de toa la noche".

Cumpliendo con la orden del dueño de la casa, los músicos comenzaron a estirar las cuerdas de sus cuatros y guitarras a la vez que el güirero raspaba su güiro como el que raspa un sorullo asado de maíz. El maraquero quería romper sus maracas moviéndolas rítmica y melódicamente. El cantante de aguinaldos que no había quien le pusiera una mano encima tratándose de pagar promesas, comenzó el primer aguinaldo dirigido a los Reyes Magos

A los Reyes Magos
me gusta cantar (CORO)
y siempre promesas
poderle pagar.

Mientras mas personas, hombres y mujeres, cantaran, mejor se oían los aguinaldos.

Por eso cantamos
en este santo hogar
a los Reyes Magos
me gusta cantar
y siempre promesas
poderle pagar.

No importa que nadie
me quiera escuchar
a los Reyes Magos
me gusta cantar
y siempre promesas
poderle pagar.

Con el Rey Gaspar
y el Rey Baltazar
no importa que nadie
me quiera escuchar
a los Reyes Magos
me gusta cantar
y siempre promesas
poderle pagar.

Con el Rey Melchor
me voy a retirar
no importa que nadie
me quiera escuchar
a los Reyes Magos
me gusta cantar
y siempre promesas
poderle pagar.

Al terminar el primer aguinaldo, los dueños de la casa, Carmen y sus amigas, les sirvieron a los visitantes de todo lo que había de comer. También les servían medio pote de pitrenche que tampoco podía faltar en la promesa. Carmen iba y venía perdiéndose entre la gente como se pierde una aguja entre el rubio arenal del mar. Algo le impacientaba y era la ausencia de Wilfredo que no había llegado. Después de haber comido pasteles, arroz con dulce, morcillas y darse el palito; empezaron el segundo aguinaldo.

CORO

De los Santos Reyes
me gusta cantar
con buenos amigos
poder disfrutar.

Cantándole siempre
a los Santos Reyes
siempre muy alegres
desde los bateyes.

Melchor nos llegó
de Italia, señores,
y al niño le trajo
bonitos regalos.

De la Tierra Santa
el Rey Baltazar
me trajo una güira
para yo cantar.

De Francia, Gaspar
me envió una lira
para que yo cante
si mi alma delira.

Los Tres Santos Reyes
siempre van en pos
de un niño sagrado
el Hijo de Dios.

Caminan gozosos
con gran alegría
en sus tres camellos
siguiendo a María.

Montado en la burra
¡que alegre está el niño!
su madre lo besa
con mucho cariño.

Melchor, es de Italia
de Francia, Gaspar
de la Tierra Santa
el Rey Baltazar.

De los Santos Reyes
me despido ahora
no me iré tan solo
me iré con Aurora.

A medida que la noche se acercaba lentamente al encuentro con la alborada de un nuevo día, la muchedumbre en casa de don Luis tomaba nuevos bríos para seguir cumpliendo con la promesa de éste. Entre palito y palito cantaban los aguinaldos sin dar muestras de cansancio. El único que se sentía mal era él debido a que ya tenía las rodillas peladas como los cabros de tanto estar hincado en las tablas duras. Pero se daba un trancazo de tres dedos y seguía pa' lante aunque la vieja se espante. Siguieron con el próximo aguinaldo para adelantar la promesa.

Quien debe promesas
y promesas paga
el día en que muera
no sale a pagarlas.

Antes que te mueras
paga tu promesa
para que así nadie
tenga que pagarla.

En esta promesa
estamos cantando
y Luis de rodillas
ya se está cansando.

Jincao de rodillas
el señor don Luis
se da un matracazo
ligao con anís.

Debido a que las promesas eran tan extensas los aguinaldos eran muy cortos para que la persona que estuviera hincada de rodillas, no sufriera tanto. En la de don Luis estarían toda la noche y para que sintiera alivio, entre aguinaldo y otro, decían chistes, adivinanzas y celebraban juegos propios de la época. Cada vez que rezaban un rosario y cantaban diez aguinaldos, servían diez platos de arroz con dulce y servían otras golosinas navideñas.

A eso de las dos de la mañana llego Wilfredo a casa de don Luis. Había estado en otra promesa en casa de un vecino. Esa noche se pagaban muchas en el barrio y todas las casas se llenaban, pues de otros barrios acudía gente a ellas. Con la primera cara que se enfrentó fue con Carmen quien estaba sirviendo café a los que permanecían de pie en el batey. Después de saludar y estar unos minutos hablando con sus amistades, en un descuido y valiéndose de una señal, se citó con la novia. En la sala y el cuarto seguían cantando, diciendo chistes unos y otros escuchando y riendo a todo lo que da. En el batey había varios grupos, unos hablaban de diferentes temas, por ejemplo, hablaban del mar, del amor, del trabajo, de a la pesca y de todo lo que les viniera en gana. Debajo de un árbol de corcho jugaban topos alumbrándose con un mechón. Después de la señal, los jóvenes se encontraron debajo de un árbol de higüera que había detrás de la casa en donde dormían las aves domésticas de los padres de Carmen. Ella había llegado primero. Cuando él llegó se inicio el diálogo de esta manera:

-"Jesús, muchacho, que susto me has dado. No te esperaba tan pronto. Estaba deseando que vinieras porque acabo de escuchar comentarios de que Gonzálo está borracho en la otra promesa. Tu sabes que es peligroso cuando bebe. También me dijeron que estabas allá desde temprano".

-"Si, es cierto, llegué temprano y vi a Gonzálo. Tiene una jumeta adentro de siete suelas; me vio y creo que ni me conoció. El es guapo de ron, pero no de hombre" -le contestó Wilfredo.

-"A lo mejor aparece por ahí ahorita y si viene con bochinches papi es el primero que se la va a zumbar tan pronto lo vea, -le aclaró Carmen. Tengo miedo que aparezca por aquí y nos dañe la

noche. Papi juró vengarse de lo que hizo conmigo. Conozco bien a papi y sabes que no tiene buenos cascos, que cuando hace un juramento lo cumple aunque lo maten".

-"Te aseguro, Carmen, que trataré de que no llegue aquí esta noche, -le prometió Wilfredo-, le diré a un amigo mío que le diga como el que no quiere la cosa, que en tu casa jay un polecía, cogerá mieo y no vendrá".

-"Pero, y si no lo cre, ¿que jaremos si viene? -le preguntó la muchacha notándose la nerviosidad en todo su cuerpo. Olvidemos eso ahora y dime, ¿qué te dijeron tus padres pol habel estado toa la noche pescando jueyes?"

El muchacho le contó entonces todas las mentiras que dijo para salir bien y evitar así un regaño mayor. Tenía que faltarle el respeto a sus padres mintiéndole para salvar el amor de ella que por nada ni nadie quería perder.

-"Me dicen que los guardias jan venío a buscal a Gonzálo y no lo jan encontrao, que si alguien le avisa se esconde no sé a dónde. Si quieres voy al pueblo a buscarlos agora mesmo le pidió el muchacho a su novia".

-"Me gustaría, pero no, no vayes. En el pueblo jay tres polecías y estarán durmiendo a esta hora. Además, no van a venil a pie, -le aseguró Carmen. Vamos a dejal las cosas como están".

Terminando de pronunciar la última palabra, despertó el primer gallo en el árbol de higüera y abrió el pico a cantar una tierna melodía dirigida a las gallinas que aún estaban dormidas. También los otros fueron despertando entonando sus melodías hasta que todas las aves despertaron y se bajaron del árbol. Ya en el suelo, las hembras huían desesperadas defendiéndose del sexo opuesto. Un nuevo día había despertado al son de los cánticos de las aves.

La promesa había tenido su fin quedando los participantes trasnochados todos y algunos hasta las aldabas. También había mujeres que no daban paso y tenían que llevarlas cogidas por las manos a sus casas. Todos les dieron las gracias a los esposos por lo bien que se portaron con ellos. Estos se las devolvía agradecidos por la cooperación y por el respeto que observaron a través de toda la noche y dirigiéndose al publico dijo".

-"Amigos, vecinos, familiares y público en general, me siento orguyoso de tos y cada uno de ustedes pol el buen comportamiento que jan tenío en mi humilde hogar esta noche. Pol eso les doy las más cariñosas gracias deseándoles que tengan muchos años felices de vida. Que no sea ésta la última noche que pasemos juntos comiendo, bebiendo, cantando, y charlando todos como una sola familia. Les pido a estas familias que están aquí presentes, y especialmente a la juventud que se levanta agora igual que lo jacen las espigas nuevas entre las viejas, que nuca jechen a un lao nuestras viejas costumbres y tradiciones pa que no se telminen jamás. Les pido a mis familiares que cuando doña Ana y yo jayamos dio a moral al campo santo pa siempre que sigan nuestra devoción pa que permanezcan vivas nuestras costumbres y tradiciones. Comprendan que nojotros morimos, pero eyas no deben moril. Pol eso les digo, amigos, el próximo año, el día 6 de enero, espero en Dios que puean estal aquí presentes conmigo pa comelnos otro marranito y dalnos otra borrachera aunque caigamos de fondiyos. Muchas gracias y espero que así sea".

Al terminar don Luis, su pequeño, pero sentido discurso, lo abrazaron calurosamente. También a su hija y esposa, las saludaron amorosamente y formaron grandiosa algarabía encima de ellos. De esa manera les demostraban el cariño, respeto y amor que les tenían las gentes del barrio el cual se había ganado devolviendo lo mismo que recibía.

Los mayores terminaban su noche de fiesta y los niños empezaban su día de júbilo y alborozo. Todos los del barrio se habían dado cita en Las Piedras para exhibir sus nuevos juguetes que la

noche anterior les habían dejado los Reyes Magos. Carritos, camiones, flautas, trompos, pistolas, bolas y bolitas de corote exhibían los varones. Muñecas, muñecos, trajes y zapatos estrenaban las muchachas. El ruido era ensordecedor producido por los niños y sus juguetes. Varios padres también se unían a ellos para contagiarse con la alegría infantil. A pesar de que el dinero estaba escaso, a ningún niño le faltó un juguete. El padre que no pudo comprar un trompo de tres centavos; lo compró de a dos. El que no pudo comprar una muñeca de quince; la compro de diez. De manera que todos estaban complacidos con la visita que los Reyes Magos les concedieron. Ninguno de ellos sabía el gran engaño que los mayores y sus padres les hacían y eran felices viviendo un mundo de ignorancia. La felicidad de un niño se levanta ante todo hasta que llegua a ser adulto. Cuando lo es, se da cuenta de los engaños y trampas que los ancianos les hacían y unos se revelan, otros no, pero todos empiezan a conocer la realidad de vida tal como es. Se dan cuenta que habían vivido una vida de fantasía en la cual eran felices en un mundo desconocido para ellos.

Estando los muchachos jugando con sus juguetes apareció Gonzálo. Daba tumbos de esquina a esquina del callejón porque estaba más picao que una tala de tabaco. Don Luis, quien se encontraba en el grupo de niños y adultos, al verlo, a lo sucu sumuco se fue del lugar y entró a la casa. No lo hizo por cobardía, más bien lo hizo para no enfrentarse a él, evitando así una desgracia quizás. Sacó una botella llena de ron de un bolsillo y se dio un jaraguaso. Luego le quitó un trompo a un niño, lo encabulló y lo tiró. Como estaba tan borracho lo tiró y no bailó. Tomó el trompo y lo lanzó tan fuerte; que fue a perderse en el bosque como a doscientos pies montaña adentro. El nene abrió los ojos a llorar como si lo estuvieran matando, pues había perdido su juguete. El padre del niño le pidió explicaciones y éste sacó un cuchillo a relucir. Don Luis estaba observando por una ventana y al ver que Gonzálo trató de atacar al anciano padre del niño, se armó de un amanza guapos de tachuelo y se tiró al callejón corriendo mientras Carmen le gritaba:

-"Papi, papi, ven acá, no te comprometas. Deja a ese hombre quieto, que tiene un cuchillo".

Doña Ana estaba fregando los trastes en el fogón y al oír los gritos de su hija, también salió corriendo como una yegua asustada a la vez que gritaba:

-"Luis, ven acá, no mates a ese hombre, jazlo pol tu bien Dios Santo evita una tragedia".

Gonzálo forcejeaba con el anciano sin lograr herirlo cuando don Luis llegó a ellos. Fue tan rápido que de un solo macetazo que le acertó en el brazo derecho le tumbó el arma. Quedó su brazo inmóvil y desarmado.

-"Así desarmao es que te quiero coger so canaya, -le gritó don Luis-, porque tú eres guapo pero te voy a quital las guaperías de cuatro palos que te dé. Me la debías hacía tiempo".

Al oír los gritos de doña Ana y Carmen, más personas llegaron al lugar. Ya no había tiempo, Gonzálo había recibido tres macetazos en los hombros y uno en la cabeza de manos de don Luis. Las mujeres gritaban y pataleaban con ataques de nervios. Doña Carmen y Ana eran las más afectadas. Para calmarlas les dieron a beber agua con sal y le dieron baños de ruda y alcoholado. Varios de los presentes se alegraban por el suceso y otros no, pero nadie salía en defensa del muchacho. Cuando doña Ana y Carmen estuvieron libres del ataque de nervios le habló la hija a su madre.

-"Yo te lo decía, mami, agora papi va pa' la cárcel de cabeza. No cogió mis consejos y ya tu ves lo que ja pasao".

-"No te apures, jija que eso no es ná, pa' eso es un macho y se dio a respetal. Vengó la poca vergüenza que te jizo, -le decía su madre llorando-, poco le jizo, debió jaberlo pilao a macetazos igual que pila un saco de gandures secos".

Mientras hija y madre dialogaban, Gonzálo permanecía tirado en la tierra cuan largo era sin mover ni una uña como si estuviera midiendo el terreno. Algunas personas creían que estaba sin vida. Una persona fue a alguna casa a buscar un latón de agua y se lo tiró encima. El muchacho movió las manos débilmente y trató de levantarse pero no pudo. El ron y los golpes lo tenían rendido. Don Luis quería ultimarlo a palos, pero los presentes se lo impidieron.

Pasaron minutos, tal vez, treinta, cuando llegaron Wilfredo y dos policías. Tan pronto Wilfredo terminó de hablar con Carmen debajo del árbol de higuera, se dirigió al pueblo sin decírselo a nadie y sin dejarse ver. Le dijo a la policía donde estaba el muchacho esa noche. Dos policías fueron con él dispuestos a echarle el guante. Cuando llegaron al lugar de los autos, se encontraron con Gonzálo moribundo tirado en el suelo. Lo levantaron a duros trabajos y pudo mantenerse de pie. Hicieron la investigación de rigor y después de haber escuchado diferentes versiones del suceso y de cómo había empezado siguiendo los reglamentos de las leyes arrestaron a Gonzálo por estar prófugo de la justicia y a don Luis por agresión grave. Los guardias le indicaron a doña Ana y a su hija los pasos a seguir para conseguir los fiadores de don Luis. La ley en esa época exigía dos que tuvieran propiedades. Wilfredo se ofreció para ganar puntos con los viejos. Aprovechando la gran ocasión; le dijo a la vieja:

-"No se apure, doña Ana, que ya a las seis de la tarde; don Luis estará con usted".

-"¿Cómo será posible, Wilfredo, si agora mesmo se lo yevan?" -le preguntó doña Ana.

-"Nojotros no conocemos pelsonas que lo puean fial."

-"Se lo dije, no tema, jablaré con papá que él y otro presten la fianza" -le contestó.

-"Si lo lograras, Wilfredo, te agradecería por toda la vida" -le habló Carmen agradecida.

Ambos policías se los llevaron presos caminando a patitas hasta llegar al pueblo y los habitantes del barrio quedaron tranquilos. Las mujeres, algunas hasta mandaron promesas por tal de que Gonzálo no puediera regresar más al barrio. Durante los pocos meses que había vivido en el barrio se sentían inseguras como las gallinas cuando a su granja entra una ardilla hambrienta. Daban gracias a Dios, a don Luis, a Wilfredo y a los policías por haber eliminado al padre de su inseguridad. Todo había vuelto a su normalidad ahora que el sátiro estaba preso.

Serían las once de la mañana cuando Wilfredo llegó a su hogar hambriento y soñoliento. Les pidió la bendición a sus padres y antes de almorzar les contó lo sucedido en el barrio.

-"Te lo je dicho, jijo, -le decía la madre-, que no estés detrás de los parranderos y que te cuidaras de Gonzálo".

-"Pero mami, no tuve na que ver con eyos. Gonzálo abusó de un niño botándole un trompo y don Luis lo macaneó, eso es to, -le dijo él. Ya ese no molesta a más nadie en el barrio polque lo van a guardal bien en el pote".

-"No creas, jijo, que se ha resuelto el problema, -le aseguró su padre-, se fugará otra vez y volverá con más deseos de venganza. Además, comprende que don Luis quedará preso".

-"Y de eso precisamente quería jablate, papá, -le dijo el hijo-, pa que le silvas de fiadol con alguien más. De ti depende que quede preso o libre".

-"Según veo, -dijo la madre-, esto se está poniendo feo. En vez de tratal de alejarnos más de esa familia; cada día nos estamos acelcando lentamente como se acercan dos polos opuestos. Si se metió en un lío; dejen que el mesmo salga pol sus propios pantalones".

-"No, mami, no debemos sel así. Debemos ayudal al que necesita cuando nos pide un favol, -le contestó el hijo-, hoy por ti mañana por mi".

-"Creo que lo defiendes tanto, polque tienes interés en su hija. Si es cielto, algún día lo je de sabel. Y te prometo y te cumpliré, que si te enamoras de eya y te la yevas; aquí no la quiero,

tendrás que dilte a vivir con eya a la Cueva de la Ceiba. No pelmitiré que nos llenen la casa y la finca de barrigones lombricientos. El que jace el columpio, que se lo jeche al hombro".

-"Matilde, tal como sea, no pueo pelmitil que don Luis duelma ni una noche en la cálcel. Yo en su lugar jubiera jecho lo mesmo defendiendo el honol de mi hogal, de mi esposa y de mi jija, -le aseguró don Miguel-, así mesmo es que agora mesmo diré al pueblo. Wilfredo, ensíllame el cabayo, que ayá diré".

Wilfredo obedeció la orden de su padre y pronto estuvo el animal listo. El muchacho se sintió satisfecho al ver salir a su padre montado en el veloz caballo. Sabía que una acción de esa índole lo acercaba más a Carmen y a sus padres. Mientras don Miguel está haciendo gestiones para conseguir la libertad bajo fianza de don Luis; en la casa de éste se desarrolla un drama triste y conmovedor. Doña Ana y Carmen lloraban desconsoladamente la ausencia del hombre de la casa. Los amigos y amigas las aconsejaban para que se tranquilizaran un poco. Luisa que siempre era la amiga de más confianza de Carmen, le decía:

-"Ten valol, Calmen, que no ja pasao na. Debes estal orguyosa de lo que jizo tu padre. Debemos estal regocijaos polque ja quitao del medio el estorbo que como un monstruo peltulbaba la paz y la seguridad de un barrio pobre y onrao".

-"Te debes dal con piedras en el pecho, Calmen, -le decía Julia metiéndole el cuchillo de la hipocresía hasta el cabo-, polque tuviste suelte que pol más que trató, no pudo ultrajalte. Si alguna persona debe estal alegre por lo que jizo tu padre, esa debe sel tú".

-"Pol favol Julia, no siembres más melones en el camino de tu amiga polque cosecharás espinas, -habló Sara defendiendo a Carmen. No jagas más leña del álbol caío".

Cada vez que Julia tenía la oportunidad de herir a Carmen con palabras, lo hacía con razón o sin ella. Julia siempre había estado enamorada a lo adivino de Wilfredo y en muchas ocasiones deseaba expresarle sus sentimientos, pero obedeciendo los mandatos morales no se atrevía. Para auto complacerse trataba de mortificar a su amiga con el propósito de hacerla explotar como una chicharra en la noche. Carmen lo comprendía, pero dejaba que sus malas intenciones fluyeran de su corazón y se perdieran en el vacío como se pierde el eco del cantar de una quejumbrosa perdiz en medio de la tenebrosa noche.

-"No, lo que pasa, es que la avaricia rompe el saco, -comentó doña Ana entre sollozos-, sé que pa muchas pelsonas del barrio ya mi jija no es moza. Pero eso no es na, solamente el cocinero sabe lo que jay en el caldero".

-"Cada cual es responsable de sus hechos, -añadió Lisa-, y dejen el agua correr que algún día o se evapora, se consume en las profundidades de la tierra y se confunde con la salada del mar y pierde el color y el sabor".

-"No hablemos más sobre el tema polque la mierda mientras más se menea, más apesta, -ripostó Sara. Vamos a prepararle un sobito a Carmen y a su madre y verán que todo se le quita".

Las cuatro muchachas reunieron pasote, albahaca, alcanfor, canela, clavos dulces, anamú, y cáscaras de almacigo blanco. Con ellas hirvieron un latón de agua y lo echaron en un baño grande. Ambas mujeres se metían en él una a la vez, hasta que el agua estuviera fría. También le dieron de beber un guarapo de canela, anís, clavos dulces, malva blanca y tuatúa blanca. Quedaron las mujeres como los cañones de la línea Maginot francesa.

Afuera los curiosos hablaban comentando lo que había pasado desde el principio hasta el fin. En sus conversaciones libres de crédito culpaban a Carmen porque siempre la cadena se rompe por el eslabón más débil. "Si no le hubiera dao el brazo a tolcel a Gonzálo; na de eso jubiera pasao" decían unas. "Cre que tiene el lobo cogío pol el rabo" -comentaba otra. "Pero se va a quedá sin el lobo y sin el rabo" ayudaba otra. "Julia le esta jaciendo la cama porque la je visto

jablando acaramelaíta con Wilfredo", aseguraba alguien. "A Wilfredo le va a pasal como le pasó a Pedro cuando Rafael le rompió el platito a Ofelia" -criticaban otros-. En esos días había una guaracha en boga que decía así:

El platito de Ofelia

Ofelia tenía un platito
que era lo más hermoso
y Rafael por goloso
sin querer se lo rompió.

Pedro quería también
jugar con ese platito
y Ofelia sin darse cuenta
un día se lo prestó.

Cuando Pedro jugueteaba
muy contento con su plato
sin querer se cercioró
que hecho pedazos estaba.

Ahora tendrás que pagarme
Ofelia le dijo a Pedro
ese platito precioso
por haber sido goloso

Pedro entonces contestó
lleno de espanto y rabioso
Pedro no puede pagar
lo que rompió Rafael
ese plato estaba roto
que lo pague Lucifer

Al estar las mujeres bien, el público se alejó cantando alegremente esa guaracha. Las dos mujeres rabiaban en silencio, pues sabían que lo hacían con doble sentido para molestarlas. Doña Ana comprendía que ya una tormenta de difamación comenzaba a tomar fuerzas en derredor de su hija y pronto, de seguir así, se convertiría en un huracán violento que a su paso lo destruye todo. Por el momento no le diría nada a su hija, pero más tarde, y no podía esperar mucho, tendría que decirle todo lo que sabía que decían las personas de ella. También la muchacha tenía conocimientos de los comentarios, pero no quería echarle oxígeno al fuego para que no se propagara más y terminara por dejar hecha cenizas la poquita de virginidad; según los comentarios, que le quedaba. En caso tal, lo más que le importaba era que don Luis saliera limpio del lodazal en donde se metió.

Al día siguiente después de don Miguel haber fiado a don Luis, Julia se encontró con Wilfredo en el pozo grande que había en su finca. No se encontró con él de casualidad como le hizo saber, sino premeditadamente. Desde muchos días atrás estaba tramando ese encuentro sin haber

tenido éxito. Había tendido una red para, lo menos tratar de atraparlo y estaba acechándolo igual que hacen las arañas para aprisionar a un inofensivo insecto. "Ya verá la flor marchita ésta si se lo quito o no". "Yo le aviso si el gas pela" decía la muchacha mientras en el oscuro nido de su tupido cerebro se anidaban miles de pensamientos diabólicos como se apiñan en una cueva docenas de aves de rapiña. Demasiado segura estaba que a esa hora Wilfredo estaba en el pozo sacando agua para los animales y que estaría solo. Nunca iba sola al pozo, pero como ese día era especial, lo hizo. "Amiga, vaya una amiga, con tanto que amo a Wilfredo". Se decía para sí. "El que venga atrás que arree" se decía para sí. En llegando al pozo, le saludó.

-"¿Qué tal Wilfredo? ¿Como te sientes?" -le preguntó sonriendo amable y cariñosamente.

El muchacho se sorprendió al verla sola y tan temprano, ya que a esa no era su costumbre. Nerviosamente le contestó:

-"Estoy bien y me siento bien. ¿Que haces a esta hora aquí? ¿pol qué vienes sola? ¿Amanecieron hoy en tu casa sin agua?"

-"Vengo dispuesta a conquistarte" -de buenas ganas le hubiera dicho al muchacho, así de sopetón, sin pensarlo mucho, pero pensó que debería actuar con más cautela para no auyentarlo. Decidió entonces contestar sus preguntas:

-"Vine a jablal contigo pa que me jagas un favol. Vengo sola polque no encontré a mis amigas. En casa jay agua, pero mami tiene fiebre y dolol de cabeza. Necesita anamú y cáscaras de almacigo blanco".

-"¿Qué me quieres decil con eso? -le preguntó Wilfredo. ¿Venites a buscarlas? ¿Qué favol quieres que te jaga?"

-"Sí, vine a buscarlas y el favol que me jarás es que vayes conmigo a La Cueva de la Ceiba a buscal el anamú. Es en el único lugal por aquí celca que jay esa planta" -le contestó Julia.

-"Déjame dil solo polque avanzo más" -le pidió él y polque no pueo peldel mucho tiempo hoy.

-"Ningún tiempo que vas a peldel, al contrario, que si quieres lo aprovecharás como gusto y gana te dé" -le declaró fríamente la muchacha.

-"No sé a que te refieres, Julia" -le habló Wilfredo.

-"Luego te diré, vamos antes de que se nos jaga tarde. Ayá te diré, es acelca de Calmen, tu queridísima noviecita" -le suplicó Julia.

Jamás Wilfredo le hubiera acompañado a no ser al prometerle que se trataba de Carmen. Tratándose de Carmen que eran tan amigas, le llevaría noticias halagadoras de ella. Jamás pensaba que estaba tramando de cogerlo de mango bajito para burlalse de ambos.

-"Está bien diré, caminó al frente y yo detrás" -le ordenó.

La muchacha siguió caminando al frente por la estrecha vereda que había en el medio de la joya". Dicha joya empieza en el kilómetro 6 hectómetro 4 de la Carretera P.R. 334 que conduce de Guánica al Campamento Borinquén. La misma cruza la finca de Sur a Norte perdiéndose en la montaña hasta llegar a el barrio La Joya. Mientras caminaba, repentinamente se detenía para que Wilfredo tropezara con ella involuntariamente. Ella lo miraba maliciosamente como queriendo entregarse cansada en sus brazos. El muchacho la comprendía y evitaba tan canalla acción. No hablaban porque la muchacha iba hilvanando una sarta de mentiras en contra de Carmen como cuando una hilandera teje un rollo de tabaco. Estando ya en la entrada de la cueva y fingiendo que una espina se había incrustado en la planta de su pie izquierdo, le dijo reflejándose en sus ojos toda la maldad:

-"Wilfredo, pol favol, sácame esta espina que tengo en este pie, -y le mostró el pie con todo y pierna. Me duele, sácamela".

Wilfredo quedó atontado sin que de su boca saliera palabra alguna. Se bajó y tomó la larga y blanca pierna y no vio la espina. Logró dominarse y dijo:

-"No veo na, Julia, no veo na. Parece que te jincó y salió".

-"Será que no la ves, pero la siento, -insistió la muchacha. Pásame la mano pa que se me alivie el dolol".

Como un autómata el joven obedeció la orden de la muchacha sin darse cuenta que estaba acariciando la barriga de la pierna de su amiga.

-"Jay peldona que me equivoqué, -le dijo cuando se dio cuenta.

-"Eso no es na, creía que me jacías cosquiyas intencionalmente. Si quieres pues seguil jata que encuentres la espina, -insistió la muchacha. No, no tienes na, son caprichos tuyos, -le contestó con seriedad el joven. Vamos a coltal el anamú, que se nos hace talde".

-"Sí, agora lo jacemos, pero veamos primero la cueva aentro".

Y sin esperar contestación lo tomó por una mano y lo haló hacia el interior de la cueva igual que cuando una ardilla agarra una presa de carne y la arrastra hasta las profundidades de su madriguera para devorarla. Se sentó en una roca y le ordenó que se sentara en otra.

-"Te traigo jata aquí, -le declaró-, polque tengo mucho de que jablalte y agora que estamos solos, lo jaré, escúchame. Estás loco enamorado de Calmen como si fuera la única del barrio. Eya no te quiere y te engaña con Gonzálo. Se está viendo a solas con él en diferentes lugares del bosque. El nuca trató de violala, acude a las citas voluntariamente. Es claro y aquel día como se encontró acorralá como una vaca fajona que tienen en el corral pa vendel; salió gritando jaciendo el aguaje. Agora Gonzálo las está pagando siendo inocente".-

-"No pueo creer na de lo que me dices polque Calmen no es de esas que le menean el rabito a tos los que ve. Jazme el favol y no me jables más sobre ese tema" -le suplicó Wilfredo.

-"Piensa bien, Wilfredo, si jubiera sio vilgen, se jubiese sometío a examen médico pero como no lo es, no quiso. Eya no te ama. Yo si te amo y me voy contigo tan pronto quieras" -se declaró decidida la muchacha, poniéndose de pie y tratando de besarlo.

-"No, estás loca, Julia, esto no pue sel, amo a Carmen. No debo traicionarla. Para mí sigue siendo una buena niña aunque pa ti y pa otros no lo sea" -le habló Wilfredo con autoridad y salió corriendo de la cueva como un buitre asustado.

Ella lo siguió dirigiéndole ciertos insultos sin que él les diera importancia. Se sentía la muchacha defraudada, despreciada por el hombre que amaba a escondidas. "Como será que Wilfredo desprecio la oportunidad que le dí" -pensaba para sí. Juró entonces vengarse y no descansar hasta lograr su propósito. Y si no me quiere a mi tampoco a Calmen. Ya vera el aonde es que el griyo tiene la manteca.

Sara, Lisa, Luisa y Carmen habían llegado al pozo a buscar agua y al ver el latón vacío de Julia, la llamaron y ésta no respondió. Notaron que la pileta estaba llena desde poco tiempo atrás. Pensaron que estaría en casa del señor Orta y esperaron. Mientras esperaban, Carmen fue a buscar mayas para comer. No habían pasado quince minutos, cuando llegaron al pozo Julia y Wilfredo.

-"Es muchachas, me sorprendo al verlas aquí" -le dijo temblorosa a sus amigas.

-"Más solprendías estamos nojotras al vel tu latón vacío y solo. Creíamos que te habías lanzao de cabeza al pozo" -le contestó Sara.

-"Y nos sorprendemos al ver que yegas sola con Wilfredo" -ayudó Lisa.

-"Perro no come perro. Estaba con Wilfredo en la Cueva de la Ceiba y no me comió ningún canto, ni me peyizcó porque es inofensivo" -contestó Julia como burlándose de su amigo.

-"Ten mucho cuidao, -añadió Lisa-, que la confianza tiene dientes".

-"Conmigo no va eso, Lisa, ustedes saben que las aprecio y respeto como si fueran hermanas" -dijo Wilfredo.

-"Lo acomprendemos, amigo, -habló Luisa-, y pol eso eres el mejol amigo que tenemos".

-"¿Qué le pasa a Calmen? ¿dónde está?" -preguntó Julia.

-"Mírala, ahí viene, estaba buscando mayas maduras pa chupal" -señaló Lisa.

Carmen se unió a sus amigos saludando cariñosamente a su novio. Al mismo tiempo preguntó a Julia.

-"¿Aonde estaban ustedes?"

-"Estaba buscando anamú con tu novio, pero no me comió ningún canto, si no lo cren, estoy dispuesta a sometelme a un examen médico, -le contestó cínicamente. Polque yo sé que el cielo no se pue tapal con las manos".

Ya eran muchos los dardos que Carmen había recibido en el pecho lanzados por Julia con todo el odio posible. Deseaba pararle el caballito del egoísmo y la yeguita de la maldad, pero se contuvo. Algún día esos pensamientos equivocados de Julia se desbocarían como caballos salvajes en estampida y se despeñarían por el despeñadero de la realidad. No habló nada, la humildad, que como una sábana blanca cubría su vida y su cuerpo, se lo impidió. Era mejor callar por el hecho de que en boca cerrada no entran moscas.

-"Es mejol que nos dejemos de boberías y nos vayamos polque nuestras madres esperan pol nojotras" -dijo Sara.

-"Es cielto, -aseguró Julia-, cuando yegue tendré que fregar los trastes de tres días que pol estal de casa en casa, no los je fregao. Y tú, Wilfredo, vete pa que le ayudes a tu mamá en la cocina" -argumentó Julia un tanto enojada.

Para la época era extraño y hasta prohibido por los habitantes del barrio, de que un varón llevara a cabo labores que les pertenecían a las mujeres. Por ejemplo, un hombre no podía cocinar, lavar platos, barrer el patio, remendar, coser. Si lo hacía, las que lo vieran, tenían una mala impresión de él. Decían que era del lado opuesto de los alambres. Por esa razón Julia empezaba a vengarse de Wilfredo por no haber logrado probar la fruta que a su creencia estaba bajita y dulce.

-"Nuca je jecho trabajo de mujeres, pero si tengo que jacelo, lo jaré polque es mi madre. Ningún trabajo le cambia el sexo a naide" -aseguró Wilfredo.

Pasaban los días normalmente en el barrio con muy pocos cambios. Se corrían las noticias de que a Gonzálo se lo habían llevado para Ponce y que allá estaba preso cumpliendo una larga condena. Los guardias habían ido a la casa de don Luis y le dijeron a éste que estaba libre de cargos por encontrarse Gonzálo preso. Julia hacía a ambas manos, cuando estaba con Carmen, no encontraba a dónde ponerla colmándola de halagos, pero cuando no, le sacaba las listas de cuero hablando mal de ella. La vendía al primero que encontrara con el propósito de vengarse de ella y de Wilfredo. Eso hacía que Carmen fuera retirándole la confianza lentamente. Sara, Lisa y Luisa, también lo habían notado y estaban un poco distanciadas de Julia.

El día 2 de febrero de todos los años, celebraban el día de La Candelaria. Era una tradición antigua y en todos los barrios de Puerto Rico la celebraban el día primero de febrero hasta el segundo día de dicho mes. En el Barrio El Manier la llevaban a cabo en todas y cada una de las casas el día primero. El segundo día era en Las Piedras cerca de la casa de don Luis. El primer día durante toda la tarde, los muchachos del barrio se la pasaban buscando basura y leña seca y amontonándola en los bateyes. Iban a la Finca Ballena a buscar sacos llenos de cocos, buscaban mayas e higueras. En sus hogares conseguían bacalao, huevos, yuca, batatas, maíz seco en mazorcas y otras golosinas alimenticias. Las dueñas de las casas hacían las veces de La

Candelaria. La primera noche en todos los bateyes encendían la basura produciéndose así una gran fogata. La señora de cada hogar se vestía con traje más largo que de lo común con mangas muy largas. También se cubría la cara y la cabeza con un paño grande y rojo. A medida que la basura ardía y largas lenguas de fuego salían de ella perdiéndose en el espacio, la señora entonces bailaba danzas alrededor de ella y tenía que cruzar corriendo y salir al otro lado sin que su traje y ella se quemaran. Los muchachos entonces lanzaban los comestibles al fuego y cuando toda la basura era consumida por las llamas; todos los presentes comían de ellos. Con tantas candelarias encendidas, el barrio quedaba alumbrado como de día.

En el barrio no había diversión durante la noche a menos que fueran a ver y a bailar a casa del señor Matos o en ocasiones especiales cuando alguien pagaba una promesa o había tradición. Por eso la primera noche de La Candelaria era tan esperada por todos. Pasó la primera noche y llegó la segunda.

A las seis de la tarde del segundo día de febrero, las casas y las barracas del barrio, se quedaron vacías. Todos se dirigieron al lugar conocido por Las Piedras. Ya la candelaria mayor estaba preparada esperando que doña Ana le tirara un fósforo para comenzar a divertir a la gente. Don Miguel, doña Matilde y su hijo estaban en el grupo.

-"¡Fuegooo a la candelariaaa!" -gritó doña Ana mientras el público coreaba.

-"Fuegoooo, fuegooo, fuegooo a la candelariaaa, la vieja de las patas largas".

A pesar de que doña Ana no eran tan vieja con la vestimenta que tenía encima parecía que era de noventa años. Solamente los ojos tenía descubiertos. Le tiró el fósforo al montón de basura y ésta se incendió de inmediato a la vez que gritaban todos, "fuegooo, que la vieja no se quema naaa". Los títeres lanzaban encima más basura y frutos menores y muy especialmente mayas. Cuando éstas se calentaban explotaban produciendo un sonido igual que el producido por una escopeta cuando la disparan. Todos corrían circularmente alrededor de ellas cogidos por las manos, mientras doña Ana aprovechando el lugar que menos tuviera fuego, la cruzaba corriendo de un lado a otro. Todos cantaban las siguientes cuartillas:

-"Que viva la candelaria, que tiene las patas largas, aunque se queme la vieja que parece una espalgata".

Debido a que la mayoría de las casas del barrio estaban situadas en la parte alta del cerro y que sus bateyes estaban libres de árboles, se podían apreciar algunos barrios del pueblo de Yauco. Entre ellos estaban Duey, El Almacigo, Vega, Bartolo, Carrizales y el Veintidós de Lares. En todos ellas se veían candelarias encendidas a pesar de la distancia ser tan larga. La gritería era ensordecedora y la alegría contagiosa. De vez en cuando sacaban cocos, mayas, y colas de bacalao asadas para comer. Carmen había preparado café puya y entre rato y rato les servía un pote lleno. La candelaria era tan grande que las llamas alumbraban casi todo el barrio.

Los muchachos pidieron que doña Matilde acompañara a doña Ana en sus brincoteos en medio del fuego y comenzaron a gritar:

-"¡Que salga doña Matilde, que salga!"

Los mayores se daban su palito en ocasiones como ésa y no tenía nada de anormal que doña Matilde estuviera picaíta y muy alegre. Al oír que los muchachos le pedían dijo:

-"Claro que voy a salil porque no tengo mojo todavía. Que Ana me preste un traje y verán que yo todavia soplo".

Le consiguieron un traje viejo y un paño colorado y pronto estuvo la señora bailando danzas con doña Ana. Cruzaban de un extremo a otro de la fogata tan rápido, que ni tocaban las llamas. Las presentes gritaban a todo pulmón:

-"¡que viva la candelariaaa que vivaaa que baile don Luis con doña Ana! ¡que baile don Miguel con doña Matilde! ¡que bailen Wilfredo y Carmen!"

Esa oportunidad era la que esperaba ansiosamente Wilfredo para poder estar más cerca de su novia. Que bailemos tos jata que amanezca y no bien terminaron de hablar, salieron cogidos de las manos todos en parejas individuales y comenzaron el baile. Bailaban sin música, pero se divertían igual que si la tuvieran. Siempre había muchachos traviesos en grupos así y allí no podía faltar uno. Uno de ellos tiró un racimo de mayas en medio de la candelaria en forma tal que cuando doña Matilde trató de cruzar de un extremo a otro, se enredó el ruedo del traje y cayó al suelo. El traje empezó a quemarse y la mujer a gritar.

-"Corran, corran, que se me quema Matilde, -gritaba don Miguel. Tráingame agua, avancen".

Los muchachos aparecieron con latones llenos y se los lanzaron encima para evitar que la mujer se transformara en una lechona asada.

Gracias, muchachos, gracias, decía agradecida la vieja echando humo por el rabo como una ardilla cuando le prenden la cola y luego la sueltan para que queme un pastizal.

-"Eso te pasa pol metelte en camisa de once varas, l- dijo don Miguel. Ya estas jecha una vieja chocha y debes estar rezando en un rincón y no bailando"

-"Jay deja eso, Miguel, que agora es que estoy buena" -le contestó la esposa riendo a carcajadas.

-"Es que las viejas también tenemos derecho a diveltirnos igual que las jóvenes, argumentó doña Ana. Pa eso nos matamos trabajando en el monte y en la casa".

-"Convengo con mami, -le ayudó Carmen-, no sólo los jóvenes tenemos derecho a bailal".

-"Seguro, jablas así polque te conviene, -interrumpió Julia-, como tas bailando enquinaita con Wilfredo; estás a favol de las viejas".

-"Nojotros las jóvenes no debemos sacarle en cara la vejez a los ancianos polque hoy semos jóvenes y mañana seremos viejos" -protestó Wilfredo en defensa de los viejos.

-"Lo que pasa es que tú picheas mucho, pero ten cuidao que no se te salga el brazo con tó y codo" -le aseguró Julia lanzándole otra estocada como para partirle el corazón en dos pedazos.

-"Sigamos con la fiesta de La Candelaria y déjesen de renciyas, -alegó Sara-, polque si siguen así, van a paral comiendo cenizas de la fogata".

-"¡Que viva la Candelariaaa, la vieja de las patas largas! -gritó Lisa a la vez que bailaba alrededol de ella. ¡Que vivan todas las viejas!"

-"Sigamos bailando, -pronunció Luisa-, que esto se pone bueno".

La alegría era contagiosa entre todos los habitantes del barrio y mientras más gritaban y bailaban, más entusiasmados y hábiles se sentían. Ya había más de ocho hombres borrachos y unas cuantas mujeres estaban más ajumadas que el trapo de la plancha. Serían las cinco de la mañana cuando ya los muchachos estaban cansados de tirar basura a quemar y entonces empezaron a sacar las viandas que habían tirado. Entonces empezó la comelona. Comían cocos secos asados, yuca, batatas, calabazas, mayas, bacalao, papas y las acompañaban con café negro. Estuvieron divirtiéndose hasta las seis de la mañana. A esa hora cada cual se fue a su casa dejando un montón de cenizas y de cáscaras de viandas.

Después de la noche de La Candelaria habían pasado unas cuantas semanas cuando Sara, Lisa y Julia se encontraron en el lugar conocido por El Horno de Don Dumont. Un señor del barrio llamado Dumont González allá para el año 1890 había construido un horno para sacar cal. Después de haberlo trabajado un tiempo murió y el horno quedó abandonado. Allí especialmente se citaron las muchachas para buscar leña y hablar acerca de ciertos temas. Las primeras en llegar fueron Julia y Sara. Después de haber hecho su carga de leña, la pusieron

cerca del horno a la orilla de la vereda o callejón que del Manier conduce a la finca de don Miguel. Sentándose cada una encima de la suya, dijo Julia:

-"Fíjate Sara, allí en esa cueva sacaban cal antes, pero agora no sacan na. Lo que sacan agora son besos y abrazos".

Sara quedó sorprendida con las declaraciones de Julia. No se explicaba cómo sería posible que de un horno sacaran besos y abrazos; le pidió una explicación diciéndole:

-"Jablame claro y no me vengas con pendejás que a mí no me gusta que me dejen con las ganas".

-"Pues no sólo te voy a quitar las ganas sino que vas a gozar, -le prometió Julia-, polque cuando sepas la verdad, no vas a sel más amiga de Calmen. Fíjate Sara, que poca vergüenza la de esa muchacha. Dende que tuvo el tropezón con Gonzálo, se está viendo con Wilfredo tos los días en esa cueva como si fueran un pal de ratones. Claro él es macho y no pielde nada y eya, lo poco que tenia que defendel, ya lo perdió".

Sara no encontraba palabras ni cómo defender a su amiga. No podía darle valor positivo a lo que la amiga le contaba. Por fin y haciendo un gran esfuerzo salió en defensa de la inocente muchacha y declaró:

-"No Julia, no jables más de nuestra amiga. Eya es inocente. Gonzálo no logró su propósito, me lo dijo él mesmo y ella también. Lo que pasa es que parece que estás enamorá de Wilfredo y quie'res rompel con Carmen pa podel luchal por él".

-"Pues mira que no, prometió Julia, que ese muchacho parece que es del otro lao de los alambres polque alguien me dijo que le dio una cita y él ni la besó. ¡Ay Jesús, yo no quiero un hombre así!"

Y hablando así llegaron Lisa y Luisa ya con sendas cargas de leña en sus cabezas. Las tiraron al piso, se sentaron en ellas y comenzaron a conversar las cuatro. Sara le contó lo que dijo Julia de Carmen. Ambas muchachas quedaron boquiabiertas al escuchar tal relato que perjudicaba a su gran amiga.

-"No pué sel; dijo Luisa indignada, que Calmen jaga cosas tan feas. Eso tiene que sel falso.

-"Mira nena, -aseguró Julia-, no jay peol ciego que el que no quiere vel. Les juro por esta y pol mi madre, les dijo poniendo los dedos pulgares juntos y besándolos, que no tengo que nombrarla, que es cierto. Lo vi con mis propios ojos la semana pasá. Eya lo espera aquí cuando él viene de la escuela. Je visto que se besan y se abrazan".

-"Tal como sea, -añadió Lisa-, pa eso son novios y que se den un ramiyete de besos, no sería pecao".

-"Si, pero besalse en el monte como si fueran cabros, se ve mal. Pero déjemen decirle, que según digo una cosa; digo la otra; me jan dicho de buena tinta que el muchacho camina por los dos laos del camino, dijo la muchacha derramando parte de maldad y de la calumnia que cada día crecía más en su pobre alma".

-A mí me esta, -dijo Luisa-, que quieres intelponelte entre Wilfredo y Carmen y estás buscando como entral. Eya para mí sigue siendo igual. También pa Wilfredo sigue siendo una niña. Y es más, ayel me dijo que cuando se vayen a vivil a El Tamarindo otra vez, dirá a pedirla y que si no se la dan, la jace brincal las mayas"

-"Yo no sé, -criticó Julia-, pero yo siendo hombre no me casaría con una muchacha que ya ta rota".

-"¡No seas pendeja! -le contestó Sara-, él no la quiere pa busca agua".

-"Ese es asunto suyo y nojotras no debemos critical vidas ajenas, -aseguró Sara. Y si tienes algo que sentil de eya, debes decírselo y no estés metiéndola en mal al juzgar un hecho ajeno;

mete la mano en tu seno. Jay pelsonas que ven la paja en el ojo ajeno, pero el de eyas no la ven. Yo creía que eras bien amiga de Calmen, pero ya veo que estaba equivocó".

-"¿Amigas? -preguntó Julia-, amigo es el ratón del queso y se lo come. Además, yo no estoy enamorá de Wilfredo. El sí que está loquito por mí. El día que fuimos a buscal anamú quería que yo fuera su novia y yo no quise. No quiero traicionarla por un hombre que no vale la pena. Gonzálo también esta enamorao de mí, pero yo no lo quiero. Y déjame decirte que, del lobo; un pelo".

-"Por lo que veo; tos los jóvenes del barrio están enamoraos de ti, -le dijo Luisa. Ten cuidao que el que mucho abalca, poco aprieta".

Por largo rato estuvieron las cuatro muchachas dando lata de diferentes temas siendo el más sobresaliente el de los amores de Wilfredo y Carmen. Cada vez que Julia tenía la oportunidad, la hundía en un profundo lago de fango. Pero sus amigas hacían las veces de faros salvavidas y se esforzaban por sacarla a flote para que no pereciera impulsada por Julia. Tenía Julia metida en la cabeza la idea de destruirlos moralmente y no descansaría hasta lograr sus propósitos destructores. Las amigas le aconsejaban que la dejara tranquila, que no hablara mal de ella por ser una muchacha tan humilde y buena. A Julia le daba lo mismo delante que atrás. Se complacía y gozaba hablando y calumniando a su amiga.

El mes de mayo era esperado ansiosamente y bien recibido por todos y cada uno de los habitantes del barrio. En ese mes empezaban a caer las primeras lluvias del año y los campos se cubrían con la mágica alfombra verde que como una bendición del cielo nuestra madre naturaleza acunaba. A esa alfombra verde la adornaban bellisimas flores de todos los tamaños y colores. Los flamboyanes se desnudaban para ser pintados de rojo por la brocha mágica de la naturaleza. Había en el barrio una planta trepadora y a la vez parásita de los árboles.

Crecía en forma de bejuco y arropaba a los árboles como una madre arropa a un recién nacido cuando tiene frío. Sus flores eran amarillas y les nombraban flores de las madres. La planta florecía solamente en el mes de mayo. Al caer el primer aguacero, el bosque se rejuvenecía y se tornaba encantador, maravilloso y hechizado. Los conjuntos de Flores de las Madres que como niñas inquietas temblaban en las ramas de los árboles parecían alfombras persas que las lavanderas habían tendido a secar. Ese prodigio de la naturaleza coincidía con el Día de las Madres. Razón por la cual, los habitantes del barrio se sentían orgullosos de haber nacido en un pedazo de terreno tan maravilloso. Todos los niños del barrio, y algunos mayores, cortaban bejucos de Flores de Mayo y formaban una canasta. Luego la adornaban con diferentes flores del bosque para echar en ella el regalo de madres. En el mes de mayo también celebraban las Fiestas de Cruz, tradición que era muy lucida en el barrio. Así que en llegando el día de las madres, los muchachos del barrio se fueron al bosque a cortar bejucos y flores para preparar las canastas. Se dirigieron específicamente al lugar conocido como Los Puntos. No es que en otros lugares no encontraran lo que querían, sino, más bien lo hicieron por caminar y divertirse más. Los puntos es un lugar maravilloso que por estar cubierto de tantos encantos naturales, parece un lugar hechizado fantásticamente hablando,. Queda en el punto medio entre la finca Las Cóbanas y el barrio El Manier. Es parte del inmenso bosque de Guánica. En dicho bosque se encuentran mas de siete mil variedades de arbustos, alrededor de seis mil variedades de plantas y más de ocho mil árboles.

Entre las muchachas estaban Sara, Luisa, Carmen y Lisa. Esta vez Julia no las acompañó porque se sentía ofendida al saber que defendían a Carmen a brazo partido. Julia se había quedado en el barrio y aprovechando el primer aguacero de mayo se había mojado para crecer

más y poder sembrar la mala semilla. Como era tan oportunista fue corriendo a casa de doña Ana no perdiendo la oportunidad de que estaba sola. Tan pronto llegó a la puerta, le dijo:

-"Buenos días, doña Ana, -la señora se sorprendió al verla en la casa tan temprano. Vengo mojándome polque es el primel aguacero del mes y quiero crecel un poco más y tenel más suelte pa conseguil un novio".

-"Buenos días, muchacha, me alegra velte en mi casa, -le habló la señora. Si no jas conseguio novio jasta agora vas a tenel que ponel a San Antonio de cabeza en un rincón de la casa con doce velas prendías pa conseguir uno".

-"Es que tengo mala suelte polque por ahí jay muchas que son mas feas y menos que yo y ya jan tenío dos. Ay, pero así como los jan tenío, no quiero tenerlos, declaró la muchacha".

-"Fue esta vez dispuesta a ponel el plato del día aunque la votaran de la casa y perdiera la amistad de Carmen para siempre. A doña Ana no le gustaba el chisme, pero la divertía y quiso averiguar qué se traía Julia esta vez".

-"Cuéntame agora que estamos solas pa yo también saberlo" -le suplicó.

-"Primero le pido peldón si en algo la ofendo, -le pidió la muchacha-, pero le voy a sel sincera. Carmen es novia de Wilfredo".

Faltó poco para la señora caer muerta al recibir la sorpresa. Cambió de colores y sudaba como un bloque de hielo que recibe al aire libre los brillantes rayos del sol al punto de las doce del día.

-"¿Que Carmen es novia de Wilfredo?" -preguntó confundida.

-"Sí, son novios, -contestó la muchacha sin importarle el daño que hacía-, sé que eso no me impolta, pero como semos tan amigas, se lo digo pa que la vigile. El mal que no quiero pa mí, no lo quiero pa eya. El trata de engañarla polque tiene otra en el pueblo, jija de un maestro".

-"No te creo, pero te agradezco, -le confeso doña Ana-, que me lo jayas dicho pa sabel a qué atenerme".

No bien doña Ana pronunció la última palabra, Julia salió disparada como un cohete y se perdió de vista de doña Ana como alma que lleva el diablo. Doña Ana se sintió mal pero confiada en que sus sospechas eran bien fundadas. Desde mucho tiempo atrás se lo había dejado saber a su esposo de que Wilfredo estaba enamorando a su hija. Ahora Julia se lo confirmaba. Por bien o por mal ya estaba todo dicho, y sólo ella tenía que decidir en cuanto a la suerte de su hija. Si la muchacha no se hubiera ido repentinamente, de buenas ganas la hubiese votado de la casa para que no le quedaran más ganas de chismear.

Después que la muchachería llegó del monte, se reunieron debajo del árbol de flamboyán más grande que había en el barrio el cual estaba a unos pasos de la casa de Carmen. Las muchachas que eran más artistas preparando las canastas, se hicieron cargo de esta labor. Los muchachos se fueron al negocio del señor Matos. De allá regresaron con besitos de coco, galletas de anís, bombotos, pilones, dulces de ajonjolí, cucas y chancletas de jengibre para regalarle a las madres. Cuando los varones llegaron, ya las hembras tenían una canasta y una corona hecha de flores silvestres para cada madre. Las coronas y canastas quedaron muy vistosas. Las llenaron de dulces y se fueron a entregarlas de casa en casa a donde quiera que vivía una madre.

-"La que preparé para mami fue la mejor que quedó" -decía Carmen echándoselas.

-"La de mi madre quedó más grande y con más flores" -decía Luisa.

-"Pero la mía tiene más Flores de Mayo que la de ustedes" -alegaba Lisa.

-"Déjesen de tonterías, -articulaba Sara-, polque para mí todas están iguales".

-"La de Julia también esta preciosa, qué lástima que no esté con nojotras hoy, -recordó Luisa. Será que amaneció indispuesta".

-"Ella solamente esta dispuesta para tiralme indirectas, -le adelanto Carmen. Pero eso no es más que celos sin fundamento".

El grupo de muchachos se dirigió a la primera casa a dejar la primera canasta llena de flores y dulces. Luego a la segunda y así sucesivamente hasta que visitaron todas y cada una de las casas del barrio. Al entregar cada una de ellas, las personas que había en la casa los abrazaban y besaban y después todos juntos cantaban:

Madre mía querida
de mi corazón;
ven, dame un abrazo
y la bendición.

Mayo es el mes de las flores
en nuestras bellas campiñas.
Mayo es el día de las madres
benditas seas todas ellas.

El glorioso día del Día de las Madres era uno de tantos días inolvidables que vivieron aquellos pobres y humildes obreros campesinos que poblaron el grandioso y único bosque de Guánica. Bendito sea mil veces. La naturaleza derramaba su bendición en forma de lluvia para que el terreno se cubriera de verde vegetación, tornándose luego en un bellísimo arcoiris. Las aves, alegres y cantarinas ofrendaban su sinfonía matinal la cual penetraba en los oídos produciendo notas musicales celestiales. Ese era un día más que todos juntos como en familia habían pasado.

Estando doña Ana, don Luis y Carmen solos en su hogar, doña Ana le preguntó a Carmen:

-"¿Estás enamorá de Wilfredo?"

La muchacha los miró y poco faltó para salir corriendo y no enfrentarse a su padre.

-"Tu madre te ja jecho una pregunta, Calmen, y, tienes que contestarla agora mesmo" -ordenó Don Luis a su hija.

Ella, como toda hija, obedecía, respetaba y amaba a sus padres y decidió hablar aunque temblaba de miedo.

-"Sí, mis padres, no se lo niego, él y yo somos novios. El quere venir a pedil mi mano pa casalse conmigo" -declaró libremente la muchacha.

-"Ya sabía yo, Ana, ya sabía. A mí no hay quien me la pegue. ¿Arrecueldas el día que te dije que ese güebo quiere sal? Pue aí lo tienes. Más sabe el diablo pol viejo que pol diablo, -hablaba don Luis a su esposa e hija-, eso lo adivinaba yo sin sel adivino".

-"Yo también tenía una espinita, -ayudó doña Ana-, y sabía que los dos nos estaban jaciendo la cama".

-"El quiere visitalme, papi, y quiere que le den la entrada a esta casa".

Los padres por rectos que sean, tratándose de un hijo, son débiles y aún más si se trata de la única hija que tienen. Por eso, Carmen los había vencido sin empezar a luchar con ellos. Ambos estuvieron de acuerdo con ellos siempre que no se vieran en los caminos ni en el monte como otras parejas lo hacían. Le dieron permiso para que le ordenara que fuera a la casa a peldirla, pero no allí, eso sería cuando vivieran otra vez en el Tamarindo. Pero demostrando su rectitud, el padre le impuso un castigo de estar cuatro horas hincada de rodilla encima de un guayo con media vela prendida en cada mano. Por más que la madre trataba de evitar tal castigo, no lo

lograba y también podía recibir un castigo más severo que el de la hija. La muchacha aceptó obediente para evitar que su padre no permitiera que fuera novia de Wilfredo.

En el mes de mayo también celebraban otra gran fiesta, pero esta era religiosa. Era la Fiesta de Cruz. Todas las personas del barrio profesaban la religión católica aunque solamente hubieran ido una vez en su vida a la iglesia, el día en que los bautizaron.

Rezaban mucho en todos los hogares en tiempo de promesas y antes de acostarse también rezaban el Santo Rosario. Para la celebración de las Fiestas de Cruz los vecinos se reunían en Las Piedras y allí montaban un altar grande. Celebraban una conferencia y se asignaban la ayuda que cada cual aportaría para llevar a feliz término el grandioso acto. Cortaban ramas de palma de coco, palmas de cogollo, madera, flores y preparaban el altar. Preparaban una cruz como de seis pies de alta y la llevaban a un lugar lejano del altar. De las cinco de la tarde en adelante, iban llegando las personas con un rosario colgando del cuello y con bellas y vistosas coronas de flores silvestres en las manos. Las hembras se cubrían la cabeza y parte del rostro con un velo blanco. Al llegar frente a la cruz rezaban y cantaban coplas típicas de la ocasión. Aquí algunas de las coplas que cantaban:

Alabado sea mil veces
el santísimo madero,
de la cruz, en que murió
Jesús, el remedio nuestro.

Bendita sean los dolores
de la Reina de los cielos
que como piadosa Madre
le acompaña en sus tormentos.

Bendito sea San José
electo por Dios Eterno
hijo del Divino Verbo.

Bendito sea San Miguel
y los ángeles caudillos,
que arrojó a Lucifer
al profundo del abismo.

Amén olivo precioso Amén escogido cedro amén encumbrada palma ciprés de la iglesia, excelso.

Amén, árbol que das vida
Amen hasta que en el cielo
por toda la eternidad tus
alabanzas cantemos.

Y la sagrada pasión
del Redentor tan supremo,
que siendo Dios se humanó

para redimir su pueblo.

Así sea por los siglos
y de los siglos eternos,
para sí y para siempre
tu santa Cruz adoremos.

Dulcísima Virgen
del cielo delicias
la flor que te ofrezco
recibe propicia.

Los valles se alegran
benéfico rayo,
del sol que engalana
las flores de Mayo.

Risueñas se abren
el cáliz asoman;
y esparcen el tierno
balsámico aroma.

Jazmín, azucenas,
claveles galanos
de ofrendas servimos
venid a mis manos.

El alma señora
yo pobre aunque soy,
con todas mis ansias
bendita te doy.

Mi afecto sencillo
recibe amoroso;
el solio esplendor
nos mira piadoso.

Propenso a tu oído
mis voces atienda
y admita cual madre
tu seno mi ofrenda.

Tu rostro apacible
mi vista descubra

y en tanto dichosa
tu mano me cubra.

Oh Mayo, mes venturoso
cantemos tus alabanzas,
el que te admira,
y alcanza como iris delicioso.

Mes florido y placentero
de delicias y primores;
festivo mes de las flores
de esperanzas, mensajero.

Mes de encantos y placeres,
de amores y de alegrías;
flores de bellos vergeles
se reúnen a porfía.

Aves con alegres trinos
entonan sus canturrias
en la bóveda más fría
en los valles y en los ríos.

Los jardines primorosos
surgen en florido Mayo
flores en su hermoso tallo
y en sus colores preciosos.

La Cruz adoremos
en estos momentos;
que en ella el Supremo
sufrió sus tormentos

Clavado en la Cruz
lloró por nosotros
el Santo Jesús murió
por nosotros.

Su Sangre santísima
vertían sus pies
su Madre Purísima
estaba a sus pies.

Mirando a los cielos
hacia el Creador;
con su blanco velo

pidiéndole amor.

Oh Dios, Padre Santo
no me desampares;
enjuga mi llanto
y a mi Santa Madre

Tenle compasión
a estos malhechores;
con tu corazón
sana mis dolores.

Jesús, Padre Nuestro
que estás en los cielos;
envía mas lluvia
a tu querido suelo.

No te olvides nunca
de este mes tan bello;
que nosotros no,
no te olvidaremos.

Bellas son las flores
allá en las campiñas;
que con sus olores
nos parecen niñas.

Ya los pajaritos
sus trinos nos brindan
como bendición
en llano y en loma.

Los ríos se llenan
del cristal precioso
que baja del cielo
Jesús amoroso.

Se llena el ambiente
de gratos perfumes;
y toda la gente
a Jesús prefiere.

Los aquí presentes
a Jesús amamos,
hoy y eternamente
por él siempre oramos.

Después que terminaron de cantar, tres de los hombres más fuertes se echaron la cruz al hombro y siguieron hasta el lugar en donde estaba el altar. La muchedumbre les seguía cantando, bebiendo café negro y comiendo galletas se amanecían.

Pasaron unos días después de la Fiesta de Cruz y don Luis decidió mudarse con todo lo que tenía para El Tamarindo. De manera que una mañana bien temprano le dijo a su esposa e hija:

-"Preparen tos los casquibaches que hoy nos vamos a vivil a El Tamarindo".

Ambas mujeres se entristecieron al oírlo hablar en ese sentido. Habían nacido allí, y se habían criado pasando la vida bien unos días y otros malos, pero ese era el lugar que más querían. La primera vez estuvieron conformes en alejarse del barrio porque lo hacían por una corta temporada pero ahora sería para siempre. Don Luis le cogió la carreta de bueyes prestada a don Miguel para la mudanza de lo poco que tenían. No se la hubiera prestado, pero a insistencias de doña Matilde lo hizo porque según ella, si don Luis se mudaba, estaría alejando a Carmen y a Wilfredo. No se daba cuenta que el amor no está en los lugares y sí en los corazones de quienes lo sienten. Acomodaron sus pertenencias en la carreta y se despidieron de sus amigos y familiares. También le dijeron adiós a su barrio querido con dolor en el alma.

Todos en el barrio lamentaron la despedida del matrimonio menos Julia que se sentía feliz imaginándose un mundo cubierto de dichas y alegrías. Ahora tendría la oportunidad de ver más a menudo a Wilfredo sin temor a que Carmen los viera o lo supiera. Ahora había llegado para ella el gran momento de luchar por el hombre que amaba con todas las fuerzas de su alma. Estaba dispuesta a todo, hasta llegar al sacrificio de ofrendar su virginidad para conseguir el amor de un hombre que nada sentía por ella.

Esta vez don Luis fue a vivir con su familia cerca de La Cueva de Bruno. El señor Franceschy le asignó una casa que había estado abandonada durante tres años. Estaba situada a la orilla del callejón cerca de la playa. Alrededor de ella había árboles de diferentes clases dominando sobre ellos los uvos playeros. Caminando de oeste a este por dicho callejón, era la última casa del barrio El Tamarindo.

El señor Franceschy les dio la bienvenida a su finca y le ordenó el trabajo que haría diariamente. Los tres personajes se sintieron a gusto en el nuevo lugar y dispuestos a trabajar y complacer al dueño de la finca. A los tres les gustaba trabajar en la agricultura y allí podían hacerlo a sus antojos. A los tres les gustó mucho el lugar; pues estaban ahora muy cerca del mar y podían pescar para ayudarse económica y alimenticiamente. Carmen estaba muy entusiasmada porque de vez en cuando podía darse su chapuzón en las frías y cristalinas aguas del mar. Ya lo había hecho una vez cogida de las manos de Wilfredo y deseaba que esa escena se repitiera. Tenía la esperanza de que no la olvidara por haberse ido lejos de él. Tan pronto la visitara le diría que se lo hiciera saber a sus padres para que pudiera visitarla libremente.

-"Agora estamos aquí, -dijo don Luis-, y venimos a trabajar libremente pa vivil un poquito mejol. Espero que se sientan confolmes y dispuestas a ayudalme en to lo que puean".

-"De mi parte puedes contal conmigo, -le prometió doña Ana. Siempre te je ayudao con to lo que es posible pa logral nuestra felicidad. No impolta los sacrificios, que pa mí no lo son, que tenga que jacel, los jaré con gusto y estaré complacía".

-"También yo jaré lo que puea, -le aseguró Carmen. Trabajaré de sol a sol si es necesario, como papi, pa yeval una vida diferente a la que yevábamos en El Manier".

Las tres personas se dedicaron a trabajar en la finca en distintas faenas. Hacían carbón, trabajaban en el siembro y cultivo de frutos menores, ordeñaban vacas y empacaban sal en sacos para ser llevada en sacos a diferentes pueblos de la costa sur de la Isla. Don Luis fabricó una

yola y en sus ratos libres y cuando el mar estaba en calma, se iba a pescar con la hija y esposa. Carmen se fugaba cuando tenía la oportunidad y visitaba todos los lugares que había a la orilla de la playa.

Wilfredo la echó de menos y supo que se había mudado del barrio, pero no sabía para dónde. Fue a El Manier y se encontró con Julia, Sara, Luisa y Lisa, las cuatro amigas inseparables. Tan pronto lo vio Julia le preguntó.

-"¿Jas visto a Calmen, Wilfredo?"

El muchacho se encogió de hombros y sorprendido le contestó:

-"No, no la je visto, pero me jan dicho que se fue del barrio y no sé a dónde".

-"A ésa se la llevó quien la trajo muchacho". Ya los comentarios la tenían fuera de sus casillas, le informó Julia en tono de desprecio:

-"No pudo aguantar mas y se fue pa El Tamarindo. Tal vez ayá se encuentre uno que no la conozca y se vaye con él".

-"Peldóname Julia, -le suplicó Luisa-, Calmen no es la clase de muchacha que tú cres. Es más seria y más decente que tú mesma".

-"Ay nena, no la defiendas tanto que bastante cabrita es" -le contestó Julia rabiosa mientras miraba seriamente a Wilfredo.

-"De cabritas tú no jables, -le dijo Lisa afirmativamente-, polque en el barrio no jay una que lo sea más que tú".

-"Y tienes que tenel cuidao como jablas, -le ayudó Sara-, polque es amiga nuestra y no vamos a pelmitil que te enjuagues esa boca sucia con la vergüenza de eya".

-"La velgüenza que tiene Calmen la tiene una perra debajo del rabo" -habló Julia indignada y amenazadoramente.

Wilfredo notó que las muchachas estaban a punto de empezar a estirarse las greñas y para evitarlo les habló.

-"Tranquilicesen que eso no es pa tanto. Cojamos las cosas con calma, se ve feo que siendo amigas, salgan peleando como las perras. Y tú, Julia, te suplico que no me jables más de Carmen. Eya es mi novia y ya pronto voy a pedirla. No impolta lo que jaya pasao, la quiero y pronto será mi esposa, se oponga quien se oponga".

-"Eso es cosa tuya y si te enredas en los bejucos no pidas ayuda. No sabía que en el barrio jubiera un venao" -le dijo ofensivamente Julia.

-"Julia, Julia, lo mejol que jaces es dilte par tu casa y no jablal más. Si me ofendes otra vez, voy a tu casa y le doy la queja a tus padres" -le habló seriamente Wilfredo.

Ella temía ser castigada por sus padres y se tranquilizó. Cuando un padre, o madre; recibía una queja en contra de un hijo; no había quien lo salvara de un castigo corporal. También lo castigaban no dejándolo salir de la casa durante un tiempo. Había padres más crueles que otros y los tenían un día o dos sin darle comida. Temiendo a ese castigo Julia se fue cabizbaja y con el rabito entre las patas como las perritas cuando se encuentran con un perro desconocido.

-"¿De veras que vas a pedil a Calmen, Wilfredo?" -le preguntó Luisa.

-"Si de veras, eya me lo pidió, -dijo el muchacho alegremente-, mañana mesmo será".

-"Ten cuidao, que don Luis tiene un Amanza guapos que le zumba la maraca" -le dijo Lisa en son de broma.

-"Y que ayá vas a estal solo a la oriya del mal y no sabes nadal" -argumentó Sara.

-"¿Lo saben tus padres?" -preguntó Luisa.

-"No, no lo saben polque quienes tienen que saberlo semos eya y yo. Verán que todo sale bien. Y antes de que se me olvide, dende agora quean invitas pa que pasemos la noche en San Juan juntos con eya y sus padres. Esa noche probaremos nuestras sueltes".

Las muchachas estuvieron de acuerdo con su amigo de pasar la noche de San Juan juntos en la playa. La mayoría de las personas respetaban y cumplían con la tradición, pero no se bañaban en el mar. Que le tenían miedo a los peces, especialmente a los tiburones. A las gigantes olas y que no querían dejar las casas y animales solos de noche. Uno que otro tenía su superstición y esa noche llevaban a cabo ciertos actos para probar sus suertes. Una persona ponía un huevo sin cascarón en un vaso de agua. Lo dejaba toda la noche al sereno. Ese huevo se convertía en un ataúd, un barco, una casa o en cualquier otro objeto. Una muchacha, o anciana que quisiera conseguir novio, o marido, se paraba en la orilla de la playa con un ramo de flores blancas silvestres. Rezaba una oración y de espaldas hacía el mar; lanzaba el ramo hacia las aguas. Si se hundía, moriría sola porque jamás conseguiría un compañero, novio o esposo. Otras ponían tres guineos debajo del catre, hamaca o cama. Uno era pelado completamente, otro hasta mitad y el otro no. La persona se levantaba antes de amanecer y con la cara vendada, metía la mano debajo de donde dormía y agarraba un guineo. Si agarraba el que no estaba pelado; moriría rico, si el pelado a la mitad, tendría algún dinero, si el pelado completamente, pasaría toda la vida más pelao que las rodillas de la cabra Lola de don Luis. En estas y muchas otras supersticiones creían esas personas en la noche de San Juan. Bien pocos eran los pescadores que esa noche iban a pescar porque creían que de las profundidades del mar salían monstruos marinos y se comían a los que encontraran en la playa. Tenían la creencia de que la mujer que se metiera al mar esa noche, se convertiría en una sirena. Sin embargo, creían que al mojarse con agua salada botaban la salazón para siempre. Varias personas llenaban un baño de agua y le echaban sal. Lo dejaban al aire libre y antes de amanecer se paraban dentro del baño. Con los ojos cerrados y diciendo una oración se tiraban el agua por la cabeza. Esta acción la ejecutaban uno a uno, todos los que hubiera en la casa. Eso les traería mucha suerte.

Wilfredo tuvo la suerte de convencer a sus padres para que lo dejaran ir a pescar jueyes con unos amigos. Ellos no querían darle permiso temiendo a que en vez de pescar cangrejos se fuera para la casa de don Luis. El, como cualquiera joven lo haría en situación tal les mentía a gusto y gana. Les prometió no ir a El Tamarindo sino a El Jaboncillo. Para ellos no era raro que pescara de día porque acostumbraban pescarlos lo mismo de noche que de día. Así que, convencidos los viejos; todo estaba bien.

Era un domingo en la mañana cuando llegó Wilfredo a casa de Carmen. La muchacha estaba en espera porque él le había enviado un recadito con un pescador. Siempre las parejas de enamorados tenían personas de confianza con quien enviarse papelitos y mandaítos. Esas personas correo eran muy fieles y responsable con ellos. Doña Ana y don Luis lo sabían por boca de Carmen. Al llegar el muchacho a la puerta de la casa, saludó. Le contestaron el saludo y lo mandaron a entrar. Enseguida Carmen se metió al único cuarto que tenía y acostada en el catre se tiró una sábana encima. No quería estar presente cuando su novio le dijera a sus padres que solicitaba la entrada a la casa como novio de ella. Cuando un novio pedía la novia, en casi todos los casos, el padre no estaba de acuerdo y le daba una pela a cada uno. El novio tenía que irse corriendo de la casa. Si había perro, se lo ajotaban. El muchacho se sentó en una banqueta cerca de la puerta por si acaso tenía que salir volando como una chiringa en tiempo de cuaresma. Le preguntó don Luis:

-"¿Pueo saber a qué se debe su visita?" El joven cambió de colores y tuvo que hacer gran esfuerzo para controlar sus nervios. Carmen sudaba la gota gorda arropada de pies a cabeza en el catre. Por fin el muchacho pudo hablar con más miedo que vergüenza:

-"Vengo a jablal un asunto bien importante con ustedes".

Doña Ana y don Luis permanecían sentados en sendos bancos frente al muchacho cuando intervino ella.

-"Díganos de qué se trata pa sabel a qué atenelnos. No nos gusta que naide nos venga con jaquimeos. Díganos cual es el asunto".

-"El asunto es que tengo amores con Calmen y me gustaría que me permitan visitarla polque vengo a pedir su mano pa casarme con eya" -dijo el muchacho asustado más que un gato cuando una jauría de perros lo acorralan contra una pared.

-"Si eso es cierto, -le aclaró don Luis mientras miraba de reojo el Amanza Guapos que tenía en un rincón de la sala-, agora mesmo lo vamos a sabel; Calmen, ven acá".

La muchacha tembló de miedo y pensó no presentarse ante su novio y ante sus padres. Pero tenía que hacerlo porque de lo contrario estaría negando a su novio y esto significaba que había ido a pedirla sin ser novios y sin su permiso. Entonces Wilfredo quedaría como alabancioso y atrevido y no había quién evitara la golpiza que don Luis le daría. Sudando y blanca como el trigo, se presentó a ellos y preguntó.

-"¿Qué desean de mí? ¿Pa qué me yamabas? Aquí estoy a la orden".

Ambos jóvenes no se miraban con los ojos de la cara ni se hablaban con los labios de la boca pero se miraban con los ojos del alma y se hablaban con los labios de sus amantes corazones.

-"¿Es cierto lo que dice Wilfredo?" -preguntó don Luis.

-"Sí es cierto, papi" -contestó la muchacha sin miedo alguno.

-"Entonces váyese otra vez al cuarto, le ordenó la madre; que nojotros tenemos que jablar lalgo y tendío".

La muchacha se fue a su cuarto humildemente, pero su corazón estaba lleno de alegría al saber que sus padres estaban de acuerdo que fuera novia de Wilfredo. La costumbre era así y no debía ser alterada. No debía ni ver ni hablar con su novio el día en que la pidieran para que cuando se casaran no fueran infelices y nada les faltara.

-"Dígame, usted, joven con cuáles intenciones trata a mi jija, -le exigió con Luis-, y con qué la va a mantenel polque usted no trabaja todavía ganando un sueldo y está estudiando".

-"Como usted verá, don Luis, la trato con buenas intenciones, pa casalme con eya. Pronto me saldré de la escuela y le pediré un pedazo de terreno a papá pa trabajar en él" -le contestó el muchacho con el alma llena de esperanzas.

-"Usted lo pinta muy bonito, -protestó la madre-, y ofrece viyas y castiyas contando con su padre. No sabe que don Miguel y su esposa se opondrán a que ustedes sean novios. Nojotros no nos oponemos apesal de que jayamos tenío diferencias con sus padres, pero eyos se opondrán, no darán su brazo a tolcel. Si conociera yo a don Miguel, tan echón y sangrigordo que es".

Después de haber pensado por unos minutos siguió don Luis hablando:

-"Pichón que se ha de peldel, alas le quieren nacel. En este caso estoy de acuerdo en que se quieran".

-"Aonde manda capitán no manda marinero, -segundó doña Ana-, si tú lo acetas, también yo y que sea lo que Dios quiera".

Al oírlos hablar así, Carmen brincaba de alegría en el cuarto sin ser vista por ellos. Estaba segura que sus padres no le negarían la oportunidad a la dicha que tenía y merecía por el sólo don de ser mujer. Todo aquel que ama merece que el rayo de la felicidad lo alumbre. Ahora

estaba segura de que ambos se pertenecían y que tenía que luchar con Julia para que no se lo quitara. Para ella no importaba que los padres de Wilfredo se opusieran a sus amores, lucharía contra viento y marea hasta vencer.

-"Etá muy bien, -aseguró don Luis-, y escuchemen agora joven y ponga mucha atención a lo que le voy a dicil. Estamos de acueldo en que sean novios y que se casen tan pronto usted puea. Pero no permitimos que se vean y jablen fuera de la casa, ni en la playa, en el pozo, ni en case de ningún vecino. Si desobedecen mis órdenes y lo sabemos; jata ese día serán novios. Entonces le daré un castigo a Calmen y a usted no lo querré vel más ni en pintura. Usted, como vive tan lejos de aquí podrá venil a visitarla los sábados y domingos. Pue venil de día o de noche. Si pol cualquiera razón tiene la obligación de venil a esta casa, no lo permitiremos mucho tiempo. Díganos si está de acueldo".

-"Seguro que sí, don Luis, estoy de acuerdo, -contestó el enamorado-, le doy palabra de que obedeceremos y cumpliremos sus órdenes tal como usted quiera".

-"Ya ja jecho usted un compromisio serio con nojotros y esperamos que lo cumpla, -le recordó doña Ana-, si así lo jace ná tendremos que lamental luego".

Por largo tiempo estuvieron las tres personas hablando de diferentes temas relacionados con El Tamarindo, su gente, el trabajo y la pesca. Los futuros suegros le aconsejaban a su futuro yerno que le solicitara trabajo al señor Franceschy en caso de que sus padres lo votaran de la finca o que no le dieran trabajo. Le sugerían también que fabricara una yola para que se las buscara pescando. En la finca había mucho trabajo y aunque ganaran poco dinero, el costo de vida estaba por el suelo. En la finca había comida en abundancia y también en el mar. El muchacho les prometió hacer algo para no quedar mal con ninguno de ellos. Después de hablar largo rato, se despidió el joven de sus futuros suegros diciendo:

-"Me voy y será jata muy pronto".

-"Bueno, si usted quiere irse, será deseo suyo. Trate de que no le coja la noche pasando por la cuesta de Los Melones, -le aconsejo don Luis-, polque aí sale un cabayo negro corriendo y arrastrando un cadáver amarrao por el pescuezo".

-"Ave María, Luis, no le metas mieo que él es un muchacho muy joven todavía pa esas cosas, -le suplicó Ana a su esposo-, si lo asustas no vendrá de noche a visitar a Calmen".

-"No es ná, doña Ana, -dijo el muchacho-, como no creo en muertos, no me saldrá".

Se despidió de ellos y se dirigió a casa de sus padres lo más chinguin chinguin que pudo. No se despidió de su novia polque la costumbre no lo permitía.

Don Luis se refería a que allá para el año de 1918 tres hombres de El Manier mataron en el lugar conocido por Los Melones a un señor de nombre Nicolás Quiñones. Cerca de ese lugar y en una joya está el árbol de guayacán más grande y más viejo del bosque de Guánica. Según se desprende de los anales del crimen don Nicolás Quiñones era capataz en la finca La Ballena y había botado de ella a esas tres personas. Ellas eran Tomás Matos, Felipe Quiñones y Demetrio Quiñones. El señor Quiñones iba todos los sábados a Yauco a buscar el dinero para pagarle a los obreros que laboraban en La Ballena, finca de don Fido Antonmarchy. Los tres hombres le tendieron una emboscada y lo esperaron a que pasara por el lugar. Al enfrentarse a ellos, don Felipe Quiñones se apoderó de las bridas del caballo por el lado izquierdo mientras don Tomás Matos descargaba sobre el indefenso hombre un Amanza Guapos de guayacán verde repetidas veces. Cuando el cuerpo ya estaba sin vida, lo bajaron del animal, lo amarraron por el cuello con el freno del caballo para que su propio amigo lo arrastrara hasta debajo de un árbol de jagüey. Más tarde arrestaron a los tres hombres y don Demetrio murió en una cárcel en Ponce. Don Felipe fue encontrado inocente porque don Tomás se hizo responsable del crimen. Este fue

sentenciado a una pena perpetua. Pasaron los años y fue indultado. Murió en la Carretera Ochoa de Guánica a la edad de ciento veinte veranos. Las tres personas de apellidos Quiñones no eran familia sino que sus padres habían sido esclavos perteneciendo a una familia adinerada de apellido Quiñones.

Tan pronto se fue el muchacho, don Luis le ordenó a Carmen que saliera del cuarto. Al estar en la sala, le habló su padre:

-"Ya estás pedía por Wilfredo y eso quiere decil que no podrás salil sola de aquí sin su permiso. Tampoco sin el nuestro pa evitar habladurías de la gente que le gusta chismiar lo que no es".

-"Está bien, papi, está bien. Ustedes saben que no salgo sin ustedes y sin su permiso" -habló Carmen.

-"Lo que me procupa a mí es la cara de perra que pondrá doña Matilde cuando sepa que su hijo está comprometió con la muchacha más pobre del barrio, -añadió doña Ana. Me imagino que le folmara la gran pelea. Creo que jata lo botara de la casa".

-"No se apuren, que yo me encargaré de ese asunto, -añadió don Luis-, lo demás será un verlo venil".

Al llegar Wilfredo a su casa con medio saco de cangrejos, su madre le preguntó por qué se había tardado tanto. Pensó que no podía ni debía seguir mintiéndole a sus padres ya que al hacerlo; le estaba faltando el respeto y eso merecía un castigo. Tampoco debía negar el profundo amor que sentía por Carmen ni negar a quien había hecho nacer en su joven corazón tan divina pasión. De manera que decidió ser sincero y declararle todo a los autores de sus días.

-"Escúchame mamá. Te seré sincero, no debo ocultarle por más tiempo la veldad".

Tímidamente le habló Wilfredo: -"me perdonarán si lo je jecho mal, pero la realidad es que amo a Calmen. Ella también me ama".

La madre se puso más colorada que un tomate maduro. Temblaba del coraje y sus dientes rechinaban como las ruedas viejas de la carreta de su esposo cuando no estaban lubricadas. Tuvo deseos de levantar en vilo al muchacho y luego dejarlo caer para que quedara hecho una torta como un huevo frito. Descargando toda la furia sobre el muchacho y su novia le habló.

-"No señol, usted no pue ser novio de una cualquiera. Jamás permitiré que mi jijo, mi único jijo, se case con semejante mujel. Ya me lo imaginaba que esos viajecitos tuyos detrás de los jueyes, no traían nada bueno. Vaye qué jueyes, una jueyota grande y pelúa era lo que buscabas. Sabrá Dios cuántas veces jas ajosao con eya en la arena. Con razón la defendiste de Gonzálo, o, mejol dicho, de su cortejo".

Faltaba poco para el muchacho llorar al oír a su madre acusando sin razón a su novia. Si no hubiera sido su querida madre; le hubiera echo tragar la lengua con todo y dientes por calumniar a su adorada novia.

-"Estás equivocá, mamá, Calmen es inocente, es pura y limpia como el agua cristalina que brota libremente de las entrañas de las rocas. No tenemos derecho a juzgar a naide sin conocel la veldad. La quiero y hoy la pedí. Me la dieron y me casaré con eya" -aseguró convencido Wilfredo.

-"Tú estas loco, -le gritó la vieja-, no pues casarte con una muchacha que ya tuvo un coltejo. No permitiremos que nuestra familia se una a la de esa muchacha que no vale na. Si eso sucede; sería mezclar el oro con el fango".

Don Miguel estaba echando al corral a unos becerros que se habían quedado en el bosque y llegaron tarde. Al oír los gritos de su esposa, llegó a la escena en donde madre e hijo discutían.

-"¿Qué carajo pasa aquí? -preguntó más encrespado que un guaba viudo-, jata de noche están ustedes discutiendo".

La vieja, que también era dominante con el esposo cuando se le subía lo negro arriba, le contestó dando una patada en el suelo.

-"Aquí no pasa ningún carajo, coño, lo que pasa es que tu jijo parece que le vio el ruedo a las pantaletas de la jija de don Luis y fue y la pidió. Mira que lindo, no faltaba más que se pegara como el sapo de esa carisucia".

-"Pero Matilde, -habló humillado don Miguel-, no me grites así tan duro que la gente oye y dirán que me tienes abobado".

-"Quién demonio de gente me va a oil; gritó más fuerte la mujer; si ya tos están dulmiendo. Además estoy en mi casa, en mi finca".

-"No encuentro na de malo que mi jijo se case con esa muchacha, -afirmó don Miguel-, son libres y jóvenes y tienen derecho a folmar un hogal como lo jicimos tú y yo. Cada cual tiene derecho a sel feliz a su manera. No veo pol qué tenemos que oponelnos a su mejol estal. Es cielto que su padre y yo tuvimos problemas, pero ya eso no tiene importancia".

-"Pa ti no tiene, -declaró la vieja-, pero pa mí sí. Esa muchacha tiene una mancha negra en su vida que ni el jabón azul de barras ni la perlina, se la borrarán".

-"Pol favol, mami, pol favol, -interrumpió el muchacho-, no jables más así de Calmen que es inocente. Estoy bien seguro que no perdió na con Gonzálo; él mesmo se lo dijo a Julia que no había lograo su propósito".

-"Sí, el que va a decil para que no lo metan a la cálcel. Lo que pasa es que estás ciego por eya. Contéstame; ¿pol qué no se sometió a un examen medico pa probal su inocencia?" -le preguntó la mamá.

-"No quiero jablar más de eso, mami. Por favor, olvidemos tó" -le suplicó Wilfredo.

La vieja estaba que votaba chispas igual que la hacha de su esposo cuando la pasaba por la piedra de esmeril para amolarla. No podía aceptar que su hijo fuera novio de una muchacha, que sin haber tenido problemas con ella, odiaba tanto. Cogió el medio saco de cangrejos y con todas sus fuerzas lo lanzó en contra del pilón de moler café que estaba al lado de la escalera de la puerta de la cocina. Con la maceta de moler café los molió a macetazos hasta que del saco salía jugo de cangrejos.

-"Si cojo a esa sinvelgüenza agora mesmo aquí, -dijo llena de ira-, también la muelo y me bebo la sangre".

-"Basta ya, Matilde, -le pidió don Miguel-, deja esas rabietas y acuéstate a dolmil tranquila. Deja que las aguas del río sigan su curso normal jata que yeguen al mal y se confundan con las olas".

Llegó el mes de junio y pronto el día 24, día en que se celebra la noche de San Juan. Lisa, Luisa, Sara y Julia se citaron para pasar dicha noche en casa de don Luis. También invitaron a Wilfredo para pasar la noche con su amiga y sus padres. Un grupo de pescadores también iría acompañado de varias esposas e hijos. Varias de esas personas acostumbraban quedarse hasta el otro día y otras regresaban a sus hogares la misma noche. Pasaban la noche pescando jueyes, langostas, pulpos, carruchos y bulgaos de mano. Con atarrayas pescaban sardinas y otros peces pequeños. Con cordel y anzuelos, peces grandes en agua profunda. Comiendo y diciendo cuentos, se amanecían. Así que el propósito de las muchachas era averiguar si era cierto que su amiga y amigo se habían echado el lazo al cuello. Doña Ana sabía que ellas las visitarían esa noche y les tenía un latón de cangrejos sancochados y una olla de funche con habichuelas coloradas adentro. Así que en llegando los visitantes, los recibieron con entusiasmo.

Carmen estaba más alegre que un Domingo de Pascuas al tener en su casa a sus amigas con ella y más feliz que nunca al saber que Wilfredo también estaba.

-"Me alegra mucho que estén esta noche con nojotros, -le dijo doña Ana a los recién llegados-, entren y siéntesen, que enseguiita les traigo café".

Los cinco amigos entraron y se sentaron en bancos y banquetas. Carmen los había visto ir y se había escondido en el cuarto. Si sus padres no le ordenaban presentarse; tenía que permanecer escondida por la sencilla razón de que allí estaba su novio. Don Luis llamó pidiéndole:

-"Calmen, preséntate que aquí está Wilfredo con tus amigas".

Entonces salió y después de saludar a todos, se sentó en un rincón en una banquita que cabían dos. La madre se dirigió a Wilfredo diciéndole:

-"Pue sentarse al lado de eya". Cabizbajo el muchacho se sentó a su lado, pero bastante retirado.

-"Te ves más joven y más blanca agora, Calmen, -inició la conversación Julia-, parece que aguantas menos sol y que disfrutas mucho de las olas del mal".

Doña Ana comprendió que aquel aguijón era lanzado para herir a su hija pero no le dio importancia. Pensó que el agua se aclararía sola al compás de la corriente.

-"No, que va, agora es que trabaja más polque no es de esas que no saben ni pegal un botón" -dijo maliciosamente doña Ana.

-"Pues jemos venío, -dijo Luisa-, a dalnos un chapuzón en el mal a las doce de la noche pa votar la salazón que tenemos encima".

-"Yo, a decil verdad, -argumentó Lisa-, estoy más salá que una penca de tocino en una pipa de madera".

-"No sé nadal, -aseguró Sara-, pero me tiraré aunque me ajogue o me coja un tiburón y me yeve mal afuera".

-"¿Por qué no dices na, Calmen? Parece que los ratones te comieron la lengua o que estás nerviosa polque Wilfredo esta cerca de ti, -preguntó Julia-, pol lo que veo pronto las campanas de la iglesia de Guánica anunciaran una boa".

-"¡Julia! -protestó Luisa-, tú siempre metiéndote en vidas ajenas. Respeta que estás en casa de don Luis y doña Ana".

-"No te apures Luisa, que de la abundancia del corazón, jabla la boca. Eso no es na y agora que estamos reuníos aquí; les diré la veldad, -le aclaró don Luis-, y es que mi jija fue pedía por Wilfredo en semanas pasás".

-"Con razón están que parecen dos tortolitos juntos, -argumentó Julia-, mira como tenía la música pol dentro como la victrola de don Pedro".

Wilfredo permanecía mudo observando y escuchando cabizbajo todo lo que hablaban.

-"Nos alegramos y nos sentimos muy felices, -habló Lisa en nombre de sus amigas-, de que se jayan comprometío. Los felicito a dambos".

-"Agora falta que don Miguel y doña Matilde lo encuentren a bien, cosa que dudo polque lo tienen como si fuera una nena y no lo dejan salil ni a bailal" -atacó Julia otra vez a Wilfredo.

-"Estás equivocá Julia; no es lo que cres, lo que pasa es que a mí no me gusta salil con ciertos jóvenes del barrio que les gusta jacel maldades, -le aclaró Wilfredo a Julia con autoridad. No impolta a que eyos se opongan a que nos amemos, nos casaremos pol encima de la cabeza de los que no quieran".

-"Los únicos que podrían evitarlo, -confirmó Carmen-, son papi y mami y no lo jacen".

Las horas pasaban lentamente mientras las ocho personas en la semi obscura sala hablaban y hablaban de la noche de San Juan y del mar. En dos rincones de la sala y colgando de ellos

como cuelgan dos perros que han sorprendido comiéndole los huevos a una gallina, había dos linternas alumbrando ineficientemente el lugar. Se acercaba la hora de las doce de la noche; hora en que debían empezar a bañarse en el mar para despojarse de toda la mala suerte y de cubrirse con el caparazón que evitaría que nada le hiciera daño a sus cuerpos. Faltando poco para las doce dijo Julia:

-"Van a sel las doce, hora de dil a la playa. Traje un ramo de flores blancas de alelí silvestre, -manifestó Julia-, y las tiraré al mar para que me den suerte y puea conseguir un novio, pero que no tenga finca y que sus padres lo dejen salil".

Don Luis sacó de la relojera del pantalón un reloj cebolla y lo miró frente a la agonizante luz de una de las linternas. Exactamente eran las once y media de la noche.

-"Yo tengo un huevo sin cascarón aentro de un vaso de agua puesto al sereno" -segundó Carmen.

-"Yo puse tres guineos abajo del catre" -dijo don Luis.

-"Pa no quedalme atrás, -articuló doña Ana-, prendí tres velas en una palangana y las tengo abajo del fogón".

-"Me decidí por tres agujas aentro de una ceboya" -informó Wilfredo.

-"Me conformo con dejal un güevo entero sin pelal aentro de un vaso de agua al lao de una vela prendía" -aseguró Sara.

-"Yo preparé un balquito de papel, le puse dos botones aentro y lo dejé en una palangana de agua" -manifestó Lisa.

-"Pa no quedarme atrás y también pa probal mi suerte jeché tres jabichuelas en una taza de agua y las tengo al sereno" -declaró Luisa.

-"Agora que tos estamos listos pa probar nuestras sueltes, -dijo don Luis-, vámonos a la playa a botal nuestra salazón".

La noche estaba divina y millares de luceros y estrellas tendían una alfombra plateada sobre el Mar Caribe y sobre el magnífico bosque de Guánica. La brillante luna no quería dejarse intimidar por estrellas y luceros y dejaba caer sobre la tierra inmensos chorros de plata para lavar la dorada arena. "Si yo fuera poeta" las altas olas, que cual extraños monstruos marinos se levantaban a intervalos, chocaban furiosas contras las rocas convirtiéndose en blanca e inofensiva espuma. El murmullo del mar llegaba a los oídos como una serenata de amor entonada por los mágicos violines de los delfines que en alta mar juguetean con las hembras. La brisa fría de la noche se enredaba en los arboles haciéndolos danzar mientras producía indescifrables notas musicales al rozar suave y delicadamente sus hojas. Cientos de aves de hábitos acuáticos se cruzaban en el vacío cantando sus bellas canciones a la vez que muchas de ellas se alimentaban al vuelo. La luna, como jugueteando con las personas que estaban en la orilla del mar; de vez en cuando se escondía detrás de una montaña de nubes negras para luego salir con todo su esplendor.

En la playa de La Cueva de Bruno solamente estaban ocho personas, pero a lo largo de la costa a la orilla del mar desde La Cueva de Bruno hasta La Finca La Ballena había pescadores. En una noche tan bella; estaban con los mismos propósitos. Desde La Cueva de Bruno se podían apreciar algunos de los mechones que pertenecían a los pescadores. Aprovechando que la noche estaba tan divina dijo Julia quien fue la primera en llegar a la orilla y en mojarse los pies. -"¡Ave María, que agua tan fría!"

Tomó una poca en las manos y la llevó a la boca. Al notar que era salada dijo: "y también es salada, creía que era dulce".

Todos rieron a carcajadas por la curiosidad e ignorancia de la muchacha cuando don Luis le contestó.

-"Claro que es salá, si fuera dulce ya el mar estuviera seco con tanta gente que hay en el mundo".

-"Don Luis, a mí me gusta ser curiosa y hacer preguntas tontas. ¿Pol qué el agua del mar es salada?" -preguntó Luisa.

-"El agua del mar es salada porque en lo mas profundo de los mares hay minas muy grandes de un material que le nombran sal" -le contestó don Luis.

Los personajes todos se pararon de espaldas hacía el mar rezando una oración a la diosa del mar Anfitrite según la mitología greco romana y a el Dios de las aguas según la mitología asirio babilonia para que cambiara sus suertes que según ellos la que tenían era mala.

"A el Dios de las aguas
y Anfitrite, Diosa del mal
pa que cambie nuestras sueltes
aquí vinimos oral;
dando tres pasos de espaldas
caminando hacia la mal
nos jundimos en las aguas
pa así la suelte cambial".

Al decir la oración, Julia lanzó su ramo de flores blancas de alelí silvestre y todos se sumergieron de cabeza en las aguas con toda la ropa que tenían encima. Este desapareció ante la vista de los creyentes personajes como desaparece una débil nube de humo. Las olas lo arrastraron como arrastran a la blanca espuma hasta no verse más. Continuaron entonces bañándose y cantando la oración de los dioses y diosas del mar y de las aguas. Cogidos de las manos en círculo bailaban y charlaban al compás de la danza inmortal que eternamente ejecuta el mar Caribe.

Había pasado largo rato cuando don Luis les ordenó que salieran del agua porque sentía frío y hambre. "Vámonos a la oriya polque el agua etá mui fría y tengo jambre". Les ordenó don Luis.

Todos salieron a prisa y cuando estaban en la orilla, una débil ola besó sumisamente los pies de Julia. Esta miró al suelo y vio enredado en ellos una larga cadena de flores blancas. Se bajó, las tomó en sus manos y gritó fuertemente.

-"¡Mis flores, mi corona de flores, mi ramo de flores! Que buena eres, Anfitrite, que glorioso eres Ea, ¡me han devuelto mis flores! Encontraré novio, encontrare novio".

Los amigos, al oír la muchacha gritar de alegría corrieron a ella e hicieron un círculo humano a su alrededor mientras ella lloraba de satisfacción al besar las flores. La creencia era que si las flores se hundían y no aparecían jamas, significaba que la muchacha que las lanzara al mar, se quedaría jamona para siempre. Si el mar las devolvía, pronto se le presentaría un enamorado dispuesto a librar la chiva. Por eso todos celebraron la devolución de las flores por los diosa y el dios de las aguas y de los mares.

-"Yo que creía que me iba a quedar jamona, pero no es así" -dijo Julia saltando con la cadena de flores alrededor de su cuello.

-"Ya veo que eres afortuná, -le sugirió Luisa-, y esperemos un rato a vel si tu príncipe azul surge de las profundias de los mares".

-"Si yo sé eso, -añadió Lisa-, no dejo una flor en el bosque que no jubiera coltao pa conseguil novio".

-"Agora tendremos que esperal al próximo año" -declaró Sara.

-"Pues yo no tendré que esperar tanto, -dijo Carmen-, polque el mío está seguro".

-"Yo como ya jetoi viejo, no pienso en eso polque la mía está conmigo" -dijo don Luis abrazando a su esposa.

-"La tuya ya se está poniendo vieja, -le declaró doña Ana-, y debes tratal de conseguir otra".

-"Pa no quedalme atrás, jablaré algo, -dijo Wilfredo sonriendo-, y es que tengo una jambre que parece que me está comiendo las tripas. Vámonos a comel algo".

Doña Ana calentó el latón de jueyes y la olla de marota con habichuelas. Debajo de los árboles alrededor de la casa había piedras que usaban como muebles. Se sentaron en ellas y doña Ana y Carmen les servían la suculenta comida. Parecían molinos gigantes rompiendo piedras. Con las manos y dientes destrozaban los cangrejos sancochados. Para ellos era la gran fiesta estar reunidos comiendo y bebiendo café prieto y celebrando la gran noche de San Juan. En otros lugares y hogares de El Tamarindo se repetía la misma escena. Todos compartiendo juntos y unidos como en una sola familia. Se respetaban y querían como hermanos e hijos de un solo par de padres. Terminaron la comelona y se fueron a la orilla del mar otra vez a esperar a que amaneciera para averiguar qué les traería la noche de San Juan de acuerdo con las suertes que habían echado. Don Luis y doña Ana no acompañaron a los jóvenes porque la suerte de el tenía que ser probada antes de amanecer.

Cuando ellos se fueron; dijo a su esposa:

-"Agora voy a probal mi suelte, Ana, apaga los mechones polque pa eso tiene que estar la casa en tinieblas".

Doña Ana obedeció y de dos soplidos apagó ambas linternas. Se agachó don Luis en cuatro patas como un gato cuando trata de cazar a una inquieta rolita. La casa estaba obscura como boca de lobo hambriento. Se arrastró debajo del catre con la mano derecha estirada buscando a coger uno de los guineos que había puesto. Repentinamente tocó uno y de tan fuerte que lo apretó, lo hizo una plasta. Salió lo más rápido que pudo al mismo tiempo que dijo:

-"Voto a ningún Dios, Ana, si vamos a sel pelao el resto de nuestras vidas. No tendremos suelte ni para comel".

-"No digas eso, Luis, que jata aquí jemos vivío aunque sea como tres en un zapato. La comía no nos faltará".

-"No, no es como cres, si en vez de cogel el guineo sin pelal o el que tiene la mitad con cáscara; cogí el pelao y ya sabes lo que eso significa" -le repitió a su esposa.

-"Agora que los muchachos están en la playa y que tu probaste; me toca a mí" -le habló doña Ana.

Se dirigió al fogón en donde había puesto una palangana media de agua con tres velas prendidas adentro. Las mechas de las velas ardieron hasta llegar al agua y se apagaron. Eso significaba buena suerte porque de apagarse faltando mecha por no quemarse, las vidas de ellos tres serían más cortas. Al notarlo doña Ana llamó a su esposo y le dijo:

-"Mira, Luis, vamos a durar mucho, las velas se gastaron jata yegal al agua. Si se jubieran apagao enseguía, moriríamos pronto".

Los esposos se abrazaron complacidos por la buena noche que estaban teniendo juntos a su hija y amigos.

Mientras tanto en la playa seis jóvenes daban rienda suelta a sus impulsos juveniles. Salían corriendo de la orilla y se lanzaban de cabeza a las frías y tranquilas aguas. Corrían de esquina a

esquina de la pequeña playa para luego volver a darse un chapuzón. Aprovechando una oportunidad en que las cuatro amigas estaban recogiendo uvas playeras y caracoles, Wilfredo y Carmen se fugaron y fueron a parar a La Cueva de Bruno. Las muchachas no se dieron cuenta debido a que a todo lo largo de la playa había una cordillera de gigantes uvos, árboles de jaboncillo y de matos.

Al llegar a La Cueva de Bruno, Wilfredo se asomó a la puerta. Su interior estaba tan obscuro que nada se veía. Le habló entonces a Carmen mientras apretaba su mano:

-"Vamos a entrar pa ver que jay en eya".

-"Pero muchacho, que vamos a vel estando tan obscura, -dijo asustada la muchacha-, si de aquí no vemos, menos vemos de aentro. Vámonos de aquí, que tengo mieo. Si mis padres saben que estamos solos en esta cueva, me regañan y me castigarán".

-"No debes tenel mieo, -le contestó él-, mientras estés conmigo. Te defenderé, te protegeré pa que te sientas segura a mi lao".

Se paró frente a ella mientras acariciaba a sus dos blancas manos, que temblorosas parecían un par de palomas cuando las aprisionan en una jaula. Ella estaba frente a la luz de la luna y sus ojos azules reflejaban el azul del cielo y el verde del mar. Hubo un corto silencio y sus labios sedientos de amor y empapados de pasión se buscaron como buscan los nómadas el oasis en medio del desierto del Sahara y se unieron como se unen las dos partes de una ostra cuando perciben el sedoso tacto de los tentáculos de un pulpo. La entrada de la cueva estaba más o menos cinco pies sobre el nivel del mar. Cuando las olas se reventaban sobre las rocas, gran cantidad de agua se levantaba convertida en espuma y bañaba sus cuerpos que ardían llamas de amor y de deseos. Dentro de sus cuerpos la sangre corría ardientemente como queriéndose salir por sus bocas como corren los ríos subterráneos para ir a desbordarse en los mares. La luna, que desde lo alto los observaba tímidamente por vergüenza o por celos, se agachó detrás de una gigantesca nube negra negándole así su lumbre.

Ya había amanecido y la muchacha le dijo sin atreverse a mirarle a la cara:

-"Vámonos, Wilfredo, ya amaneció, las muchachas nos esperan en la playa para probar las suertes".

Cogidos de las manos iban brincando piedras hasta unirse con las otras amigas. Una vez todos juntos se encaminaron a la casa de Carmen.

-"Agora que estamos aquí, quiero sabel primero qué sorpresa me trajo la noche de San Juan, -le dijo Carmen a sus amigas-, espero que jaya sío algo bueno".

Tomó el huevo sin cascarón que había dejado dentro del vaso de agua y quedó sorprendida al ver la figura de un barco de guerra lleno de soldados. Se lo demostró a todos y el pánico inundó sus cuerpos y almas. Nunca habían visto a un soldado y menos un barco de guerra. Don Luis les dijo que no tenían a qué temer porque eso eran supersticiones.

-"El turno es mío, -reclamó Wilfredo-, y yo sí que creo en supersticiones".

El muchacho cogió la cebolla y sacó las agujas. Notó que estaban oxidadas y eso significaba que la amistad de Julia, de Carmen y la suya propia irían desapareciendo lentamente.

-"Dinos, Wilfredo, cuáles tres personas, representan esas tres agujas, -le suplicó Luisa-, queremos sabel pa evitar cualquiel cosa mala que puea venil".

-"Me reservo el derecho a cayal" -le aseguró él.

-"Yo diré lo que me pueda pasar a mí, -dijo Sara sonriendo-, y verán mi suerte".

En una palangana media de agua había puesto un huevo entero sin pelar y al lado una vela prendida. Si el huevo se hundía, no llegaría a los veinte años de vida. Si la vela se apagaba, no encontraría novio. Nada de eso sucedió".

-"Dinos tu suerte" -le pidió Julia.

-"La vela no se apagó; conseguiré novio. El huevo no se hundió; duraré muchos años de vida. Gracias, dioses de los mares, por jabel sío tan buenos conmigo".

-"Yo puse un balquito de papel con dos botones aentro en una palangana de agua. Si el balquito se viraba, los botones caían al fondo de la palangana. Un botón representa a un muchacho que me enamora y el otro a mí. El balquito no se viró ni los botones cayeron al agua. Eso quiere decil que nuestro amol se cristalizará" -declaraba Lisa alegremente.

-"Y por último, -dijo Luisa-, agora me toca a mí. Veremos qué me dicen las tres jabichuelas en la taza de agua. Si mis tres jabichuelas amanecieron nacidas, cuando me case voy a tenel un jijo y lo sé polque las tengo marcás; si no están nacías; no tendré ninguno".

Al sacar los tres granos de la taza, estaban abiertos los dicotiledones de par en par.

Reunidos todos en la sala disfrutaron de las golosinas que había, celebrando el final de una noche más de San Juan. Estaban alegres porque todas las suertes que echaron esa noche les salieron a pedir de boca. La que les impacientaba un poco era la de Carmen con su barco y sus soldados. Lo demás estaba todo bien. Don Luis y doña Ana les dieron las gracias a todos por haber pasado una noche maravillosa correteando a la orilla del mar. Los invitaron para el próximo año repetir la fiestecita en la supersticiosa noche de San Juan. Los visitantes les dieron sus respetos cariñosamente mientras abrazados como en un solo cuerpo, se despedían de los tres amos de la casa con un triste "Hasta luego".

A medida que el ser humano se entretiene en sus quehaceres cotidianos, los segundos, minutos, horas, días, semanas y meses se transforman en años y pasan por la esfera del reloj como toros salvajes en estampida y nada ni nadie podrá detener jamás. El ser humano toma un reloj en sus manos y se pone a vigilar a la aguja minutera hasta que se encuentre con la horaria, se desespera, se impacienta y cree que nunca la alcanzará. Sesenta minutos han sido muy largos y el tiempo de espera ha sido agotador. Sin embargo, se dedica a trabajar, a hacer algo sin mirar el reloj y cuando lo mira las horas han pasado a una velocidad exagerada y no se ha dado cuenta de tal acción. Es por eso que cuando nos ponemos a recordar tal o cual evento en el cual estuvimos envueltos decimos "parece que fue ayer" y han pasado cuarenta años o más. Entonces ese ser humano ve tantas cosas y ese mismo ser humano no ve tantas cosas. Mira a su alrededor y lo que ayer fue, hoy no es. Lo que es hoy, ayer no fue. Nota que todo ha pasado, pero también que todo ha llegado. Se da cuenta entonces que nada de lo que ayer era y hoy no es, y que es hoy y ayer no era, no es inmutable. Porque lo inmutable es absolutamente siempre lo mismo. Es por eso que el ser humano resbala entonces en el camino de los años y cae en el profundo lago de las reminiscencias porque al resbalar ha perdido el tacto con el mundo de las ideas y se pone a recordar aquellos tiempos ya idos. Entonces cae en un accidente y se cerciora que sus cabellos han cambiado de color así como también su piel. También el color y tamaño de algunas frutas han cambiado. Así veremos de ahora en adelante cómo aquellos barrios y aquella gente como también nuestros personajes que vivieron en aquellos barrios, cambiaron tanto cuando menos lo esperaban.

En todas las fincas había habido cambios de jefes y de obreros, los eventos adversos se sucedían como cadenas eslabonadas cuando menos lo esperaban.

Don Santiago Franceschy se enfermó y luego murió. En ella se quedaron los habitantes y obreros quienes la trabajaron por un tiempo. La finca El Tamarindo iba en decadencia por falta de una persona que pudiera y supiera administrarla. Los habitantes fueron mudándose para el barrio El Manier. La Joya y Barinas hasta que quedó sola y abandonada. Don Luis, esposa e hija se fueron al Manier con otras familias.

Don Juan Morciglio le cambió la suya al gobierno de Puerto Rico a cambio de una en los lugares conocidos como Caña Gorda y El Cerro de San Jacinto. Don Silbano Cruz vendió su finca Las Cobanitas al gobierno. La de Joya Jonda pasó a pertenecer al gobierno al morir don Fernando del Toro. Don José Nazario murió y la finca El Ojo de Agua pasó a pertenecer al gobierno. Don Ezequiel Vega cambió la suya por otra del gobierno que colindaba con La Ballena y El Cerro de San Jacinto.

Una vez hechos esos cambios y ventas de fincas quedaron solamente cuatro produciendo. Esas eran La Ballena, El Molino, Las Cobanas y La de don Miguel Orta. Entonces había más obreros y el trabajo resultaba poco. Por esa razón muchas familias se fueron a vivir a las fincas de café de Yauco lugar de dónde habían salido las primeras a poblar la finca El Tamarindo. Aquellas fincas que tanta vida habían dado a miles de personas se convertirían muy pronto en un bosque espeso. Nadie sabía ni se imaginaba qué sucedería más tarde en ellas y especialmente en El Tamarindo. Los animales domésticos y las gentes se fueron de ellas dejando enterradas en sus entrañas una larga historia escrita de costumbres, tradiciones, supersticiones y refranes que tal vez nadie podrá leer jamas. "Así es la vida y jamas ha de ser de otra manera" como dijo un poeta.

Capítulo VII

Los Carboneros

Estando don Luis de regreso en El Manier con su familia y en su propio hogar, se dedicó a hacer carbón en el bosque del gobierno. Su hija y su esposa le ayudaban todos los días. No ganaban mucho dinero, pues el saco de carbón valía diez centavos vendido en el pueblo. Un señor de Guánica lo compraba en el barrio a ocho. Estaba prohibido por ley cortar leña seca o verde en el bosque. La persona que fuera sorprendida haciendo tal cosa, sería denunciada y multada con dinero o noches de cárcel. Al eliminarse las fincas un gran numero de obreros quedaron sin trabajo. Siendo el bosque de Guánica tan grande y con tantos árboles y tocones no se iban a dejar morir de hambre.

"Ya estamos grandesitos pa dejalnos moril de jambre" -decían unos. En el bosque de los americanos no debían entrar porque los dos guardianes no lo permitían y a que las fincas privadas tampoco iban porque los dueños eran conocidos y amigos. A ellos no querían hacerle daño destruyendo sus bosques.

Wilfredo supo que don Luis estaba otra vez en el barrio y conociendo que estaría en apuros en cuanto a trabajo se refiere, se dirigió a su casa con el propósito de ayudarlo como mejor pudiera. El no podía permitir que Carmen sufriera hambres. Sabía que ciertas personas en el barrio pasaban los días y no veían un grano de arroz ante sus ojos. Estaba convencido que muchos habitantes tenían tiempos buenos con abundancia de comida pero también los había de escasez y se acostaban según se levantaban.

-"Me alegro mucho don Luis que esté otra vez en su barrio, -le dijo el joven. Es mejol pa todos que jaya volvío, así no tengo que dil tan lejos a visitarlos. Y, a propósito digame donde está Carmen, que no ja venío a saludalme".

-"Ya mesmo viene, su madre la mandó a casa de la comay a cogel una jechurirta prestá de café y azucal pol que aquí no jay" -le contesto el padre de su novia con el corazón en la mano.

-"De eso quería jablarle don Luis, -le habló apenado el muchacho. Sé que están viviendo unos días tristes, que si consiguen pa el almuerzo, no consiguen para la comía. Vine expresamente a que se vayen a vivir a la finca de mi padre. Ayí jay trabajo pa los tres y calabazas, maíz, yuca, batatas y otras cosas mas que aquí no las tienen".

Doña Ana estaba en la cocina calentando agua para café y al oír la conversación se presentó a ellos. Después de cambiar saludos con Wilfredo, habló:

-"La idea suya es buenisima, Wilfredo, pero no podemos acetal lo que nos ofrece. Sé que lo hace de buena fe y sin interés pero no debemos volvel a vivil a su finca. Sus padres se oponen a que usted sea novio de nuestra jija y no nos permitirán ayá. Preferimos moril aquí de jambre a verle la cara a su madre tos los días. Es mejol moril flaco en la cuesta del mato y no gordo en la boca del gato".

-"No doña Ana, esta vez no tendrá problema con mis padres, se lo aseguró" -le prometió Wilfredo.

En esos momentos llegó Carmen con el café y la azúcar. Doña Ana coló una lata y le dio un pote a Wilfredo. A Carmen, don Luis y ella le sirvío en cocos. Las amas de casa siempre tenían potes, cocos y platos para servir comidas. Para los de la casa usaban cocos y para los que llegaban usaban los platos y potes. El muchacho se bebió el pote de café prieto y le dijo a Carmen:

-" Vine a buscarlos pa que vivan y trabajen en nuestra finca. Aquí están pasando mal, ayá no les faltará na".

-"Mira muchacho, ni que jestuviéramos locos. Jamás volveremos a vivil en tu finca. Tu madre nos odia y no quiere sabel de nojotros" -le declaró Carmen.

-"Dile a don Miguel que le agradezco pero que no podemos complacerlo" -le encomendó don Luis.

El muchacho entonces le alargó la mano a su futuro suegro a la vez que le decía.

-"Quéese con esos cincuenta centavos pa que compre algo".

-"Mire, cristiano, mejol me muero de jambre, -dijo malhumorado don Luis. No me ofenda que todavía no estoy de limosna, tampoco mi familia. No estamos acostumbraos a recibir na que no nos cueste el sudor onrao de nuestras frentes. Mis padres me enseñaron a no acetar dinero de naide a menos que no sea por trabajo que jagamos. Me peldona usted, pero no lo queremos".

-"Es mejol así, Wilfredo, -ayudó Carmen-, para no sufrir humillaciones más tarde".

Los guardianes de los bosques de los americanos habían vuelto a la carga al ver que tantos carritos, carretillas, bestias, y hasta personas cargando leña y carbón en la cabeza, bajaban del Manier con carbón y leña sin tener finca sus dueños. Se paraban en la orilla del callejón que conduce de Guánica a El Manier y los denunciaban a todos. En muchas ocasiones y si la persona protestaba, le rompían el carro o la carretilla; le botaban la carga y lo arrestaban. Si era en bestias, las arrestaban también. El día del juicio el Juez los castigaba, una, dos, o tres noches de cárcel, o, medio peso, por cada noche de prisión, como quisiera el perjudicado. Muchos cogieron el truco de decirle a los guardianas que el carbón y leña eran de los bosques del gobierno y de las fincas de los Gutiérrez y Ortas. Los primeros días lo creyeron, pero al hablar los dueños de esas fincas, lo negaron. Entonces, los guardianes se pusieron más severos y se metían al bosque y rompían todas las carboneras no importándole en qué terreno las encontraban.

Eran tantos los carboneros que había en el bosque; que no había un lugar en el mismo que no hubiera sido visitado por lo menos por uno. También cortaban cáscaras de maví para vender cruda en los pueblos mas cercanos y para prepararlo en sus hogares. Los guardianes dieron quejas a ciertas agencias del gobierno porque estaban dañando gran cantidad de árboles de maví. El árbol se secaba al sacarle la cáscara.

En esos días llegó el primer guardabosque del gobierno a vigilar y a proteger el bosque. Su nombre era Raymundo Martínez y era procedente de Yauco. Durante cinco días vivía en Guánica y los fines de semana los pasaba en su hogar en dicho pueblo. Caminaba por el bosque en un caballo negro. Los carboneros se sentían acorralados por todos los rincones pero siempre se las arreglaban para buscarse sus pesetas. Esperaban hasta el sábado y domingo para aprovecharse y preparar sus sacos de carbón, leña y cáscaras de maví.

-"Caramba, Ana, -le dijo don Luis a su esposa mientras Carmen escuchaba. Nojotros estamos muy mal. Los guardabosques nos tienen bloquiaos pol tos laos. Es como si estuvieran en nuestras espaldas. De que miremos un tocón seco, ya estamos denuncias".

-¿Qué quieres que jagamos, Luis? -le preguntó la esposa. ¿Quieres que nos vayemos a la finca de don Miguel?"

-"No, eso nuca. Tengo una idea mejol y la voy a ponel en práctica y si me sale; no pasaremos más jambres".

-"Muy bien, papi, muy bien, dinos cuál es tu idea que te ayudaré en lo que puea, -se ofreció Carmen-, para salir de esta situación".

-"Estoy pensando en jablal con don Raymundo Martínez el gualdabosques del gobielno pa jacele una proposición. Si la aceta y si pue, vamos a estal mejol".

-"¿De que se trata, Luis?" -preguntó la señora.

-"Es bien senciyo, -contestó. Le propondré que jable con una persona que tenga que vel con el bosque, pa que le den permiso a otra pa poner gente a jacel carbón. Nojotros jaríamos el carbón y se lo venderíamos a esa persona. Eya entonces le pagaría un por ciento al gobierno. Así no tendríamos que estal robando madera ni dañando el bosque polque solamente usaríamos árboles secos".

-"Ave María, papi, que briyante idea tienes" -argumentó Carmen rebosando su alma de felicidad.

-"Trata, que con jablal no se pielde na" -le aconsejó su esposa.

Unos días pasaron sin que don Luis viera al señor Martínez. No teniendo la oportunidad de verlo, se dirigió al pueblo. Lo encontró y le presentó el caso. El señor Martínez vio que era bueno y lo aceptó. Habló con un alto empleado del Departamento de Agricultura y Comercio que era la agencia gubernamental que tenía que ver con los bosques para ese entonces. El Departamento estuvo de acuerdo con el proyecto y le dio paso libre. El señor Martínez recomendó al señor Martín Ayala para conseguir el permiso de enviar obreros al bosque a hacer carbón. El señor Ayala también fue aceptado por el Departamento de Agricultura siendo así, ya todo estaba listo, la idea de don Luis pronto tomaría vida en todos los rincones del bosque y en todos los fogones de los no afortunados.

A las dos semanas, después de don Luis hablar con don Raymundo, se presentó el señor Ayala en el barrio. Reunió a la mayoría de los carboneros en Las Piedras para ponerlos al tanto de la idea de don Luis. Les prometió pagarle el saco de carbón a diez centavos puesto en una brecha que la carreta de bueyes pudiera coger. Que toda aquella persona que quisiera y pudiera podía irse al bosque a cortar leña seca. Que le pagaría con dinero americano contante y sonante pero que si por cualesquiera circunstancia no podía con dinero, tendrían que aceptar vales para cierta tienda en particular. Que si después del carbón estar en el lugar, que lo cogiera la carreta, se quemaba, él no era responsable, no lo pagaba, y por último, que nadie podía, ni debía cortar árboles verdes para carbón y el que lo hiciera, sería botado del bosque y denunciado. No hubo una persona que no estuviera de acuerdo con el señor ya que también se comprometió a proveerle los sacos vacíos.

Desde el día siguiente la idea dormida e inerte que tenía don Luis metida en la cabeza, comenzó a germinar como lo hacen las semillas al recibir la lluvia. Desde bien temprano las personas del barrio se reunían en grupos por familias para internarse en el bosque a buscar, según cada grupo, el mejor sitio y donde más árboles secos hubiera.

Las madres que tenían hijos pequeños se los llevaban con ellas así como también a muchachas de bastante edad. Para cocinar en el bosque llevaban ciertos utensilios y algunos alimentos crudos. Llevaban agua en latones o calabazos unos y otros conseguían en las cacimbas cuando llovía. Se preparaban lo mejor que podían para poder estar todo el día laborando en el bosque. Debido a que el bosque es tan grande, habría espacio de sobra para todos. Unos se fueron a Joya Jonda, otros, a la Joya de las Salsillas, a Baquero, La Joya de las Arepas, Los Conventos, La Mata de la Calabaza, Los Puntos, Los Granados, a los Melones, La Cueva de los Murciélagos, y a la Cueva de Ño Guerras. Los carboneros de Guánica y del Carenero, invadieron el Ojo de Agua, La Joya de las Picúas, El Barquito, Vega Bonita y Cuesta Blanca. Estando laborando allí, ya no tenían por qué temerle a los guardianes de los americanos ni al guardabosque del gobierno.

Don Luis y su familia se fueron entonces a los terrenos cercanos a la Cueva de los Murciélagos. Conocían bien el terreno pues desde niños estaban pasando por él para pescar y para cocinar en la casa y para vender. El trabajo era duro y fuerte, pero lo hacían con

tranquilidad sin miedo a que los denunciaran. Don Luis cortaba la madera con machete y hacha mientras Carmen y doña Ana la cargaban hasta el lugar donde montaban la carbonera. El carbón era cargado por ellos hasta la vereda más cercana en donde la carreta lo cogería entonces para ser vendido en Ponce. Las veredas estaban tan lejos, que muchas veces lo cargaban hasta dos kilómetros para llegar a la primera. Doña Ana y Carmen no tenían zapatos suficientes y la mayor parte del tiempo trabajaban sin ninguno. Llevaban algo de comer y lo cocinaban en el bosque. Todos los carboneros lo hacían. Un día le dijo Carmen a su padre.

-"Caramba, papi, fíjate cómo tengo la planta de los pies, parecen ya dos mosquiteros de tantos agujeros que me jan jecho las espinas. Mami también los tiene igual".

El padre miró sus pies y tuvo lástima de su hija y esposa a la vez que le decía.

-"Mi jija, lo siento mucho, pero los míos están peores. Lo que pueo jacel es que se queden en casa bregando como mejor puean y yo vengo solo al bosque".

-"No, eso no te lo permitimos, -habló doña Ana en nombre de Carmen y el de ella propio. No debes venir solo a trabajal. Estamos dispuestas a jacel cualquier sacrificio por ti. Piensa que si te das un golpe no tendrás quién te ayude".

-"Eso es lo de menos, con tanta gente que jay celca de mí, cualquiera me pue ayudal" -agregó don Luis.

Tenía razón don Luis, en muchos lugares, había gente trabajando como él lo hacía. Gran parte de los carboneros silbaban y cantaban décimas o canciones mientras derrumbaban bien fuera un árbol de mercocha, tachuelo, húcar, o de salcilla. Las hachas y los machetes sonaban como campanas en tiempo de Navidad. También muchos animales acudían al bosque a comer de las ramas verdes que sin poderlo evitar tronchaban los árboles al caer.

-"Tengo una idea, papi, y te la diré, -le dijo Carmen amablemente a su padre-, y es que cuando vayas al pueblo te consigas un pedazo de goma de automóvil pa que prepares tres pares de chancletas".

-"No será tan fácil, -adelantó doña Ana-, conseguir una goma de carro en Guánica. En el pueblo solamente jay cuatro carros y los dueños las usan jata que están en el ilo. Además, son muchas las pelsonas que las solicitan".

Para esos días en los campos no había luz eléctrica ni agua potable. Tampoco había radios, neveras, estufas eléctricas ni de gas. La mayoría de los habitantes del pueblo de Guánica tampoco tenían esos utensilios. Cocinaban con carbón, leña y se alumbraban con gas líquido en mechones. Es por esa razón que los árboles y sus derribados se usaban tanto. El señor don Martín Ayala consiguió buena venta en Ponce para vender todo el carbón que hicieran sus carboneros. A ese pueblo iba dos veces en semana y en cada una llevaba más de quinientos sacos de carbón. Del bosque a El Manier lo cargaba en carretas y de allí lo cogía un camión para llevarlo a Ponce. En este pueblo había mas automóviles y se le hizo fácil conseguir gomas usadas para regalarle a sus obreros para que prepararan sandalias. De esa manera don Luis, doña Ana y Carmen tenían zapatos para evitar que las espinas le siguieran poniendo los pies como pelotas de comején. De manera que mientras no llegara el progreso a Guánica y sus barrios, por el momento, los carboneros no sufrirían hambres.

-"Agora s papi, que podré correl por el bosque como una ardiya detrás de un ratón sin miedo a jincalme, con estas sandalias que tengo, -le dijo Carmen a su padre juguetonamente. Don Martín es buena gente y nos consiguió zapatos pa tos".

-"Si Wilfredo te ve, -le dijo su madre, tratando de intimidar a su hija-, verás la cara que pondrá al velnos con espalgatas nuevas".

-"A mí no me impolta cómo se ponga, la importancia es que me proteja los pies. Su padre también las usa y tiene chavos. Debemos estiral los pies jata aonde alcanza la sábana".

Mientras habían estado hablando largo rato, doña Ana había preparado una olla de marota con bacalao asado en las brasas y una lata de café con leche de coco. Y para postre, nada mejor que una pitajaya silvestre bien madura y jugosa.

-"Agora que yenates la morcona, vete al pozo a buscar un latón de agua y a lavar los trastes. No te taldes que se está nublando y posiblemente yueva" -le ordenó su padre a Carmen.

Carmen agarró el latón alegremente y se encaminó hacia el Pozo de los Murciélagos. Por muchos años esta fuente de agua salobre habia mitigado la sed y había higienizado los cuerpos de miles de seres vivientes de ambos reinos, el vegetal, y el animal. Era un pozo embrocado como de cuarenta pies de hondo y como de quince de circunferencia. El señor don Jorge Mocendén quien fue el primer dueño de la finca para el año de 1820 lo mandó a cavar en la cabecera de la Joya de los Murciélagos. Desde esa época en adelante, su agua era usada por muchos para todo uso. A ese pozo fue Carmen obedeciendo órdenes de su padre. No bien llegó a donde sus padres esperaban por ella, empezó a relampaguear y a tronar.

Los carboneros que más cerca estaban de la cueva fueron llegando para no dejarse mojar. Entre esas personas estaban las amigas de Carmen. La cueva es natural y tiene una profundidad como de cuarenta pies mas o menos. Su altura es de veinte pies aproximados y el ancho de su entrada es como de cuarenta pies aproximados. Esta situada al Norte de la Carretera PR 333 Kilómetro 7, Hectómetro 5 que conduce a El Tamarindo. De la dirección señalada hay aproximadamente Cuatro hectómetros en línea recta. No bien llegaron las amigas de Carmen, empezó a llover.

-"Hola Calmen, -saludó Luisa-, me alegra encontralte aquí en esta cueva".

-"Están ustedes juyendole a la yuvia como los cabros" -contestó doña Ana.

-"Bienvenidas a nuestra casa, -les dijo don Luis-, aquí no se mojan lo único malo que jay es que no jay muebles".

-"No se apure don Luis, -le contestó Lisa-, en casa tampoco los jay semos felices".

-"Siéntense por aí en la primera piedra que encuentren, -les ordenó Carmen. Pero eso sí, tengan cuidao con las culebras porque jay muchas y si las molestan se enojan y puen mordel a alguien. Tampoco molesten a los murciélagos".

-"Una casa como esta será la que Wilfredo le tendrá a Calmen cuando se casen" -comentó Julia burlonamente.

-"Te deberías de dal con piedras en el pecho si tú te casaras y fueras a vivil a una cueva como esta, -le dijo Sara a Julia-, y ten mucho cuidao que la envidia rompe el saco".

Mientras hablaban y charlaban los murciélagos se cruzaban en el aire afuera y adentro de la cueva dibujando veredas aéreas. Otros permanecían colgados de las patas con la cabeza hacia abajo. Varias culebras de hasta tres pies de largas se acomodaban en las rendijas de las rocas en el interior de la cueva.

-"Mira, chica, dichosa yo que Wilfredo me regalara una casa como esta, -le aseguró Carmen-, porque sería feliz en una mansión como esta. Si en el mundo hay algo eterno, esta es una de eyas".

-"Pues mira, que pa ti, sería bien apropiada en comparación con la que tienes, -declaró Julia-, esta sería un palacio pa ti".

El cielo estaba cada vez mas nublado, relampagueando y tronando. La luz de los relámpagos entraba a la cueva dejándola totalmente alumbrada. Por unos instantes se quedaba obscura como si fueran las doce de la noche cuando la luna no brilla. La brisa soplaba violentamente y las

ramas de los árboles más flexibles se arrodillaban y besaban la alfombra de hojas secas. El agua chorreaba desde lo alto de la entrada de la cueva y parecía velas de cristal. Era que la naturaleza estaba llorando. Para esa época los habitantes de los barrios lejanos del pueblo no recibían noticias del Negociado del Tiempo y no sabían cuándo un mal tiempo se acercaba. En muchas ocasiones pasaban un temporal trabajando en el bosque y para ellos eso era solamente un chubasco. A la media hora de estar lloviendo; ya la joya se había convertido en un río. En el centro de la misma el nivel de las aguas subía como a cuatro pies aproximadamente. La lluvia arrastraba hojas, pedazos de árboles, y piedras pequeñas.

-"La lluvia sigue, -dijo don Luis-, y nos jemos quedao varados aquí como un balco sin capitán. Según veo esto no es un aguacerito, sino un mal tiempo que durará muchos días".

-"Estamos presos, Luis" -dijo doña Ana.

-"Pa yegal a la finca de El Molino, tenemos que caminar pol dentro de toa la joya y no pue sel polque cada vez trae más agua. Tampoco podemos cruzarla pa yegal a la otra oriya. Si salimos a la izquierda nos encontraremos con la Joya de las Arepas y la de Las Sarcillas y también estarán yenas de agua" -dijo don Luis.

-"Entonces lo mejol será quealnos aquí jata que Dios quiera" -sugirió Carmen.

-"Ay, sí, -dijo alegremente Luisa-, me gustaría pasal una noche en el bosque como las vacas".

-"Pasal una noche así es bien saludable, -le ayudó Sara. Se siente un contacto directo con la Naturaleza, con los árboles, con los animales".

-"Es cielto, -pronunció Julia-, mira esos murciélagos como se guindan del techo de la cueva y parecen lechoncitos con sus orejas largas y sus dientes blancos y afilaos".

Seguía lloviendo sin cesar mientras el día moría lentamente para que la noche naciera triste y nublada. Don Luis cortó pedazos secos de árboles de tea e hizo una fogata en medio de la cueva porque ya empezaban a tener frío. Ya los demás carboneros se habían ido a sus casas, pues sus hachas y machetes habían enmudecido. La brisa entraba fría y humedecida de agua y sueño. Acariciaba suavemente sus cuerpos y salía para perderse entre el medio del intrincado y verde bosque. En el fondo se escuchaba el poético tintineo de frágiles gotas de cristal que al caer débilmente sobre una roca construían una maravillosa pirámide estalactítica. Todos se acercaron a la fogata sin percatarse que mientras la noche tendía su sábana negra sobre el bosque de Guánica, una tormenta estaba pasando al Sur de Puerto Rico y sobre el Mar Caribe.

-"Aquí no nos mojamos, -aseguró don Luis-, pero tenemos jambre y lo único que jay de comel es una poquita de jarina de maíz y unos cuantos cocos secos".

-"Pues, el que no tiene pa más con su mujel se acuesta" -dijo doña Ana complacida.

-"Vamos a cocinal funche con coco y colamos las borras. ¿Qué más comía que esa en esta noche tan fría?" -aseguró Carmen.

En esos momentos llegó Wilfredo montado en uno de los caballos de su padre. Caballo y hombre estaban empapados de patas a cabeza. El caballo resoplaba votando largos chorros de humo por las narices.

-"Muchacho, ¿qué jaces pol aquí a esta hora y a que jas venío?" -preguntó la muchacha asustada.

-"Vine a sabel de ustedes, -contestó él. Los otros carboneros están en el barrio. Estaba en el pueblo y las noticias que jay es que esta noche pasa pol el Sur una tormenta bastante peligrosa".

-"Santo Dios, nojotros no sabíamos na, -exclamó Luisa temblando de pánico. ¡Cómo estarán mis padres de asustaos!"

-"No tienen de qué temel, tó esta bien en el barrio" -les aseguró Wilfredo.

-"Lo que no me explicó es como yegates a nojotros" -le habló don Luis a Wilfredo.

-"Varios de sus compañeros me dijieron a aonde estaban, -declaró el muchacho"-, y como conozco tos los rincones del bosque, pude yegal jata aquí . Di la vuelta por El Molino pasando por los Melones jata yegal aquí. Jay muchos álboles cruzaos en las veredas tumbados por los vientos".

-"Lo que jay que jacel es dil a La Atolladora a pescal unas cuantos docenas de jueyes pa pasal el mal tiempo comiendo cangrejos con jarina y cocos" -dijo don Luis.

-"Será peligroso salil de aquí agora y naide debe tratal de jacelo" -aclaró Sara.

-"No se apuren, La Atolladora está muy celca de aquí y en cosa de media hora estaré de regreso" -dijo Wilfredo y uniendo la acción a sus palabras salió a toda carrera montado en el caballo negro de su padre de nombre Guaraguao.

Debido a los truenos y a la lluvia había docenas de cangrejos corriendo desgaritados por entre los matorrales. Aprovechando esa oportunidad Wilfredo echó al saco más de cinco docenas en un santiamén. Muy pronto regresó a la cueva. Doña Ana tenía un latón con agua hirviendo y Carmen cocinaba funche. Las otras muchachas se encargaron de pelar los cocos y preparar café.

Allí pasaron la noche y la tormenta comiendo y hablando mientras afuera el viento rugía como un león hambriento echando al suelo cuanto árbol débil había. La corriente de agua barría la superficie del terreno arrastrando todo lo que encontraba a su paso para luego dejarlo amontonado en el tronco de un árbol corpulento. No era esa la primera noche que se habían quedado en esa cueva durante una noche. Varios carboneros acostumbraban a quedarse en cuevas o a campo raso para cuidar las carboneras mientras estaban en el proceso de cocimiento para que no se quemara la leña. Don Luis y su familia lo hacían a menudo así como otros compañeros. Esa noche nadie durmió.

"A río revuelto, ganancia de pescaores" decía don Luis, y tenía razón. Les era prohibido cortar arboles verdes pero cuando un mal tiempo los derrumbaba; podían hacerlos carbón. Al día siguiente de la tormenta todos los carboneros estaban alegres porque tenían material en abundancia para montar sus carboneras. Así que no hay mal que por bien no venga. Mientras Wilfredo pasaba la noche con su novia, futuros suegros y amigas, en su casa; dos personas discutían y quemaban a Carmen.

-"Vamos a tenel que entral en cuenta con nuestro jijo, -le decía doña Matilde a su esposo. Agora ja cogio de estal detrás de esa muchacha a onde quiera que va. Aquí que no venga con muchachones barrigones que tenga en eya. Dicen las malas lenguas que queó llena de Gonzálo y pol eso es que sus padres alcaguetes pasan las semanas en el monte pa que naide se de cuenta".

-"No seas lenguilarla, Matilde, no digas lo que no es, -esta vez don Miguel defendía a Carmen-, No sigas jablando tan mal de esa muchacha, que es inocente".

-"Sí, tú la defiendes polque a lo mejol tienes interés con su madre o jas tenio algo, -le dijo rabiosa la vieja. Bastante rabua que era cuando muchacha. De tal palo, tal astiya. Ello jeredó lo de su madre".

-"No me vengas con bochinches, Matilde, no me jagas peldel la pacencia" -le suplicó don Miguel.

En eso llegó Wilfredo todavía mojado y soñoliento. Cabizbajamente pidió la bendición y se fue al corral a desensillar a Guaraguao. Ambos le echaron la bendición y su madre le dijo amenazadoramente, "cuando telmines vienes acá que tenemos que jablal lalgo y tendío.

Wilfredo conocía ya las intenciones de su madre y esperaba que le diera el regaño de su vida y hasta que lo castigara corporalmente. No era nada de particular que a esa edad le mandara a bajar los pantalones para propinarle media docena de azotes con una penca de maguey. Muchos

padres castigaban a sus hijos aún después de casados y de tener hijos. Por esa razón, el muchacho se presentó ante su madre con el credo entre los dientes y humildemente preguntó.

-"¿Qué deseas, mami?"

-"¿Que, qué deseo? Quiero que me digas aonde pasates la noche de anoche. Me imagino que la pasates con esos carboneros jambrientos".

Wilfredo no pudo negar la verdad tampoco debía negar a su novia. Si lo hacía se engañaría a sí mismo. De manera que le habló sinceramente con el corazón en la mano. Prontamente le dijo sin titubear.

-"Pase la noche con eyos en la Cueva de los Murciélagos polque fui a ponerlos al tanto de que pasaría una tolmenta por aquí".

-"Bonito está eso agora que teniendo tan buena casa, duermas en una cueva como si fueras un aldiyo. Y pa colmo, lo jaces con pelsonas que valen poco" -le declaró la madre.

-"No es que valgan poco, mamá. Toas las pelsonas valimos lo mesmo. Debes cambial de manera de sel" -le aconsejo el hijo.

-"Pasas la noche, -siguió hablando la vieja-, precupándote de calboneros mientras la yuvia mató aquí casi toas las gayinas".

-"Bueno, bueno, -interrumpió don Miguel-, se acabaron las discusiones y a trabajar. Aquí no ja pasao na. Se peldieron nueve gayinas pero toa la finca se mojó y jabrá pasto en abundancia pol lalgos meses. También las matas que sembremos crecerán y darán buena cosecha. Debemos dal gracias a Dios que solamente perdimos nueve gayinas. Peor jubiera sio que peldiéramos la casa o la vida de uno de nojotros. Cosas más malas sucederán y tendremos que acetarlas pol buenas porque no se debe luchar en contra de la voluntá divina. Debemos ponel de ejemplo otras pelsonas que viven más mal que nojotros en otros paises, y aún así, viven y son felices".

-"Basta ya de tanta cantaleta, Miguel, -le suplicó la esposa-, y sigue dándole alas a tu hijo. Cuando te traiga a esa carbonera paría con un jijo, sabrás a que atenelte. Pol mi que se los comen los gusanos pero no los quiero ni les jaré un favol. El que jace el columpio; que se lo jeche al hombro".

-"Pues yo no jablo así, -dijo don Miguel-, si oi o mañana se casa o se yeva a esa muchacha, no impolta quien sea, negra, blanca, rica, pobre, joven, vieja, linda o fea, la querre igual que lo quiero a él. Y lo mesmo un nieto o una docena que tengan; los amaré y de ser necesario, les daré jata la vida. Tó ser jumano tiene derecho y privilegio de elegil libremente a un compañero, o, compañera, tener hijos y dedicar su vida a eyos jata que Dios quiera. Los jijos no tienen la culpa de que sus padres jayan nacío pobres".

-"Si cuando me case, -protestó Wilfredo-, mamá no me quiere aquí con mi esposa; buscaré otro lugal y jaré una casa. Madera es lo mas que jay en el bosque"

-"Sería lo mejol que jarías, -le contestó su madre-, y no tendría que jacel casa polque en el bosque jay muchas cuevas y es en una de eyas que esa carbonera merece vivir. Yevatela pa La Cueva de Ño Guerras que ayá vivirán felices como los ermitaños".

Pasaron los años y los carboneros seguían felices ganándose la vida en el bosque honradamente. Habían llegado nuevas familias al barrio y todo marchaba bien. El primer guardabosque fue trasladado al bosque de Maricao y llego otro de nombre Oscar Rivera de Guánica. Ese señor se portaba bien con los obreros aunque don Raymundo también lo hacía. Don Oscar tuvo la idea de que los carboneros que quisieran podían hacer conucos en diferentes lugares del bosque en donde no hubieran árboles de primera clase. Ese proyecto les vino como anillo al dedo. Era de gran ayuda en la parte económica pues podían sembrar lo mejor que quisieran para aumentar la alimentación. Don Luis y su familia prepararon uno en el llano

conocido por Las Pitajayas. En ellos sembraban diferentes frutos menores para el consumo en el hogar y para regalar al que no tuviera. En el bosque encontraban una variedad de frutas silvestres alimenticias que también eran de gran ayuda, especialmente para los títeres, como les nombraban a los menores. Había pitajayas, cascarroyas, mayas, multas, jobos, uvarillas, marunguey, granadas, tamarindos, guanábanas, corazones, tunas bravas y españolas, cocos y maricaos. Doquier hubieran esas frutas; allá iban los muchachos en busca de ellas. De manera que a pesar de los carboneros ser tan pobres estaban viviendo una vida mas placentera que otros años.

Pero todo en la vida es efímero y con el paso de los años todo va terminando por el sólo hecho de haber sido. Por la mente de todos aquellos humildes carboneros no pasaba la más mínima idea de lo que pronto sucedería en el barrio, en el bosque. Unos trabajando con don Cancio Pérez en la finca El Molino, otros con don Fido Antonmarchy en La Ballena, otros, en la finca de don Miguel y otros en las Cóbanas de don Rafael Gutiérrez y otros en el bosque del gobierno pasaban alegremente la vida. El barrio seguía lleno de vida en todas sus dimensiones. Celebraban cumpleaños, pagaban promesas, bautizaban niños, celebraban las Navidades con esplendor y gloria. Rezaban los rosarios de cumpleaños a los que morían, cumpliendo así con sus costumbres y tradiciones. Mientras la vida seguía su curso normal, vino la gran noticia para todos los carboneros. Esa noticia hacía cambiar el camino de la vida para muchas personas. A don Martín Ayala le suspendieron el permiso de sacar carbón del bosque por lo tanto los carboneros quedaban desamparados y sin rumbo como un barco cuando pierde el timón. Si querían vivir; tendrían que volver a robar leña para no morir de hambre. Volverían a verle la cara al juez para responder por sus delitos. Don Miguel vendió su finca y se fue a vivir a Yauco con la familia. Wilfredo se lo notificó a Carmen y a sus padres. Una noche que la visitó le dijo.

-"La noticia que tengo pa ustedes es triste pero tengo que jacelo. Papi vendió la finca al gobielno y muchos obreros se quedarán sin pan".

-"Estará loco don Miguel, -exclamó don Luis-, vendel la finca cuando más está produciendo".

-"Naide sabe el bien que tiene jata que no lo pielde, -pronunció doña Ana-, agora es que vamos a saber a aonde el griyo tiene la manteca. Muchas jambres que esa finca nos ja matao".

-"Si vendió la finca, ¿pa onde se van a vivil? -preguntó Calmen. ¿Te dirás también?"

-"Nos diremos a Yauco pero vendré a visitalte como de costumbre. No te procupes pol eso. Nuestra amistad seguirá siendo igual o más. Pronto nos casaremos aunque mami se oponga" -le prometió Wilfredo.

Con la venta de la finca de don Miguel, otra fuente de vida se secaba para siempre. Hombres y animales tendrían que buscar sus alimentos en otros lugares para no morir de sed y hambre. Todos los años miles de tórtolas y de otras aves acudían a esas fincas a comer cardo santo, semilla de tabaco, tuatúa y otras semillas. Ahora en las talas no habría más alimento ni para ellas ni para el hombre. Pronto los árboles las cubrirían matando la vida de tantos seres vivientes.

Wilfredo se despidió de su novia y de sus futuros suegros no sin antes prometerle de rodillas que volvería a visitarlos como de costumbre. Carmen se quedó más triste; le prometió quererlo más y de respetar su ausencia. Que esperaría por él hasta lograr sus sueños de sus vidas.

El hambre volvió a rugir como león hambriento en los fogones de muchos hogares del barrio. Muchos eran los días en que don Luis, su esposa e hija no tenían nada que tirar al fogón. Durante la zafra trabajaba en los cañaverales y en el invierno no tenía trabajo. Durante ese tiempo se dedicaba a pescar de vez en cuando y a robar leña seca en los bosques para sacar algunos sacos de carbón. Igualmente hacían lo mismo muchos otros carboneros. No había mes que los guardabosques los denunciaran cumpliendo con sus deberes. Eran tantos los que

llevaban cargas de leña seca en paquetes de uno y dos centavos al pueblo, que ya había bajado de precio. En un tiempo, cuando don Martín lo llevaba a Ponce, en Guánica subió a veinticinco centavos el saco. También de Guánica y de barrios cercanos como La Playa, El Barrio Chino y El Carenero iban al monte a hacer carbón. Aunque en la mayoría de los hogares del pueblo cocinaban con leña y carbón; éstos productos bajaron de precio porque había en abundancia. De diferentes barrios de Yauco muchos campesinos traían a Guánica viandas y carbón en bestias. Era tan triste la situación que un día llego don Luis a su hogar y le dijo a su esposa e hija:

-"Si esto sigue así Ana y Carmen moriremos pegaos como las garrapatas. Fijesen, ustedes saben que salí esta mañana como a las cinco y son las dos de la tarde"

-"¿Y eso por qué? papí, -preguntó la hija. Otras veces vienes temprano"

-"Es que tu padre, hija, -dijo doña Ana sonriendo-, tiene una novia en el pueblo y estaba poniéndole la canasta"

-"Ojalá y fuera eso, -contestó don Luis-, que no tendríamos problemas. El caso es más serio de lo que cren. En el cruce de la Guardabarrera me encontraron los guardianes de los americanos y el guardabosque del gobierno y me denunciaron. Y pa colmo los seis saquitos de carbón tuve que dalos a quince chavos y pol cambio. Anduve la seca y la meca. Camine toas las cayes del pueblo y naide lo compraba. Ya estaba cansao y jambriento. Pa no caminal más se lo vendí por una comprita a don Pepito Palermo"

-"No te apures, Luis, -le dijo doña Ana-, consolándolo que Dios aprieta pero no ajolca"

-"No debemos apuralnos mucho, -le ayudó Carmen-, que lo mejor que jizo Dios fue jacel un día detrás de otro. Días mejores yegarán en que no tengamos tanta miseria".

-"Y si no yegan, -exclamó doña Ana hecha un panal de miel-, pues jay que seguil luchando a la buena de Dios".

-"Nojotros los calboneros que nos alimentamos del jumo del carbón, -le dijo tristemente don Luis-, y del tizne del mismo moriremos con los pulmones más negros que él y mueltos de jambre. Pero mientras en el bosque quee un árbol en pie no podemos cruzarnos de brazos y tampoco debemos cogerle mieo a los gualdabosques porque el entinto de conselvación debe estal pol encima de tos los otaculos que nos presente la vida. Así es que si don Oscal se presenta en el bosque en folma de albol, lo colto y lo jago una calbonera y lo vendo aunque sea barato".

Capítulo VIII

Las Tres C.

El día 13 de enero de 1933 y a las cuatro de la mañana subió a El Manier el primer vehículo de motor. Era una guagua roja de un asiento para tres personas de la marca Ford. En la parte trasera del asiento tenía un cajón largo sin techo. Estaba llena de madera y zinc. Era conducido por don Angel Rivera y lo acompañaba su esposa de nombre Rosa Arroyo. Las gentes del barrio se maravillaron al oír el ruido del motor mientras subía la cuesta. Había llovido el día antes y no podía subir. A esa hora no quedó una sola persona en casa. Todos, hasta las mujeres recién paridas; con los nenes en el cuadril fueron a ver aquella monstruosa maquina que produciendo un ruido ensordecedor y disparando fango y piedras hacia atrás trataba en vano de subir la inclinada cuesta.

El conductor ideó bajar la carga y con la ayuda de los presentes llevarla al llano para que también ellos empujaran al vehículo hasta la parte llana del callejón. Así lo hicieron y en menos de media hora cumplieron la misión. Tres semanas antes la finca El Molino había quedado abandonada y había pasado a formar parte más directa del bosque insular de Guánica. Ahora solamente quedaba produciendo la finca Las Cóbanas de don Rafael Gutiérrez y La Ballena pero esta última ya no producía como antes. El señor Angel Rivera les notificó a los vecinos del barrio que iba a El Molino a empezar a construir un campamento civil de conservación. Don Cancio se había mudado para el pueblo de Guánica y sus obreros para El Manier. Los habitantes recibieron con júbilo la noticia del señor Rivera ya que, según él, todos los hombres tendrían trabajo en dicho campamento. Ese día se llevó a don Luis con un grupo de obreros. La visita de esa máquina al barrio estaba marcando el principio del fin de muchos eventos originados en el bosque y en el barrio. El progreso, aunque lento, positivo y negativo estaba llegando al barrio por bien o por mal. Las fincas habían dejado de producir pero otra fuente de trabajo se abría con nuevas oportunidades de trabajo.

El señor Rivera escogió el lugar en donde estaba la casa de vivienda de don Cancio Pérez para construir el primer ranchón de madera y zinc en donde guardarían las herramientas y durmieran los obreros de barrios y pueblos lejanos. Tan pronto construyeran el primer ranchón irían aumentando el personal y trabajando en distintos lugares del bosque. Don Luis trabajó el primer día y cuando llegó a su casa le dejó saber a su familia lo feliz que se sentía al haber encontrado trabajo.

-"No se imaginan ustedes lo feliz y tranquilo que me siento, -le declaró a su esposa e hija-, pol jabel encontrao trabajo seguro. Yo sabía que Dios no nos abandonaría".

-"¿De veras, papi que vas a seguir trabajando aí? -le preguntó Carmen. Dios no le falta a naide".

-"Sí, mi jija, seguiré trabajando, -le contestó. El señor Rivera nos dijo que cuando telmine el ranchón empleará más obreros y construirá un edificio de madera más grande pa que quepan cuatro cientos obreros. El propósito del gobielno es limpial el bosque y construil carreteras nuevas y darle mantenimiento a las vereas que jay en malas condiciones".

-"¿Cuánto pagan por día?" -le preguntó doña Ana.

-"Lo que nos paga es una miseria pero es mejol que na. Nos pagará cincuenta chavos pol diez o doce oras de trabajo. Trabajaremos cinco días a la semana".

-"Si es así como dices, papi, -añadió Carmen-, Wilfredo podrá conseguil empleo también".

-"Será buena idea, -dijo doña Ana-, polque así no tiene que estal pendiente de sus padres pa na".

Los acontecimientos que se originan en otros países afectan positiva o negativamente directa o indirectamente por bien o por mal; a los habitantes de diferentes países. Este el caso que de ahora en adelante veremos en esta historia vivida por nuestros personajes.

Las Tres C. son las iniciales de las palabras Cuerpo Civil de Conservación. Allá para el año de 1933 el Presidente de Estados Unidos era el señor Franklin Delano Roosevelt. Este señor estableció un proyecto para defender a la nación el cual le nombro el Nuevo Trato. Su propósito era mejorar las condiciones de vida de los campesinos y los obreros de la nación. Perteneciendo Puerto Rico a su nación se iniciaron en la Isla programas de ayuda federal para la rehabilitación del país. Este programa permitió aumentar los empleos y rehabilitar la agricultura. Se les repartía alimentos a los mas necesitados, tales como galletas, trigo, papas, tocinetas, pasas, ciruelas, carne de res enlatada y otros.

A virtud del Nuevo Tratado estableció lo que le nombro Plan de las Tres C. Cuerpo Civil de Conservación. Ese cuerpo se componía de hombres que se ocupan de desmontar montañas y hacer que ese suelo produjera alimento para abastecer a los americanos. En la finca El Molino no sembrarían frutos menores pero sembrarían carreteras y podarían los arboles. Tal como fuera en el horizonte económico un arco iris deslumbraba la vista de los pobres del barrio.

Pasaron unos años y el proyecto seguía en progreso. Don Luis había sido nombrado Guardián y trabajaba de noche vigilando a los alrededores del campamento. El campamento fue bautizado con el nombre de Campamento Borinquén.

Más tarde aumentaron el personal a cuatro cientos hombres, teniendo Wilfredo la suerte de ser uno de ellos. Gonzálo había regresado al barrio y también trabajaba en él.

Una mañana en que Julia iba para El Cedro, a buscar agua se encontró con Gonzálo. Al verlo, no supo qué hacer por unos minutos. El nerviosismo se apoderó de ella y quedó inerte y muda ante aquel hombre que tan mala fama había sembrado en el barrio. El notó en la situación que estaba la muchacha y le habló:

-"Hola, Julia, no temas que no soy tan malo como dicen que soy".

Julia se tranquilizó un poco y exhalando un suspiro de satisfacción exclamó:

-"Gonzálo, deseaba velte. No sé pol qué pero deseaba velte. Tal vez no te impolta un comino pero tú a mí sí".

Gonzálo nunca había oído a una mujer que le hablara con tanta emoción y ternura como lo estaba haciendo Julia. Desde niño había perdido a sus padres y se había criado solo tropezando con una infinidad de problemas difíciles de resolver positivamente. El muchacho era algo así como una débil roca que arrastra el caudal de un río dejando una partícula aquí y otra allá mientras choca con las mas poderosas hasta desvanecerse. Miro a Julia humilde y humilladamente avergonzado y le habló:

-"Viene a saldar una deuda que contraje con Carmen, con sus padres, con el barrio, contigo. Vine a pedir perdón. Estoy trabajando en el Campamento por el bien propio y el de mis conocidos. Les prometo que de hoy en adelante seré una nueva persona y seré de provecho para la comunidad en que vivo".

El muchacho joven, inquieto, engreído, atrevido y conquistador a la fuerza que había sido antes; ahora todo lo contrario, porque como el mismo dijo que "porque los palos duelen". La vida, la misma vida que siempre ha sido la mejor escuela; le había enseñado una gran lección la cual había intentado aprender porque como dijo el poeta: "Es la vida la mejor escuela que nos demuestra las cosas imposibles sin confiar se sabe con cautela". El muchacho había sufrido

mucho antes de caer preso por dejarse dominar por una sensación la cual nunca realizó. Estando preso; mas sufrió y ese sufrimiento lo tenía dibujado en su rostro y esculpido en su alma como se esculpe un dios en la imaginación del hombre. "Porque los palos duelen". ¡Que grata enseñanza! ¡Viviendo en un mundo de analfabetismo cuánto se aprende de los analfabetas!. Porque de los errores que cometemos, aprendemos, Gonzálo había aprendido mucho para empezar a vivir una vida nueva cubierta por la sabana del bien. Cometió un error gravísimo que lo llevo a la cárcel pero recapacitó y según tuvo valor para cometerlo también lo tuvo para humillarse y pedir perdón. Aprendió que para ser macho hay que saber ser macho y que el hombre por hombre que sea, no se debe dejar dominar por ciertas tentaciones fugaces que a ningún lugar de bien conduce. Aprendió que hay que tener fuerza de voluntad para dominar a ese otro yo que invisiblemente el hombre tiene adentro. Ahora que comprendía mejor la vida; trataría de ser otro hombre emocionalmente. Se dedicaría a trabajar honradamente y olvidar aquel pasado incierto que a tan temprana edad comenzó a vivir. Iría a enfrentarse con valor y honor a don Luis para pedirle perdón tan pronto fuera posible.

-"Mañana diré, Calmen, a tu casa, -le dijo a Carmen-, y jablaré con tu padre".

-"No, en casa no jay ni perro ni perra. La única perra soy yo y no mueldo" -le contestó alegremente Carmen.

-"Me gustaría estal presente, -añadió Julia-, pa vel las caras de pocos amigos que pondrán tus padres".

-"Esperemen aya mañana y si ven a Wilfredo dígalen que quiero jablal con él. Eso sí; no es pa pelial, saben".

Las muchachas comprendieron que el joven había recapacitado y que a la vez estaba verdaderamente arrepentido. Ahora no tenían por qué sentir desprecio y odio hacía él por la falta cometida con Carmen. Cuando una persona comete una falta y luego se arrepiente y se humilla pidiendo perdón debe ser perdonada. Desde ese día en adelante serían amigos como nunca antes lo habían sido.

-"De manera, que de joy en adelante seremos amigos" -le prometió Gonzálo a Carmen a la vez que estiraba su mano para encontrarse con la de su amiga.

-"Bien; así será, Gonzálo, jaremos las paces pa siempre".

-"Y tú, Julia, amigos, jablaremos luego" -le dijo Gonzálo a Julia al mismo tiempo que se miraron fijamente a los ojos.

Tan pronto las muchachas se despidieron de Gonzálo, fueron a darle las noticias a Luisa y se inició una conversación.

-"Jata que no lo vea, no lo creo, polque soy como Santo Tomas de Aquino, que si no veía no creía" -le aseguró Luisa.

-"No pue sel posible polque el esta preso" -adelantó Lisa.

-"Es posible, sí, se poltó bien en la prisión y lo liberaron, -aseguró Julia. Ja cambiao mucho su conducta y actitudes y lo notarán cuando jablen con él. Aunque tiene unas cuantas libras de menos se ve bien guapo".

-"Sí, pero si es como la noche de la jarana en case del señor Matos; de na le valdrá" -argumentó Luisa.

"Que va, muchacha, si ya no bebe y ni fuma" -lo defendió Julia.

-"No lo defiendas tanto Julia, -le aconsejó Lisa-, que el perro que come fulinga, cuando no come, la juele".

-"Veremos si Anfitrite la diosa del mal y esposa de Poseidón y Ea el dios de las aguas te cumplen lo que te prometieron la noche aqueya de San Juan" -le dijo Sara en tono burlón.

A la verdad que al encontrarse las cinco amigas hablaron más que viejas sin tabaco cuando lavaban en El Cedro. Por largas horas estuvieron bailando a Gonzálo en su lenguas alabándolo unas y otras sacándole las listas de cuero. Era ya la costumbre de personas así, de campo, que cuando se encontraban no dejaban trapito que no le tiraban al sol a tal o cual persona. Y tratándose de mujeres, escudriñaban los rincones más ocultos y más privados para sacar a la luz pública el secreto más íntimo de la persona citada. Aquellas cinco lenguas eran más tortuosas y largas que la carretera que estaban construyendo los obreros del Campamento Borinquén desde Media Quijada cerca de la Central San francisco hasta el final en la Guardabarrera en Carretera P.R. #116. Sus costumbres ya eran parte importante de su cultura y lo hacían como medio de entretenimiento. Tal era así; que muchas amas de casa hasta se olvidaban de que tenían la olla puesta en las brasas y cuando el fogón se inundaba de humo, entonces se recordaban. Después de hablar largo y tendido quedaron de acuerdo para verse el próximo día en casa de don Luis.

Don Luis, doña Ana y Carmen esperaban la visita de Gonzálo como si nada hubiese sucedido entre ellos. En el barrio había un tipo de persona que sobresalía por encima de las demás personas. Las tres que componían esa familia estaban en el grupo. Eran serias, humildes, y decentes hasta más no poder. Perdonaban a sus enemigos las faltas cometidas en contra de ellos y en sus pechos no fabricaba su nido el pajarito del odio. Tal vez por eso; eran tan queridas en el barrio. Estando haciendo planes sobre de qué harían con el próximo cheque de quince pesos que cobraría don Luis por haber trabajado un mes en el campamento, llegaron Gonzálo y Julia. Los vieron ir por la estrecha vereda y Carmen le habló a sus padres:

-"Dios Santo, pol ahí vienen esos dos y es pa aquí que vienen. Papi, por Dios, no lo malatrates pa que no se sienta mal".

-"Si viene a las buenas, -dijo él-, me encontrará a las buenas. Si viene a las malas; a las malas me encontrará. Muy bien me conocen ustedes y saben que a las buenas me arrastran por el pelo. Pero a las malas; no voy ni con Dios".

-"Ten calma, Luis, -le suplicó-, su esposa, que tó saldrá a pedil de bocas. No es tan fiero el león como lo pintan".

Ambos llegaron al humilde hogar y poniendo Gonzálo el pie derecho y Julia el izquierdo en la piedra que estaba a la puerta sirviendo de escalera, dijeron unísonamente:

-"¡Buenos días tengan todos!"

Un silencio sepulcral imperó por unos minutos dentro de la vieja casa. Los tres personajes se miraban y miraban hacia afuera demostrando estar asustados. Parecían tres ardillas acosadas por dos perros rabiosos dispuestos a devorarlas. Don Luis rompió el silencio golpeándolo con su voz cuando dijo:

-"Buenos días también pa ustedes. Entren si no van de prisa. No tengan mieo polque aquí no hay perros que muerdan".

Ambos entraron y doña Ana les ofreció sendos bancos cada uno en un rincón doña Ana y don Luis se sentaron en una banqueta. Carmen permaneció de pies cubriendo la entrada al cuarto único de la casa.

"Díganos qué quiere agora, Gonzálo, -exigió con autoridad don Luis-, creo que a algo impoltante hja venio".

-"Je venío, don Luis, -dijo Gonzálo sin atreverse a mirarle la cara-, a pedil peldón pol lo mal que me je poltao con ustedes. Estoy arrepentío de todo cuanto ja pasao".

-"De mi palte está peldonao jata que vuelva a cometer otra fechoría descará como la que cometió" -le aseguró don Luis.

-"Pol favol, Luis, no te alteres, -le pidió doña Ana-, que ja venío jumiyao".

-"Yo no acostumbro a perdonar vivos pero en este caso si Calmen lo peldona también yo lo jaré" -aseguró don Luis.

-"De mi palte está perdonado polque no ja pasao ná, -argumentó Carmen-, y si Wilfredo, quien viene yegando, está de acuerdo; la vida seguirá nolmalmente igual como siempre".

En esos momentos Wilfredo llega a la casa. Todos están de acuerdo en concederle el perdón y echar al olvido todos los agravios habido entre ellos. Gonzálo les prometió portarse bien con todos los habitantes del barrio y de tratar de ser hombre de bien.

-"Tan solo así como prometes, -le dijo Wilfredo-, te respetaremos y te aceptaremos conviviendo otra vez con nojotros. Pero tan pronto salgas de las casillas; te vamos a enviar al pote o sales de aquí con cuatro velas prendías mirándote pa los pies".

-"Lo prometo, Wilfredo, lo prometo, don Luis, -humildemente pronunció el joven-, y a usted lo respetaré como padre y a doña Ana como a mi madre. Carmen será pa mí como a una elmana ya que nuca tuve una. Me siento avelgonzao pol la falta que cometí pero ya pagué pol eya ante Dios y ante la sociedad".

Si alegre estaba Gonzálo por haber sido perdonado; más alegres estaban quienes lo perdonaron. El perdonar a quienes nos ofende; deja en el alma una sensación de paz, de tranquilidad, de amor infinito hacia todo lo que nos rodea. Esa sensación es el vehículo que nos transporta con seguridad a vivir en un oasis rodeado de todas las virtudes que el hombre necesita para vivir en un mundo de paz sin odiar y sin ser odiado. Es por eso que esa pobre pero humilde familia se sentían felices con sus almas repletas de paz y amor. No eran religiosos pero para perdonar no era necesario la religión. Bastaba sólo el amor puro y sencillo saturado de comprensión. Ya todo había quedado atrás envuelto en la sabana del olvido y con la cabeza descansando en la almohada del perdón.

Pasaron unos años y el progreso era notable en el Campamento Borinquén y en barrio El Manier. La carretera que empezaron a construir cerca de la Central San Francisco había sido conectada a la P.R. 116 en el lugar conocido por la Guardabarrera. Construyeron otra desde El Malecón de Guánica hasta El Tamarindo llegando a Ventanas cerca de Criollo. Otra desde el Campamento hasta La Ballena. Otra desde el Campamento hasta El Jaboncillo. También construyeron una desde El Manier hasta la finca de don Miguel y Las Cóbanas.

Empezaron un sinnúmero de nuevas brechas que condujeran a los lugares más importantes del bosque. Todos los caminos y veredas que antes del año 1933 eran intransitables por vehículos de motor ahora lo eran. Las jibaritas ahora vestían un poquito mejor y usaban zapatos. Carmen, como era natural, tenía dos pares de zapatos de a noventa centavos el par. Varias muchachas se habían casado, o brincado las mayas; con obrero s del campamento haciendo así nuevas familias. Había un equipo de baloncesto y celebraba desafíos con equipos de otros campamentos tales como Campamento Santana de Sabana Grande, Guajataca, de Quebradillas, El Yunque de Cayey y Guavate de Luquillo.

Había una escuelita para enseñar a leer y escribir obligatoriamente a todos los obreros porque la mayoría eran analfabetas. Los jueves celebraban un programa conocido como Jueves Social. En el participaban personas que tenían cierto grado de talento artístico bien fueran obreros o invitados. En ese Jueves Social se notaba muy claro el progreso que había tomado aumento en el Campamento Borinquén de las Tres C.

Una noche Wilfredo visitó a Carmen en su humilde hogar como otras tantas noches lo había hecho. Estaban sentados en sendos bancos en un rincón de la sala; don Luis y doña Ana permanecían sentados en una banqueta en otro rincón. La luz de las dos linternas era muy escasa y con el movimiento de la tibia brisa que entraba a la pequeña sala; se movía como bailando la

danza del sueño. El silencio dominaba el ambiente cuando don Luis le habló a Wilfredo diciéndole:

-"Quiero jablar muy en serio con usted, Wilfredo, pa sabel qué piensa en cuanto a los amoríos que dende jace unos cuantos años yeva con mi jija".

Wilfredo esperaba que de un momento a otro esa conversación se iniciara. Sabía que los padres de la época no permitían que sus hijas tuvieran novios durante mucho tiempo. A los ocho meses de estar pedidas o se casaban o se dejaban para siempre. En casi todos los casos; el novio no tenía dinero para los gastos de la boda y se robaba a la muchacha.

-"Diga usted, don Luis que le escucharé atentamente" -le pidió el muchacho.

-"Como usted sabe, Wilfredo, son muchos los años que jan pasao teniendo amistad con mi jija. Ya dambos se están poniendo viejos y pol tal razón deben casalse lo más pronto que puean. Creo que usted tendrá algún dinero guardao pa la boda" -le sugirió don Luis a Wilfredo.

-"Sí es cielto, don Luis, -le manifestó Wilfredo. Tengo unos reales y creo que son suficientes pa los gastos".

-"¿Cuandos más o menos podrían casarse?" -le preguntó doña Ana.

"No muy talde dentro de un mes, -le contestó Wilfredo. Me gustaría antes pero como ustedes saben; mis padres están enfelmos; debo esperal a que mejoren".

-"De manera que si no mejoran, ¿no nos casaremos?" -preguntó Carmen.

-"Lo jaremos, pero me gustaría que eyos estuvieran presentes" -le aseguró el novio.

-"Pues ya sabe que cuando usted este preparao; nos lo deja sabel pa que se jeche el lazo al cueyo" -le dijo su futuro suegro.

La novia soñaba con esa maravillosa noche tan deseada por toda muchacha por pobre que sea. Con orgullo le diría tan gloriosa noticia. Sus padres también estaban gozosos al ver que dentro de pocos meses su hija saldría de su casa vestida de blanco feliz y dichosa. Wilfredo, más alegre no podía sentirse al pensar que pronto se uniría a Carmen para siempre. No era un muchacho botarla y con lo poco que había ganado en el campamento era suficiente para celebrar una boda de pobres. Los cuatro personajes pensaban esa noche en la felicidad. Pero no pensaban que la infelicidad llega cuando más se disfruta de la felicidad. No pensaban en las cosas negativas de la vida. Esa noche también hicieron planes para ir el próximo jueves al campamento a distraerse unas horas ya que sería Jueves Social y allí pasarían un rato alegre escuchando música, viendo un juego de baloncesto, oyendo chistes y viendo peleas con guantes.

A la mañana siguiente Carmen no dejó una casa que no visitara para darle la noticia de su boda. Desde bien temprano salió de su casa y a todos los que encontraba; invitaba para que la acompañaran esa noche. También los invitaba para que fueran al campamento el próximo jueves. La mayoría recibía la noticia con placer y la felicitaban deseándole una luna de miel para toda la vida. Y otros hasta se burlaban sin que ella se diera cuenta. No faltó una que dijera: "Wilfredo tan joven y ya tiene dos chichones en la frente".

Llegó el jueves y a eso de las seis de la tarde un gran grupo de personas se reunió en Las Piedras. Las mujeres mayores y casadas estaban muy bien vestidas de acuerdo a su pobreza. Todas las muchachas lucían lindísimas con sus zapatos de medio uso y sus trajes ya veteranos pero bien limpios. Algunos muchachones no tenían zapatos pero sus mamelucos olían a limpieza. En el grupo estaban Sara, Luisa, Lisa, Julia, Carmen y doña Ana. Formaron pequeños grupos y se encaminaron hacia el campamento.

Al llegar al campamento había cuatro guardias de palito recibiendo a los visitantes. Uno de ellos era don Luis quien amablemente les indicó cómo visitar los diferentes lugares del campamento. Esa noche se llevaría a cabo un desafío de baloncesto entre los quintetos del

Campamento Guajataca y el Campamento Borinquén. Además había otras actividades sociales para el sano entretenimiento de todos cuantos quisieran observarlos.

Estando los seis amigos en la cancha observando el juego; se acercó Gonzálo a ellos. Ya éste había hecho las paces con Wilfredo y se tenían mucho cariño, Saludo cariñosamente a todos y luego se sentó al lado de Julia. Sara lo notó y en voz baja le dijo:

-"Parece que pronto tendremos segundas bodas en el barrio".

Gonzálo se intimidó y bajo la cabeza. Julia entonces contestó:

-"Gonzálo, no dejes que Sara te jaga coltal esmajaguas, contéstale".

El muchacho no tenía palabras en ese momento para salir de la situación en que Sara lo había metido. Lisa que no le gustaba hablar mucho le dijo:

-"Vamos Gonzálo, anímate, no seas bobo. Mira que siempre se come la uva el que está al pie del uvero".

-"Eso es cielto, Gonzálo, -le ayudó Luisa-, anímate que Julia está loquita pol ti".

Gonzálo entonces les suplicó que no hablaran en voz alta porque a sus alrededores había mucha gente y tendrían un mal criterio de ellas que eran hembras".

Carmen entonces habló:

-"Tan pronto telmine este juego; damos un paseito pa aprovechal el fresco de la noche que está divina".

-"Llévanos a vel la cueva de cal" -dijo doña Ana.

Mientras los baloncelistas corrían, brincaban y tiraban la bola; la muchedumbre aplaudía a un bando y abucheaba a otro. Los jóvenes aprovechaban la vocinglería para hablar de tal o cual tema sin que los vecinos escucharan. Termino el juego con un puntuación de ciento diez puntos contra noventa favoreciendo al equipo de Quebradillas. El gentío se dirigió entonces al salón escuela a disfrutar de una actividad artística.

En ese salón bailaban, cantaban, decían chistes y declamaban. En esa actividad participaban artistas aficionados, invitados y obreros del campamento. Además había un señor de nombre don Quimba que tenía un grupo de muñecos habladores que hacian las delicias de todos los presentes. Después que terminaban las presentaciones artísticas volvían a la cancha a presenciar el programa de peleas con guantes. Luego las personas se dividían en grupos. Unos se iban a sus casas y otros visitaban diferentes lugares. El grupo de amigos de Carmen se fueron con ella a la llamada Cueva de Cal. Todos entraron a la cueva menos Julia y Gonzálo. Estando afuera le dijo Gonzálo a Julia:

-"Julia, dende jace tiempo te amo en secreto".

La muchacha lo miró asombrada no queriendo darle crédito de primera intención a lo que había escuchado. En realidad deseaba escuchar esas palabras pero en ese momento creía que estaba viviendo un mundo de fantasía. Gonzálo; al notar que Julia no hablaba; le preguntó:

-"¿Me oyes, Julia? Te amo".

Entonces Julia no pudo dominar el silencio y contestó nerviosamente:

-"También yo a ti, Gonzálo. Con ansias esperaba este momento".

-"Te amo, Julia, te amo y quiero que seamos novios dende joy en adelante, -le suplicó Gonzálo. ¿Me aceptas como tu novio?"

-"Claro que te aceto, mi vida, -le afirmó enamoradamente la muchacha. Seremos novios dende hoy jata el día en que uno de los dos muera".

-"Bien, me jas jecho uno de los hombres más felices del mundo, -le habló Gonzálo a Julia. Esperaba esta oportunidad pa decilte que te quiero jata más aya de la muelte. Cuando estaba

preso; pensaba mucho en ti y yoraba maldiciéndome yo mesmo pol sel el único culpable de jabel peldio la libertá".

-"Dicen que los hombres machos no yoran, -le adelanto Julia-, pero yo no creo en eso".

-"Yo tampoco creo en refranes, -argumentó Gonzálo. Pero creo que el hombre que no yora en su momento propicio es polque no tiene buenos sentimientos. Polque no ama, polque no tiene alma, porque su cuerpo está vació. Vemos cuando un niño llora por jabel perldio su juguete preferido y comprendemos que ese niño esta comprendiendo la falta que le hace el juguete y jata los árboles lloran cuando la brisa sin piedad arranca sus hojas. Cuando las manos de un despiadado jiere su corteza, vielten sabia. Entonces diría yo que están yorando. Yo también yoraba pol ti al peldelte. Creía que nuca volvería a velte. ¡Es tan grato lloral pol el sel querío! Siente uno que a medida que las lágrimas brotan de los ojos como pedazos de cristal fundío el alma se yena más de beyos sentimientos. Cuando el hombre yora, es polque ja aprendio a amal".

-"Basta ya, Gonzálo, polque también siento deseos de lloral, -le suplicó Julia mientras de sus ojos humedecidos de ternura, amor y comprensión, salían dos gotas de cristal que humedecieron su rostro. Parece que estoy aprendiendo a quelerte".

-"No pues negarlo, me amas igual que yo a ti, -le aseguró Gonzálo-, y quiero que nos casemos lo más pronto posible. Aquí mesmo jaremos planes pa casarnos el mesmo día que Calmen y Wilfredo lo jagan".

Ambos se comprometieron quedando sellado un amor inquebrantable entre ambos. Para él, ya los días de soledad habían terminado quedándole por delante un futuro halagador y lleno de amor y cariño al lado de Julia.

-"No jablemos más de este tema, polque nuestros amigos se acelcan" -le sugirió Julia a la vez que le posaba una mano en la boca pa ajogal sus palabras".

Cuando sus amigos se unieron a ellos notó Carmen que estaban cogidos de las manos y cariñosamente le dijo:

-"¿Con que esas tenemos, veldad? Estaban cayaitos comiendo tamarindos. ¿No es cierto Julia?"

Julia no encontraba palabras para contestar a su amiga, para declararle que se habían comprometido para casarse. Sería mejor callar para evitar comentarios indeseables. Gonzálo habló entonces:

-"Calmen, aunque parezca increíble, Julia y yo nos casaremos pronto".

El grupo de amigos abrazaron y besaron a los nuevos novios deseándoles un mundo de buenaventura para toda la vida.

-"Gonzálo merece la felicidá, es un buen muchacho a pesar de tó, -declaró doña Ana-, era jora de que siguiera el buen camino. Agora tendrás que dejal las malas costumbres que a ningún sitio bueno lo conduce".

-"Mami, mami, no jables así, -le suplicó su hija-, que le jaces daño".

-"Parece que el ramo de flores blancas esta jaciendo bien, -dijo Luisa. El próximo día de San Juan tiraré al mal un saco de flores pa conseguil un novio".

-"Pero chica, -declaró Lisa-, si no tienes que esperal tantos años como Julia, te casarás ya jecha una vieja chocha".

-"No, tal vez, no, con tanto joven buen mozo que jay trabajando en este campamento, le será fácil conseguil uno, habló Sara. Ya uno me preguntó pol mi nombre y adonde vivía. Parece que le cai bien y no me quitaba la vista de encima".

-"Ya que Gonzálo no guardó el secreto, -dijo Julia-, les diré que nos casaremos la mesma noche que Wilfredo y Carmen se casen".

Charlando y haciendo comentarios celebraron como en familia el compromiso de aquellos dos jóvenes que a la luz de la luna y frente a la entrada de la Cueva de Cal se habían jurado amarse mutuamente hasta que el destino quisiera. Ya los visitantes se estaban retirando porque don Luis quien era el guardián de turno, había tocado la campana que indicaba que era hora de dormir. Era la una de la mañana. Los visitantes, alegres, y soñolientos después de haber pasado unas horas divirtiéndose de las actividades de un Jueves Social en el Campamento de las Tres C. se dirigieron a sus respectivos hogares.

Los obreros del campamento eran de diferentes pueblos y barrios y conseguían empleo por medio de un proceso que le nombraban "sorteo". Cuando el jefe mayor de nombre don Pedro Lorenzi, quería aumentar el personal, ordenaba poner anuncios en correos de pueblos cercanos al campamento. De esa manera llegaban obreros de diferentes pueblos y barrios al campamentos para probar su suerte. Esos anuncios daban a conocer la obra que se estaba llevando a cabo en el terreno que por muchos años fue conocido como Finca El Molino de don Jorge Mocenden y luego don Cancio Pérez. Antes de llegar gente a trabajar a ese bosque bajo el programa de El Nuevo Trato, bien poca o ninguna era la gente que iba a bañarse a las playas del pueblo de Guánica. Al haber más carreteras bien construidas, y más automóviles, se les era más fácil visitarlas. Los obreros llevaban a sus familiares al campamento los Jueves Sociales y los fines de semana y eso ayudó a que se fuera despertando el interés en las personas por visitar esas playas. El jefe principal, don Pedro Lorenzi, envió obreros a construir letrinas y barracas en El Tamarindo, Caña Gorda y El Jaboncillo. Eran hechas de madera rústica cortada en el bosque de Luquillo y techadas de ramas de cogollo, cortadas en el bosque de Guánica. De esa manera ya el progreso estaba dejando ver el lado negativo al rellenar con tierra, arena, y piedras el terreno de las salinas. Al ocurrir eso; se eliminó la pequeña industria de la sal y la jueyera más grande de esa comarca. Las jueyeras de El Lago Flamingo, La Atolladora, Los Conventos, Caña Gorda, El Jaboncillo y otras también tendrían su final muy pronto. Se puede hacer mucho para detener el progreso pero no se debe detener.

Un Jíbaro Soldado

Como apunté anteriormente, los acontecimientos que se originan en determinados, países, se reflejan los resultados en otros. Y es bien sabido también que las guerras enriquecen y empobrecen a las naciones. Enriquecen a la nación que gana y empobrecen a la que pierde. En el barrio El Manier, como también en otros lugares del universo, era increíble e imposible creer que una guerra que el señor Adolfo Hitler empezó con Austría del 11 al 13 de marzo de 1938, afectaría positiva y negativamente a los habitantes del mundo y especialmente a los jibaritos de nuestros campos. El egoísmo puede más que la razón y era por eso, que el señor Hitler, quien había sido soldado raso y luego cabo durante la primera guerra mundial en contra de Estados Unidos, ambicionaba ahora gobernar al mundo entero arrastrándolo a un holocausto como el león hambriento arrastra a su víctima a la cueva después de destriparlo. Este señor había sorprendido al mundo entero y mientras hablaba de paz secretamente se preparaba para la guerra. En pocos días había conquistado a naciones pequeñas indefensas tales como Austria, Finlandia, Checoslovaquia, Bohemia, Morovia, Polonia, y otras.

Viendo Estados Unidos que Francia e Inglaterra entraron en acción bélica; empezó a prepararse por un si acaso, como se dice en mi barrio. Estableció entonces el sistema de Servicio Militar Obligatorio para poner millones de hombres bajo las armas para luchar en contra de Alemania, o cualquiera otra nación en caso necesario. Ese sistema fue implantado en Puerto Rico.

Muchos fueron los jóvenes que trabajaban en el Campamento Borinquén que se inscribieron. La ley obligaba a enlistarse a hombres de dieciocho a treinta y seis años de edad. Gonzálo y Wilfredo estaban entre esas edades. A pesar de eso, la vida en el campamento seguía su curso normal con uno que otro cambio sin importancia. Habían construido nuevas carreteras, aumentado el personal. Celebraban los Jueves Sociales, a los cuales acudían mas visitantes. Había más camiones y enseñaban a guiar a todo el que quisiera aprender.

Mientras tanto a Gonzálo y a Wilfredo les tocó el turno de ir al pueblo de Guánica para inscribirse. Y así lo hicieron. Carmen y Julia se quedaron llorando como dos pendejas al ver que sus novios se enlistarían obligatoriamente para más tarde pertenecer al ejercito de Estados Unidos. Cuando llegaron del pueblo, todavía estaban esperándolos al final de La Cuesta Vieja cerca de la casa de Carmen.

-"¿Qué pasa que todavía están llorando como dos Magdalenas?" -les preguntó Wilfredo a las muchachas.

-"No sean tontas y güele jaibas, porque todavía no nos yevan a pelear, -le suplicó Gonzálo. Porque jayamos enlistao no quiere decil que ya semos soldaos".

-"Sí, pero algún día te yevarán y no te veré más, -dijo Carmen a Wilfredo llorando-, si eso sucede me muero de pena".

-"Le voy a prendel seis velas a la Virgen María pa que no pelmita que te yeven a peliar, -le dijo Julia a Gonzálo. No sé qué será de mí sin ti".

En esos momentos se acercaron a ellos Sara, Luisa, y Lisa. Cada una cargaba un latón de agua en la cabeza En el batey de la casa de Carmen había unas piedras altas las cuales usaban como sillas para sentarse en ellas cuando iban de El Cedro. Poniendo los latones encima de piedras, dijo Lisa:

-"Ave María, parece que se ja muerto alguien polque ustedes están navegando en un mal de lágrimas".

-"Mira Lisa, no se ha muerto naide, ni lo quieras, ni lo desees, pero tampoco vengas a critical, -le habló Carmen enfadada. Tú, como no tienes na que peldel, te da lo mesmo atrás que alante".

-"Me gustaría sabel pol qué yoran, -insistió Sara-, pa yo también jechalme medio latón de agua pol encima y decil que son lágrimas".

-"No te busles de las penas ajenas, Sara, -suplicó Julia-, es mejor que te vayes pa el carajo y nos fastidies más. Yoramos polque Wilfredo y Gonzálo se encribieron en el Selvicio Miliatal Obligatorio".

-"Ay, muchacha, si eso no es pa tanto, ya pronto tendrás un novio soldao. Ten cuidao que cuando lo vea vestío de caqui te lo voy a quital" -le dijo Sara a Julia.

-"Ustedes yoriquean pol pendejas que son polque pa ser soldaos; tienen que sabel leel y escribil; dijo Lisa y eyos no saben ni la jota".

-"Eso es falso, Lisa, -protestó Gonzálo. En el campamento aprendí bastante con el maestro don Pedro Curet. Mis notas eran de A y B en todas las asignaciones".

-"Las mías no eran altas, -añadió Wilfredo-, pero con lo poco que aprendí pueo pasal el examen si quiero".

-"Me gustaría que Wilfredo fuera soldao, -dijo Julia-, pa que Calmen cambie de polvenil".

-"Pues a mí no, protesto Carmen; de na valdría que yo queara con dinero y que a él lo maten en la guerra".

-"Yo no pienso igual, -alegó Lisa-, me gustaría tenel un novio soldao pa jechalmelas alante de mis amigas".

-"Estas muy mal, -declaró Lisa-, porque los jóvenes del barrio son analfabetas en su mayoría, y los otros saben poco de letra"

-"No me las jecho de guapo, -dijo Wilfredo-, pero si tengo que dil a la guerra, lo jaré con jonol, valol y orguyo de hombre y de jibaro puertorriqueño. Pelearé con la frente en alto ante el enemigo sin temol a peldel la vida".

En los momentos en que están reunidos dando rienda a su conversación llegan las amigas inseparables de Carmen y después de saludar; se unen al grupo y participan de la conversación. Gonzálo las acompaña con Julia cogida de una mano.

-"Pol lo que veo, jabrá bodas pol un tubo y siete alicates, con mucho tolniyos, -pronunció don Luis. Parece que pronto beberemos chocolate y comeremos gayetas".

Cuando una muchacha se iba con el novio, estaba nueve días encerrada en un cuarto sin dejarse ver de nadie. El único que la veía era su esposo. Esa costumbre la ejecutaban con dos propósitos. Creían que si alguien que no fuera el esposo la veía serían desgraciados en el matrimonio y que era una muchacha sin escrúpulos, fresca, que no tenía vergüenza porque antes de irse con el novio la había perdido. Después de los nueve días la primera persona autorizada para verla; era su madre. Si la madre no estaba, le correspondía ese honor a la abuela, una hermana o una tía. Entonces servían chocolate y galletas.

-"No crea eso, don Luis, -le contestó Julia-, que toavía es muy temprano. Nos casaremos pero cuando Gonzálo venga licenciao del Ejército".

-"Vaye que esperanzas vanas, -aclaró, Lisa-, Toavía no es soldao y ya estás pensando en el regreso"

-"Si es asi, no se casaran nuca, -añadió Luisa-, polque agora es que la guerra está empezando y según las noticias tendremos bombas como miyo".

-"No preparen el coco antes de paril la vaca, -habló Sara-, polque como se presentan las cosas, serán muchos los soldaos que mueran en los campos de bataya. Entre esos serán muchos los puertorriqueños que saldrán y no volverán".

-"No nos metan mieo, -pidió Gonzálo-, que Dios es bueno y tendremos la dicha de regresal con vida a nuestro barrio".

-"No impolta lo que pase, -añadió Gonzálo-, diremos con gusto y acabaremos con Hitler y con sus hombres".

-"Tengan cuidao que el que se jace de cuenta; lo ensaltan" -argumentó doña Ana.

Mientras los mayores hablaban en serio de los acontecimientos mundiales, la menudería se divertía de lo lindo corriendo y jugueteando entre los matorrales presentándole batallas campales a todos cuantos los observaban.

Doña Ana preparaba café negro y les servía con pedazos de coco seco. De esa manera pasaban muchos ratos de noches charlando como en familia.

Wilfredo trabajaba cinco días en el campamento y los fines de semana se iba a Yauco a pasar las noches con sus padres. Sábado y domingo visitaba de día a Carmen. Algunas noches se fugaba del campamento para reunirse en Las Piedras con sus conocidos. Gonzálo también lo hacía. Doña Matilde seguía con su deseo de no permitir que su hijo se casara con una pobre y menos con Carmen. Una visita que le hiciera su hijo un fin de semana le dijo:

-"Tengo entendío que te enlistates en el Selvicio Milital Obligatorio y que pronto te yamarán a examen. Dios quiera que no te aceten polque será la de yo morilme".

-"Es cierto, mami; me inscribí y pronto seré soldao. Diré a los campos de bataya, pelearé y si Dios lo pelmite; regresaré cubielto de gloria" -le dijo orgullosamente su hijo.

-"Cubielto de gloria, -interrumpió bruscamente don Miguel-, vaye que cubielto de gloria, será cubielto de plomo y reyenado de algodón polque esos alemanes están que se matan ellos mesmos".

-"Pol favol, papi, -suplicó su hijo-, no me desalientes, dame valor pa tenel tranquilidá y confianza en mí mesmo".

-"Te jas dejao dominal de esa muchacha y de sus padres, -protestó doña Matilde-, y has cogido sus consejos. No debites inscribilte pero como las mujeres como eya son locas con la ropa caqui, lo jicites".

-"No es así, como cres, mami, es un deber de tó ciudadano, que quiere a su patria. Si es un buen ciudadano debe defendela, -prosiguió Wilfredo-, y si muere por eya, debe jacelo con honol y valol".

-"Qué patria, ni que patria, -argumentó doña Matilde más rabiosa que una perra parida-, si nojotros no tenemos patria. Especialmente los hombres puertorriqueños no tienen patria y esto lo digo con pena y con razón. Patria tiene el hombre que es libre en un país libre y soberano. A ustedes los hombres se los yeven obligatoriamente a pelial a países etraños con gente que en na les jan ofendío. Aya defienden la liberta de un país que no es el suyo".

-"Basta ya, Matilde, -le exigió enfogonado su esposo-, no me saques de las casillas con tus cantaletas fuera de razón. Si los americanos nos ayudan y defienden es razonable que en algo les ayudemos. Pa evital que los alemanes nos ataquen en nuestro propio suelo; debemos jacelo en el suyo propio. Dejate de pendejás que si yo fuera joven me diba jata voluntario".

-"Hablas así polque no quieres a tu hijo, -protestó doña Matilde-, yo fui quien lo tuve nueve meses en mi vientre pasando la zarza y el guayacán corriendo de arriba a abajo ayudándote en la finca. Luego que lo tiré a mis pies, me sacrifiqué largos años cuidándolo jata jacelo un hombre. Y agora viene el maldito ejélcito americano a quítamelo de la falda pa ponélselo de casná a las tropas salvajes de Hitler".

-"No jablemos más de ese tema, mami, -le pidió Wilfredo-, que te pue jacel daño esa conversación".

Cada madre, por humilde y pobre que sea y no importando el color, raza, credo político religioso tiene derecho, deber y privilegio de por lo menos tratar de defender al fruto de sus amores. Y es precisamente lo que trataba de hacer doña Matilde. Los padres también tienen los mismos derechos, deberes y privilegios pero muchos, dejándose llevar por el instinto de ser machos, tienden a abandonar a sus hijos. Es por eso que oímos a muchos padres decir, cuando sus hijos tienen problemas: "según se metió, que salga, porque es un macho como su padre" sin cerciorarse que de macho, no está demostrando nada al no estar dispuesto a ayudar de una manera correcta a esa semilla que bajo unos minutos de placer depositó en el vientre de una mujer. El acto de tirar en el surco una semilla; lo hace cualquiera y sigue andando sin importarle si germina o no, si da fruto o no. Pero tirar esa semilla al surco negro de las entrañas de la tierra, cultivar ese terreno, cuidando de esa planta y hacerla crecer hasta dar fruto con ayuda de la naturaleza; son pocos los agricultores que lo hacen. Es por eso que a don Miguel lo mismo le daba al frente que en las espaldas.

Llegó por fin el día tan esperado por Wilfredo y Gonzálo aunque no tanto para Julia y Carmen. En un paseíto pasaron por el correo de Guánica y por las Oficinas de la Junta del Servicio Selectivo. En ambos había una lista de nombres de hombres que deberían presentarse al Campamento Buchanan para sufrir un examen físico y otro de inteligencia. Muy contentos dieron las noticias en el barrio. Unos las recibieron con alegría y otros con dolor. Entre los que las recibieron con dolor estaban Carmen, Julia, Sara, Luisa, Lisa y doña Ana. Posiblemente los muchachos se convertirían en militares.

-"¿Sabes una cosa, Calmen?" -le preguntó Wilfredo sonriendo.

-"No, no sé de que me preguntas" -le respondió Carmen.

-"Pues te diré, pa no dejalte pensativa. Gonzálo y yo estamos en lista pa dil a examen la próxima semana" -le declaró el futuro soldado.

-"Dios Santo no pue sel, -y se abrazó a él llorando-, no, no pue dil, me muero de pena. No pues dejalme sola".

Gonzálo le explicó a Julia y a sus amigas sobre la triste noticia. Y sin poderlo evitar lloraron todas juntas. ¡Qué alegría y que dolor ver llorar a muchas mujeres juntas!. No les quedaba otro consuelo que no fuera el de lloriquear y desearles mucha suerte. No podían evitarlo con lágrimas porque las leyes militares podían más que ellas.

-"Pronto tendremos dos soldaos en el barrio, -dijo tristemente Lisa-, los recibiremos con alegría cuando vengan vestíos de caqui y buenos mozos".

-"Si quieres un novio soldao, -le sugirió Lisa-, tienes que dil al campamento que jay al escoger. Yo también diré a probar suelte el próximo jueves social".

-"Mira, chica, la muchacha que se enamora de un soldao; será una desgracia, -aseguró Sara-, polque no podrá estar nuca con él. El hombre que ingresa al ejélcito; a los tres meses se lo yevan a los campos de bataya y no volverá vivo nuca. Mejol me enamoro de un carbonero sin zapatos".

-"Pa los gustos se jicieron los colores, -manifestó Carmen-, ca cual tiene derecho a enamorarse del hombre que le guste".

-"Siendo yo joven agora, -dijo doña Ana-, no me enamoraría de un milital pa no tenel que sufril tanto. Eso sería jartura pa hoy y jambre pa mañana".

-"El amol puro y veldadero no muere nuca. No impolta la distancia ni el tiempo; viviré amando a Julia jata que mueran" -le prometió Gonzálo a Julia.

-"El amol no esta en los lugares ni en la distancia, -adelantó Wilfredo-, y sí, esta en el alma y en el corazón".

Unos días antes de ir los muchachos a examen; Wilfredo recibió la noticia más triste de su vida. Alguien le notificó que sus padres murieron trágicamente en un accidente automovilístico en la Carretera Número 2 que conduce de Yauco a Ponce. Fue un golpe emocional muy fuerte para él. Ahora el muchacho quedaba solo en el mundo como queda un barco de papel en medio del Océano Atlántico sin tripulación en él. Carmen entonces pasaría a ser para el su familia toda además de esposa si era que lograba esa oportunidad. Con gran pena cumplió con su deber como hijo y como ser humano al darle sepultura a sus padres. El barrio entero lloro la trágica muerte de aquellas dos personas a pesar de ser indeseables en ciertos momentos; les ayudaron a matar mucha hambre al darle trabajo en su finca. "Cuando Dios no quiere; santos no pueden". Decían muchos al enterarse de sus muertes y tuvieron que consolarse con derramar lágrimas y asistir al funeral.

Wilfredo y Gonzálo fueron al Campamento Buchánan, Centro de Reclutamiento del Ejercito Americano en Puerto Rico. Eran muchos a los jóvenes que llamaban para sufrir el examen de ingreso en las fuerzas armadas de Estados Unidos. De cada pueblo llamaban de acuerdo a su población demográfica. De Guánica llamaban de quince a veinte hombres. Ambos pasaron los exámenes y pasaron a ser dos soldados más puertorriqueños que formaban parte del glorioso y aguerrido ejército norteamericano. Tres semanas estuvieron en entrenamiento antes de que le dieran el primer pase para visitar a sus familiares y amigos.

En el barrio corrían los comentarios de que habían sido aceptados y enviados inmediatamente a los campos de batalla. Otros comentarios decían que estaban entrenando en Panamá, Vieques, Culebras o en Carolina del Norte. Los jóvenes no tenían familiares en el barrio y bien poca era la gente que le importaba un pito que estuvieran peleando o en entrenamiento. Las únicas personas que se interesaban eran Julia y Carmen. Un día se encontraron solas y empezaron a contarse sus secretos mutuamente. Le dijo Carmen a Julia:

-"Julia, tú sabes que muchas veces me jas ofendío, pero sabes también que no te je gualdao rencol. Aun así siempre jemos sio buenas amigas y creo que lo seremos siempre. Tengo que decirte un secreto pero no agora".

-"Te pido peldón, Calmen pol tó lo que te jaya ofendío, -le contestó su amiga. De hoy en adelante, seré mejol contigo ya que tenemos los mesmos sufrimientos. De hoy en adelante yo sufriré más por Gonzálo y tú por Wilfredo, unos años de dolor y tristeza nos esperan".

La tristeza y el dolor unen a los pueblos grandes y pequeños del mundo. Cuando sufrimos también nos abrazamos a nuestros enemigos bien para pedir perdón por nuestras ofensas o para perdonarlos y ayudarles cuando están en peligro. Tal vez por esa razón las muchachas trataban de acercarse más amigablemente y olvidar las pequeñas ofensas habidas entre ambas.

-"Es cierto Julia, -aseguró Carmen-, fíjate que desgracia no ja caio encima a Wilfredo y a mí. Peldió sus padres y yo perderé a él. Me siento sel la muchacha más infeliz que pisa tierra".

-"También yo je sufrío, Calmen, -declaró Julia-, desde que lo encarcelaron je yorado mucho, por él. No lo jabía dicho a naide pol no dal el brazo a tolcel, pero agora te lo digo. Se me declaro desde antes de tener-la trifulca con tu papa, pero yo no le jice caso a pesal de que lo amaba. Nos veíamos a escondidas en el bosque cuando yo iba a buscar leña. Eso sí, jablabamos pero nuca le di el sí".

-"Ja cambiao mucho, -le aseguró Carmen-, y agora cambiará más. En el ejército aprenden mucho que en la vida civil no aprenden".

-"Tal como sea me gustaría que estuviera trabajando en el campamento cerca de mí, -habló Julia-, polque así no sufriría tanto. Si no lo sacan fuera de Puerto Rico me casaré pronto".

-"Tengo una corazoná de que esta semana vienen con pase" -declaró Carmen.

-"En este barrio no se saben noticias buenas pero las malas las saben tos. Tampoco los periódicos publican esas noticias".

-"La corazoná mía es más grande, triste, agobiante, y a la vez desvergonzá, -le declaró Julia a punto de volverse loca. Estoy tulbá y no encuentro que jacel".

-"Pero chica, -llena de amor de humildad y comprensión le habló Carmen. ¿Qué pasa? ¿Pol qué no te alegras? No pienses mal de Gonzálo, que vendrá. También me siento triste pero con buenas esperanzas de que el mío volverá".

-"No es por eso, Calmen, -dijo llorando la muchacha-, no es pol eso. Lo mío es muy grave. Fíjate, el que a hierro mata; se le yaga el día. Tanto que te critiqué en el barrio cuando tuviste el pelcance con Gonzálo. Y fíjate, yo fui quien pagó las cacas".

-"Pero mujel, ¿Qué pasa, pol qué esa explicación? ¿Pol qué te angustias tanto? -preguntó su amiga demostrándole ser más dulce que el panal de miel silvestre en puro verano. Ya te je peldonao y nuca te he odiao".

-"Lo sé y te lo agradezco. También le doy las gracias, -confesó la angustiada muchacha. El problema que me agobia es que fui débil y me rendí a él. Estoy agora navegando en el lago de lo más sucio del mundo. Fui suya en un momento de debilidá".

-"¡Julia, que jas jecho! -habló Carmen asombrada. No debiste de jabelo jecho".

-"Agora se enamorará de otra y me abandonara. Fui débil y fui suya, -dijo llorando copiosamente-, ya no tengo salvación. Y peol será si quedé yena de él".

-"A lo jecho, pecho, -le aconsejó Carmen-, lo que tienes que jacel es amarralte bien las pantaletas en su sitio y obligarlo a que repare el daño que te ja jecho casándose contigo. No seas tonta y no te mames el deo porque el que jaga el columpio que se lo jeche al hombro. Plántate en trenta y date a respetal".

-"Cogeré tus consejos, Carmen, pero guáldame ese secreto pa siempre, -le suplicó Julia a Carmen-, que de agora en adelante serás mi mejol amiga".

Demás está decir que es bien sabido que cuando una persona está en grave problema y quiere desahogarse de un sufrimiento, acude a aquel enemigo mas cercano o a quien más ha ofendido. También el que más ha despreciado. Ahora que Julia había metido las dos patas con todo y cadera iba en busca de consuelo y de desahogo a la amiga que tanto había vendido a un precio muy bajo, a un precio de baratillo. Pero siempre que el hombre o el animal enturbian una fuente de agua cristalina ella misma se aclara a medida que se pierde entre las raíces y hojas secas del bosque. Ahora Julia estaba humillándose y tratando de beber de la fuente de la comprensión que había ensuciado.

Por fin llegó la noche que tanto deseaban Julia y Carmen para ver a sus novios vestidos de soldado. En el barrio nunca habían visto a un hombre vestido a lo militar y muchos menos nacido en él. En Las Piedras había reunión como de costumbre y al verlos llegar todos se le abalanzaron encima saludándolos con un fuerte abrazo. Carmen y Julia los recibieron con besos, abrazos y lágrimas y se sentían felices. Los presentes los bendijeron deseándole lo mejor de las suertes para que no tuvieran que ir a pelear. Le pedían a Dios que les permitiera regresar sanos y salvos en caso de que fueran a pelear a tierra lejanas.

-"Me gustaría que no te sacaran fuera de Puerto Rico, Wilfredo, -le dijo Carmen a su novio mientras le quitaba el gorro militar de su cabeza y se lo ponía ella. Déjame ir a pelear por ti".

-"Mira que linda se ve Calmen con el gorro de Wilfredo" -le habló Julia a la concurrencia.

-"Parece una soldá" -y diciendo así le quitó el de su novio y se lo puso. La concurrencia entera se rió y celebraron la ocurrencia de ambas muchachas. Para todos ellos era una cosa muy grande, maravillosa y única en saber que el barrio había dado dos soldados. Los admiraban con

entusiasmo unos y otros hasta con egoísmo. Varios jóvenes sentían envidia al verlos acompañados de sus respectivas novias y vistiendo el vistoso y pulcro uniforme militar. Julia y Carmen se sentían orgullosas al ver que eran el centro de atracción y de alabanzas. Se sentían que no cabían en los trapitos que tenían encima.

-"Dime, Wilfredo, ¿Jata cuando te dura el pase?" -le preguntó Carmen a su novio.

-"El pase nos dura poco, -contestó él. El domingo nos vamos y no sabemos si volveremos".

-"Gonzálo, -le dijo Julia a su novio-, quiero que me escribas y me mandes un retrato pa tenel recueldos tuyos".

-"Esta bien Julia, -le aseguró Gonzálo-, te complaceré. Wilfredo y yo nos retrataremos juntos y les mandaremos dos. Si no volvemos, tendrán recuerdos de nojotros por muchos años".

Mientras tanto la guerra en Europa seguía en su apogeo, que si se ponía mejor; se dañaba. Las tropas de Hitler seguían matando soldados y civiles, hombres y mujeres, niños y niñas. Ya el mundo estaba disfrutando de una Segunda Guerra Mundial que parecía no tener fin mientras quedara un ser viviente con vida.

Las tropas Nazi invadían Dinamarca, Noruega, Holanda, Bélgica, y Luxemburgo matando cuanto ser viviente se les cruzara en el camino. Italia, por otro lado le declaraba la guerra a Francia, mientras Alemania lanzaba toda su fuerza aérea contra Inglaterra. Alemania, que había empezado la guerra siendo amiga de Rusia, ahora le declaraba la guerra y estaban sus tropas a punto de dominarla, pues estaban a ocho millas de Moscú, capital de Rusia. El Presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, cuya filosofía era "mejor votar un millón de pesos, que un hombre" se vio obligado a entrar en la guerra cuando el día 7 de diciembre de 1941, Japón atacó por sorpresa a Pearl Harbor y destruyó gran parte de la flota americana. El siguiente día 8, Estados Unidos le declaraba la guerra al Imperio Japonés. Aquí se hizo famoso el general americano, Douglas McArthur cuando dijo: "Volveremos".

Aquella guerra que se originó en Europa a tantas millas de distancia de el barrio El Manier estaba afectando directa o indirectamente a los jibaritos de ese barrio.

Al ser atacado Pearl Harbor por los japoneses, el Presidente americano ordenó cerrar todos los campamentos de las famosas y hospitalarias Tres C. El Campamento Borinquén de Guánica fue cerrado el viernes, 7 de diciembre de 1941. Al ser cerrado el campamento; todos los obreros se quedaron dando barquinazos. El ejército desmanteló los edificios de madera y ésta se la llevaron para el campamento militar de Tortuguero. Solamente dejaron en pie las bases de concreto armado, la cisterna de almacenar agua construida en 1909 por don Cancio Pérez y Alejandro Daporta Ayala por orden de don Cancio Pérez y el edificio de los jefes para ser ocupado por el guardabosque don Germán Ortiz.

-"Agora que cerraron el campamento, -le dijo tristemente don Luis a su esposa-, es que vamos a sabel aonde el griyo tiene la manteca".

-"No hay mal que dure cien años, Luis, -argumentó doña Ana. Dios no jizo boca sin pan. Dios dice "ayúdate que yo te ayudaré". En el campamento no jay trabajo, pero el bosque esta cubierto de álboles secos y verdes".

-"Maldita guerra, maldito Hitler, -pronunció Carmen-, maldito egoísmo de un hombre soñadol, criminal y salvaje. Tan felices que vivimos unos años, que na nos faltaba bajo nuestra pobreza. Y agora pol la brutal ambición de un animal que sueña con gobelnal el mundo entero, volveremos a vivil días de jambre, de miseria. Agora se llevarán a nuestros campesinos a pelear a tierras lejanas y quien sabe si algún día volverán. Se llevarán a mi novio y morirá muy lejos deseando vel a sus amigos y a su lao no estarán".

-"No jay que apurar, jija, -consoló don Luis a su hija-, ten valol, fe y esperanza en Dios que volverá. El hombre sabe dónde, cómo y cuándo nació, pero no sabe dónde, cómo y cuándo morirá. Lo que Dios nos tiene destinao; ni el diablo lo pue evital. En cuanto a pasar jambres; eso no nos coge de susto. Nacimos pasándolas y así moriremos".

-"Debemos dil preparando la jacha, el machete y la picota, -aconsejó doña Ana a don Luis-, pa dilnos al bosque a preparal carbón.

-"Y que agora subió de precio debió a la guerra y al campamento. Como casi naide lo hacía polque había mucha gente trabajando en el campamento; el saco se vende a medio peso".

-"El problema agora es, -interrumpió doña Ana-, que el gualdabosque es nuevo y es muy recto en sus cosas. Dicen de que vea a uno mirando un álbol; le mete una denuncia".

-"No es tan fiero el león como lo pintan, -protestó don Luis. Lo conozco bien y es buena gente. Es tan tratable, humano y comprensivo como don Oscar. Lo que sucede es que tiene que defendel sus jabichuelas polque también tiene jijos y comen".

-"Y si nos denuncia, que impolta, -añadió Carmen-, la cálcel no come a naide. No podemos dejalnos moril de jambre jabiendo de que jechal mano. No podemos cruzarnos de brazos ante los problemas negativos que la vida nos presente. El instinto de conselvación es muy grande y nos da valol pa luchar pol la supervivencia jata que Dios disponga de nojotros".

Las bombas que lanzó Japón en Pearl Harbor; se estaban dejando sentir en el barrio. Positiva y negativamente estaban afectando a todos y a cada uno de sus habitantes. Todos los artículos estaban subiendo de precio y se estaban escaseando. El carbón; por ejemplo, estaba a dos y tres reales el saco. El juez castigaba con medio de peso de multa al que acusara el guardabosque por robar leña y ahora lo castigaba con dos pesos si la leña era seca y cinco si era verde. La manteca estaba a peso la libra y solamente la podía comprar el rico. Al pobre le vendían un aceite para cocinar y al sentarse se le salía por el ano. Dondequiera que se sentara; dejaba la mancha de aceite. Los alimentos estaban racionados y los comerciantes vendían a sobre precio. Entonces surgió lo que le nombraban "El Mercado Negro". Muchos comerciantes pobres enriquecieron estafando a los consumidores. Muchos jibaritos del barrio se pusieron o, se lo pusieron, el uniforme del glorioso ejército Norteamericano. La familia que tenía un miembro en el ejército, tenía la comida segura aunque fuera poca. Las otras familias tenían que irse al bosque a escarbar las raíces de los arboles caídos y a quemarse el corazón con el polvo y humo caliente de las carboneras para conseguir unos granos de arroz cubierto por los gorgojos. Eran tantos los gorgojos que tenía el arroz, que una persona cogía un grano y al halarlo, podía vaciar el saco porque estaban atados unos a otros los granos por el material que producen esos animales. La harina de maíz era amarga y al echarla a la olla, flotaban los gorgojos. La sal que se usa tan poco, también estaba escasa. Varias familias iban a El Tamarindo a buscar agua del mar para salar los alimentos. Tal era la situación que estaban viviendo los habitantes de El Manier por haberse iniciado la Segunda Guerra Mundial.

Mientras Carmen, don Luis y doña Ana hablaban quejándose de la miseria en que vivían; llegaron Gonzálo y Wilfredo. Los recibieron como siempre. Con cariño, amor y comprensión.

-"Vengo a decirles adiós a los muchachos, porque pronto me voy para la guerra, y aunque voy a pelear en otras tierras, voy a defender mis derechos, mi patria y mi fe".

Así cantaron los dos militares al saludar a don Luis y a su familia. Carmen, abrazó llorando a Wilfredo al escuchar los tristes versos de aquella canción que estaba de moda en aquellos días. Luego abrazó a Gonzálo fuertemente como queriéndole decir que lo perdonaba sinceramente una vez más por todo el mal que trató de hacerle.

-"¡Wilfredo, qué tristeza tiene hoy toa mi alegría! Mi felicidad está rebosando infelicida. Sé que te vas tal vez pa no estal aquí jamás". Y estrechada contra su pecho lloró copiosamente la partida de su novio. El militar también lloro porque no solo lloran los niños ni las mujeres idiotas. Todos los seres vivientes de ambos reinos lloran cuando el dolor y la alegría hieren sus almas.

-"Mira Gonzálo, ahí vienen Sara, Lisa, Luisa y Julia a despedirlos. Parece que le tocaron pito" -dijo Carmen asombrada.

Las muchachas los habían visto llegar a casa de don Luis y quisieron decirle, quizás, el último adiós. Al llegar, todos, se abrazaron en un solo y emotivo abrazo. Por minutos estuvieron en un silencio profundo. Solo sus pensamientos y corazones hablaban mudamente en silencio. ¡Qué alegría la de saberse triste!.

-"¡Que tristeza la de saberse alegre!" Julia quebró el silencio y en sus labios se movían las palabras como lo hacen los microbios en un pantano de agua.

-"Gonzálo, presiento que este es nuestro último encuentro, -dijo Julia sollozando. El destino nos ja sio cruel y nos separará para siempre".

-"No yores, Julia, -le aconsejó Gonzálo-, ten fe y esperanzas que nuestra suerte no pue sel tan fatal".

-"Estoy resigna a sufril por Wilfredo y sé que volverá, -la conformó Carmen-, en estos momentos tenemos que sel fueltes y pol más que suframos debemos darle valol y confianza pa que triunfen. No seamos cobaldes".

-"Así me gusta, -añadió Wilfredo-, den a demostral que son valientes y que saben enfrentalse a la tolmenta con la frente en alto".

-"Yo soy un viejo, -aclaró don Luis-, y si me yaman del ejército diré con gusto. Es más, si me presentan a Hitler frente a frente; le arranco el bigote pelo a pelo y se los pongo a la perra debajo del rabo aonde le jacen falta pelos".

Todos celebraron el chiste de don Luis mientras decía su esposa.

-"Como eres tan valiente, Luis, necesitas un batayón pa ti solo. Pero ese batayón tiene que sel de soruyos asaos que parezcan nenes envueltos con gandures secos y mondongo de res".

-"¿Cuando se irán fuera de Puerto Rico? -les preguntó Sara; ¿aonde los llevarán?"

-"No sé, no sabemos todavía, -le contestó Wilfredo-, sólo sabemos que tenemos el último pase. Cuando se venza, saldremos de la Isla con rumbo desconocío".

-"¿Como que con rumbo desconocido? -preguntó curiosamente don Luis-, sin rumbo caminan los pavos locos".

-"No es que sea precisamente con desconocío, don Luis, -contestó Gonzálo-, es que el ejército tiene secretos militares que no deben sabel soldados con rango bajo. Solamente los generales saben esos secretos".

-"¿De manera que a ustedes los empujan a peleal así a lo culo de vaca sin saber aonde ni en contra de quien pelean? -preguntó Don Luis. Eso es algo así como tirar un ganao a cruzar a nado la bahía de Guánica".

-"Peldonen que meta la cuchara en caldero ajeno, -se interpuso Luisa-, pero creo y no lo digo yo, sino las pelsonas que jan leio mucho y que son millones de veces más inteligentes que yo, que el ejélcito americano ha sido y es el ejélcito más inteligente y mejol preparao que ja jabio en el mundo a través de toa la historia bélica de tos los tiempos".

-"Eso es veldad, -le ayudo Lisa-, y lo confilma la historia. Estados Unidos nuca ja peldío una guerra aunque jaya peldío batayas. Y agora con unos cuantos soldaos de nuestro querio barrio

Manier, menos pelderá la Segunda Guerra Mundial. Así que, ¿quién dijo mieo muchachos? Pa' lante que no se muere na. El que tenga mieo de morir; que no nazca".

-"Yo pues, -dijo don Luis-, me conformaré con cantal esa canción que esta de boca en boca que dice:

Se van todos los muchachos
y las muchachas se quedan
y nosotros los viejitos
haremos lo que se pueda"

-"Ya es muy talde pa eso; Luis" -le dijo su esposa.

Tristes se retiraron los jóvenes de aquella reunión de amigos y familiares. Con un adiós muy sentido se alejaban de su barrio, de su gente tal vez para no volver jamás. ¡Que hiriente y desgarradora es la despedida de un ser querido! Cuando eso sucede; el alma queda vacía. Carmen y Julia eran las personas que más sufrían la partida de aquellos jóvenes que se alejaban del barrio para luchar por la libertad de millones de personas que nada tenían que ver, con el egoismo de un hombre sediento de poder y fama. Julia llamó a Carmen a solas y le dijo:

-"Mira Carmen; que desgracia soy. Me yevan el novio, o mejol dicho, mi esposo, pa la guerra y parece que estoy yena".

-"Muchacha, cómo será posible, -dijo sorprendida Carmen poniéndose ambas manos en la cabeza-, jas cometio la locura de tu vida, Julia. ¿Cómo sabes que estás embarazada? ¿Quién te lo dijo?"

-"Me daban mareos, vomitaba y la comía me sabia mal, -le aseguró Julia-, fui a la curandera del barrio y me dio un santiguo. Me dijo que estoy preña al yo decirle que no tengo el periodo. Me preguntó a quién le fie la comprita y tuve que decirle a quién. Calmen, eres mi mejor amiga, aconsejame que debo jacel para pasl este trago amalgo".

-"¿Gonzálo lo sabe? -le preguntó Carmen. Lo único que pueo jacel es aconsejalte que te cuides bien pa que tu hijo nazca normalmente bien".

-"No, no lo sabe polque no tuve la opoltunidad de decírselo antes de dilse. Tampoco me daría la cara, -contestó Julia.

-"De la mesma menera que te dio la cara pa plantáltele; te debe dal pa enfrentalte al problema con valol. Ese niño que tienes en el vientre; no tiene la culpa de tus pocas velgüenzas".

-"Esta bien, Calmen, pero no me maltrates así" -suplicó Julia.

-"No, si no te maltrato, -le aseguró su amiga-, te digo la vida. Agora tienes que escribirle a Gonzálo y decirle que vas a tenel un jijo suyo. Tiene que reconocéltelo a la buena o a la mala".

-"Me dará velgüenza, Carmen; mucha velgüenza, cuando la gente del barrio me vean con la barriga a la boca" -dijo Julia avergonzada.

-"No te debe dal ninguna pol mani suelta que fuiste con ese desconocío. Demasiao sabías lo agusao que es. Agora tienes que dalte a respetal con él pa que te reconozca ese barrigón o barrigona que vas a tenel".

Mientras Carmen le hablaba; la muchacha miraba al suelo para que sus miradas no se encontraran con las de su amiga. Si Gonzálo moría en los campos de batalla sin tener conocimientos de que Julia le habia dado un hijo; moriría con la pena por no haber sido precavida con anticipación. Había cometido un grave error y lo pagaría con sufrimientos.

El barrio sufrió otro golpe irreparable cuando la única finca que había y que estaba produciendo dejó de hacerlo. El dueño de la finca Las Cóbanas que lo era el señor Rafael

Gutiérrez; desde varios años atrás estaba tratando de hacer negocio con el gobierno. El Departamento de Agricultura y Comercio, quería eliminar a las fincas del bosque para tener un solo cuerpo montañoso. El gobierno le cedió doscientas cuerdas de terreno a cambio de su finca de la misma cantidad de cuerdas. Su nueva finca era ahora colindante con el barrio El Ceboruco al Norte, el bosque del gobierno al Sur, al este estaba terreno de los americanos y también al Oeste. Al ser fundada la Autoridad de Tierras de Puerto Rico, ésta se apoderó de la mayor parte de los terrenos que tenían los americanos. En el Ceboruco había doce casas y en el terreno desocupado, pastaban las mulas y bueyes de los americanos. Al apoderarse el gobierno de esos terrenos; lo regaló en parcelas a los pobres que trabajaban en los cañaverales. De esa manera nació el bien conocido, populoso y progresista barrio La Luna de Guánica. Es que las guerras también hacen cambiar la población, la geografía, demografía, ortografía y hasta el clima de las naciones así como también la topografía. Al gobierno ceder esos terrenos para parcelas residenciales, los habitantes del barrio Manier, se mudaron con sus viejas casas y hasta con la cabrita que tenían. El Manier había desaparecido para siempre y el nombre de El Ceboruco desapareció del mapa de Puerto Rico.

El Progreso Había Llegado

Viviendo ya en La Luna los personajes principales de esta historia; vivían un poco mejor. Muchos eran los hombres que estaban en las fuerzas armadas de Estados Unidos. Sus familiares recibían un cheque mensualmente y cada soldado; otro de veintiún pesos. El progreso, aunque lento; estaba llegando. La familia que no tenía miembros en el ejército progresaba indirectamente. Doña Ana, Carmen y sus amigas se alquilaban a trabajar con las familias que podían pagarle algunas pesetas.

-"Hay una señora nueva en el barrio, mami, que me va a dar toa la ropa de su familia pa que la lave y la planche, -le dijo Carmen a su mamá. Con el dinero que me gane, te voy a compral una estufa de gas que cuesta siete pesos y medio".

-"Es buena idea, jija, -aceptó la mamá-, pero tendrás que estal trabajando seis meses pa reunil esa cantidad de dinero".

-"No, que va, me pagará trenta centavos la docena de ropa lava y cuarenta planchá. También te conseguiré ropa pa que ganes algo, -le aseguró Carmen. Y Más talde podemos conseguil pa compral un radio de baterías que se consiguen a veinticinco pesos".

-"Compral radio de baterías es votal chavos, -le explicó doña Ana-, debemos esperal a que pongan luz en el barrio y será mejol".

-"Esperando que pongan la luz, nos morimos de viejas y no nos alumbramos con eya" -aseguró Carmen.

-"No vayes tan lejos nena, que también pronto nos pondrán agua potable" -aseguró doña Ana.

-"Eso quiere decil, -añadió don Luis-, que vamos en progreso. Nos pondrán agua y luz pa no estal sin bebel como los cabros, sin bañarnos como los puercos y sin luz como los múcaros. Y lo que es más impoltante; el gobierno firmará una Ley de Salario Mínimo que obligará a los patrones a pagar un peso con veintiún centavo por ocho horas diarias de trabajo. Con esa ley, los patronos no puen obligalnos a trabajal más de ocho horas al día. Y a los que trabajamos con la Autoridad de Tierras; nos darán un bono en diciembre de acuerdo a lo que jayamos ganao".

En hablando así, llegaron las amigas de Carmen más alegres que un Domingo de Pascua. Las muchachas habían ido al pueblo y encontraron cartas para Julia y Carmen.

-"Calmen, adivina lo que traigo pa ti, -le dijo Julia a su amiga. Te traigo una solpresa".

-"No pueo adivinalte polque no soy adivina, -le contestó ella. Dime qué es lo que me trais".

Y sacándola del seno, le entregó la primera carta que le escribiera Wilfredo desde algún punto desconocido. La tomó en sus manos y después la llevó a su boca para besarla como si hubiera sido una inofensiva paloma blanca. Luego la estrechó fuertemente en contra de su pecho virgen. Lloró hasta que los manantiales de sus azules ojos quedaron secos. Julia le dijo entonces.

-"Yora, Calmen, que yo yoré más. Leí la que me escribió Gonzálo y je yorao tanto, que jata los palpados tengo jinchaos" -dijo Julia próxima a lloriquear.

-"Pol eso yo no me enamoraré nuca de un soldao, -adelantó Sara-, pa no tenel que sufril tanto. Es un negocio flojo el que una muchacha tenga el novio tan lejos y sin sabel cuando yegue".

-"Yo pienso diferente, -argumento Lisa-, le estoy jechando el ojo a un trigueñón que es nuevo en el barrio y estoy segura que me quedare con él".

-"Agora yo me quedaré sin ninguno, -se quejó Luisa-, polque el muchacho que estaba picaito de mí, al cerral el campamento se fue y no lo veré más".

-"Demasiao jóvenes buenos mozos están yegando a La Luna, -le sugirió don Luis. Lo que tienes que jacel es menearle el rabito como jacen las perritas cuando se acercan a las personas buscando cariño".

-"Sí, pero que no se baje mucho polque el que se dobla mucho; se le ve el fondiyo, -le aconsejó doña Ana. Esos soldaos vienen viraos como el tiburón jambriento y a la muchacha que cojan mal pará; ya tú sabes. Y luego, a Dios que reparta suertes. La muchacha debe cuidalse del hombre pa que la respeten. Deben comprendel que hay muchos picaflores que lo que quieren es cogel y dejal. A muchas las dejan yenas y dispués no saben ni quien es el pai".

Julia se atemorizó tanto; que deseo desaparecer para siempre del barrio al oír a doña Ana hablar de un tema que odiaba pero que la rodeaba desde varios meses atrás. No se alejó pues la curiosidad de saber qué le decía Wilfredo a Carmen era extremadamente grande. Como amigas se contaban sus secretos no importándole cuan privados fueran. Creía que Carmen le había dicho algo acerca del error que cometió con Gonzálo. Por más que tratará de evitar que el barrio entero lo supiera; tarde o temprano saldría a la luz pública porque no se puede tapar el cielo con la mano. A eso específicamente era que Julia le temía. Pensó entonces quedarse y esperar que sus amigas se fueran, que doña Ana y don Luis se acostaran para averiguar con su amiga sobre el secreto. Así que dijo a todos los presentes.

-"Leí la caltita de Gonzálo y me dice muchas cosas lindas pero muy tristes. Me dice que está en una Isla del Caribe que se parece mucho a Puerto Rico. Que han muchas aves silvestres y domésticas de las mesmas que hay aquí. Además me dice que a pesal de que está acompañao de tantos compañeros se siente solo Los jabitantes de esa Isla no jablan español. Pasan las semanas entrenando en bosques y dice que casi no se bañan ni se afeitan. Echa mucho de menos a los amigos y al barrio. Les envía muchos saludos y recueldos a tos y a mí me dice que nos casaremos tan pronto regrese".

Carmen, por su parte no había leído la suya y no quería leerla para que no se enteraran de ciertas cositas que se dicen los enamorados.

-"Leeré la mía alante de ustedes, -dijo Carmen-, pero cuando vea que hay cieltas palabras, no las leeré en voz alta".

-"Eso es, Calmen, -dijo la madre-, leela en secreto como hizo Julia y nos dices.

Carmen entonces obedeció a su madre y leyó la carta en voz baja. Sus amigas la miraban admiradas y no sabían si estaba o no, leyéndola porque no había ido nunca a la escuela. Varias personas del Manier nunca habían ido a una escuela pero escribían y leían muy bien porque personas que sabían un poco, les enseñaban.

-"Miren, me dice más o menos lo mismo que dice Gonzálo en la suya, -les anunció Carmen-, con la diferencia de que pronto lo trasladarán a Panamá. Me jabla de algunos secretos de amol pero esos no se los cuento a naide".

-"Vámonos, que tenemos que laval y planchal mucho" -les dijo Lisa a Sara y a Luisa.

Don Luis se fue al bosque a buscar una poca de leña, doña Ana se puso a remendar unos guayucos y Julia y Carmen se pusieron a comentar sus secretos amorosos para consolarse un rato.

-"Julia, debes escribirle a Gonzálo y decirle toa la veldad" -le aconsejó Carmen.

-"¿Veldad de qué Carmen?" -preguntó Julia.

-"¿Cómo que de que?" -insistió Carmen.

-"Me dijiste en días pasaos que estabas encinta de Gonzálo. ¿Es cierto eso?"

-"Jay personas Calmen es que me siento tan contenta al recibil su carta; que se me jabía olvidao, -declaró Julia. Si, es cielto, ya siento, ya siento que me brinca algo en el vientre y la barriga la tengo un poco más grande. No se nota mucho polque me pongo trajes anchos".

-"Te pongas trajes anchos o no te pongas, Julia, algún día, la gente lo sabrá menos Gonzálo que es su padre. Lo que tienes que jacel es notificárselo a Gonzálo, -le aconsejó su amiga. No

esperes más, no sea que más talde al saberlo dude de ti. Que no vaya a creer que no es jijo suyo. Yo en tu lugar se lo hubiera dicho antes de ingresal al ejélcito y lo jubiera obligao a casalse conmigo. Agora si le da la gana de negal que te debe la compra, y que ese hijo no es suyo; te jas podio fastidial pol mani suelta que fuiste con él".

-"No sé, Calmen que jaré, estoy yena de velgüenza, no sé si me creerá o no. Le escribiré y se lo diré pero creo que no lo creerá. Me ja dicho que no tiene confianza en mujeres y menos en las que se quedan solas cuando el marío se aleja. De toas maneras lo sabrá pero tengo mieo".

-"Según no te dio velgüenza pa plantaltele, tampoco te debe dal ninguna pa aguantal esa criatura nueve meses aentro. Los jijos no tienen la culpa de las balbaridades que cometen los padres, -le advirtió Carmen. Agora tienes que sel más responsable que al principio pol el bien de tu jijo".

-"Ya tengo pensao lo que jaré en caso de que Gonzálo me lo niegue, -articuló Julia-, y eso si que no fayará".

-"¿Qué piensas jacel? -le preguntó su amiga. ¿dil a la colte, a la Junta de Servicio Selectivo pa que te lo reconozca?"

-"No, nada de eso jaré, -contestó la muchacha un poco enfadada-, la Curandera me dice que tiene un remedio pa eso que no faya. Hoy mesmo que lo necesite, lo tengo".

-"¿Qué remedio es ese? -preguntó Carmen asustada. Ten mucho cuidao con lo que vas jacel, no intentes meter las patas otra vez".

Al nombrar la Curandera se recordó Carmen de los trucos malignos y acciones criminales de esa persona. En el barrio El Manier, como en casi todos los otros barrios de Guánica por lo menos había una persona que era Espiritista. En el barrio La Alianza había tres, en el Manier había uno y era hembra. En el barrio María Antonia, había dos. Las gentes de otros barrios estaban llegando a La Luna y ahora había más de ocho Espiritistas. Estas personas celebraban reuniones para que los muertos se comunicaran con los vivos. Los espiritistas hacían trabajos para bien y para mal. A estas personas también las llamaban Curanderas. Las mayoría de las personas creían más en ellas que en los doctores. Por eso cuando Julia sintió ciertos síntomas, en vez de ir a un médico, fue a la Curandera de barrio. En un caso como el de ella; si no quería tener el hijo; le daba a tomar un guarapo de ciertas yerbas para matar a la inocente criatura en el vientre de su madre. Esa acción criminal provocaba entonces el aborto. Esa Curandera era experta preparando esos guarapos. Los ingredientes que usaba eran los siguientes: Cáscaras de alvarado, de almácigo blanco, de tuatúa, de sábila, de barbasco, de mangle de mar, de yuca y de corazón. Esos ingredientes los molía todos juntos y los hervía en un latón. Luego ponía el jugo tres noches al sereno y ya estaba listo para que la mujer que quería votar un muchacho; se lo tomara. La mujer en cinta que se tomara ese té; si no abortaba; reventaba como una chicharra de tanto cantar. Por eso Carmen al oír que Julia le nombró a la curandera se puso rabiosa y le dijo:

-"Te aseguro, Julia, que si te veo visitando o jablando en cualquier lugar con esa Curandera, voy al cuartel de la polecía y le doy la queja a los guardias. Creo que estás ideando matal a ese nene que tienes en el vientre. Que no se te ocurra tal cosa polque vas a pagal con tu vida".

-"Pero Calmen, comprende mi situación, lo triste que es. Voy a tener un jijo sin padre, dijo llorando la muchacha. ¿Que dirán las pelsonas cuando lo sepan?"

-"Sin padre no, carajo, -gritó Carmen. Ninguna mujer quea preñá si no se le mete abajo a un hombre. Las almoas ni las sábanas preñan. Y no me jagas jablal polque sabes que soy más clara que el agua yuvia. No seas sanana y enfréntatele a la vida y a tus problemas como una mujel jecha y derecha que eres. Si Gonzálo no te reconoce el hijo, olvídate de eso y jaz las cosas como Dios manda. Nacite sin Gonzálo y jas vivio bien, pero ese jijo nacerá de ti y tienes que cuidarlo.

No te vuelvas una pava loca y no intentes matar a tu jijo. Si está de Dios que muera en tu vientre, es bien pero no lo jagas tú. Y arrecuerda, óyelo bien Julia; ese niño tiene que nacel aunque explotes como una sapa preñá".

-"Pero, Calmen, es que tu no eres la que vas a sufril por mí. Tampoco vas a pasar velgüenzas por mí" -le contestó Julia.

Carmen estaba ya saliéndose de sus casillas al ver que Julia no aceptaba los consejos que le daba. Las gentes del Manier eran muy sinceras y les decían la verdad desnuda del más lindo cuando tenían que hacerlo. Tenían, además un vocabulario autóctono muy singular y en su momento dado, lo disparaban y se quedaban mas frescas que una tisana de magüey. Con Carmen no podía haber excepción y por eso le hablaba a Julia con más claridad que una luna llena.

-"Claro que no voy a pasal velgüenzas por ti, -le dijo entonces-, polque no fui la que me di el gustazo. Si aquella vez que trató de abusal de mí, lo jubiera lograo, y yo jubiera quedao encinta; con valol y velgüenza jubiera tenio el jijo y lo estuviera criando polque el no tendría la culpa de que Gonzálo me lo jubiera jecho. Así es que agora tienes que aguantal como una burra".

La idea de Julia era nada menos que hablar con la Curandera para que la hiciera abortar. En el barrio nunca se había dado un caso de aborto. Sin embargo, de otros pueblos y barrios visitaban a la Curandera para tal propósito. La fama de ella corría por muchos lugares y Julia viviendo tan cerca, lo sabía y quería deshacerse de aquel amor oculto que en su vientre daba señales de vida. Carmen, dando mas señales de humanidad y menos de criminalidad estaba dispuesta a evitar que su amiga cometiera una locura.

-"No me trates mal, Calmen, -le suplicó Julia llorando. Me diré del barrio y naide sabrá en onde estoy".

-"No tienes que dilte polque la calentura no está en la sábana, -le aseguró Carmen-, sino en el cuelpo. A onde que vayes tu hijo estará contigo como mancha imborrable. Así que olvida esa idea y dedícate a trabajal alquilá por ahí pa que cries a ese barrigón que vas a tenel".

Con un "veré a ver qué hago se retiró Julia de su amiga". Carmen estaba decidida a denunciarla a la policía en caso de que cometiera un crimen en contra de su hijo. Estaría pendiente del comportamiento de su amiga y la ayudaría en todo lo que pudiera para que no se sintiera sola y abandonada.

El progreso seguía en el barrio La Luna con todo su esplendor. Las muchachas y hasta las viejas; se cortaban aquella larga y preciosa trenza de pelo que cubría sus espaldas y se daban un permanente que le costaba cinco pesos. No largaban los zapatos de sus pies. No iban a El Cedro ni a las bombas, ni a las cacimbas a lavar ni a buscar agua. Tampoco iban al monte a buscar leña para cocinar. Los carboneros ya no hacían carbón. En el barrio había luz eléctrica y agua potable. En las casas había radio de baterías y estufa de gas líquido, por lo menos en las que todavía no tenían luz. Había una gallera en la finca del señor Gutiérrez en la cual se amanecían bailando los fines de semana. El barrio El Manier había desaparecido para siempre pero sus habitantes viviendo ahora en otro terreno se sentían dichosos y tranquilos. Al terminarse el barrio y al llegar el progreso, muchas costumbres, tradiciones, supersticiones y refranes estaban desapareciendo. Al morir los ancianos, sus hijos no mandaban ni pagaban promesas. El güiro y el cuatro dejaron de producir aquellos ruidos ensordecedores que a las tres de la mañana molestaban a los que dormían y los hacían tirarse de sus hamacas al levantarse del catre al son de un seis chorreao. Adiós mi gente y la cultura de mi barrio".

El progreso se palpaba hasta en la brisa al respirar porque en las casas ya no había aquel humo de leña que inundaba el ambiente anunciando que en el fogón se estaba cocinando una olla de

harina con bacalao y habichuelas. Era tan progresista el progreso que las playas del El Jaboncillo, Caña Gorda y El Tamarindo se llenaban de gente los domingos. Ya de muchos pueblos acudían a ellas para disfrutar de ellas y de sus frías y cristalinas aguas. Con la visita de tanta gente, iban desapareciendo los cangrejos y los uvos en esas playas. Pero el progreso no se debía detener aunque hiciera daño a la flora y fauna de nuestras playas.

-"Agora que tenemos nuestra estufita de gas, -le dijo Carmen a su madre-, podemos vivil más limpios y la ropa dura más polque no jay que lavala tanto".

-"Si jija, es veldad, -le contestó su madre. Las paredes no se ensucian tanto como cocinando con carbón y leña. Agora estamos en las papas. Y jablando de cada cosa un chavo como las locas, Calmen, je notao que Julia está más golda que cuando estábamos en El Manier. Parece que no le jace falta Gonzálo. Veo que toas las taldes se empotriya y jata canta como si tal cosa. En cambio a ti que agora trabajas menos y comes más y mejol, te noto más flaca".

-"Jay mami, tú no sabes de la misa la mitad, -le aseguró la hija. Y seria mejol que no la supieras. Si te cuento no acabo".

-"Jija, será tan grave el problema que te pones tan nerviosa. Vamos, dime que quiero sabel, no me dejes con las ganas".

La hija entonces se esplayó traicionando entonces a su amiga. Le había prometido guardarle el secreto por una eternidad pero tratándose de mujeres es imposible que una promesa de esa índole se cumpla literalmente. En algo tenía la muchacha que desquitarse de la mala fama, que como semilla de pica pica, sembró su amiga en el barrio cuando fue atacada por Gonzálo. Aunque Carmen no era de esas muchachas vanidosas de barrio pobre que le gusta reírse del dolor ajeno; tenía güayucos de donde cortar andrajos y arropar con ellos a su amiga. Pero no lo haría públicamente con todos los que encontrara a su paso. Solamente a su madre se lo contaría si ésta le juraba de rodillas que no echaría a volar de boca en boca el secreto como una viajera y errante golondrina en el mes de abril".

-"No te dejaré con las ganas, mami, pero tienes que hincaste de rodiyas frente a ese cuadro de el Sagrado Corazón de Jesús que está ese seto, y juralme que tó lo que te diga de Julia, no se lo dirás a naide, -le imploró la hija a su madre-. No desconfío de ti, pero le jure gualdal el secreto".

-"Sé que no desconfías de mi, pero como me pides tanto, tengo dudas, -declaró la madre a la hija. Pa que tampoco tú las tengas, obedezco tu mandato".

Y la vieja se paró frente al Cristo con ambas manos estiradas y juntas puestas en el pecho con los dedos apuntando hacia arriba, se arrodilló ante el y le dijo: "Ante el Sagrado Corazón de Jesús jago este juramento del secreto que me diga". En aquellos inolvidables días era muy sagrado hacer un juramento ante una imagen religiosa. El que lo hacia antes de divulgarlo mejor se dejaba cortar el pescuezo encima de un madero pero no lo hacía. Muchos murieron y con ellos enterraron miles de secretos. Cuando un hombre empeñaba una palabra en la venta de una propiedad o hacía compromiso, se arrancaba un pelo de su bigote o de la cabeza y se lo entrega al oponente. Ese pelo de bigote o ese cabello se convertía en una escritura sagrada para ambos. Las condiciones hechas por ellos se cumplían puntualmente tal como habían sido establecidas. Era por esa razón y costumbre que doña Ana cumpliría su prometido con su hija tal como lo acordaron.

-"Siendo así, -añadió Carmen-, y tan solo así te diré pero tampoco creas que lo jago con el propósito de vengalme pol lo mucho que habló de mí. Lo jago con el propósito de salval una criatura inocente que na tiene que vel con las cabrerías de los padres".

-"¿A que te refieres, hija? -preguntó la madre indignada y más roja que una fresa en el mes de junio-, ¿que quieres decil con eso de "criatura inocente"?

-"Pues, na mamá, que Julia está embaraza".

-"Muchacha qué locura estás diciendo. ¡No ves que esa muchacha no sale de la casa y tampoco la visitan hombres! -dijo la madre arropada con la toalla de la inocencia. Eso no pue sel posible, no lo pueo creel. Es cierto que tiene novio pero no la visitaba y solamente se jablaron dos o tres veces".

-"Pero en esas dos o tres veces, -afirmó Carmen-, se encontraban solos buscando leña en el monte. Como Gonzálo es tan agusao, encontró la fruta bajita y madura y se aprovechó. Ella mesma me lo dijo, está yena de él y ya tiene más de tres meses. Y lo peol del caso es que quiera abortal. Pero eso no se voy a pelmitil. Lo pare o revienta como una bomba pa que aprenda a sel madre".

-"Jija, no debes meterte en problemas ajenos, -le adelantó la madre-, deja que sea eya quien resuelva su propio problema. Si se metió en el lío, que eya mesma salga como mejol puea. Gracias a Dios que eso no tiene na que vel contigo".

-"Tiene que vel mucho, mamá, tiene que vel polque es mi amiga no impolta las diferencias que jayamos tenío, -protestó Carmen. Y además, sería yo cómplice si sabiendo que lo va a matal, pol lo menos no trato de evitarlo. Tú también, mami, lo serías si no tratas de jacel algo pa evitarlo".

-"¿Como podemos evitarlo?, jija, -preguntó la madre-, eso no nos impolta a nojotros".

-"Lo podemos logral aconsejándola, -aseguró su hija-, y tratándola bien. También vigilándola a eya y a esa vieja Curandera que debería estal muelta".

-"Es que sí ya tiene esa venda en la cabeza, no jabrá quien se la quite. Si la Curandera no le jace el trabajo; dirá onde un doctol pa que le dé un pinchaso, -le aseguró la vieja. Tal como sea, tratará de salil de la criatura".

Ambas mujeres después de haber discutido concienzudamente, se pusieron de acuerdo para tratar de convencer a Julia. Hablarían con La Curandera pero sin mencionarle para nada a la muchacha. Le presentarían un ejemplo de otra muchacha de tal o cual barrio que murió el niño y su madre cuando una curandera le dio una toma. Le meterían miedo diciéndole que la curandera fue denunciada y encontraba culpable y sentenciada a cumplir cien años de prisión.

Tal era la situación de Julia, que ya no se atrevía a salir de su casa. Las personas a quiénes les planchaba y lavaba ropa; tenían que llevársela a su propio hogar. Carmen la invitaba para que fuera con ella a los bailes que se originaban en la gallera y se negaba con el pretexto de que se sentía mal. Gonzálo no le escribía pero tampoco le había contestado la primera carta que ella le escribiera diciéndole que iba a tener un hijo suyo. La muchacha no encontraba qué hacer con su propia vida y con la que se movía en su vientre.

¡Cuántas jovencitas y mujeres ya casadas, divorciadas y distanciadas de sus esposos estaban padeciendo los estragos de una Segunda Guerra Mundial!

¡Cuántas estaban llenas sin la esperanza de que esas criaturas tuvieran la dicha de ver a sus padres! Miles de mujeres; por no decir que millones; recibirán en sus vientres la semilla del amor pasajero, como recibe la tierra a la lluvia empujada por el viento que jamás vuelve a soplar en el mismo lugar. Julia estaba pagando muy caro su vanidad de muchacha de barrio. La barriga no se le notaba tanto debido a la faja que usaba y a los trajes anchos que se ponía.

Pasados unos días don Luis invitó a su hija y esposa a dar un paseo a El Tamarindo. Carmen, aprovechando esa oportunidad se lo dejó saber a sus amigas y éstas, como el arroz blanco que en todas las casas está, también quisieron. Así que se prepararon desde bien temprano en la mañana y antes de amanecer subieron la cuesta vieja de El Manier rumbo a El Tamarindo.

Estando ya en El Tamarindo, todo le era distinto a como lo dejaron cuando salieron de él con su pobre mudanza. El terreno en donde hacían las buenas cosechas ahora era un aeropuerto en donde aterrizaban y despegaban aviones mono y bimotores. Las Salinas estaban cegadas con piedras, arena, tierra y la carretera pasaba por el medio. El pozo de Camarones estaba lleno de piedras y agua. La pileta estaba como la fina hora. En el lugar en donde estaba enclavado el molino de viento holandés para empujar agua a Las Salinas quedaban los cuatro puntos de concreto armado. Los frondosos y corpulentos uvos que como trincheras de soldados se apostaban a lo largo de toda la playa; habían muerto. El bien conocido y hospitalario árbol de tamarindo había pasado a mejor vida. De aquellas cosas viejas sólo pudieron ver La Cueva de Bruno, La Meseta, La pileta, El Lago Flamingo, los cuatro puntos del Molino y la playa. Las casas, su gente y los animales ya no estaban.

-"Mira, mami, aqueyas muchachas están casi esnuas, -dijo asombrada, Carmen-, parece que no les da velgüenza que las vean así".

La playa estaba llena a capacidad de bañistas de ambos sexos y entre ellos había niñas y niños. Los varones usaban un traje de baño que les cubría de la cintura a las rodillas. Las mujeres usaban uno de una sola pieza que cubría sus cuerpos desde los hombros a las rodillas. Sin embargo, para Carmen y sus amigas, eso era una desvergüenza.

-"Sí, nena, esa es la moda de ropa que usan pa bañarse en el mal" -le dijo la madre.

-"Yo no me pongo una polquería así aunque me paguen, -argumentó Sara. Eso es no tenel velgüenza".

-"Yo no sé jata donde vamos a yegal si a estas playas siguen yegando gentes sin escrúpulos, -comentó don Luis. Qué Dios me salve a mi jija de la catástrofe inmoral que se avecina a estas playas".

-"Eso es el resultao del progreso, -añadió Ana-, y se lo debemos a la guerra que estamos viviendo".

-"Todavía se verán cosas más descarás en nuestras playas, -argumentó Lisa. Estamos todavía en el principio".

-"¡Como cambian las cosas! -exclamó Luisa. Siete años atrás quien podía imaginar que a este lugar viniera tanta gente. Fíjense ustedes a esas barracas tan lindas y bien construidas por los obreros del campamento que en na se parecen a las chozas que tenían los que aquí vivían".

-"Lo que pueo decir de mi parte, -comentó doña Ana-, es que aquí no vuelvo más ni a contal un chisme entre comadres. No pueo vel tanta gente fresca enseñando lo que Dios les dio. Miren esas mujeres enseñando las carnes de las rodiyas pa abajo. Jay Jesús, que asquerosida".

-"Papi y mami, -les pidió Carmen a sus padres-, vámonos de aquí pa la playa celca de La Cueva de Bruno en onde vivíamos polque ayá no jay naide bañándose".

Y los seis personajes se echaron al hombro las pocas pertenencias que tenían y se encaminaron hacia La Cueva de Bruno. Allí estarían mas tranquilos y solos. Ellos no estaban acostumbrados a ver gente semidesnuda por lo tanto los bañistas eran personas asquerosas y desagradables para ellos. Carmen; en particular, era la que mas odiaba a esas personas indeseables. Desde muy pequeña la habían criado cubriéndose bien todo su cuerpo aunque fuera con trapitos viejos, sucios de tierra y remendados. Sus padres no permitían que se vistieran con el traje de la inmoralidad. Sus amigas y su madre también habían sido criadas con las mismas costumbres. Su padre tampoco simpatizaba con tales personas ni con sus costumbres y modas de vestir al bañarse en la playa. Claro ellos también se bañaban en la playa pero se bañaban con toda la ropa que tenían encima, que por cierto era bastante y les cubría sus cuerpos desde el pescuezo a los tobillos. Para los gustos se hicieron los colores y cada cual con su opinión. Creo

que si Carmen viviera en nuestros días y se diera un paseito por una de esas playas que celebran concursos de muchachas en trajes de baño, marcas o modelos bikini o tanga, dos cosas pasarían de seguro, Al ver a esas muchachas de tal manera vestidas; o se quitaría toda su ropa y se perdería corriendo entre medio de la gente como una loca o quedaría muerta de la vergüenza.

Llegaron a la playa de Bruno y debajo de un uvo acomodaron sus pertenencias. Todos estaban nostálgicos al recordar aquella inolvidable y maravillosa noche de luna de San Juan que habían pasado juntos. Todos estaban, menos Wilfredo y Julia. El destino quiso que Wilfredo siguiera otro sendero opuesto al de ellos. Julia, tal vez por su destino o mala suerte tampoco estaba. ¡Que suerte correrían esos dos personajes! ¡Que tristeza invade el alma cuando se visita un lugar en el cual hayamos vivido y no se encuentren aquellas personas con quienes compartimos ratos de placer! ¡Todo nos parece tan distinto! Cuando vemos las bellas flores del campo a nuestro alrededor en cada una de ellas es como si viéramos a un amigo. Cada vez que la brisa deshoja una hoja seca de un árbol nos parece que la vida de un amigo se ha marchitado.

-"Mira, Luisa, -pronunció nostálgica Carmen a su amiga-, aquí fue aonde aqueya noche de San Juan las olas le devolvieron el ramiyete de flores a Julia".

-"Aquí mismo fue, sí, -contestó Luisa melancólicamente-, ay bendito tan yena de estusiasmo que estaba esa noche y agora la noto deprimia".

-"¿Recueldas, Calmen, que el juevo que pusiste al sereno esa noche? -preguntó Lisa a Carmen-, amaneció jecho la figura de un barco".

-"Sí, veldad es, me recuerdo, -contestó alegremente Carmen-, y mí suerte salió. Fíjate, un balco se yevo a Wilfredo y a esta hora está muy lejos de aquí".

-"El tiempo tó lo pué, -comentó don Luis. En esa esquinita, aonde están las rocas, estaba nuestra casita en la cual pasamos días alegres y noches amalgas más que la sábila. Pero fuimos felices dispués de to".

-"Aí fue onde Wilfredo, -añadió Doña Ana-, nos pidió la mano de Calmen pa casalse con eya. Jan pasao varios años y el destino los ja separao pero tengo la esperanza de que volverá y se casarán".

-"Me gustaría, -balbuceó don Luis-, yegal a vel mis nietos aunque fuera pol un día. ¡Me sentiría tan feliz jugando con uno!"

No hay momento tan feliz para un abuelo que el vivido jugueteando con un niño. Un niño es amor, sinceridad, paz, alegría, cariño. Es como un panal de miel silvestre que al tocarlo nos embarra con su dulzor, al hacerle gracias a un niño; nos embriaga con su sonrisa inocente, tierna y espontánea. Al hacerle gracias a un niño se derrama su alma en alegría como se derrama el agua de un manantial de agua cristalina. Don Luis, a su edad, ansiaba tener nietos. Esa es una característica de todo ser viviente racional con la cual ha nacido. Todo ser viviente normal siente el deseo de tener relaciones sexuales con el sexo opuesto. Llega el momento que desea ser padre, o madre, según sea el caso, y luego de ser abuelo. ¡En pasando el tiempo, y si no es mucho pedir, anhela ser bisabuelo si yo llegara a ser bisabuelo! es la frase que pronuncian muchos abuelos. Es por esa razón que don Luis soñaba despierto con tener un nieto para que alegrara sus años jóvenes que se estaban poniendo viejos. Pero esa es la ley de la vida y jamas ha de ser de otra manera.

-"Papi y mami, -les pidió Carmen a sus padres-, si me lo permiten, voy a dar una vueltita a la Cueva de Bruno que jace tiempo que no la veo".

-"Pues dil, pero ten cuidao que no resbales y te caigas por un farayón al mal. Arrecuelda que es muy peligroso caminal pol encima de esas cóncoras. No vayes sola, yevate a una de tus amigas, le aconsejó su padre a su hija".

-"Yo las invité y ninguna quiere acompañarme. Iré sola. El que solo la jace, solo la paga".

Y se encaminó hacía la Cueva de Bruno brincando de roca en roca hasta llegar a la cueva. Mientras caminaba recordaba con amor y tristeza aquel glorioso día en que cogida de una mano por Wilfredo anduvo ese mismo camino. Cuan alegre aquella vez palpitaba su corazón en su joven pecho Se paró en la entrada de la cueva y al recordar cuando Wilfredo la abrazó y besó, quedó sumida en un mundo de aturdimiento. Por unos minutos permaneció quieta como una estatua viviente a orillas del Mar Caribe. Abajo, como a cinco pies aproximados, las olas chocaban sin ímpetu sobre las rocas pues la marea estaba baja. Era como si las olas comprendieran su tristeza y quisieran compartirla con ella. Lloró desconsoladamente la muchacha y sus lágrimas aumentaban el caudal de las saladas y trémulas olas. Estas, como rindiendo homenaje a la humildad, honradez y humanidad de tan preciosa, amorosa y simpática jibarita nacida y criada como una flor silvestre en el barrio El Manier se transformaban en blanca espuma, más blanca que la leche. "Onde estará Wilfredo a esta hora" se dijo para sí. Si estuviera conmigo, el azul del mal sería mas profundo. Las olas tendrían más encanto. El rumor de las olas penetraba sus oídos y al chocar con el tímpano se producía una sublime y dulce melodía de amor. El inmenso y pacífico Mar Caribe se retrataba de cuerpo entero en la azul profundidad de sus ojazos tiernos y serenos. De pronto escuchó una voz masculina y cayo en un mar de asombro. Miró hacia una meseta cercana y vio que un hombre la llamaba con la mano derecha. Sin miedo alguno y con toda confianza; se acerco al hombre desconocido. Era un pescador que estaba tirando una puntita de cordel. Ya había atrapado unos cuantos peces y sardinas. La muchacha nunca había visto aquel hombre quemado por el sol y la brisa empapada de salitre. Se saludaron amigable y respetuosamente. Le preguntó él qué hacia sola a la orilla del mar y le dijo quien era él. Después de conversar por largo rato; la aconsejo que más nunca caminara sola a lo largo de la costa. La muchacha complacida le dio las gracias agradecida al hombre. El entonces le regalo un pargo, un mero y sardinas. En una pequeña bahía tenía la yola atada a un uvo y le dijo que si querían; les daba un paseo. "Si papi y mami quieren, yo le avisare" -le contestó la muchacha y después de darle las gracias se alejó de aquel hombre de mar que arriesgando su vida estaba sacando de lo profundo del mar el alimento suyo y de su familia.

Iba Carmen de regreso al grupo de los suyos muy alegre con su sarta de pescado colgando sobre su espalda. Observaba a ambos lados de la vereda y a lo lejos a las trincheras de árboles enanos que encima de una roca de varios de cientos de pies cuadrados, crecen. Observaba a los árboles de corcho, de húcar de muñeco, de burro, de alquitrán y de jagüey. Para ella eran maravillas de la naturaleza. La persona aprende a querer a todo lo que hay alrededor de donde nació y crió. Por eso, Carmen amaba sobre manera los árboles y sus flores, los animales y a la naturaleza misma. "Cómo será posible, pensaba. que esos arboles, arbustos y plantas en otros lugares crecen jata más de cien de altos y aquí no yegan a cuatro pies". Los árboles allí crecen hacia los lados arrastrándose como serpientes por encima de las rocas. Dan la impresión de que son podados en forma de ondas. Es que la brisa con su invisible y mágica tijera los recorta mientras ellos duermen. Debido a que las raíces no pueden profundizar en busca de suficiente alimento, no crecen muy altos. Tampoco la brisa saturada de salitre no les permite desarrollarse como lo harían montaña adentro. Al ver Carmen tantos prodigios de la naturaleza; su alma se preñaba de satisfacción y gozo. Su padre le preguntó lleno de asombro:

-"¿Jija que es eso? ¿cómo es posible que traigas tanto pescao?"

-"Cáyate, papi, no digas na, -contestó la hija-, que me encontré con un pescaol en la cueva y me regaló tó ese pescao. Tiene una yola y me la ofreció pa que demos un paseo por aí".

-"No, eso no, jija, -interrumpió doña Ana-, el mal está picao y la brisa está levantándose. Pue jabel peligro".

-"A mí me gustaría dal un paseitó, -afirmó Sara-, polque jace tiempo que no me monto en una yola".

-"No seas testaruda, Sara, -aclaró Lisa-, obedece lo que dice doña Ana. ¿Qué mejol que bañarnos en la orilla y comer pescao con jarina?"

-"Nadie va a paseal en yola, no sea que se nos dañe el día, -sugirió Luisa-, vamos a conformarnos con el buen pasadía que estamos teniendo".

-"Jija, pero tú si que tienes suelte, -dijo don Luis-, conseguites una buena ensalta de pescao sin mojalte el fondiyo".

-"Es que tu jija tiene más suerte que un ajolcao, -le dijo doña Ana. Cuando vivíamos anteriormente pol aquí; los peces brincaban en la oriya pa que los pescaran y jata se metían a la oya pa cocinarse pero agora con tanta gente que viene a las playas; jata las yolas de remos y los botes de vela también se están telminando. Agora usan yolas con motol y los pescaores usan caretas, tanques de oxigeno y chapaletas pa nadal. Si este progreso sigue como va, se secará el Mar Caribe".

-"Ave María, mami, no seas tan esagerá, -protestó Carmen-, que eso sí que es algo imposible".

-"Tu madre tiene razón, -le ayudó doña Ana-, polque ya secaron La Atolladora y Las Salinas".

-"Y también secaron, -añadió Sara-, la playa que había entre el molino de viento y La Meseta".

Aprovechando las muchachas la oportunidad de quedarse solas cuando don Luis y doña Ana se fueron a cocinar debajo de un uvero, iniciaron una conversación en torno a Julia.

-"Siento mucho que Julia no esté con nosotros pa que se alegrara un rato, -inició Sara sin que por su mente pasara la más leve idea de como se encontraba su amiga. Tan alegre que era y dende que le yevaron el novio pa la guerra no tiene vida".

Carmen por poco revienta como un tambor de cabro viejo. Pero se contuvo para no perjudicar a su amiga. Otra muchacha en su lugar se hubiera aprovechado de la oportunidad y hubiera sido como una lora hablando la realidad por la cual estaba pasando Julia. Se conformó con decir.

-"Es que está pasando pol esos días de duras pruebas. Tos tenemos días buenos y malos pero cuando mejol estamos, caemos en la rueda de abajo. Debemos estal preparaos pa to lo que se nos presente".

-"No sé, -añadió curiosamente Lisa-, que será lo que la agobia pero tengo mis dudas y que me peldone el cielo si con lo que voy a decil peco".

-"¿Qué tienes que decir? -preguntó Luisa-, creo que no será un disparate polque no estás loca".

-"Claro que no lo estoy y si estuviera, estaría en el manicomio. A mí me gusta yamal a la noche, noche y al día llamarlo día" -argumentó Lisa.

-"¿A qué viene una explicación tan sabia?" -preguntó Carmen a Lisa.

-"No me juzguen mal pues no lo jago con intenciones de jacel daño a mi amiga, -declaró Lisa. La respeto y la quiero y jaré tó lo que esté a mi alcance pa ayudarla".

-"No nos adornes tanto y dinos a qué te refieres, Lisa" -le exigió Luisa.

-"Ya que me apuran tanto; aquí va de un sopetón, -dijo firmemente la muchacha. Según tengo entendío; Julia está llenita".

-"¡Muchacha, qué dices! -gritaron al unísono Sara y Luisa. ¡Eso no es posible!"

Como ya Carmen sabía el secreto, no la cogió de sorpresa y para no dar a comprender nada presentó una pequeña escena teatral cuando dijo; poniéndose las manos sobre su cabeza y dando una vuelta.

-"¡Dios Santo, cómo será posible! Si esa muchacha no sale a ningún sitio".

-"No sale agora, -comentó Lisa-, pero antes sí. Eya mesma me dijo que se vio con Gonzálo en el bosque y que le fío la compra".

-"No digas una cosa así, -protestó Sara-, que yo no lo pueo creel".

-"Lo crean o no lo crea; estoy bien segura de lo que digo, -aseguró Lisa convencida totalmente que era cierto-, es la pura verdad. En días pasaos la visite y noté que ya tiene la barriga bien grande".

-"Polque tenga barriga bien grande no te dejes yebal, -le aconsejó Sara-, polque pue sel que tenga lombrices o un empacho".

-"Sí, claro, lombrices o empacho. Esta lindo eso. Ay, no me jagas reír, Sara, lo que tiene eya es que el amol de Gonzálo la empachó y la dejó con una lombriz que parece un nene".

-"A mí ese problema ni me va ni me viene. Ademas, soy mujer como ustedes y no me alegro de mal ajeno, -declaró Carmen. Ese es su problema y no el nuestro".

-"Claro, tú no debes jablal, -le aconsejó Lisa a Carmen-, polque te vites en un pelito pa que la preñá fueras tú. Debes darte con santos en el pechos que Wilfredo apareció a tiempo. Parece que tienes un santo en el cielo y te libró de las garras del demonio".

Ya la amigable conversación estaba tornándose roja y para evitar que saliera humo y luego llamas, Sara intentó no darle más oxigeno cuando dijo"

-"Se nos esta jaciendo talde y no debemos esperal que nos coja la noche en la playa. Vámonos a onde están los padres de Carmen a comel y luego nos diremos al barrio".

Don Luis y doña Ana estaban sudando la gota gorda cocinando arroz y friendo pescado. En esos instantes se llegó a ellos el pescador con el propósito de que le regalaran agua para tomar. Gustosamente doña Ana le sirvió comida, café y agua. Las muchachas comieron hasta matar la canina que tenían. El pescador entonces los invitó a dar un paseo en su yola, invitación que no aceptaron por lo avanzado de la tarde. Les preguntó que si se habían bañado a lo que contestaron en lo positivo. Les regaló entonces otra sarta de sardinas y otros peces de mayor tamaño. El pescador encontró curioso que se bañaran con trajes largos en esa época en que las costumbres estaban cambiando. Y despidiéndose de aquel grupo de personas; apuntó la proa de su pequeña y débil embarcación hacia el profundo Mar Caribe, dejando atrás una profunda zanja adornada en las orillas con vetas de blanca espuma y burbujas. Las mujeres y don Luis miraban al hombre de mar y a su embarcación con cierto grado de pesimismo. "Dios lo bendiga y lo proteja pa que le yeve el alimento a sus hijos", dijo don Luis. Y ante los ojos asombrados de aquella gente humilde de barrio desapareció nave y hombre como desaparecen las gigantes y embravecidas olas del Mar Caribe cuando vienen a chocar sumisas con los muros de almohadas arenosas para que duerman el sueño eterno. Porque las olas son como los barcos borrachos de sol y sal que se duermen en el puerto de Ensenada.

La guerra seguía cada día más violenta mientras Hitler, deseaba sel el dueño absoluto del mundo. Mientras este se apoderaba de las naciones más débiles Estados Unidos se preparaba poniendo bajo las armas a millones de hombres y fabricando armas muy sofisticadas que pudieran silenciar las de Japón, Italia y Alemania. Esta guerra hizo que el progreso llegara a Puerto Rico y se regara, como lo hace la brisa; por todos los rincones de nuestra pequeña y querida Isla. No me gustaría tocar aquí el tema político, pero tomando en consideración que la política es la que hace a las naciones ser grandes y pequeñas, ricas y pobres. Tendré que hacerlo

de una manera apolítica. Debido a esta guerra Estados Unidos empezó a reclutar puertorriqueños y a enviarlos a otras piases a pelear o como vigilantes. Antes de esa guerra; eran bien pocos o ninguno los boricuas pobres que tenían dinero para los gastos fuera de la Isla. Ahora en tiempo de guerra viajaban gratis, pagaban con la vida a diferentes continentes. El ejército americano construyó carreteras y edificios aquí para su uso propio y el de los civiles. Trajo vehiculos grandes y modernos. En el campamento Borinquén había soldados vigilando y protegiendo las costas del Caribe desde Cabo Rojo a Guánica. En el Fuerte Caprón había infantes de marina para proteger y vigilar el Mar Caribe en caso de peligro de parte de los submarinos alemanes. Aviones de uno y dos motores aterrizaban y despegaban del aeropuerto de el antiguo barrio El Tamarindo.

-"Fíjense cómo son las cosas y como los tiempos cambean, -les decía don Luis a su hija y esposa-, la finca del Tamarindo que antes producía tantas verduras y jueyes, agora es una base naval de los americanos. En la finca El Molino antes había civiles trabajando con machetes y picotas y agora jay soldaos con rifles".

-"Así es el progreso, Luis, -comentó su esposa-, y todavía no es na. Mas tarde será más triste. Agora es que la guerra está empezando y si esto sigue, el que se salve; quea loco".

-"Tengo una preocupación muy grande, -añadió Carmen-, polque Wilfredo ni Gonzálo jan escrito. Temo que jaya muerto en combate. Otros soldaos del barrio escriben a sus familiares aunque sea una carta cada quince días. No pue ser tan mala la suerte de que lo jayan matao tan pronto".

-"Ten calma, jija, ten calma, -consoló la madre a la hija. Ten calma que el regresará con vida y se casarán pa que me den muchos nietos".

-"No sé, pero eso sería un milagro grandísimo que esos muchachos regresen vivos, -aclaró don Luis. La guerra esta empezando agora y siempre los primeros soldados en una guerra así, mueren. Los Aliados que son Estados Unidos, Inglaterra y Francia están ganando batayas pero no la guerra. Cuando ganan una bataya pierden cientos de soldaos. Dicen los periódicos que los alemanes tomaron a Francia y la jicieron pedazos. Que los rusos agora están peleando a favor de los Aliados y están dándole una pela a los alemanes. Me dice el compay que los rusos son buenos guerreando, que cogieron al ejército de Hitler en Stalingrado y le mataron 147,000 soldaos y le cogieron 94,000 prisioneros".

Don Luis no sabía leer ni escribir pero le gustaba estar al día con los acontecimientos bélicos mundiales. Para ello se valía de sus amigos que sabían y de los comentarios de otros. Iba al pueblo y compraba los pericos El Mundo y El Imparcial para que sus amigos le leyeran hasta las tirillas cómicas de Ana la Huerfanita, Trucutú, Benitin y Eneas, Pancho Tronera, Cheo y otras. En esa época los rotativos publicaban sábado y domingo unas secciones de muñequitos y gozaba cuando se los leían.

-"Papi tu tienes buena sesera polque aprendes esos números tan largos enseguia" -le dijo Carmen.

-"De algo me tiene que selvil esta cabeza tan grande, -le contestó su padre-, es que pa ponelme el sumbrero solamente no debo tenerla. Debo tenerla para muchas cosas. Dicen que los americanos están jechos el demonio acabando con los alemanes en onde quiera que se le enfrentan. El día 8 de noviembre de 1941 desembarcaron en el África Francesa. Y en mayo 13 de 1943 terminaron la campaña en el Cabo Bonn. En esas batayas jan muerto muchos civiles y soldaos inocentes y especialmente puertorriqueños".

-"Así son las guerras; papi-, el inocente es el que primero muere" -aseguró su hija.

-"Nuestros muchachos que nada tienen que vel con problemas políticos de las grandes naciones; pagan con su sangre los egoísmos de ellos" -argumentó doña Ana.

-"En junio 11 de 1943 los Aliados invadieron a Italia, -prosiguió don Luis-, y en junio 25 fue la caída de Benito Mussolini. Vino entonces el gobierno de Badoglio y traiciono a sus mesmas tropas al firmar un armisticio secreto con los Aliados y en Octubre 12, del mesmo año le declaro la guerra a sus amigos, los alemanes".

-"Eso da a entendel, Luis, -dijo doña Ana-, que esos gobelnantes guerreros son tramposos como muchos políticos alcaguetes. Están buscando siempre la más calga".

-"Lo que me interesa a mi, -dijo Carmen-, es que Wilfredo me escriba. La Virgen y Dios me lo cuiden en onde quiera que esté. No pue sel posible que me jaya olvidao. Gonzálo tampoco le escribe a Julia".

-"Jija, -dijo doña Ana-, los hombres son así, embusteros. Mientras están al lao de la mujel que quieren cogel, le ofrecen viyas y castiyas y después se olvidan. Y, jablando de Gonzálo, no debemos fialnos mucho. Ese hombre ja sio siempre un corre caminos y se ja pasao siempre dando barquinazos de sitio en sitio. Tendrá otra por ayá".

Carmen entristeció al oír la ultima oración literaria de su madre. Si ambos no habían escrito más, no cabía duda de que tendrían otras novias o que habían muerto o desaparecido en los campos de batalla. Pero no seria posible y de haber sido; el ejército le hubiera enviado un aviso. Gonzálo no tenía familiares en ningún barrio de Guánica. Pensaba que al inscribirse no puso quiénes eran dependientes de él. Los padres de Wilfredo también habían fallecido y tampoco tenía familiares en el barrio. "Que estará pasando" se preguntaba. En los periódicos publicaban listas de boricuas muertos y desaparecidos en acción pero esos dos nombres no aparecían ni en los centros espiritistas.

Pasaron días y se encontró con Julia con quien hacía tiempo no hablaba. Al encontrarse las muchachas debajo de unos árboles, emprendieron una amena conversación y como de costumbre, se contaron algunos secretos y hablaron de sus lejanos novios.

-"Hola Carmen, ¿Como estas?" l-e preguntó Julia a su amiga.

-"No tan bien como tú, Julia, que estas gordísima, -le contestó Carmen. Parece que Gonzálo no te jace falta y pol esa razón estás comiendo tranquila y engoldando".

Carmen no era de esas que les gusta criticar a sus amigas o enemigos. No le gustaba el chisme y aunque tenía razón para vengarse ahora de Julia no lo hizo intencionalmente. La persona tiene momentos en que habla y actúa inconscientemente como si hubiera perdido los sentidos y no sabe si ofende o no. En ese momento está con la mente en blanco y no puede identificar lo bueno de lo malo, lo lindo de lo feo, lo grande de lo pequeño y otras cosas por el estilo.

-"Carmen, -le dijo Julia-, no me saques los acontecimientos en cara, no me umiyes, no te burles de mi dolor, de mi tristeza y de mi fracaso. Sé que soy una desgraciá, pero no me maltrates".

La amiga entonces cayó en sí y comprendió que la había ofendido sin querer y le pidió perdón.

-"Peldona, Julia, que fue una ligereza de mi parte. Jamás pense jacelo con la intención de ofendelte. Te respeto y te aprecio como si fueras mi elmana. Otra vez te pido perdón y te juro que no lo jaré más".

-"Estás perdoná, Carmen, no te entristezcas por na, -le suplicó Julia. Dime si Wilfredo te escribió".

-"No, no me ja escrito todavía. Parece que la tierra o el mal se lo tragaron, -le contestó en tono de broma. Los soldaos del barrio le escriben regulalmente a sus familiares y no mencionan na de nuestros novios. Me estoy volviendo loca. Maldita guerra, ja traío el progreso po un lao pero por otro ja traío el atraso, la desolación".

-"Gonzálo no me ja contestao la primera calta que le envié jace tiempo, -añadió Julia. Soy culpable de la vida que tengo agora. Me dejé dominal pol una sensación baja y agora estoy pagando muy cara mi equivocación".

-"Agora tienes que aguantal y esperal con paciencia, -le aconsejó Carmen-, pa que tengas y cries ese jijo como Dios manda. Nuca debites aceptal a Gonzálo como novio ni como amigo sabiendo lo sinvergüenza que es. Caites polque te dio la gana polque sabías con mucha anterioridad la poca vergüenza que jizo conmigo. También sabes que pelió con papi y con unos cuantos en el barrio. No me gustaría ofenderte pero me gusta jablal claro. Gonzálo es un badío y ahí tienes la prueba, te abandono dispués que se dio el gustazo. Agora sufres con dolor el placer de unos minutos".

-"Aceto que me jaya engañao, pero es imposible creelo polque Wilfredo tampoco te ja escrito, -le aseguró Julia. Comprende, Carmen, algo mal está pasando que no recibimos cartas de eyos. No jemos recibido caltas devueltas, señales de que las recibieron".

-"Je pensao muchas veces, -aclaró Carmen-, que los jayan trasladao a otro lugal y a otro batayon y como eyos no jablan inglés; jan tenío problemas de comunicación con sus compañeros americanos".

-"Jay tantas posibilidaes que jata pue sel que jayan muelto en combate o que el enemigo los jaya cogío o se jayan perdío en las junglas del lugal en que estaban".

-"Pero el ejército lo jubiera notificao a sus parientes, -aseguró Carmen-, polque lo ja jecho con otros".

-"Y mientras esperamos en vano, mi barriga sigue creciendo y también mi desesperación, -articuló Julia-, esperaré una semana más y si no recibo carta, me diré a Ponce a casa de una tía y ayá tendré a mi jijo".

-"¿Pol qué no lo tienes aquí, Julia? -preguntó Carmen-. Ayá no te van a cuidar como te podemos cuidal aquí. No seas loca y piensa bien lo que jaces. El que la jace, que la pague, espera aquí pol Gonzálo que algún día volverá. Ten mucho cuidao que estes tramando dilte pa Ponce con el propósito de cometer una locura. Nuca je dio a ese pueblo pero si se que jas jecho algo fuera de olden voy ayá y verás lo que pue sucedel".

Debido al progreso que había llegado al barrio se comentaba de boca en boca que en las grandes ciudades de la Isla, ciertos doctores operaban a la mujeres para esterilizarlas y que provocaba n abortos prematuramente especialmente a mujeres que habían dado un mal tropezón. El método usado por ellos para esos propósitos era dándole un pinchazo en algún órgano de la matriz. Cuando una mujer quedaba en estado de embarazo ilegalmente y no quería que las gentes lo supieran, se fajaba como si fuera una vaca. El resultado era que el niño se desarrollaba anormalmente y al tratar de dar a luz uno de los dos, o, ambos morían. Anteriormente ninguna mujer de campo se operaba para no tener hijos. Como la guerra había traído el progreso en todo el sentido de la palabra; fue notable el cambio que había en los campos de Puerto Rico. Julia ideaba irse para Ponce con el propósito de darse un pinchazo y luego esterilizarse. Parece que Carmen lo presentía y se lo prohibía.

-"Calmen, -le suplicó Julia-, pol favol te agradezco tó lo que por mi hagas pero déjame vivil mi vida a mi manera polque solo el cocinero sabe lo que está jirviendo en la oya".

-"Ten en cuenta, Julia, que el que brega con candela, tarde o temprano se quema, -le comentó Carmen. La mujer no debe sel tan maniblandita con los hombres y menos cuando no los conoce

bien. No debes dilte a vivir a Ponce porque ayá pues dal otro tropezón peol que el que diste ya. Mira, a mí jan sío unos cuantos los que me jan enamorao y los je rechazao a tos".

-"No me enamorare de naide más polque con este problema que je tenío; es suficiente. Un soldao de este barrio está loquito pol mí, pero no le jago caso. La semana pasá vino con pase y me mandó una calta de amol con un muchacho y se la devolví. Me decía que se casaba conmigo cuando yo quisiera, -le contó Julia a Carmen-, debo esperal a Gonzálo o pol lo menos sabel qué ja sío de él".

-"Digo lo mesmo; Julia, esperaré a Wilfredo jata lo último. La guerra tiene que telminal algún día y los soldaos del barrio que queen vivos tienen que yegal. Entonces sabremos qué ja pasao con eyos, -aseguró Carmen. No veo en la hora que esta guerra termina pa que nuestros valientes muchachos regresen a sus hogares y tos volvamos a ser felices como antes".

Ya para esta época las playas de Guánica estaban siendo más conocidas y visitadas por gentes de pueblos lejanos de este. Los bañistas visitaban El Jaboncillo, Caña Gorda, El Cerro de San Jacinto y El Tamarindo. La carretera de Guánica había sido pavimentada con brea para que los automovilistas no tuvieran tantos problemas como los tenían antes. El señor Juan Feliciano fue el primero en operar un pequeño negocio en Caña Gorda y vendía velas, fósforos, galletas, gas y otras chucherías a los pescadores. Ahora él y su hijo habían construido un salón de baile y tenían dos vellonera con todo tipo de música para el deleite de los bailadores. Vendía toda clase de bebidas y nunca faltaba el lechoncito asado y doradito aquel que se comía tanto en Noche Buena en los tiempos en que nosotros los viejos éramos jóvenes. Los domingos y días feriados, los dueños presentaban los mejores cantantes, orquestas, tríos y conjuntos musicales de la Isla tales como Davilita, Daniel Santos, Felipe Rodríguez y otros. Las Orquestas eran la Tropicana, la Orquesta de Cesar Concepción y otras. Los Panchos, El Trío San Juan, El Trío Vegabajeño, Los Tres Diamantes, entre otros, eran los tríos que visitaban a Caña Gorda. En la playa habían construido también un moderno salón de baile el cual también era visitado por miles de personas durante toda la semana. Ya para esos días el progreso estaba mas adelantado y las bañistas usaban un traje de baño más corto y de dos piezas que les permitía exhibir el ombligo y más carne y piel. El progreso era muy palpable a todo lo largo y ancho del desaparecido barrio El Manier y del nuevo y floreciente barrio La Luna. Los jibaritos de ambos barrios nunca habían visto un soldado, menos un avión de combate. Ahora estaban viendo soldados todos los días y noches cuando entraban y salían del Campamento Borinquén. Pasaban en camiones por ambos barrios y otras veces marchando en el periodo de entrenamiento. Los aviones del ejército sobrevolaban a baja altura sobre los barrios y la gente, y hasta los animales, se asustaban creyendo que eran alemanes. El ejercito tenía un avión muy pequeño pero muy veloz que era de Reconocimiento y los habitantes del barrio lo bautizaron con el nombre de "Mosquito". Estos avioncitos se elevaban demasiado altos y luego bajaban verticalmente dando vueltas como si bajaran sin control para estrellarse en contra de la tierra. Ya que estaban a corta distancia del suelo; se levantaban mas rápidamente que descendían para volver a ejecutar la misma acrobacia. Los títeres y los viejos también; gozaban con aquellas maquinas destructoras mientras en otros países morían de pánico con tan solo oír el ruido de su motor. También las Superfortalezas B-29 de cuatro motores se veían a menudo cruzar la Isla de Norte a Sur y viceversa. Cuando los Infantes de Marina que estaban en el Fuerte Caprón hacían maniobras de noche; sobre el Fuerte volaban Superfortalezas B-29 de cuatro motores y mosquitos monomotores para ser "derribados" por los cañones antiaéreos de los Infantes de Marina. Así pues, la guerra que inició Adolfo Hitler en contra de Austria del 11 al 13 de marzo de 1938, se estaba dejando sentir en nuestros campos.

Capítulo IX

Las Cartas de un Soldado

En diciembre 24 de 1943 el General Eisenhower fue designado como Comandante Supremo de los ejércitos aliados de invasión en Europa. Mientras eso sucedía, en el 1941, los japoneses entraban en Manila y Singapur y vencían la resistencia de Batan. En abril 18 de 1942 Estados Unidos, atacó por primera vez a Tokio, Capital del Imperio Japonés. Del día 4 al 9 de mayo de 1942 derrotó una escuadra japonesa en el Mar del Coral. Luego, en junio 3 al 6, ganó la gran batalla aérea en la Islas Midways y destrozó otra escuadra en la Islas Salomón en noviembre 8 de ese mismo año.

En el barrio La Luna todos los habitantes leían esas noticias con júbilo pues sabían que los americanos estaban ganando la guerra y que pronto todos aquellos jibaritos regresarían a sus hogares. Sus familiares recibían miles de cartas al mes y aunque lloraban al recibirlas; se alegraban al recibir un cheque que por poco valor que tuviera; tenían para comer unas semanas. Julia y Carmen no podían ser felices, porque eran las únicas que los soldados no les escribían. Un día en que ambas amigas se encontraron solas en las Cacimbas de doña Benigna, le dijo Julia a Carmen.

-"Me estoy volviendo loca Calmen y no sé qué jacel. Ya no me atrevo salir de casa. Hoy salí polque quiero jablal contigo por última vez".

-"No me digas que te testas volviendo loca, Julia, -le habló Carmen con energía-, lo que tienes que jacel es tenel calma y resignación. Tienes que amarralte las pantaletas en su sitio y jechal al olvido tu fracaso. Ya no esperes na bueno de Gonzálo. Tampoco yo espero algo de Wilfredo. Si no nos escriben; es pol que nos quieren. Ten tu jijo, críalo, dedícate a él como Dios manda".

-"Je tratao de olvidarlo, Calmen, -argumentó Julia-, pero no he podío. Jamás podré olvidal el engaño que me jizo. Fui tan sanana, que creí en sus promesas falsas de amol y joy soy una desgracia. Tan feliz que era antes de conocerlo".

En esos momentos ambas muchachas recordaban aquellos días gloriosos que siendo niñas inocentes iban a buscar agua y a lavar sus trapitos viejos de mil posturas en las cacimbas. Recordaban aquella lejana etapa de sus vidas cuando todos les sonreía alegremente a sus alrededores. ¡Todo eran tan distinto esta vez! Las viejitas no estaban lavando sus ropitas y tendiéndolas a secar encima de las piedras o arbustos. No se oían las algarabías cuando celebraban un chiste colorado dicho por una de ellas. Las cacimbas estaban secas, vacías, igual que lo estaba el alma de ambas mujeres a pesar de que Julia sentía que un amor estaba hecho carne en su vientre y se movía como se mueve una débil lombriz en las profundidades de la tierra. Los muchachones del barrio, sin zapatos y sin ropa interior, con pantalones y camisas hechas harapos y sucias, no estaban esta vez para decirle piropos a esas dos personas. Los animales cuadrúpedos silvestres y domésticos, tampoco acudían sedientos a mitigar su sed con aquella agua de lluvias en las cuales se bañaban y se criaban millones de mosquitos y microbios. También faltaban las aves canoras silvestres que en años anteriores les brindaban a las lavanderas sus dulces y tiernas sinfonías matinales por unos instantes ambas muchachas permanecieron ensimismadas sin decir palabra alguna. Parecía que sus cuerpos estaban vacíos porque estaban rebosando de miles de recuerdos y aunque en sus mentes se retrataban cientos de escenas alegres y tristes. Por fin, Julia, usando su lengua como cortante diamante quebró el silencio del umbroso e intrincado bosque como si fuera un frágil cristal y pronunció.

-"Me siento infeliz Calmen; soy una desgracia. Te lo je dicho muchas veces, ya no aguanto más esta situación. La próxima semana me iré del barrio y no le diré a naide onde. Pero te prometó que volveré pa quedalme entonces".

-"Está bien, comprendo tu situación pero, -le pidió Carmen-, prométeme que no cometerás un disparete con ese jijo que tienes en el vientre tan solo así te complaceré y no daré parte a la policía".

-"Esta bien, Calmen, te lo juro, -le prometió Julia. No le digas a naide que me voy del barrio. Si Gonzálo me escribe; ocúpate de gualdalme las caltas que tan pronto yo este en un lugar fijo; te escribiré pa saber de tí y del barrio. Y agora vamonos de este lugar que tantos recueldos gratos de nosotras guardan su alfombra de hojas secas".

Y Julia tenía razón porque aquella alfombra de hojas y flores secas que adornaban aquel terreno fértil y oscuro ahora; antes de ayer estaban en las copas de las plantas, arbustos y árboles luciendo todo su verdor siendo mudos testigos de los días felices de ambas muchachas. Porque el Reino Vegetal, como el Reino Animal también ama, siente, sufre, llora y goza. Ama porque siente el deseo de la lluvia para desarrollarse y dar su fruto a todo aquel animal que lo desee. Siente porque en épocas de sequía sus hojas se tornan grises por falta de agua. Sufre cuando el leñador lo hace pedazos sin compasión. Cuando lo hieren llora y vierte su sabia en forma de cristal. Goza cuando después de haber perdido toda su vegetación; llueve y sus ramas se pueblan de nuevas y verdes hojas. Ahora, Carmen y Julia eran como un par de árboles secos que habían perdido toda su lozanía. Todo eso lo comprendía Carmen pero lo que no comprendía era que su amiga la estaba engatuzando igual que a una huele jaiba. La mas mínima idea de que Julia ideaba darse un pinchazo, no jugueteaba como un picaflor en la masa encefálica de Carmen. Carmen, a la buena de Dios, creyó en su amiga y le prometió guardar silencio en cuanto a su amiga.

¿De qué y a quién huía Julia? Ella misma no hubiera podido contestarle esa pregunta a Carmen en caso de que se la hubiese formulado. Al tratar de huir, daba la impresión de que si ella misma se autopreguntara tal pregunta; tampoco sabía la contestación. Muchas personas son creadoras de sus mismos problemas, aunque algunas veces involuntariamente, y luego temen a ellos y a si mismos. Tratan entonces de culpar o vengarse de otras personas que nada tuvieron que ver con dicho problema. Este era el caso de Julia que acosada por su actitud trataba de huir de sí misma de su propio problema. Sin embargo, este no estaba en tal o cual lugar. Estaba en su propia carne. en su propia sangre, en su piel, en sus venas, en toda ella porque así lo quiso su actitud poco responsable ante la embestida de un hombre sin escrúpulos. Donde quiera que fuera; se tendría que enfrentar a ella misma y no a los lugares que nada sentían ni veían. Como si los lugares tuvieran ojos para ver el tropezón que dio meses atrás. La solución era; darse un pinchazo para salir de aquel instante de placer que en su vientre se había transformado en carne y se alimentaba de su propia sangre mortificándole la vida ante sus amigos y conocidos. Tampoco podía reflejarse vagamente en su cerebro la idea de qué podría suceder después o por lo menos antes; de tratar de quitarle la vida al fruto de su desgracia. Eso no lo pensaba pues no valía la pena para ella y se iría del barrio dejando en él; según ella; un pasado tenebroso e incierto.

Cierta mañana; estando Carmen con sus padres almorzando en la pequeña cocina; llegaron Sara, Luisa y Lisa con una carta para la primera. Ninguno de los tres en la casa esperaban sorpresa tal después de tantos meses de espera inútil.

-"Hola, Calmen; buen provecho tengan tos, -saludó Sara. Muchos deseos teníamos de verlos".

-"Hola, muchachas, -contestó Carmen-, entren y vengan que este funchito con tocino y jabichuelas que cocinó mami está como pa chupalse los deos con todo y mano".

-"Entramos pero no venimos a comel, -argumentó Luisa-, polque ya Lisa y yo le pusimos la canasta a Sara".

-"Sí, de veras que sí, -dijo Lisa-, Sara cocina muy gustoso. Nos dio una palva de soruyos asaos de jarina de maíz con gandrures secos guisaos que le zumbaban el mango".

-"Y na más por eso no quieren funche con tocino, -adelantó doña Ana-, polque como ya ustedes jan cambiao mucho; no comen en casa de pobres. Sigan con el progreso; que yegará el día en que tos los alimentos serán jechos pol la mano del hombre y no por la naturaleza".

-"Si tos fueran como yo, -interrumpió don Luis-, eso no se daría polque yo como lo que da la tierra".

-"Digo yo lo mesmo, -pronunció Sara-, pero no venimos a comel sino a traerle esta calta a Calmen de Wilfredo".

Carmen tiró a un lado la dita de funche y un pedazo de tocino se le atrabancó en el esófago y por poco se asfixia al recibir la noticia de la carta.

-"Ni que fuera un Dios que te escribe jija, -dijo don Luis mientras magullaba una pelota de harina-, pa que te alegres tanto".

-"Tengo motivos pa alegrarme, -contestó su hija-, polque jace mucho tiempo que ni lo veo ni que me escribe".

-"Seguramente que Gonzálo le ja escrito a Julia, -añadió doña Ana-, polque ese es otro que tal baila. A mí no me coge naide de perra flaca. Vaya yo a creel en atorrantes que lo que quieren es la comprita fía detrás de las mayas y luego no la quieren pagal".

-"No jables así, doña Ana, -le suplicó Lisa-, que hoy pol mí y mañana por usted".

-"El que se pica es polque ajos come, -habló don Luis. La mujel tiene que dalse a respetal con el hombre. Si polque le pinten pajaritos en el aire se deja engatuzal; pierde la velgüenza y tó lo que tenga".

-"Bueno, bueno, no venimos a sacarle los trapitos al sol a naide, -pronunció Sara-, sólo a entregarle esta calta a su hija".

La muchacha no terminó de almorzar y librándose de su ahogamiento abrió el sobre y besó los papeles que éste contenía. Lloró copiosamente hasta que de sus grandes manantiales azules no brotaban más gotas de cristal. Lloraba de pena mezclada con alegría aprisionaba la carta que cual paloma blanca mensajera que cruzaba el océano, temblaba en las finas manos y en sus rojos labios. Sus padres y amigas, también lloraban desesperados, tristes y alegres a la vez, por saber noticias de Wilfredo. Que bello es reír cuando se llora que bello es llorar cuando se ríe. Cuando esto sucede; el alma es como la atmósfera cuando está cargada de impurezas. El día está nublado y el sol, como un niño juguetón; se esconde detrás de las nubes. Llueve en forma de bendiciones celestiales y se despoja la atmósfera de todas las impurezas. Entonces el sol brilla con esplendor y gloria dejando el ambiente fresco, agradable y acogedor. Así es el alma cuando esta triste y oprimida después de llorar y reír y de reír y llorar. Es por esa razón que en el alma de Carmen no cabía más alegría.

-"Basta ya, Calmen, no yores más y léenos la calta, -le pidió doña Ana-, que sentimos curiosidá por sabel lo que te dice".

-"Pero mujel, -interrumpió don Luis-, déjala que la lea en silencio polque a nojotros no nos impoltan los secretos que Wilfredo le diga".

-"Papi, -respondió Carmen-, Wilfredo y yo no tenemos secretos pa ustedes. Ya es un jecho que nos amamos y los jechos no se deben ocultal. De manera que pongan atención pa que escuchen lo que me dice mi novio en ésta que lee como sigue:

Querida Carmencita:

Te escribo dende un hospital de la isla de Guam en onde estoy mortalmente jerio dende jace un mes. No te jabía escrito antes polque no jabía recibío carta tuya. Tan pronto yegué a este lugal. Te escribí pero la calta no pudo yegal a ti por razones que ignoro. La primera tuya la recibí muy tarde no se pol qué.

De Gonzálo te diré que tan pronto pisamos tierra en esta isla nos separaron y no je sabío más de él. Según tengo entendío un grupo de soldaos aliados que estaban prisioneros por los japoneses en Leyte, fueron quemaos vivos pol los mesmos aliados. Te explicó mejol,escucha los japoneses son muy tramposos y tenían soldaos aliados prisioneros en un campamento. Había también soldados japoneses vigilando y esperando a los americanos. Por el lao afuera del techo del campamento pintaron una enorme bandera del Sol Naciente y obligaron a muchos soldaos aliados a ponerse ropa de combate japonesa y le cambiaron las placas de identificación. Cuando yegaron los aviones americanos a bombardeal a la escuadra japonega en Leyte, los pilotos no sabían que dentro de ese campamento había soldaos amigos y jicieron cenizas el campamento. Los japoneses jabían cogío el monte días antes y se salvaron. Al destruil la escuadra japonesa y yegal la calma, pudieron identifical a bien pocos soldaos porque la mayoría estaban jechos cenizas y otros jechos pedazos. Creo Gonzálo no pudo ser identificao. Tampoco tiene quien lo reclame dende Puerto Rico. El ejército americano es muy responsable en estos casos y estoy seguro que ja jecho las gestiones pertinentes pa infolmal la desaparición a sus ayegaos. Pero el caso difícil es que él no anotó a naide en el registro, pa que el ejército se comunicara con esa persona en caso de emelgencia".

-"Pobre Gonzálo; los japoneses le cobraron toas las que debía, -interrumpió doña Ana. Agora no molesta más.

-"No se alegre del mal ajeno, -doña Ana le dijo Lisa-, que hoy pol mí y mañana por ti. Deje que Calmen siga leyendo la calta que es lo que impolta"

-"Seguiré pero no me interrumpan más, pol favol".

Tengo la pielna derecha y la mano izquierda jecha pedazos y partículas de granada en la espalda y barriga. No sé jata cuando estaré en este hospital pero sé que cuando me den de alta; regresaré a mi barrio polque quedaré fuera de combate. Cuando regrese, si es que tengo la dicha porque los japoneses bombardearon jata las iglesias, te contaré tó lo que je sufrío en los campos de bataya.

Agora, pues recueldos y saludos a mis amigos que no olvido. Pa mis futuros suegros muchas felicidades y pa tí muchos abrazos fuertes y besos calientes.

Wilfredo"

-"Carmen que suerte has tenido, -exclamo Luisa. Te lo jicieron trizas pero te lo dejaron vivito y coleando".

-"Gracias a Dios que no corrió la guelte de Gonzálo, -dijo Lisa melancólicamente. La pobre Julia se morirá de pena cuando lo sepa".

-"Tenemos que decílselo, -ayudó Sara-, pa que no diga dispués que le ocultamos la velda triste y amalga".

-"Buena idea es, -se adelantó Lisa-, yo diré a darle la noticia".

-"No, tú no vayes, -le interrumpió Luisa-, dejame dil a mí".

-"Tal vez eya no esté en la casa a esta ora, -aclaró don Luis-, polque está mañana temprano la ví bajar con una caja de cartón en el cuadril y no la je visto subir".

-"Voto a ningún Dios, Luis, parece que estás pendiente a tó lo que pasa en el barrio" -dijo refunfuñona doña Ana.

-"Dicen que no le gusta el chisme pero pol lo que veo, los entretiene".

Y Luisa se encaminó a casa de Julia para darle la triste nueva de su novio. Carmen y doña Ana se miraban asombradas sin querer hablar. Cuando Carmen oyó que su padre dijo que la vio bajar temprano se le vino a la mente lo que Julia le había dicho en varias ocasiones ¿Se habrá ido para Ponce a darse un pinchazo? Era la pregunta que bailaba en el cerebro de la muchacha igual que lo hace un muñeco en una cuerda floja. Luisa había llegado a la casa de su amiga encontrando la puerta junta. Como era de la confianza después de llamarla como de costumbre decidió entrar porque nadie le respondió. Encima de una banqueta vieja encontró un papel escrito y a duras pruebas leyó: "Querida Carmen sé que lo hecho mal y quiero pedirte peldón. Peldona tó el mal que te jice y perdona que jaya tomao la decisión que te dije anteriormente. No diré a Ponce, diré a Mayagüez a casa de una amiga. Besos, abrazos y recuerdos pa tó el que pol mí pregunte. Volveré pronto, --Julia".

Luisa terminó de leer aquel mensaje y corriendo regresó a casa de Carmen. Ellas no habían cesado de hablar de Julia, Wilfredo y Gonzálo mientras Luisa había salido.

-"Je notao a Julia muy rara durante los últimos meses, -dijo Sara-, y ja aumentao de peso especialmente la barriga".

-"Naide sabe lo que jielbe en la oya mejor que el cocinero, -comentó doña Ana. La aguja sabe lo que coce y no se coce los deos".

-"Jesús, doña Ana, -preguntó Lisa-, ¿Pol qué usted jabla así?"

-"Cállate Lisa, -le pidió Carmen-, no le jagas caso a mami ni a lo que dice. Sabes que nojotros los del campo jablamos tantos disparates que nojotros mesmos no los comprendemos"

-"No los comprenderás tú, -añadió don Luis-, pero yo los entiendo . De no sel lo que me imagino, me dejo molel la cabeza dentro del pilón con la maceta de molel café".

En esos instantes llegó Luisa temblorosa y sudorosa. De un brinco cayó en medio de la pequeña sala en donde estaban sus amigas reunidas.

-"Toma, Calmen es de Julia pa ti léela, -suplicó Luisa a Carmen. Te enterarás del tremendo disparate que cometió Julia".

Carmen tomó en sus manos aquel papel blanco y lo apretó en sus manos temblorosas. Cerró sus dos grandes ojos azules y tal parecía que el universo se hubiera quedado completamente en tinieblas profundas. Sus lágrimas no salían de sus ojos como salían otras veces para humedecer su rostro. Pero esta vez brotaban hacia el interior de su cuerpo y fertilizaban su alma joven y bondadosa.

-"Julia se ja dio del barrio, -comentó la muchacha con deseos de gritar o de reír. Esta cometerá un crimen".

Al oír a Carmen hablar en ese termino, todos se asombraron menos doña Ana quien ya sabia la situación por la cual estaba pasando Julia.

-"¿Cómo que un crimen, Carmen?, -preguntó Lisa. Naide comete un crimen pol que se vaye de un barrio".

-"Eso es muy cierto, -argumentó doña Ana-, pero Julia lo cometerá polque ustedes no saben lo que se está cocinando en la oya".

-"Solamente el que brega con candela. Talde o temprano se quema" -ayudó Carmen.

-"Bueno, ustedes se traen algo y no nos quieren decil que es" -protestó Luisa.

-"No deben ocultalnos na, -dijo Sara-, pol que talde o temprano lo vamos a sabel. Julia no esta como pa cometel un crimen pol que no reciba caltas de Gonzálo".

-"Eya no está loca, -aseguró Carmen-, pero está preñá de Gonzálo, aquel sirvelguenza que vino muy jumilde al barrio y cuando cogió el piso quiso jacelse dueño de tó lo que veía".

-"Muchacha, no digas una cosa así, -le grito don Luis con deseos de golpear a su hija-, que esa muchacha es una vilgen. No le ja dao el brazo a tolcel a ningún hombre".

-"Mira Luis, -le aseguró su esposa-, tú no sabes na de na. Y recuelda, que los hombres no deben metel las narices en asuntos de mujeres".

Las muchachas no podían creer lo que aseguraba Carmen y su madre. Julia, a pesar de que era una muchacha muy alegre y que charlaba relajonamente con los muchachos del barrio, nunca habia tenido un novio y nadie la había mentado por mal. Tampoco la veían hablando con Gonzálo en lugares dudosos del barrio. Por eso sorprendida Luisa le preguntó a Carmen:

-"¿Es cielto eso, Carmen? ¿Estás segura de lo que dices? Ten cuidao que no estés caluniando pol lo que trató de jacel Gonzálo y pol las puyas que te mete Julia".

-"No son calunias Luisa, es la pura veldá, -aseguró Carmen. Eya mesma me lo dijo. Está yenita de Gonzálo y como él no le escribe, está dispuesta a matal la criatura. Pol eso se fue del barrio y si lo mata la jago dil, la hago ir a la cálcel".

-"Ay, bendito, la pobre muchacha, -exclamó Sara. Tan buena amiga que es, tanto que yo la quiero y tanto que estará sufriendo polque no recibe caltas de su novio".

-"El, ay bendito es helmano de jódete, -aseguró don Luis. Por eso es que a nojotros nos cojen de bobos pol que tó lo arreglamos con el ay bendito. Eya tuvo tiempo de dalse a respetal y no lo jizo. Eso le da a entender a ustedes las mujeres que pol un rato de placel, tendrán un momento de dolol pol manisueltas que son".

-"Luis, no te alegres del mal ajeno, -le suplicó doña Ana-, polque tenemos una jija y no sabemos lo que el destino le tiene gualdao".

-"Soy mujel también y la compadezco, -dijo Lisa. No me gustaría que cometiera una locura pol culpa de Gonzálo".

-"Mirense en ese espejo, -les pidió don Luis-, eso es pa que no se dejen engañal del primero que le jace la guiñá. Sabrá Dios a cuántas jabrá engañao con sus trampas".

-"Siento mucho no podel ayudarla, -adelantó Sara-, y creo que ya es muy tarde pol que dirá lejos. Esperando calta de Gonzálo, se pondría vieja".

-"Lo que más me preocupa es la acción que cometerá. Me dijo que se iba del barrio si no recibía caltas de Gonzálo, pa dalse un pinchazo y matal la criatura" -declaró Carmen.

-"Dios santo, no pueo creel tal cosa de Julia, -articuló Lisa-, lo peol será para eya".

-"¿Qué es eso de un pinchazo? -preguntó turbada Luisa.

-"Yo no se bien, -contestó Carmen-, pero dicen que un dotol le mata la criatura en el vientre a la madre y entonces abolta a la criatura muelta. También la madre puede moril".

-"No pueo creel eso, un dotol no es tan criminal como pa matal a una inocente criatura" -protestó Sara.

-"Tu no lo crees, -aseguró don Luis-, pero es cierto. Recuelda que pol el dinero baila el chango. Con tantos adelantos que estamos teniendo en esto días y con tan poca velgüenza que jay debío al progreso, se verán cosas más grandes y más sucias. Agora no estamos viviendo en el barrio Manier como en familia. Agora no estamos en los años treinta cuando una mujel

quedaba en estao de embarazo y se avelgonzaba. Ya no jay velgüenza ni quien la ponga. Y si jay quien ponga no jay quien la coja".

-"Papi, tu te extralimitas en tó, -le dijo Carmen a su padre-, y te sales de las casillas".

Largo tiempo estuvieron las amigas de Julia comentando su acción. Unas la daban por bien, otras por mal pero todas comentaban algo. No encontraban justo que cometiera un crimen para salir del atolladero en que se hundió hasta las orejas. "¿Por qué jabrá madres tan crueles?" Se preguntaban sin que ninguna de ellas encontrara en su débil cráneo una contestación aceptable. Don Luis tal vez por ser hombre y padre era el que mas repudiaba tal acción. Decía que según tuvo valor para brindarse a un hombre que no conocía muy bien, debería tenerlo para seguir dándole vida a aquel amor escondido que palpitaba en su vientre. Era de opinión de quien merecía morir era ella y no la criatura en caso de que tratara de matarlo.

Pasaron solamente dos días después de irse Julia del barrio. Sus amigas se encontraban en diferentes lugares y se preguntaban entre si, si les había escrito. Unas contestaban a las otras: "No, a mi no me ha escrito. No le ha escrito a nadie se la habrá yevado jumbetas". El asunto era que nadie sabía ni arte ni parte de la muchacha. Dos días eran muy pocos para que sus amigas recibieran cartas de su amiga. Para esa época el correo era enviado en trenes y específicamente en los trenes 110 y 112, que cubrían las rutas de Ponce a Martín Peña y viceversa y por lo tanto el servicio era muy lento aunque seguro. Los trenes transportaban pasajeros, carga y la correspondencia. A la misma hora que salía un tren con destino a Ponce, salía otro de Ponce hacia Martín Peña. En Santa Rita había una estación y una sala de espera. Allí dejaban los trenes la correspondencia de Guánica y sus barrios. El señor Juan Lazarini era el cartero y en un coche llevaba una vez al día la correspondencia. Por esa razón era imposible recibir carta de Julia aun cuando hubiera escrito el mismo día que llegó a Ponce o a Mayagüez.

Seis días más habían pasado sin que Julia se comunicara con sus amigas. Ellas iban todos los días al pueblo con el propósito de encontrar carta de amigos que estaban en los campos de batalla y especialmente de Wilfredo. También aprovechaban el viaje para ir a las tiendas y comprarse su par de chanclas de a peseta, sus retazos de tela de a diez centavos la yarda. Su limber de coco en la tienda de don Victor Sallaberry y su librita de pan de agua en la panadería de don Pepe Vázquez para comer asado con ajos y aceite. También iban de vez en cuando al hospital a recetarse aunque no les doliera ni uña porque todas estaban buenas. Siempre encontraban una que otra carta para sus amistades. De Gonzálo no recibían ni un paquín, pues según don Luis se lo había tragado la tierra.

Un día estando Carmen ocupada en los quehaceres hogareños ayudándole a su madre apareció un policía buscando a alguien que fuera amiga de Julia. Hija y padres se sorprendieron al ver aquel policía en las puerta de su hogar. Después de los saludos acostumbrados el policía les hizo ciertas preguntas relacionadas con Julia. Que su muerte se debió; a un veneno que tomó para provocar un aborto prematuro a los cinco meses de embarazo. Que no tenían más información de ella porque no tenía papeles de identificación con ella. Que antes de morir solamente dijo. "Carmen la luna perdona todo el daño que te jice y murió". No teniendo familiares y amigos que se hicieran responsables de los cadáveres fueron sepultados por el municipio. Después que el agente del orden público reunió ciertos detalles, se alejó del hogar. Luego llegaron las amistades de Carmen como el que no quiere la cosa pero que la desea.

-"Sabía que tan pronto se fuera el guardia vendrían a averiguar, -les dijo Carmen-, polque a ustedes no les gusta el chisme pero las entretiene".

-"No, no digas eso, Calmen es que nos preocupamos pol ustedes, -contestó Sara-, sabes que siempre estamos pendientes pa ayudarlos en lo que necesiten".

-"Pues yo te soy sincera, Carmen, -le dijo Lisa-, y quisiera sabel a qué vino el guardia".

-"Que esa sirvengüenza de Julia jizo lo que me dijo" -contestó la muchacha.

-"¿Qué tú dices Carmen? -preguntó Luisa-, no pueo crerlo, eso es imposible".

-"Será imposible pa una madre de buenos sentimientos, -añadió doña Ana-, pero pa una perra no".

-"Pero ¿Qué hizo Julia?" -volvió a preguntar Luisa.

-"Lo mesmo que me jabía dicho, -declaró Carmen-, envenenó a su jijo y se enveneno eya pa no sufril más".

-Santo; cielo, -exclamó Lisa-, que desgracia fue y total pol culpa de Gonzálo que no fue responsable de sus jechos".

-"Eso le pasa a las mujeres que se dejan engañal de los hombres falsos, -añadió don Luis un poco mal humorado. Yo siempre lo dije que tan malo es el palo como la jataca. Las apariencias engañan. Dende que vi a ese muchacho yegal al barrio, me dio mala espina. Sabía que no era tan bueno porque nuca el pájaro es como lo pintan".

-"Ya de lo jecho no jay remedio y que Dios la peldone que pol mí está perdoná pol tó el daño que trató de jacele a mi jija sin motivos y razón, -exclamó doña Ana-, mientras miraba reverentemente una imagen de Cristo que colgaba en un rincón de la casa. Lo siento por la criatura pero no pol eya polque bastante que mal de mi nena jabló".

-"Eso no es ná mami lo que aquí se jace, aquí se paga, -dijo tristemente Carmen. Dios castiga sin palo y sin fuete aunque no le guardo ningún rincol".

-"No es que nos alegremos, amiga, -protestó Sara-, es que jablamos la pura verdad".

-"Tampoco yo me alegro, -aseguró don Luis-, pero me pongo a pensar en las madres antiguas de El Manier y no se puen comparal con muchas modernas que jay agora. Aqueyas madres antiguas tenían sus hijos a onde les diera el primer dolol. Con dos piedras o un machete le coltaban la tripa del lombligo y con ceniza caliente y sal lo curaban. Lo arropaban con ropa y sacos sucios de jechal calbón y como el agua estaba escasa, los bañaban con orines. Los llevaban al monte a trabajar polque no tenían quien se los cuidara y tan pronto el jijo cumplía los ocho años, tenía que aprendel a trabajal. Las madres se sacrificaban tó lo más posible pa crial a sus hijos. Agora que el progreso esta llegando a muchas mujeres no les da velgüenza brincal los alambres pero les da velgüenza paril a los jijos. Y yo jabló así bien claro y al que no le guste que no me escuche".

-"Papi, -interrumpió Carmen-, tu eres más claro que el agua de yuca".

-"Claro que si, -contestó don Luis. Yo yamo a la noche, noche y al día, día. Les jablo así pa que ustedes muchachas que me escuchan cojan mis consejos y no jagan como Julia. Si los cojen no tendrán problemas. Ana y yo siempre estamos aconsejando a Carmen pol el buen camino pa que no caiga en las redes de los hombres que son como arañas maliciosas cuando ven a una muchacha que les gusta; pero que no sienten amol pol eya; jata logral enredarla. Las arañas atrapan a un insecto en sus redes y le caen encima; hasta que dejan su caparazón vacío y luego no se ocupan más de él. Así son muchos hombres, enamoran a una muchacha y después que le sacan el alma; se van y la dejan vacía. Este, especialmente fue el caso de Gonzálo con Julia".

-"Conmigo no ja sío así, papi, -pronunció Carmen. Desde temprano me di a respetar con Wilfredo y no tengo na que lamental".

-"Esperamos que regrese pronto pa que se casen lo más pronto posible, -añadió Sara. La noche de tu boda vamos a tiral las pueltas pol las ventanas".

-"Creo que así será, Sara" -dijo doña Ana.

Pasaron unos días después de la muerte de Julia cuando Carmen recibió carta de Wilfredo. La muchacha, sus amigas, don Luis y doña Ana se alegraron en gran manera al saber que Wilfredo estaba fuera de peligro. Lloraron de alegría al saber que ya no podía ir a los campos de batalla por haber quedado incapacitado para pelear. Carmen leyo la carta que decía como sigue:

Querida Carmen

Esta es pa notificalte que me siento bastante recuperao de las jerias que recibí en el campo de batalla. Quedé incapacitado pa el combate y eso más me alegra polque podré volvel a velte. No sé cuando estaré de regreso en mi barrio que tanto nostalgio y a tu lao, al lao de los míos. Todo depende del tiempo que dure la guerra. Me dicen los dotores del hospital en donde estoy recluio que jata que la guerra no termine, no nos dan de alta. Son óldenes que tiene el ejército y tienen que cumplirlas.

Nuca creí que una guerra fuera tan destructora y tan triste. Estal en una bataya frente al enemigo bien almado como están esos japoneses, y nojotros que no nos quedamos atrás, es como estar aldiendo en candela en eso que yaman infielno. Cá soldao tiene que sel una bestia asesina y cá soldao es la muelte. Ayí no se conoce la pena, sólo el odio y el instinto de conservación imperan en la mente de cada soldao. Cá uno tiene en la mente la frase "si no me matas, te mato". Es pol eso que las guerras son tan desastrosas. No es lo mismo yamar al diablo como verlo venil, como dicen en mi barrio. En el frente de guerra se le cae la guajana al mas valiente al oír tantas detonaciones y ver proyectiles pasando silvando alrededor de nuestros cuelpos. En esa bataya que participé, vi cómo volaban mis compañeros de almas jechos pedazos. Otros caían a mi lado eríos y agonizando maldiciendo unos y otros yorando y yamado a sus familiares. Los que estábamos vivos y eríos o sanos no podíamos jacel mucho por eyos. Teníamos que seguil peleando pol la paz y la democracia jata que nos jicieran leña. No olvidaré nuca una escena dolorosa y triste que se originó a mis pies. Estando yo arrastrandome como una culebra, iba disparándole a los japoneses. Un compañero de Cidra de ventiun años, cayó erío a mis pies. Muy valiente el muchacho lloraba y no lo jacía por cobaldía, polque los hombres valientes también yoran, yoraba por sentimiento humano. Traté de ayudarle pero no pude salvarlo. Tenía dos plomos metidos en el pecho. También yoré cuando me dijo: "papi, échame la bendición y dale mi último besito a mami" (perdone el lector, pero también estoy llorando).

Vi que sus ojos parecían dos manantiales gemelos y las aguas bañaron su rostro y su pecho. Al tratal de levantarlo murió y yo quedé inconsciente. El día siguiente vine en sí y ya estaba en un hospitalillo milital. Creo que jamás en la vida olvidaré aquella escena como también muchas otras que ví. Mi mente ha quedao como una cámara fotográfica yena de fotografías de escenas jorripilantes. No se si eso afectará mi vida de joy en adelante.

De Gonzálo no te digo na pues na me jan dicho de él. Lo siento mucho por Julia pol lo mucho que estará sufriendo.
Ruego a Dios que la guerra termine pa así podel estal contigo. Recuelda, nos casaremos pronto.
Dale saludos a los suegros y a tó el que pol mí pregunte. Pa ti besos y abrazos y que Dios te cuide".

Wilfredo

Los seis personajes lloraron y lloraron al leer una carta tan triste. Lloraron de dolor por la narración que les hacía Wilfredo de su compañero. Lloraban de alegría al saber que ya estaba fuera de peligro y que pronto volvería a estar con ellos. Todo era cosa de esperar con amor y paciencia hasta que llegara el día tan deseado por todos.

-"No veo la hora mami que yega Wilfredo, -le dijo Carmen a su madre. Tan pronto yegue, nos casaremos".

-"Calma piojo, que el peine yega, -aseguró su madre. Cosa más difíciles se jan visto".

"Todavía falta mucho camino que andal, -añadió don Luis-, polque las fuerzas aliadas están peleando en tres frentes y en todos están peldiendo muchos hombres, aviones, balcos y territorio. No crean que la guerra terminará pronto".

-"Pero pol lo menos se reciben caltas y dinero de nuestros muchachos que están peleando" -argumentó doña Ana.

-"Eso pol lo menos ja jecho que la situación económica de muchas familias del barrio cambie" -dijo Sara.

-"Tienes razón, Sara, -le contestó Lisa-, mira, lavo y plancho alguna ropita a la señora aqueya que tiene tres jijos en el ejército y me paga bien".

-"También yo gano algunos reales lavando y planchando" -comento Luisa.

Temía razón las muchachas al hablar así ya que el cambio se notaba en un setenta por ciento de los habitantes del barrio.

Capítulo X

Nuestros Muchachos Regresan

En diciembre 11 del año 1941, Italia y Alemania le habían declarado la guerra a Estados Unidos y Estados Unidos se la había declarado a Japón el día ocho de diciembre, o sea, después que Japón atacó a Pearl Harbor por sorpresa. Ya estábamos en el año 1945 y parecía que esa Segunda Guerra Mundial no tendría final. Rusia, Alemania, Inglaterra, Italia, Japón, y Estados Unidos no querían ceder en el empeño de salir victoriosa cada una. Ya Francia había sido ocupada por los ejércitos alemanes en el año 1940 en junio 22 de ese mismo año. En junio 4, los aliados ocuparon a Roma y desembarcaron en Normandía, Francia, en Junio 6 con 4,000 barcos y más de 2,500 aviones. Luego en el sur, agosto 16 y entran en París en agosto 25 y ocupan a Amberes y Bruselas en septiembre 4. En septiembre 12 entran en Alemania. Al ocupar a París, Francia gana la libertad que había perdido a manos de los alemanes. Los aliados estaban dominando los acontecimientos bélicos pero teniendo pérdidas enormes de soldados y equipo bélico. Por esa razón, el mundo entero esperaba que la tortilla se virara y los aliados tuvieran que enseñar la planta del pie para que no les sacaran las listas de cuero. El ejército americano seguía reclutando hombres en todos sus estados federados y en sus territorios para reemplazar a los que perdía en el frente de guerra. Tal era la situación que de seguir la contienda como hasta el momento todavía teníamos bombas por muchos años.

Carmen seguía esperando con esperanzas de ver su sueño de amor hecho una realidad. Era una muchacha muy hogareña y no visitaba a sus amistades muy a menudo. Se mantenía ocupada trabajando en su hogar y los ratos libres se iba a un rincón del batey a mecerse en una hamaca y a mirar a los que subían y bajaban por la carretera. Estando una tarde disfrutando de la fresca brisa, llego Sara a hacerle compañía. Después de saludarla le dijo:

-"Carmen, ya tú sabes que hoy es sábado y a la noche jay un baile en la gayera La Luna que le zumba el mango" -le explicó Sara.

-"¿Qué me quieres decil con eso?" -preguntó Carmen.

-"Casi na, Carmen, -dijo Sara-, que estoy ideando dil a bailal un rato. Luisa y Lisa van conmigo y me gustaría que nos acompañes aunque no bailes".

-"Mira muchacha, ni que estuviera loca diría yo a ese baile, -protestó Carmen con energías. Demasiao sabes que estoy pedía y que mi novio está lejos. Por esa razón tengo que guardarle la espalda. Además, papi y mami no me dejaran dil sola con ustedes".

-"Pero chica, no seas tan boba, si polque vayes a bailal no se te va a cael ningún canto" -le contestó Sara.

-"Es cierto, no se me caerá ningún canto ni tampoco me peyizcarán pero tengo que respetal a mis padres y a mi novio" -le aseguró su amiga.

-"Aunque déjame decilte; que si papi y mami van, me gustaría dil a miral de lejos" -insinuó Carmen.

-"Fíjate, te voy a ayudal, jablaré con eyos y los convenceré, verás qué gran rato vamos a tenel" -le aconsejó Sara.

-"Bueno así, pues sí" -contestó Carmen.

Desde la noche en que Gonzálo inició la pelea con Wilfredo en casa del señor Matos; Carmen no había ido a un baile. No era muy amante a ellos y no le gustaba estar de brazo en brazo recibiendo el contacto de los hombres. Y especialmente de muchos aprovechados tan pronto se daban unos cuantos palos o varias cervezas. Eso sí, le gustaba sobre manera ver bailar a los

demás. Temía ir al baile debido a que ya las costumbres estaban empezando a cambiar. Ahora un joven no le pedía permiso a un padre, a una madre, a un novio o a un familiar para bailar con una mujer. Ahora se dirigía a ella y sin encomendarse a Dios o al diablo, la cogía por un brazo y empezaba a dar vueltas como un trompo trotón y sin puya. Si no aceptaba; era capaz de formar el lío de San Quintín. A eso verdaderamente era que Carmen le temía. Le pidió a Sara que tratara de convencer a sus padres para ir un par de horas a ver la gente bailando. Era de la única manera que podía complacer a Sara. Esta, pues le prometió hacer todo lo que pudiera para convencerlos. A sus padres tampoco les gustaba estar de fiesta en fiesta para así evitar, según ellos, ciertos problemas.

Al haber un cambio tan notable en el barrio debido al progreso en la parte económica, la gallera La Luna se llenaba a capacidad todas las noches y especialmente sábados y domingos. Los sábados en la noche bailaban como de costumbre pero para esta época mucha mas gente visitaban el lugar. Un factor bien importante era que ahora había mas jóvenes de ambos sexos solteros y claro está, hacían como las abejas cuando averiguan un jardín, todas acuden a él. Los domingos celebraban peleas de gallos desde bien temprano hasta las seis de la tarde. La moderna vellonera con los discos "La Cama Vacía", "Golondrina Viajera", "Camino Verde", "La Ultima Copa" y otros no cesaba de tocar hasta altas horas de la noche. La gallera fue tomando popularidad en la parte sur de la Isla y muchos eran los galleros y jugadores que la visitaban los fines de semana. Los bailes de los domingos en la noche duraban hasta las cuatro o las cinco de la madrugada.

-"Tú verás como convenzo a tus padres pa que vayen con nojotros al baile, -le aseguró Sara. Verás qué muchos poyos vienen a ese baile. Y casi todos son soldaos".

-"Olvídate de eso, Sara, que los soldados hieden a pólvora, -protestó Carmen. Ademas el mío, aunque lejos y erío, está seguro y pronto volverá. Es más cuando yegue nos vamos a amanecer bailando una pachanga bien caliente".

-"No sé, Calmen, pero yo en tu lugal no esperaba a Wilfredo, -le aconsejó Sara. Semos amigas y te respeto y aprecio pero no sería tan boba de esperar tanto pol un hombre que vendrá, si es que viene; jechos piezas".

-"Eso jarías tu, pero yo no, soy sincera y esperaré. No me impoltan los otros hombres. No soy egoísta y si me sigues jablando en ese sentío, no voy al baile, -le dijo Carmen enfadada. La mujel debe respetal al hombre no impolta en las condiciones que éste o onde se encuentre".

-"Muy bien, vámonos, veremos qué dicen tus padres" -aceptó Sara entonces.

Ambas muchachas entraron a la humilde casa de Carmen con la esperanza de poder ir al baile aunque fuera a ver a otras personas dar vueltas y más vueltas. Sara le presentó el problema a los padres de Carmen y éstos, después de haber pensado un tiempo; convinieron en aceptar la proposición. Ambas muchachas se mostraron complacidas y alegres al saber que pasarían una noche divirtiéndose de lo lindo.

-"Te dejo dil, -le aclaró don Luis a su hija-, polque Ana y yo vamos pero no creas que vas a bailar. Y que tampoco naiie me pida pelmiso pa bailar contigo, polque no lo voy a pelmitil. Usted tiene que respetal a su padre y a su novio aunque esté lejos".

-"Nuca te je desobedecío, papi, -contestó Carmen-, ni a mami".

-"Pero una aclaración a tiempo no viene mal, -añadió doña Ana. Muchos serán los que querrán bailal contigo. Je visto muchos soldaos de pase por aí y tienen que tenel mucho cuidao polque se emborrachan y algunos no respetan. Ahora no estamos viviendo en El Manier, agora lo es diferente".

-"Está bien, mami, conozco tó eso y sé que no vamos a tenel problemas, -le prometió su hija a su madre. Me pondré el trajecito azul que tengo sin estrenal los zapatos negros que aunque son viejos; están sanos y briyosos".

Sara se despidió diciéndole antes que pasaría por ella a eso de las seis de la tarde. Tan pronto se fue empezó Carmen a prepararse para la gran noche que pasaría junto a sus amigas. Después de haberse bañado, su madre le ayudó a peinarse y a vestirse. Esa era una de las buenas costumbres que tenían hijas y madres del barrio El Manier. Las madres también peinaban a los hijos hasta que llegaban a los veinte años. Se daban casos que las hermanas mayores peinaban y le lavaban la cabeza a hermanos jóvenes. ¡Como han cambiado las buenas costumbres!.

-"Ponme polvos, mami, -le pidió Carmen a su madre-, pero no me pongas colorete. Me pones poco lápiz de labios pol que no quiero parecer una payasa".

-"Ten mucho cuidao, jija, que te ves bien linda y no tienes a naide a quien lucirle en el barrio" -le aconsejó la madre.

-"Ay mami, si yo lo sé, en mí no se fijará naide y aunque lo jagan ya yo tengo novio y pronto vendrá" -le aseguró la hija.

-"No veo en la hora en que la guerra termine pa que me vistas y me pongas bien linda pa Wilfredo".

-"Si jija, pronto será ese día polque los aliados están ganando muchas batayas y eso los acerca al fin de la maldita guerra, -dijo confiada doña Ana. Sería yo la madre más dichosa tenel la suelte de velte salil de aquí toa vestía de blanco como un copo de algodón".

-"Y yo sería el padre más feliz del mundo si Dios me concediera el milagro de poder yevalte cogía pol el brazo al altar y entregarte al hombre que amas, -dijo don Luis riendo amablemente. Y para colmal mis anelos vel nacel y podel ayudalte a crial a mis nietos. Me gustaría tenel esa inmensa dicha de verlos correl como Dios los jeche al mundo por el batey jaciendome mil travesuras. Pero creo que no los veré polque se me está jaciendo un poco tarde y me estoy poniendo viejo".

-"Mami, telmina de preparalme que ya se acelcan mis amigas" -ordenó Carmen a su madre.

Sara, Luisa, Lisa y Carmen estaban más tiradas que un cohete en las fiestas patronales que celebran en Guánica en el mes de julio en honor al Apóstol Santiago. Lucían trajecitos nuevos que les cubrían más abajo de las rodillas. Las mangas les llegaban mas abajo de los codos y las pecheras les cubrían parte de las nucas. Usaban zapatos negros lustrosos y medias largas y blancas. Sus labios estaban ligeramente pintados y sus mejillas estaban al natural pero parecía que en cada una de ellas se habían incrustado un coral de jueya mona.

Tal lucían aquellas cuatro jibaritas nacidas en el barrio El Manier, que parecían más bien cuatro doradas rosas acabando de abrir sus delicados pétalos al contacto del cristalino rocío en una mañana fresca de primavera.

Joviales, inmensamente joviales lucían las cuatro muchachitas reflejándose en ellas la humildad, la sencillez y la bondad que caracteriza a nuestras jibaritas. Reunidas todas y acompañadas por don Luis se encaminaron hacía la gallera.

Por todas las calles del barrio se veían grupos de muchachas y muchachos dirigiéndose a la gallera. También grupos de ancianos de ambos sexos caminaban hacia un mismo destino con el propósito de sacudirse las pulgas un rato. Aunque había radios para luz eléctrica y de baterías, ese era el único lugar en el cual podían alegrarse muchas personas juntas. La autoridad de Tierras de Puerto Rico no permitía negocios en sus terrenos. Los únicos que podían operar un negocio eran Los Gutiérrez porque el terreno era de su propiedad. De otros barrios cercanos acudían también grupos de personas para pasar una noche bailando, bebiendo y charlando con

amigos y familiares todos como en familia. Cuando llegaron al salón de baile, éste estaba que no cabía una pareja más. Los alrededores estaban atestados también de gente y automóviles. El baile estaba prendido. La vellonera estaba directa y a todo volumen tocaba "La Cama Vacía". Entró el grupo al salón de baile.

Todos los presentes que se percataron de la llegada del grupo, y especialmente de aquella esbelta figura de ojos grandes azules vestida de azul como que quedaron paralizados mirándola entrañablemente. Carmen no acostumbrada estar de baile en baile y además estaba pedida. Tal vez esa fue la razón poderosa que tenían los curiosos para sorprenderse con la presencia de la muchacha en ese lugar. No era visto con buenos ojos que una joven estando pedida para casamiento, saliera a fiestear y aun más estando su prometido tan lejos de ella. En un caso así no faltaría un sumbadorcito que dejándose llevar por el perfume de una rosa tan lozana, quisiera probar su polen. Después de saludar a unos y a otros, las muchachas se sentaron en un rincón en sillas apartadas del bullicio. Don Luis agarró a su viejita por la cintura y comenzó a bailar "La Cama Vacía". Las muchachas observaban alegremente.

La composición poética musical data desde muchos años atrás. Tal vez los padres de don Luis se enamoraron bailando al compás de la música de esa composición musical. Terminó la música y hubo un receso que aprovecho don Luis para darse un trago como de cuatro dedos. Ya Carmen había sido invitada a bailar unas cuantas veces y otras tantas no había aceptado. Sus amigas daban una que otra vuelta sin protestar porque no tenían rabo que les pisaran. Carmen no podía ni debía bailar respetando el compromiso y la ausencia de su prometido.

Las horas pasaban muy lentas por la esfera del reloj como caravana de pesadas tortugas gigantes que sobre el rubio arenal se arrastran buscando las profundidades del Mar Caribe después de haber desovado docenas de huevos en la arena. Las cuatro muchachas eran como un enorme imán atrayendo hacia ellas todas las miradas de hombres y mujeres pero Carmen les aventajaba en mucho. Con mucho placer Carmen hubiera dado una vueltecita para complacer a alguno de sus amigos y a ella misma pero temiendo al que dirán, se negaba muy cortésmente. Los jóvenes comprendiendo y respetando su situación no trataban más de una vez. Don Luis no se perdía una con su esposa. Aunque Carmen disfrutaba de una noche como nunca antes lo había hecho, no olvidaba a Wilfredo. Por su mente pasaban las escenas vividas con el una a una igual que pasan las nubes frente a nuestros ojos para luego ir a perderse en la muda lejanía en donde al parecer, se une la tierra y el cielo y que llaman horizonte. "Si Wilfredo estuviera conmigo". Se decía para sí una y mil veces.

El baile seguía en todo su esplendor mientras la vellonera seguía directa con sus discos de nueva grabación pero de vieja composición literaria. Don Luis sentía una nostalgia infinita porque desde niño había escuchado la música y letra de "La Ultima Copa" "La Cama Vacía" y otras por el estilo. Doña Ana se dejaba llevar por él como si fuera una débil pluma viajando en nubes de algodón que arrastran los vientos alisios. En brazos uno del otro, recordaban con alegría y tristeza aquellos momentos que de novios vivieron en un pasado que solo a eso que llaman "muerte" y que todo lo puede, puede borrar de la pizarra de la mente humana. La luz, que en forma de arco iris salía de la vellonera emborrachaba la vista de los bailadores y videntes. Los bailadores masculinos y algunas femeninas habían entrado en traguitos más de la regla pero observaban una conducta digna de apreciar.

De las tres de la noche en adelante empezaron los primeros visitantes a retirarse del lugar para ir a sus casas a reponer las energías perdidas. Carmen, sus padres y sus amigas también lo hicieron. Ya a las cinco de la mañana solamente quedaba los empleados de la gallera. Todos alegres y complacidos habían pasado una noche más compartiendo como en una sola familia.

Esos bailes se caracterizaban por la buena armonía que practicaban las personas al encontrarse en ellos. Y todo se debía a que había respeto de unos con otros no importando que fueran o no amigos y familiares o vecinos. El respeto es el freno que detiene a la inmoralidad.

Al día siguiente como era costumbre la mayoría de las muchachas del barrio se reunieron para comentar de cómo estuvo el baile y cómo se portó tal o cual persona. Siempre en una reunión así que se bebe se baila tanto, hay una persona que bebe y bebe sin control para alegrarse. Pero al fin y al cabo a medida que va entrando en palos y más palos, la alegría se vuelve tristeza y el ron le sale por los ojos hecho lágrimas. Las muchachas habían observado esa acción en un borracho y habían callado, porque a esos lugares también van observadores a estar pendientes más que de otra cosa de las acciones de los otros. Es por eso que las muchachas tenían un gran tema para charlar y divertirse un rato. La primera en iniciar la charla fue Carmen cuando dijo:

-"Jacía tiempo que no pasaba una noche tan agradable como la de anoche".

-"Y yo también, -añadió Sara. Creo que dende que pasamos la noche de San Juan en la playa de Bruno, no jabiendo gozado tanto".

-"Aqueya fue una noche inolvidable pa tos, -declaró Carmen. Tal vez no se repetirá jamás".

-"Y muy especialmente pa ti Carmen, -argumentó Lisa-, polque el balco que viste en el güevo era el balco que yevaría a Wilfredo a los campos de bataya".

-"Bendito, la pobre Julia, -dijo tristemente Luisa-, el mal le devolvió el ramo de flores y ya ves lo que sucedió, murió sin luz y sin flores".

-"Olvidemos eso agora, -suplicó Carmen-, que pasamos una buena noche y agora no vamos a entristecelnos. Goce mucho anoche con aquel viejo borracho que tenía una camisa milital puesta con tres rayas y decía que era el Corredor Polaco".

-"Sí, lo vi también pero de corredor polaco no tenía na. Lo que tenía era una borrachera que no le cabía en el cuelpo, -declaró Luisa. Ese era el no de la fiesta".

-"El me sacó a bailar, -abundó Lisa-, y se cayó en una esquina y lo dejé plantao".

-"A pesar de sus monerías, -lo defendió Carmen-, es un saco de velgüenza. Bailó con mami y lo jizo decentemente. Naiie tuvo quejas de él".

-"Y además quiere mucho a su hijo que está en el ejélcito. Por eso yoraba mucho cuando el ron se le subió a la cabeza, -dijo Lisa-, se fue a un rincón del salón a yoral y a yamal a su hijo".

Estando las muchachas charlando, llegó don Luis del pueblo con El Imparcial y una carta para Carmen. También le llevaba una libra de pan y una bolsita de dulces para añoñarla más de lo que la tenía.

-"Mira nena, aquí te traigo una carta y es de Wilfredo, -le dijo a su hija. Ábrela a vel si te mandó la oreja de un japonés pa que la frías".

-"Papi, no chasles así, -le suplicó la hija-, con tu jija que eso no se jace".

-"Léela, Calmen, -le ordenó Sara-, pa sabel si viene pronto".

-"De quien no se reciben caltas, -argumentó Lisa-, es de Gonzálo. Ni en los centros espiritistas aparecen noticias de él".

-"Tal vez al telminal la guerra sabremos de él. Pudiera sel que estuviera prisionero pol los japoneses y al telminal la guerra, las naciones envueltas jacen cambios de prisioneros. Esa es la única esperanza de dal con él pobre muchacho" -aclaró don Luis.

-"Quiera Dios que sea así, -argumentó Carmen. Y agora leeré en secreto la calta de mi futuro esposo".

Empezó la muchacha a leer su carta detenidamente y a ratos lloraba y a ratos sonreía. Sus amigas y don Luis la miraban curiosos con deseos de quitársela y leerla. Terminando les dijo:

-"Viene pronto, viene pronto pero no sabe cuándo. Ya está bastante bien y los aliados están matando japoneses, italianos y alemanes por un tubo y cuatro alicates".

-"Nos alegramos mucho, -dijo don Luis-, ya mismo jay que dil engoldando el lechón pa meterlo en la vara el día de la boda".

Las familias de campo acostumbraban a cuidar y criar animales domésticos en el batey en corrales para ayudarse económicamente cuando más necesitaban. También criaban especialmente un cerdo para matarlo en ocasiones especiales, como Noche Buena Despedida de año viejo, Día de Reyes y bodas.

-"Y que el chonito de don Luis está bastante goldito como pa celebrar una boda" -sugirió Sara.

-"Si las cosas siguen como van, ya pronto telminará la guerra con una victoria pa las potencias aliadas. Dicen los periódicos que los aliados cruzaron el Río Rin y aunque peldieron muchos soldaos y equipo bélico, mataron cientos de alemanes" -le confesó don Luis a su esposa, hija y amigas.

-"Esas noticias son buenas y si los americanos siguen así, nuestros muchachos regresaran muy pronto, -dijo doña Ana. No tengo jijos en el ejercito pero me alegro igual o más que si los tuviera. Son muchas las madres puertorriqueñas que están yorando, sufriendo polque el ejército americano le ja quitao sus jijos de la falda. Muchos jata estarían mamando todavía y tuvieron que soltal el pesón de la teta y agarral el rifle y lanzalse a los brazos de la muelte. Pero Hitler tendrá que pagarla de un momento a otro".

-"Claro que la paga, su muerte esta segura, -ayudó don Luis. Le va a pasar más malo que a Benito Mussolini cuando los guerriyeros lo mataron como el que mata a un celdo. Ese era otro criminal cobarde porque tos los criminales son cobardes. Cuando lo cogieron prisionero daba un imperio porque le salvaran la vida. Y, qué imperio podía dar, si el que tenía ya lo había perdido".

-"Es que los criminales son así, pa salval su pellejo ofrecen lo que no tienen, -prosiguió don Luis. Los aliados se encontraron con los rusos en el Elba y tienen a los alemanes acorralaos igual que una jauría de perros acorrala a un jato de puelcos".

-"Eso quiere decil que esos malditos alemanes no resistirán por mucho tiempo interrumpió Lisa. A cada celdo se le llega su sábado y el de Carmen está yegando" -apuntó Sara.

-"Siempre que sea así, olvídate que aunque me pelen con agua caliente como a las puercas, estaré contenta" -contestó Carmen.

-"No te jagas de ilusiones, jija que no se pue contal con el pájaro que va volando" -le aconsejó su madre.

-"Tal como sea, los aliados se acercan a la victoria y pronto la lograrán y muchos miles de soldaos boricuas regresaran a su patria, a su pueblo, a su barrio, a su hogal pa borral con alegría los dolores y sufrimientos que jan tenío en los campos de bataya" -profetizó don Luis.

Pasaron unos días y la guerra tocaba a su fin. Hitler, Goebbels y su esposa viendo que la caída de Berlín a manos de los rusos y aliados era inevitable, se suicidaron en su escondite secreto y subterráneo. Al estos suicidarse, el almirante Doenitz asume el poder de lo que quedaba de Alemania y se rindió a las fuerzas invasoras rusas y Aliadas. Entonces rusos y aliados hicieron nada menos y nada más lo que hacen dos leones hambrientos cuando se encuentran en medio del desierto con un elefante muerto, lo destrozan en dos pedazos y cada cual arrastra uno. Eso mismo hicieron los aliados y rusos con Alemania.

Adolfo Hitler, un hombre sanguinario, criminal, egoísta, arrojado y a la vez el más cobarde quizá de los millones de hombres que directa o indirectamente participaron en la primera guerra mundial y la segunda guerra mundial había muerto a mano de sus propias manos. Adolfo Hitler

un guerrillero que como todo lo grande, había surgido de la nada ahora había perdido lo único que tenia, un imperio y una vida. Adolfo Hitler jefe nacional del socialismo en Alemania fue designado canciller en enero 30 de 1933 y luego del incendio del Reichstag se retira de la sociedad de las Naciones. Luego en 1934 un complot nazi mata al canciller Dollfus. Al morir el presidente Hinderbult el canciller Hitler asume ambas funciones con el título de Füherer. Más adelante, en 1936, Hitler manda a ocupar la zona de la Renanía violando el tratado de Locarno en marzo 7 y da los primeros pasos hacia la más encarnizada y brutal guerra cuando los días 11 y 13 de marzo de 1938 invade a Austria. Adolfo Hitler con su ambición de poder de dominar al mundo entero y pisotearlo como el que aplasta a un sapo en la carretera, troncho millones de vidas jóvenes e inocentes por el sólo hecho que la ambición engendra criminales. Adolfo Hitler un pobre soldado ucraniano quien en la Primera Guerra Mundial solo alcanzó el rango de cabo, ahora en la segunda Guerra Mundial estuvo a punto de convertirse en el único gobernante del mundo. Lo que surge de la nada a la nada vuelve.

Con la muerte de Hitler se corrieron las noticias de que la guerra llegó a su fin con una victoria para los aliados. En barrios, campos, pueblos, en fin en todo el mundo y especialmente en nuestro querido Puerto Rico; las gentes se tiraban a las calles a celebrar tan grandiosa victoria. También circulaba otra noticia en el sentido de que Japón se había rendido a las fuerzas americanas. Para celebrar sonaban bocinas de los automóviles, latones, latas, calderos, ollas y todo lo que hiciera ruido. Las calles del barrio la luna se llenaron de gente que brincaban, bailaban y lloraban de alegría porque pronto verían a sus queridos seres. Don Luis que de vez en cuando se daba su palito para refrescarse la garganta, se fue corriendo a un pocito y regreso con medio galón de ron.

-"Esto es pa celebral la victoria de los aliados, -dijo a su hija y esposa. Jace tiempo que no me rajo como una patiya pero hoy me rajo aunque el nene se caiga del petate".

-"A beber, que nadie es chivo. El ron no lo jicieron pa bañar mulas" -decía.

-"Eso faltaría agora, -protestó doña Ana-, que te metas al cuelpo ese medio galón de ron pa que se te revuelque la jambre vieja que tienes metía entre cuero y casne".

Ambos entablaron una discusión amigable como estaban acostumbrados pero sin ofenderse. En esos instantes llegaron las amigas de Carmen para pasar un rato alegre celebrando la victoria de los aliados y el regreso de Wilfredo.

La guerra que inició Hitler en Austria los días 11 y 13 de marzo de 1938 parecía, y aun creo que parece, una pesadilla de la cual nadie quiere recordar. Es increíble que una guerra que empezó a tantas millas de distancia del barrio El Manier, cuando aun nadie se imaginaba que ese barrio se extinguiera, tuviera una reacción tan negativa y a la vez positiva en el mismo.

-"Hola, Carmen, -saludó Sara muy jovial-, estas como unas pascuas de alegre polque la guerra va a terminal pronto".

-"Claro que sí, que va a telminal y pronto veremos a nuestros muchachos en el barrio, contestó Carmen con una sonrisa que no le cabía en la boca. Eso era de esperalse de un momento a otro"

-"Fíjanse como son los acontecimientos mundiales, -añadió don Luis. En un conflicto bélico mundial como el que estamos viviendo, los sucesos toman vida por carambola. Ese maldito Hitler inició la guerra y se fue propagando pol el mundo como lava de volcán en erupción. La guerra mató miyones de seres vivientes de dambos reinos, el vegetal y el animal. Destruyo miyones de toneladas de material de construcción en las ciudades que jubo batayas. Quemó miyones de cuerdas de terreno pero también pol carambola sulgieron nuevas comunidades aunque otras se eliminaron pa siempre. Tenemos el ejemplo con el caso del barrio aonde

nacimos. Si no jubiera jabido guerra, las gentes no se van del Manier y no jubiera nació el Barrio La Luna".

-"Tampoco La Alianza, María Antonia, El Guay, El Caño de la Cantera y otros jubieran desaparecío" -declaró doña Ana.

-"Y tampoco Calmen estaría próxima a casalse con un soldao" -dijo Luisa.

-"Eso es lo de menos, -aclaró Lisa-, pol que la pedrá que está pa el perro, aunque se meta de cabeza en una cueva se la pegan. Debe darle gracias a Hitler, que si no es pol él no consigue un soldao para esposo".

-"En eso convengo contigo, Lisa, -aceptó don Luis-, porque si no es pol la guerra, no jubiera yegao el progreso a la isla".

-"Claro está que tiene dos caras como la luna, una positiva y otra negativa. Después que termine tenemos que aceptar la positiva pa seguil el progreso. Si no es pol la maldita guerra, mucha de nuestra gente todavía estuviera sin usar zapatos, estuvieran vistiendo guayucos viejos y remendaos. Estuvieran viviendo en barracas de yaguas y palmas de cogoyo. El barrio La Luna no existiera y todavía estuviéramos viviendo del jumo y el polvo del carbón".

-"Y estuviéramos calgando agua en latones en la cabeza de El Cedro" -dijo Sara.

-"A mí me da lo mesmo en el frente que en las espaldas, -articuló doña Ana-, polque pa los piojos que jay, con la uña basta".

La tristeza volvió a reinar en el barrio cuando recibieron noticias en el sentido de que Japón no se había rendido. Todo resultó en comentarios falsos, aunque ya Alemania había sido vencida. Pero por lo menos había más esperanzas para las naciones envueltas en esa terrible guerra.

Ya en esos días Estados Unidos había lanzado todo su poderío militar sobre el Imperio Japonés dispuesto a destrozarlo. El día 3 de febrero de 1945 había tomado a Manila, Iwo Jima en marzo 26 y a Okinawa en abril del día 1 al 30. Los aliados le exigían al Emperador Hiroito que se rindiera incondicionalmente para poner punto final a la contienda que tanta destrucción había causado en el mundo entero. Hiroito se negó. El presidente de Estados Unidos, Franklin Delano Roosevelt, cuya filosofía era: "votar un millón de pesos antes de votar un soldado" no tuvo más remedio que de ordenar el lanzamiento de la primera bomba atómica sobre Hiroshima el 6 de agosto y la segunda sobre Nagasaki el 9 de agosto de 1945 para obligar a Japón a que se rindiera. A Hiroito no le quedó otra alternativa que no fuera la de rendirse a las fuerzas americanas, terminando así aquella Segunda Guerra Mundial que inició Hitler los días 11 y 13 de marzo de 1938 y que terminó el día 2 de septiembre de 1945 cuando Hiroito firmó los papeles de la derrota de su Imperio Japonés ante las aguerridas fuerzas armadas de Estados Unidos.

Entonces ya la noticia era oficial en todos los medios de comunicaciones. En el barrio La Luna volvieron a sonar las bocinas de automóviles, las ollas, calderos, latones y todo lo que hiciera ruido. Las calles se desbordaron con un río humano que gritaba, lloraba, reía y cantaba eufóricamente sin poderlo evitar. Unos contra otros se estrujaban los pechos, se abrazaban, se apretaban las manos, se besaban como si estuvieran locos. Muchas madres que tenían hijos en la guerra cayeron al suelo con ataques de nervios causados por la alegría. No había un alma que no diera gracias a Dios por tan grandiosa noticia pues sin duda alguna el regreso de los combatientes se efectuaría de un momento a otro.

Durante la noche, en muchos hogares celebraron el fin de la guerra con una jaranita baile en la cual bebieron y bailaron hasta sentir cansancio. En la gallera La Luna se amanecieron esa noche bailando, bebiendo y comiendo y deseando ver con vida a todos aquellos hombres que cumpliendo con su deber, tiraron a un rincón de sus humildes hogares los machetes, hachas,

picotas y asadas y se echaron al hombro un rifle y saliendo de su barrio se fueron lejos muy lejos, a tierra extrañas a ofrendar sus vidas en aras de la libertad del mundo. Muchos, quizá no volverían jamas, pero sus recuerdos y sus imágenes quedarían plasmadas en las almas de sus amigos y parientes por una eternidad. Su sangre y sus cuerpos abonarían terrenos extraños pero cada tumba sería un símbolo de la libertad que el hombre anhela. Otros regresarían sanos y salvos tal como partieron pero con las huellas del dolor grabado en sus mentes. Otros habrían dejado en tierra desconocidas algunos de sus miembros y parte de su preciosa sangre pero regresarían con vida para demostrarle al mundo que se puede combatir por una causa justificada y que se puede vencer. Al regreso de nuestros muchachos a casa, estarían demostrándole al mundo su valor de hombres libres que luchan por los derechos humanos dispuestos a donar sus vidas por la libertad de otros. Porque solamente los hombres libres y de vergüenza pueden luchar por la ajena y por su propia libertad. Tal como fuera, la guerra había terminado y los pueblos del mundo festejaban felices a tan esperado momento.

-"Agora que la guerra terminó, -dijo don Luis a su esposa-, es seguro que tendremos bodas y para eso jay que tener el lechoncito bien gordito polque de seguro que Wilfredo vendrá loco pol comelse el rabito de un lechón".

-"Sí, es cierto, -contestó doña Ana, en tono de broma-, pero también se comería el rabito de una lechona".

Carmen quien estaba fregando platos en la cocina, fue a la sala en donde estaban sus padres y les dijo:

-"A mi no me metan en camisas de once baras. Saben, polque estoy lo más tranquilita fregando y limpiando la cocina".

-"El que se pica es porque ajíes come, nena, -le habló su madre-, jaciendose y gustandole. A mí no me coges de sanana polque bastantes ganas que tienes de que Wilfredo yegue pa casalse".

-"Seguro que sí, -afirmó la muchacha sonriendo-, no lo niego. Es natural que así sea polque mucho je esperao ya. Si Julia estuviera viva y Gonzálo también para que celebremos una boda guareta en el barrio. La pobre, no cogió consejos de naide y fue una desdicha. Bien dicen pol ahí que el que no coje consejos no yega a viejo".

-"No creas, jija que aun sin eya, muchas muchachas se casarán y se fugaran polque jay unas cuantas enamoras, -aseguró doña Ana. Saben que a la vez que se casa una, las otras se les abre el apetito y se casan o se van con los novios. Igual sucede cuando en un barrio jacen muchos años que naide muere. Es más o menos una ley de la naturaleza".

-"¿Dime jija estás decidía a casalte con Wilfredo? -le preguntó don Luis a Carmen. Yo no te obligo a tal cosa, tú tienes la palabra".

-"Seguro que sí, papi, -contestó ella. Es más, si hoy viene, mañana nos casamos. Claro que tengo la palabra y la cumpliré".

Don Luis pensaba que tal vez Wilfredo se negaría a casarse con ella por el problema que tuvo con Gonzálo. Tal vez al llegar Wilfredo de los campos de batalla cubierto de gloria y con tres rayitas se arrepintiera de unirse en matrimonio a una jibarita que ni había salido del barrio y que todavía tenia el olor a carbón encima. Quizás se enamoraría de una muchacha nueva en el barrio y a Carmen no le diría ni por aquí te pudras. Por esa razón don Luis le preguntaba a su hija si estaba decidida a casarse con Wilfredo. Como es natural, temía por la felicidad de su hija. El no olvidaba nunca las conversaciones que se cruzaban de boca en boca criticando a su hija por la acción que cometió Gonzálo por ella. Temía que estuviera desaparecido y regresara al barrio después de haber sido encontrado. Para eso tendría que esperar que el tiempo dijera la última palabra. Carmen también temía por el regreso de Gonzálo aunque deseaba que estuviera vivo.

Pensaba que al llegar y no encontrar a Julia se pondría rebelde y valiéndose de que era soldado, tratara de ofenderla como ya lo había hecho. Pero tal como fuera, esperaría y se enfrentaría a la situación lo mejor que pudiera. Así que padre e hija, después de pensar en futuros eventos; se olvidaban y se preparaban para el momento tan deseado.

Un día fue don Luis al pueblo como de costumbre y llegó más alegre que lo acostumbrado. Algún poeta escribió los siguientes versos que por cierto se le pueden aplicar a doña Ana y a don Luis. Los versos son los siguientes.

"Siendo un yerno comprensivo
que la sepa comprender
la suegra llega a querer
como la madre a su hijo"

Don Luis y doña Ana respetaban, querían y adoraban a Wilfredo. Tal vez sería porqué el y su hija se criaron juntos desde niños jugueteando y haciendo maldades. O quizás porque no habían tenido hijos varones o porque era novio de su hija. Esto significaba que de casarse con Carmen a quien tanto amaban, sería el padre de sus nietos.

Por esa poderosa razón lo querían como si fuera hijo. Al recibir carta de Wilfredo ese día regresó con más alegría que otros porque las noticias sobresalientes en los periódicos decían que pronto regresarían a la isla los regimientos 296, 295 y 65 de infantería. Tan pronto llegó a su casa, le entregó la carta a su hija pero anteriormente un amigo le había leído las noticias mas sobresalientes de El Imparcial. Nunca compraba El Mundo porque, según el, ese periódico era para ricos. Carmen, como siempre, leyó la carta en secreto, por si acaso.

-"Ya que terminaste, jija, -le suplicó su madre-, dime que te dice Wilfredo y si supo de Gonzálo".

-"Me dice más o menos lo de siempre y que llegará de un momento a otro, -contestó la muchacha, abriendo sus ojos grandes azules irradiando felicidad inmensa-, de Gonzálo no me dice na".

-"Es lo que je creío siempre, que la tierra se lo tragó. El tiene la culpa que no se jaya sabío de él, -aseguró don Luis. También sus padres la tienen pol no aguantarlo dende mas niño en su casa. Creo que pudieron jabel sido más responsables con el muchacho y con eyos mesmos".

-"Estás en lo cierto, Luis, -le ayudó su esposa. Tan pronto vino a El Manier la primera vez juyendo por jabel cometío un delito, era su debel de padres responsables que quieren a su hijos, de venir a buscarlo y hacerle frente al problema para que fuera aprendiendo a darle el frente a sus problemas con valor. Porque un delito que se comete ante la sociedad, ante ella misma se debe pagar. Y lo mas importante tratar de no cometer el primero para convertirse en un delincuente habitual".

-"Mi creencia también es que Gonzálo actuaba así porque se crió solo, -articuló Carmen. La persona que se cría huérfano del cariño de sus padres, también se cría huérfano de la justicia".

Para la época en que en el barrio El Manier había habitantes en diferentes barrios de diferentes pueblos había ciertos hombres que le nombraban "picaflores". Estos hombres tenían hijos bien fuera con mujeres comprometidas o libres, pero no los reconocían nunca en el Registro Demográfico de sus respectivos pueblos. Aparte de esa acción, la mayoría de los padres, machos o hembras no se lo notificaban a sus hijos y se criaban al parecer, sin padre o sin madre o ambos en algunos casos. Gonzálo era un ejemplo vivo y por esa razón al desaparecer en los campos de batalla, nadie lo reclamo. Julia y su malogrado hijo eran los únicos quienes podían hacer algo y

no lo hicieron. Gonzálo había pasado por barrio como una de tantas nubes que pasan y se pierden en el ámbito azul de nuestro firmamento. Solo dejo una estela de agravios que al pasar de los años irían desapareciendo lentamente para no ser recordada jamás.

-"Como Wilfredo viene pronto Carmen, debes decirle a todas tus amistades que vengan a la boda" -le aconsejo su madre a la hija.

-"Ay mami, eso no puede ser, -protestó Carmen-, porque el me ofrece villas y castillas en sus cartas pero todavía no lo tengo seguro. Puede ser que venga chango y se enamore de una más linda que yo. Tu sabes como son los hombres mami, que a una escoba vestida de mujer que vean a esa le dicen".

-"¿Pero hija como hablas así de tu novio? ¿Acaso no lo quieres? -preguntó la madre. ¿Estas arrepentía?"

-"No madre, no estoy arrepentía ni lo estaré. Cada día lo quiero más pero me gusta sel más clara que el agua de yuca. Dicen que el ciego que nuca ve, cuando ve se vuelve loco" -le aseguró Carmen.

-"Es cierto jija, tienes razón pero olvídense de eso agora. Lo impoltante es que me dice el que me leyó el periódico que le tienen un gran recibimiento a los soldaos boricuas" -declaró don Luis.

-"Bien se lo merecen, -pronunció doña Ana-, polque mucho que sufrieron en lejanas tierras. Se merecen eso y mucho más".

Todo lo que haga el gobierno en reconocimiento de nuestros muchachos es aceptable agradecido y merecido. Pero todo lo que haga será poco o nada si lo comparamos con los sufrimientos de sus familiares durante su ausencia. Todas las fiestas que les hagan, todos los regalos que les brinden, todos los honores que les otorguen, todas las condecoraciones que les confieran vienen a ser muy poco si todo eso lo comparamos con el sacrificio que pol la libertad del mundo, hicieron con valor, amor, entusiasmo, vergüenza y voluntad. Nuestros muchachos han sido héroes verdaderos y merecen el reconocimiento de los habitantes del universo. Porque mientras los adinerados que no tienen nada que ver con política y con el gobierno, mientras los grandes políticos y jefes de gobiernos en todo el mundo permanecían fiesteando y dándose una vida de millonarios sin arriesgar sus vidas ni las de los suyos, nuestros jóvenes se bañaban con sangre y se alimentaban con plomo e hierro peleando en selvas y ciudades por el bienestar de los suyos y de gentes que no conocerán jamás. Todo lo que hagan los gobiernos por poco que sea, será mucho pero será nada en comparación a las vidas que se perdieron. Todas esas cosas son efimeras y a los pocos años todo eso será olvidado. Las gentes verán un soldado, lo admirarán, lo respetarán y lo saludarán con amor y cariño recordando su participación en la segunda guerra mundial pero pronto será olvidado y nadie lo saludará. Esos mismos hombres de gobierno y políticos que hoy los admiran y condecoran, mañana no los recordarán. Pero de una cosa estoy seguro y que sus padres y parientes jamás los olvidarán y especialmente, las madres de aquellos que un día salieron de nuestra Isla y jamás volverán porque los padres olvidan a sus hijos únicamente cuando ellos también mueren.

-"Por ejemplo, -dijo doña Ana. Wilfredo merece encontrar a la novia que dejó pedida pa que se case con ella".

-"De que la encuentra es viejo, -dijo Carmen-, porque ja sío bueno conmigo".

El día en que nuestros muchachos regresaron de diferentes campos de batalla, Puerto Rico entero se vistió de fiesta celebrando con júbilo el feliz retorno de ellos. Las campanas de las iglesias tañeron con entusiasmo como nunca antes lo habían hecho. Las bocinas de los automóviles sonaban estruendosamente acompañadas por toda clase de ruidos que imaginarse

pueda el hombre. Ese día hubo quejas, gritos y lágrimas pero no de dolor sino de alegría al saber que aquellos hombres valientes estaban de regreso en sus queridos lares juntos a sus seres queridos. Ese día no sólo fue celebrado por los familiares y amigos de soldados que llegaban, sino que también por personas que nunca tuvieron un miembro de su familia peleando en tierras lejanas. Es que el puertorriqueño es así, llora el dolor ajeno pero también goza la alegría ajena. Tal vez por eso somos como somos, por bien o por mal. Al regresar los vivos y heridos lloraron de alegría al volver a ver a sus familiares y amigos pero también lloraron de tristeza al cerciorarse que un puñado de ellos se quedó allá en tierras extrañas para siempre. Un puñado de nuestros muchachos se quedo allá pero así es la vida y jamás ha de ser de otra manera. Nuestra isla es pequeña geográficamente hablando, si la comparamos con otras grandes porciones de tierra del mundo. Pero ese puñado que se quedó allá le demostró al mundo que nuestra isla tiene héroes, que tiene hombres grandes dispuestos a derramar su sangre para fertilizar la débil planta de la libertad. Los que ahora regresaban se sentían orgullosos por haber cumplido con su deber de hombres que luchan por una causa justa por el bien de la tierra que los vio nacer. El puñado que se quedó allá y los que ahora regresaban al pisar tierra puertorriqueña escribían el punto final a la gloriosa historia que con su sangre escribieron en el inmenso papel que hay debajo del cielo y de las galaxias. Ahora, pues solo nos restaba decir. "Bienvenidos sean nuestros jibaritos soldados combatientes". "Este es Puerto Rico este es nuestro hogar y a seguir la fiesta de bienvenida". "Vivan tranquilos porque a donde ustedes pisaron jamás se borrarán las huellas por haber dejado su sangre muerta unos y otros viva".

A los pocos días del regreso de nuestros soldados a la isla, el barrio La luna también estaba de fiesta recibiendo a sus muchachos que regresaban de los frentes de batalla. Todos los que se habían unido al ejército americano regresaron menos uno y por buena o mala suerte, no era natural ni de La Luna ni de El Manier. Ese que no regresaba era Gonzálo. En diferentes hogares celebraban sus fiestecitas en familia pasando ratos alegres e inolvidables entre amigos, vecinos y familiares. El barrio entero estaba de fiesta y no había un alma que se sintiera triste. En casa de don Luis seis personas esperaban a Wilfredo para darle la bienvenida que merecía.

-"Esta noche es la gran noche para mí, -dijo Carmen mas alegre que un año nuevo-, polque ya agorita Wilfredo está con nojotros pa siempre. Me dijo Sara quien acaba de yegar aquí que ya está en el barrio saludando a sus amistades".

-"Eso está mal hecho, -protestó don Luis-, a quien tenía que visital primero era a su novia y a sus futuros suegros".

-"Pero papi, eso no esta mal porque para llegar aquí, primero tenia que pasar por sus casas. Si no los saluda, dirán que vino chango y que no conoce a nadie" -dijo Carmen.

-"Ahora que vinieron unos cuantos que son solteros, -dijo doña Ana dirigiéndose a Lisa-, Luisa y Sara deben tratar de echarle el ojo a uno".

El ojo nada mas no le echara yo, -dijo Sara picarezcamente-, le echara la cara entera a uno que me saludo ahorita".

-"Ya de mi hay uno picaito porque al saludar, me pico el ojo" -dijo Lisa.

-"Tengan cuidado, -les aconsejó don Luis-, no se dejen picar mucho el ojo polque las va a dejar viscas y luego tuertas".

-"Yo a ninguno le meneare el rabito porque el que se baja mucho se le ven las nalgas" -aclaró Luisa.

-"No veo en la hora en que llega para saber que tan guapo vino" -declaró Carmen.

Mientras hablaban de una cosa y la otra pero todo con relación a Wilfredo este llego a la casa de su novia. Todas las personas allí presentes se le abalanzaron encima como si fueran locos.

Lo abrazaban, besaban y lo acariciaban como fuera un nene. Carmen y le parecían un solo cuerpo y se besaban, lloraban y lloraban al encontrarse cada uno en los brazos del otro. Doña Ana fue víctima de un ataque de nervios y hubo que darle un baño de alcoholado y yerbas del monte. Una vez pasado el momento del recibimiento, dijo Wilfredo.

-"Calmen, no esperaba a volver a verte, -y ambos lloraron como dos niños que han perdido para siempre a sus padres. Agora estoy en tus brazos y tó me parece un sueño".

-"Un sueño del cual no quisiéramos despeltal nuca, -pronunció Carmen. Un sueño eterno como parece que será este, será divino".

Wilfredo tenía la pierna derecha muerta y tiesa para siempre. Le habían amputado la mano del brazo izquierdo y en la espalda y barriga tenía once cicatrices en forma de agujero de los cuales le extrajeron partículas de proyectiles. A pesar de eso, estaba físicamente bien. Había aumentado unas cuantas libras y se notaba más hábil que antes de ir a pelear.

-"Tal vez no me quieras agora ni desees casarte conmigo, Carmen" -le dijo Wilfredo charlando.

-"¿Por qué dices eso, Wilfredo?" -preguntó Carmen asombrada.

-"Polque sabes que cuando ingresé al ejército era un hombre completo, un hombre jecho y derecho y agora vengo la mitad de mi" -le aclaró el soldado.

-"Peldonen que meta el jocico onde no debo, -pronunció Sara-, pero no nos jas dicho na de cómo te sientes después de la pela que te dieron los japoneses".

-"¿Pero muchacha estás ciega, no ves que la mano del brazo izquierdo me falta y que tengo la pierna derecha tiesa como un juso?"

-"Esos japoneses son muy astutos peleando pero nojotros fuimos más inteligentes y valientes y los acabamos" -aseguró Wilfredo.

-"No nos jables agora de esos momentos tristes, pol favol, -le suplicó Carmen-, dinos algo de Gonzálo".

-"Jablal de él, Carmen, -adelantó Sara-, es peol".

-"Tal como sea, se trata de una persona que no está con nojotros" -articuló don Luis.

-"No tengo mucho que jablal de él. Cuando salimos de Puerto Rico nos yevaron a Guam y estuvimos en la mesma compañía dos días en una selva que jabía guineos y muchos otros frutos menores. El era muy rabascoso y una noche tuvo un problema con un sargento americano. Este le dio la queja a un teniente americano y lo separaron de la compañía que estábamos. Traté muchas veces de sabel de él y naide me dio noticias. A nosotros nos tenían como si estuviéramos brincando de isla en isla, -declaró Wilfredo mientras las lagrimas rodaron por sus mejillas-, ¿Qué pasa que Julia no está con nojotros esta noche? Quiero verla".

-"Eya y Gonzálo cogieron el mesmo camino" -le informó Carmen.

Wilfredo no podía creer lo que le dijo Carmen. Así que se vio obligada a contarle toda la historia, que por cierto fue breve, de amor entre sus dos amigos. El soldado no daba crédito a lo que le decía su novia acerca del suicidio de Julia. Don Luis y doña Ana intervinieron y entonces él aceptó la realidad de los hechos.

-"Pobre muchacho, pobre muchacha" -pronunció Wilfredo llorando.

-"¿Bueno Wilfredo Tendremos o no tendremos boda?" -le preguntó Sara coquetamente.

-"¿Como que si no tenemos boda?. Agora mesmo la tenemos si mis suegros lo permiten" -habló Wilfredo.

-"Muchacho, tú sí vienes virao como el tiburón" -dijo Luisa charlando.

-"Nojotros estamos de acueldo que sea tan pronto tú quieras, Wilfredo" -le dejo saber don Luis.

El muchacho aceptó complacido el pedido de su suegro y fijaron la boda para el próximo sábado. Ahora pues sólo restaba preparar la casa, invitar algunas amistades ya que para la época no era necesario invitación para que la casa se llenara de tope a tope. Y prepararse ellos para tan especial momento. Todos pasaron una noche muy agradable charlando y recordando aquellos días y noches inolvidables que vivieron en el barrio el Manier. Para aquella época era raro que en un barrio se celebrara una boda y muy especialmente si se trataba de una jibarita pobre como lo era Carmen. También era rarísimo que un militar fuera el protagonista de ella. También era rarísimo que el novio tuviera una pierna y un brazo fuera de combate. Tal vez por esas tres curiosidades esa boda se adueño tanto de tanta popularidad en el barrio y a la vez causó tanta alegría y comentarios propios e impropios. Doquier se encontraban por lo menos dos personas, le decía una a la otra: "esta noche se casa Carmencita ¿A que Carmencita te refieres? Ah, ya sé, aquella jibarita que bajo de El Manier. Sí, aquella que un tal Gonzálo trató de cogerle la comprita fiá. Son comentarios de gente, esa niña es una vilgen. Cuando una muchacha ja sío tocada sexualmente, aunque sea una vez, sufre un cambio físico notable pol estal inexperto en esa materia. Y ella no ha sufrido ninguno". Estos y otros comentarios eran escuchados en todos los rincones del barrio. Otras más consideradas preparaban un regalito para la novia con el propósito de hacerla sentir más feliz. Tal como fuera, con o sin comentarios, la boda se celebraría tal como había sido planeada.

Por fin llegó el sábado de la boda tan desesperadamente esperada por los novios. Los vecinos, amigos, compañeros de armas del novio, familiares y demás relacionados con la pareja, se habían dado cita en el hogar de la novia. Todos y cada uno de ellos portaban un regalito que iban tirando encima de una cama que había en el cuarto de Carmen. Doña Ana estaba vistiéndola y cada vez que entraba una persona después de decir. "¿Se puede?" Tenía que interrumpir su labor para permitir que quien llevaba el regalito depositara en sus mejillas el ultimo beso de soltera.

-"Que entren tos, -decía Carmen emocionada y luciendo en su fina cara dos soles azules y brillantes-, menos Wilfredo porque si me ve seremos desgraciaos en el matrimonio".

Ya la cama estaba cubierta de regalos y los que no cabían en ella, los dejaban encima de bancos y banquetas. Terminaron de vestir la novia y salió a la sala en donde la esperaba don Luis luciendo un traje pobre de mil campañas. Estaba parado al lado derecho de la puerta por donde saldría su hija y la madrina al lado izquierdo. Su madrina estaba sencillamente vestida con un lazo en el pecho y un ramillete de flores silvestres en las manos. El nene, portador de anillos estaba al lado de la madrina y la niña al lado del padrino con una canasta de flores salvajes. Cuando ven que la novia sale por la puerta unos lloran de alegría y otros ríen jubilosamente haciendo mil comentarios alabándola sinceramente. Tiene en sus manos un arreglo floral compuesto de margaritas blancas y amarillas cortadas en algún jardín del barrio. Su traje blanco parecía un manto celestial cubriendo a una virgen.

-"Qué el novio no la vea, -decían a coro muchos supersticiosos-, porque si la ve, tendrán mala suerte".

La casa estaba adornada con flores silvestres de todos los colores y papel blanco y amarillo. La única puerta de la casa y la del cuarto de Carmen también están adornados con trenzas de bellísimas flores.

En terminando de ponerse todo en orden para la salida de los novios dijo doña Ana:

-"Vámonos que Wilfredo está que se le salen las babas por dale el primer beso a la novia".

Y se alejaron en dirección a la iglesia católica de Guánica. En la casa se quedó un grupo de los más allegados a Carmen para ir preparando las bebidas y comida que se serviría en la boda.

Y claro está, no podía faltar el lechoncito asado el cual estaba en un rincón de la cocina más serio que un chavo de queso maldiciendo la hora en que Wilfredo le dio el primer beso de amor a Carmen debajo del árbol de quenepas que había en El Cedro. "Ahora sí que el puerco entorcho él rabo" parece que decía el marranito cada vez que alguien lo miraba. Los que se quedaron oían su disco en un tocadiscos que cogieron prestado y se daban sus tragos para ir calentando.

De momento oyeron un ruido ensordecedor y alguien grito. "Ahí vienen los novios". "Qué vivan los novios" -gritó otro. Era que después de dos o tres horas los novios se acercaban a la casa y los automóviles que los acompañaban, hacían sonar sus bocinas a toda máquina. Al llegar a la puerta de la casa; Sara, Lisa, Luisa, doña Ana y otras personas dejaron caer una lluvia de arroz sobre los recién casados. Unos comentaban. "Este arroz es pa que nunca les falte la comía" Otros decían en voz baja: "Hoy lo botan y mañana les falta". Todos se lanzaron encima de los casados bendiciéndolos y abrazándoles deseándoles una luna de miel eterna.

-"Tira el ramo, Carmen, -le gritó Sara-, para ver si lo cojo y me da suelte y consigo un novio".

-"Pero primero apaguen las luces pa que sea más legal, -aclaró Luisa-, y será a suelte y veldá".

Entonces Carmen se paró de espaldas en la puerta principal de la casa y mientras todas las muchachas estaban en el batey dijo: "Ahí va eso" y tiró el ramo de flores hacia sus espaldas. Estando el patio y toda la casa en tinieblas se ha formado tremendo lío tratando de apoderarse del ramo de flores.

-"Lo agarré, -grita Luisa-, agora consigo novio. Ya me estoy poniendo vieja y no quiero quedarme jamona".

Encendieron las luces y empezó el baile ordenadamente. Después de dar unas cuantas vueltas, hubo el tradicional corte del bizcocho por los recién casados. Mientras todos bailaban y bebían, el indefenso lechón daba lástima cada vez que le arrancaban un cuerito.

Bailando, comiendo y bebiendo pasaban las horas sin que los desposados se dieran cuanta que se les estaba haciendo tarde para empezar su luna de miel. Doña Ana se acercó a su yerno y le dijo:

-"Se te esta jaciendo talde Wilfredo, no sea que tu novia se arrepienta".

-"Jabelmelo dicho antes, doña Ana, -le contestó el muchacho. Pa luego es tarde".

Y aprovechando que todas las mujeres estaban en brazos de los hombres bailando, y que los demás estaban devorando lo que quedaba del lechón asado, Wilfredo cogió la juyilanga con Carmen y ojos que te vieron ir.

FIN



Elaborado Por:
Lonnie Camacho
08/94